



XXVI CONCURSO
HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA
Cuentos y poemas del mundo rural
ANTOLOGÍA 2018



XXVI CONCURSO
HISTORIAS DE
NUESTRA TIERRA
Cuentos y poemas del mundo rural
ANTOLOGÍA 2018

Coordinación de contenidos

Pierina Cavalli y Camila Leclerc

Diseño gráfico

Victoria Neriz

Edición

Historias Campesinas: **Héctor Velis-Meza**

Poesía del mundo rural: **Floridor Pérez**

Me lo contó mi abuelito: **Manuel Peña**

Ilustraciones

Sebastián Clover

Ilustración de portada

Sebastián Clover

Derechos Reservados

Inscripción Registro Propiedad Intelectual N° 301664

ISBN: 978-956-7215-71-3

Marzo 2019, Santiago de Chile.

Imprenta AImpresores

ÍNDICE

Presentación	11
Jurado Nacional	12
Palabras del Jurado	15

HISTORIAS CAMPESINAS

PREMIOS NACIONALES

El pan nuestro de cada día, Tatiana Alejandra Farías Ortíz. Región de O'Higgins	20
San Lorenzo, prisionero de guerra, Braulio Manuel Olavarría Olmedo. Región de Arica y Parinacota	22
El sueño de Fernando, Paulina Alejandra Sepúlveda Berra. Región del Maule	24
Escultura de San Pedro, Paola Andrade. Región de Los Lagos	26
Elqui, Gonzalo Haristoy. Región Metropolitana	28
Candelaria, Víctor Manuel Muñoz Cortés. Región de La Araucanía	31
El Quincha, Jorge Américo Torres Galleguillos. Región de Coquimbo	33
Eliassen, Hilda Maribel Rozas Silva. Región de Los Lagos	35
El caminante, Hernán Alcayaga Cayo. Región Metropolitana	37

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

Mi abuela Peta, Lidia del Carmen Bartolo Guerrero	39
Las mulas del gobernador, Berta Rosa Sierra de la Fuente	41

REGIÓN DE TARAPACÁ

Humo en el cerro, Víctor Homero Vives Romero	42
El viaje, Héctor Jonathan Barraza Ahumada	44
El niño Dios de Huasquiña, Marcelo Patricio González Borie	47

REGIÓN ANTOFAGASTA

El último gol gana, Carlos Meléndez Vargas	49
Mi amigo Poroto y don Caneo, Angélica Canales Rodríguez	51
En fila, Eduardo Andrés Salinas Olave	52

REGIÓN DE ATACAMA

Seca tierra, Guillermo Luis Sierralta Zamorano	54
Sonrisa de oro, Fabrizio Gerardo Tello Arancibia	56
Recóndita ave nortina, Claudia Andrea Latorre Zepeda	58

REGIÓN DE COQUIMBO

El hilo rojo, Geisha Ivonne Bonilla Cortés	60
El motivo, Daniel Elías Rojas Villarroel	63
El canódromo de La Calera, Guillermo Antonio Jaime Flores	65

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La cocina a leña, Pablo Alberto Molina Guerrero	67
Añorando el olvido, Claudia Andrea Lira Cisternas	68
La abuelita Julia, Ramón Iván Lizana Ramírez	69

REGIÓN METROPOLITANA

Cazuela de pava, María Soledad Espinoza Ramelli	71
El tronco, Manuel Antonio Bravo Velásquez	73
Las sirenas del cerro, Simón Ergas Rodríguez	75

REGIÓN DE O'HIGGINS

Margarita Arancaya quiere ir a Marte, Felipe José Sasso Valenzuela	77
El juego violento, Claudia Lorena González Malatesta	79

REGIÓN DEL MAULE

Fábrica de nubes, Franco Manuel Fornachiari Astudillo	81
Cómo volar en un avión de palo, Marco Antonio Herrera Gutiérrez	83

REGIÓN DEL BÍO BÍO

La flor de la higuera, Yerko Andrés Strika Robles	86
Cuando dejé de odiar el campo, Gonzalo Alexis Luengo Orellana	88
La Biónica, Moisés Oscar Lizana Briones	91

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El puente, Pablo Tucapel Ayenao Lagos	93
El constructor de azudas, Florentino Hernán Morales Cuevas	95
Con la braveza del Puelche, Irina Sandoval	97

REGIÓN DE LOS RÍOS

Ocurrió en primavera, Felipe Orlando Álvarez Pino	99
Aquel viejo roble, Armiris Vernón Trujillo Álvarez	100
El mudo Huechante, Jenifer Kattia Novoa Álvarez	101

REGIÓN DE LOS LAGOS

La lana roja, Marcela Tamara Quiroz Opazo	102
Los pollitos de la partera, Luis Alfredo Soussi Contreras	104
Un ruido extraño en la noche, Luis Fernando Bustos Castro	106

REGIÓN DE AYSÉN

El abuelo del río Blanco, Aelyn Michel Ruiz Muñoz	108
Historia de un fuego, Pedro Rodríguez Araya	110
Del cielo para abajo, Sofía Inés Arregui Contreras	112

REGIÓN DE MAGALLANES

Abigeato, Pedro Nicolás Gospodnetic Velásquez	114
La capa, Iván Darío Rojel Figueroa	116
Pichanga con pelota de trapo, Leonardo Igor Gutiérrez Fierro	119

POESÍA DEL MUNDO RURAL**PREMIOS NACIONALES**

Guerra de huerta, Emilio Narváez Vilches. Región Metropolitana	122
Mamá, Luz del Soviet Acuña Aguayo. Región de Los Ríos	126
Madre en dolor mayor, Haydée Sarita Bravo Mayer. Región de La Araucanía	128
Versos a la Ñaña, Claudio Andrés Salamanca Salvo. Región del Bío Bío	130

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

El lagar de la vaguada sin fin, Héctor Manuel Jesús Morgado Gamez	131
Yo soy del valle, Luis Daniel Milanés Mondaca	132
Apátrida, Arturo Javier Cortés Santander	134

REGIÓN DE TARAPACÁ

Este es mi norte, Carmela Iris di Caro Castillo	135
Poeta, Héctor Luis Campuzano Guzmán	137
Nidos en el delantal, Héctor Luis Campuzano Guzmán	138
Tristeza de un abuelo, Thayna Monserrat Castillo Chávez	139

REGIÓN ANTOFAGASTA

Campeño de Atacama, Alex Miguel Caro Bravo	140
Oasis del norte amado, Magaly Elvira Agüero Aguilar	141

* El tercer lugar regional de la región de Antofagasta fue declarado desierto por el jurado del concurso.

REGIÓN DE ATACAMA

Mínero atacameño, Moisés Edelberto Álvarez Monroy	142
Ataúd, Carlos Francisco Zepeda González	144
A mi pueblo natal, Adriana Elvira Godoy Guirroux	146

REGIÓN DE COQUIMBO

La greda de Monte Patria, Grimaldina Inelia Araya Astudillo	148
Pachamama, tierra amada, Melania Alzamora Alzamora	150
Te recuerdo, Rocío Alexandra López Aro	152

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La tinajada, Cecilia Margarita Vargas Retamal	154
Trigal, Verónica Francisca Chacón Hermosilla	156
Resguardo con dolor a vivo, Paz Ivana Romero Álvarez	157

REGIÓN METROPOLITANA

La primera cita, Marcelo Alejandro Muñoz Martínez	159
Poesía popular chilena del siglo XIX, Osmar Antonio Mavarez Urribarri	162

REGIÓN DE O'HIGGINS

Invierno en los campos de Colchagua, José Osvaldo Rocha Herrera	164
Cita de temporada, Rodrigo Alejandro Torres Garrido	166
Verso encuartetado, Mariano Enrique Aravena Osorio	168

REGIÓN DEL MAULE

María, Gabriela Andrea Albornoz Salas	170
Coplas por un viejo cerrucano, Luis Antonio Lagos Leiva	171
De herencia campesina, Julio César Corvalan Norambuena	174

REGIÓN DEL BÍO BÍO

Sin afrenta camina por el alba, Francisco Brayan Lagos Torres	176
Pecados en la granja, Yanette del Carmen Silva Silva	178
Pobreza campesina, Patricio René Ramos Poblete	179

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

Un canto de nostalgia y otro de trilla, Gloria Celinda Lepilaf Ñonque	182
Los durmientes, Francisco Eladio Méndez Castro	184

REGIÓN DE LOS RÍOS

- Un profesor rural en la cordillera, Rubén Wilfredo Arcos Jara 186
- Una caricia a mi niña, Jenifer Kattia Novoa Álvarez 188

REGIÓN DE LOS LAGOS

- Invierno en décimas, Jonathan Alexis Alvarado Velásquez 190
- Conocimiento campesino, Yenny Cecilia Álvarez Valenzuela 192
- Los vecinos de mi infancia (parte I), Juan Neftalí Almonacid Vargas 194
- El vestido de la murtera, Hardy Johans Cuyul Cuyul 196

REGIÓN DE AYSÉN

- La bandurria y el caiquén, Lorena Andrea Villagrán Mendoza 198
- Las reinas usan boinas, Bastián Ignacio Vásquez Godoy 200
- La vieja, Alex Marcelo Triviño Planzer 202

REGIÓN DE MAGALLANES

- Artesana, Iván Darío Rojel Figueroa 204
- Para un humilde trabajador de mi patria, Alexander Antonio Santander Olate 206
- La pampa, Jorge Luis Guerrero Gómez 207

ME LO CONTÓ MI ABUELITO**PREMIOS NACIONALES**

- El pescado de Carmelito, Valentina Estrella Gajardo López. Región del Maule 210
- Desde las sombras de un árbol, Juliana Antonia del Río Burgos. Región del Bío Bío 211
- El gigante de Pinte, Sebastián Ignacio Ochoa Pastenes. Región de Atacama 213
- El zorro y las papas de Isluga, Antonia Montserrat Varela Carvajal. Región de Tarapacá 214
- El padre Inti, Belén Nicol Mestas Medina. Región de Valparaíso 216

REGIÓN DE ARICA Y PARINACOTA

- El negro de Azapa, Valentina Danae López Fierro 218
- La historia de Chile no contada, David Joshua Salomón Valenzuela Cornejo 219
- Mi abuelo y su enfermedad, Benjamín Alejandro Arce Morales 220

REGIÓN DE TARAPACÁ

- El lagarto y el pozoalmontino, Scarlett Tamara Godoy O'Ryan 221
- Dayhanná, Carlos Viza 222

REGIÓN DE ANTOFAGASTA

Suyai esperanza, Estefanía Antonella de la Cerda Marincovich	223
La niña y el diablo, Carolina Alejandra Valdivia Díaz	224
La Colorada, Luis Francisco Ángel Castillo	225

REGIÓN DE ATACAMA

La Cucamula, Antonella Anastasia Balcázar Paredes	226
La niña de la Camanchaca, Catalina Beatriz Muñoz Lobos	227

REGIÓN DE COQUIMBO

Santos, Pablo Mateo Dario Donoso Alviña	228
Vitorina, Valentina Andrea Alfaro Maldonado	229
Don Cabrita, Andrés Humberto Yáñez Cortés	231

REGIÓN DE VALPARAÍSO

La señora chiquitita, Dabne Dianet Castro Altamirano	233
El hombre caballo, Samanta Antonella Piñeiro Quiroz	235
La escalera del diablo, Ángela Victoria Vivar Cáceres	236

REGIÓN METROPOLITANA

El vestido de mi abuela, Antonia Paz Lagos Novoa	237
La pata del diablo, Vicente Alonso Soto Naveas	239
El chanchito de greda, Trinidad Isidora Lagos Novoa	241

REGIÓN DE O'HIGGINS

La abeja maligna, Alelí Valentina Herrera Rojas	242
Un amigo inesperado, Benjamín Ignacio Miranda Orellana	243
Animita María del Rosario, Tamara Belén Álvarez Duque	244

REGIÓN DEL MAULE

La noche de san Juan, María José Sepúlveda González	245
Las aventuras con mi amigo fiel, Maximiliano Contreras	247

REGIÓN DEL BÍO BÍO

En las profundidades, Juliana Antonia del Río Burgos	248
Una vuelta muy larga, Victoria Lucila Cárdenas Aranda	250

REGIÓN DE LA ARAUCANÍA

El origen de la cruz, Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán	252
La usurpación de un hogar, Matías Gonzalo Quiriban Huentecura	253
El niño culebrón, Kyhara Dennis Nahuel Queupumil	254
La buja del jarrín, Paz Alejandra Durán Fontecalba	255

REGIÓN DE LOS RÍOS

La misteriosa muerte de las gallinas, Ignacio Orlando Pinuer Álvarez	256
El brusco despertar de 1960, Sofía Belén Cárcamo Muñoz	257
El camino de una pequeña curandera, Constanza Belén Medina Reyes	258

REGIÓN DE LOS LAGOS

Las amigas del Caleuche, Cristian Camilo Paillacar Coñoecar	259
Las mentiras se hacen realidad, Anayeli Constanza Velásquez Caicheo	260
El bote embrujado, Sebastián Alejandro Kachele Aguilera	261
Cómo la papa salvó a Europa del hambre, Amaité Rayen Rivera Hernández	262

REGIÓN DE AYSÉN

El caballo negro, Beatriz Helena Arregui Contreras	263
Me lo contó mi abuelito, Ente Noemí Cárcamo Antivero	264
Duenverdes, Alejandra Tamara Troncoso Barría	265
La lupa mágica, Matilda Leonor Jara Montiel	266

REGIÓN DE MAGALLANES

La pasatola, Tatiana Barrientos Yévenes	267
Historia Selknam, Pedro Bastián Torres Rudolph	269
La aventura de Germán y Simón, Germán Alejandro García Galindo	270

PRESENTACIÓN

Como cada año, el Ministerio de Agricultura a través de la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA) realiza el tradicional concurso Historias de Nuestra Tierra, que en sus 26 años de existencia ha permitido a miles de personas de todo Chile compartir sus historias, tradiciones, saberes, conocimientos y experiencias en torno al campo y al mundo rural de Chile, que constituye el corazón de nuestra identidad nacional.

El presente libro ofrece una antología de cuentos y poemas reconocidos en la versión 2018 de este certamen, en las categorías “Historias campesinas”, “Poesía del mundo rural” y “Me lo contó mi abuelito”. Obras que nos permiten no solo comprobar que la tradición oral, nuestras costumbres y verdaderas raíces siguen vivas y traspasándose de generación en generación, sino que además refuerzan nuestro compromiso como Ministerio de relevar la cultura rural de Chile, tan enlazada con nuestra realidad agrícola.

La agricultura es sinónimo de las regiones y es por ello, que esta publicación reúne obras de participantes oriundos de los más diversos y recónditos lugares del país, así como de pueblos originarios y desde esta versión, también de migrantes, quienes han querido compartir sus experiencias de vida y trabajo en nuestro país, especialmente en zonas rurales.

El hecho de que estos cuentos y poemas, año a año pasen a formar parte del Archivo de Literatura Oral y Tradiciones Populares de la Biblioteca Nacional, constituyendo un invaluable patrimonio y ventana a nuestra cultura rural y campesina, nos anima a seguir impulsando este certamen único en su tipo y refuerza el rol de FUCOA, a través de esta y otras iniciativas culturales.

Antonio Walker Prieto
Ministro de Agricultura

Francisca Martín Cuadrado
Directora Ejecutiva FUCOA

JURADO NACIONAL

Historias Campesinas



Osvaldo Cádiz

Nació en San Fernando, provincia de Colchagua, en 1939. Es profesor de estado de la Pontificia Universidad Católica de Chile; investigador e intérprete de la cultura tradicional y popular de Chile; investigador asociado y exprofesor adjunto de la PUCV; director de la Academia Nacional de Cultura Tradicional Margot Loyola Palacios; jurado del Festival Nacional del Folklore de San Bernardo y jurado del Premio Pulsar. También participó como jurado pre-seleccionador, y jurado de sala, del Festival de Viña del Mar; participó como conductor, junto a Margot Loyola, de diversos programas radiales y televisión. Exdirector del departamento de Cultura Tradicional del Ministerio de Educación y exintegrante de la comisión para la creación artística del Ballet Folklórico Nacional. Es coautor, junto a Margot Loyola, de los libros *La Cueca: Danza de la vida y de la muerte* (2010), *50 Danzas Tradicionales y Populares en Chile* (2014). Autor de *Juegos Tradicionales y Populares en Chile* (2018).



Héctor Velis-Meza

Nació en Santiago en 1949. Es periodista, autor y editor de libros, y académico universitario. Se define a sí mismo, como curioso de oficio y lector impenitente. Ha publicado más de 48 volúmenes relacionados con el lenguaje y las costumbres. Vive en el valle de Ocoa, en la tierra de la palma chilena, frente al cerro La Campana.



Diego Zúñiga

Nació en Iquique en 1987. Es periodista y escritor. Ha publicado las novelas *Camanchaca* (2009), *Racimo* (2014), *Soy de Católica* (2014) y el libro de cuentos *Niños héroes* (2016). Ha recibido diversos reconocimientos, como el Premio a la Creación Literaria Joven Roberto Bolaño 2008. Sus libros se han traducido a diversos idiomas y en 2017 fue elegido como uno de los 39 mejores escritores latinoamericanos jóvenes por el Hay Festival.



Claudia Olavarría

Nació en Santiago en 1980. Es licenciada en letras, máster de promoción de la lectura y literatura infantil de la Universidad de Castilla. Coordinadora General de la Biblioteca Escolar Futuro UC y, socia y editora de Gata Gorda Ediciones.



María José Cumplido

Nació en Santiago en 1988. Es historiadora, escritora y editora de contenidos en Memoria Chilena. Autora de dos libros: *Chilenas y Chilenas rebeldes*.

Fotografía: Lorena Palavecino

Poesía del Mundo Rural



Floridor Pérez

Nació en 1937 en Yate, comuna de Cochamó, que lo declaró Hijo Ilustre el 2011. Egresado de la Escuela Normal de Victoria (1957) ejerció en una escuela rural (1958-1973). En 1974 fue designado profesor de castellano del Liceo de Combarbalá. Escritor en residencia de la Universidad de Concepción y Católica de Santiago. También hizo clases en la Universidad de Chile, Andrés Bello y Adolfo Ibáñez. Fue director del Taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda desde su creación en 1988 hasta el 2017.



Paula Ilabaca

Nació en Santiago en 1979. Escritora y editora. Ha participado en diversos festivales de poesía en Latinoamérica y Europa. Entre sus publicaciones destacan en poesía *La perla suelta* (2009) y la novela *La regla de los nueve* (2015). Premio Pablo Neruda 2015, Premio Juegos Florales 2014, Premio de la Crítica de Prensa Literaria en Chile UDP 2010. El año 2016 inauguró la micro editorial Cástor y Pólux que desarrolla dos líneas de publicación: poesía hispanoamericana e ilustración. Se dedica a la docencia y a talleres literarios.



Elicura Chihuailaf

Nació en Cunco en 1952. Es poeta, oralitor y ensayista. Vive en la lof/comunidad en que nació y creció, Kechurewe, región mapuche (comuna de Cunco). Premio Mejores Obras Literarias del Consejo Nacional del Libro y la Lectura, 1994 y 2000. Premio Municipal de Santiago, 1995. Premio Nacional de Poesía Jorge Teillier, 2014.



Ina Groovie

Nació en Santiago de Chile en 1980. Es profesora de lengua castellana y comunicación, imparte talleres de redacción creativa y colabora con diferentes medios, siempre desde la crítica, recomendación y divulgación literaria. Ha sido conductora de programas radiales desde 2006 y es voz comercial. Su Instagram de recomendación de libros es @ibaconlibros.



Domingo Pontigo

Nació en 1939. Es cantor a lo humano y a lo divino, premiado por la UNESCO como Tesoro Humano Vivo e Hijo Ilustre de la comuna de San Pedro de la Providencia de Melipilla, tierra donde ha vivido toda su vida. Ha editado seis libros. Es frutillero y desde hace 15 años trabaja haciendo talleres de canto a lo divino y lo humano en su comuna y en la región de O'Higgins.

Me lo contó mi abuelito



Sonia Montencino

Nació en Santiago en 1954. Es antropóloga y escritora, profesora titular del Departamento de Antropología y coordinadora de la Cátedra Indígena de la Universidad de Chile. Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales (2013). Experta de Chile y Latinoamérica ante el Órgano Evaluador del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad de Unesco. Recibió en 2005, el Premio Altazor por el libro *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*, que reeditó en 2015.



Mauricio Paredes

Nació en Santiago en 1972. Ingeniero civil eléctrico PUC y escritor. También se dedica a la investigación y difusión de la literatura infantil. Entre sus títulos destacan: *¡Ay, cuánto me quiero!*, *La familia guácatela* y *La cama mágica de Bartolo*.



Esteban Cabezas

Nació en Santiago en 1965. Es periodista, crítico gastronómico y escritor de literatura infantil. Algunos de sus libros son: *La saga de Julito Cabello*, *María la Dura* (Premio Barco de Vapor) y *La tortulenta* (Premio Ibby Chile).



Josefina Muñoz

Nació en Santiago en 1946. Licenciada en literatura, profesional de la División de Educación General (DEG), Ministerio de Educación.



Manuel Peña

Nació en Valparaíso en 1951. Es escritor, profesor de castellano y especialista en literatura infantil y juvenil. Autor de libros de cuentos, novelas, crónicas y poesía infantil de tradición oral. Premio Gran Angular por la novela *Mágico sur*. Profesor en cursos de magísteres de las universidades Andrés Bello, Alberto Hurtado y San Sebastián. Profesor de seminarios y talleres literarios que ha dictado en Chile y Latinoamérica.

PALABRAS DEL JURADO

Historias Campesinas

Descubriendo un Chile nuevo y oculto

En cada narración se encierra una profunda lección de vida, a veces nos llega en letras nostálgicas, en otras llenas de recuerdos y vivencias tan claras que nos invitan a ser parte de aquellas historias.

Cada palabra nos permite recorrer el verdadero Chile, aquel de tierra, donde aflora la historia no escrita, aquella que se transmite de abuelos a nietos, de madre a hija, de un amigo frente a otro. Son historias que nos sorprenden y emocionan cada vez que empezamos el viaje de sus lecturas.

Ser jurado me ha significado un altísimo honor, pues ha enriquecido mi vida, me ha permitido seguir descubriendo un Chile, que siempre es nuevo y oculto, como decía Margot.

Uno de las características más importante de estas narraciones, es su espontaneidad y simpleza, que sin abusar de palabras rebuscadas, sino con aquellas precisas y profundas, se acercan y nos acarician el alma conduciéndonos por paisajes físicos y humanos, que van armando cada rincón de este amado país.

Oswaldo Cádiz

Presidente del jurado

Poesía del Mundo Rural

Desde una poesía escrita en el campo a una poesía campesina

*“La tierra ensucia las manos,
pero limpia al hombre”.*

F.P.

Así puedo describir lo que ha sido para mí este verdadero viaje cultural y humano, al que tuve la suerte de ser incorporado desde el punto de partida, su primera edición. Y así mismo lo titulé al pedírseme este informe sobre mi experiencia en el concurso.

Por estructura legal y vocación funcionaria, FUCOA lo orientó siempre al mundo rural, pero entendiéndolo mucho más allá de un domicilio habitacional, sino asumiendo su hábitat ecológico, su entorno patrimonial, sus costumbres ancestrales. Aplicada a la poesía, esta evolución avanzó desde la simple exigencia de sus bases de vivir o trabajar en el campo, al creciente empleo de formas propias de la creatividad folclórica, usadas espontáneamente por los concursantes.

De este modo —a través de los años— FUCOA se ha ido convirtiendo en un fondo invaluable de creatividad rural, y especialmente de la *Décima*, arma verbal poderosa, pero formalmente compleja, por lo que fue preferida por los mejores payadores, en sus variadas formas usadas en Chile desde el siglo XIX.

Cuando —como he contado, creía dar por terminada mi tarea— se produce un acontecimiento alentador, que parecía pensado para ilustrar nuestro tema: el XXV Encuentro Internacional de Payadores, de Casablanca. Con representantes de una docena de países, reunió unos treinta mil espectadores en sus tres días de duración.

—¿Sorprendente?

—No para quienes comprendan que la naturaleza no solo cambia cada año, ni cada estación, ni cada mes, sino que es el primer y único modelo de *movimiento perpetuo exitoso* conocido.

Floridor Pérez

Presidente del Jurado

Me lo contó mi Abuelito

La tradición oral revisitada

A lo largo de las más de dos décadas de existencia del concurso Historias de Nuestra Tierra, se pueden seguir las continuidades y cambios en la tradición oral chilena, en especial dentro de la categoría “Me lo contó mi abuelito”. Las narrativas orales, convertidas en oralitura gracias a la textualidad vertida en los relatos enviados a esta sección, dan cuenta por un lado, de la mantención de ciertos tópicos arraigados en los pueblos indígenas y mestizo-populares, como el origen de lugares y cosas, personajes míticos como el Trauco, la Calchona, el Sumpall, cuentos de animales y de aparecidos, entre otros, de larga data en el universo oral nuestro. Por otro lado, se evidencian nuevos relatos que nos acercan, desde una vertiente testimonial, a sucesos históricos, políticos y de la vida cotidiana del siglo XX y XXI, así como a la emergencia de sujetos antes invisibilizados como las mujeres y las inequidades y violencias que sufren, o los avatares del mundo campesino y su estilo de vida amenazado por la globalización.

La tradición oral, como todo patrimonio, está viva y en su reproducción recupera las viejas hablas y estructuras dotándolas de nuevos contenidos al incorporar signos contemporáneos, como ocurre con las diversas versiones de La Llorona, las penaduras o las apariciones en contextos urbanos. No obstante, hay una cadena de transmisión que no se quiebra y que hace posible que figuras como el diablo, en la versión pícaro popular y no en la ominosa del relato religioso, atraviese el tiempo; lo mismo sucede con los cueros, los entierros y los tesoros escondidos. Así, podríamos decir que en estos últimos años, se han ido revisitando los acervos orales para otorgarles sentidos vinculados con los cambios sociales y con los nuevos horizontes de valores comunitarios. Pero, al mismo tiempo, las antiguas narraciones cobran importancia a la luz de las identidades que circulan a través de la memoria revisitada en los cuentos y relatos, como símbolos de la actualización permanente de lo que otros (as) contaron, lo que construye aún una parte del imaginario de las nuevas generaciones.

Sonia Montecino

Presidenta del jurado



Historias Campesinas



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA

Tatiana Alejandra Farías Ortiz

La Rosa estaba amasando. El pan requería de toda su atención. Pero ese día, mientras el gallo cantaba, sentía que su mente estaba en otra cosa. Comprobó la temperatura de la paila con manteca y la vertió en medio de la harina. Una pequeña nube de vapor se irguió sobre la blancura esparciendo el olor húmedo de la levadura germinando.

Fuera, la mañana clareaba en tonos azules, tristes como la sombra que la envolvía. Desde el cuarto del lado escuchaba la respiración de su hijo y los ruidos que hacía el Lucho arreglando sus pilchas. Que se fuera luego para seguir con su vida. Las manos llenas de harina le salpicaron el rostro cuando se secó el sudor con la manga. El calor del brasero la abrigaba, pero no alcanzaba a entibiarle la desazón que percibía en los huesos. Los pasos resonaron a su espalda e hicieron que los músculos se le agarrotaran con cada sonido.

—Ya, Rosa. Me voy —dijo él, parado en la puerta de la casa. El umbral siempre le quedó un poco bajo y tenía que agacharse para entrar. Igual que para besarla, pero eso ya no lo haría más, ni tampoco entrar por esa puerta, cruz *pa'l* cielo.

—No me quiero ir —repitió.

Rosa lo miró directamente a los ojos. Secos, sus ojos debían mantenerse secos. Escondió las manos en el delantal para que no viera cómo tiritaba, rogándole a Diosito para que tampoco le temblara la voz. La sangre gritaba «quédate».

Váyase —dijo y le hizo un gesto hacia la puerta. La saliva se le volvió amarga, pero se obligó a tragarla.

—Pero Rosa... —largó la mano, tratando de tocarla. A ella, ese intento le dio náuseas.

—*Na'* de Rosa aquí. *Usté* no tuvo ni un empacho en meterse con esa *peuca*. Pues, se me manda a *cambiare* nomás. —Y le dio la espalda.

Ella no vio cómo la culpa apagó los ojos del Lucho que, junto con bajar la cabeza, también bajó lo ojos. Tampoco vio la rosa que dejó en el umbral. El Cholo ladró cuando su dueño cruzó el patio lleno de pollos madrugadores.

El ruido de la puerta al cerrarse la empujó al suelo, quebrada por dentro, con un dolor en los huesos que se negaban a sostenerla. Respiró hondo; no lloraría, por Dios que no lloraría. Tragaba aire en el intento de librarse del sollozo que rugía en su alma. Aferrada a la mesa, se levantó.

La masa estaba fría, debía echarle agua de nuevo. Tomó la tetera directamente del brasero y no sintió el calor de la manilla. Tampoco escuchó los pasos pequeños, cortitos, de su hijo, hasta que llegó a su lado y tiró de su delantal.

—Mamita, no llore. Yo la voy a cuidar.

Y en esos ojos, iguales a los del Lucho, vio tantas promesas, tanto amor y lealtad que supo que saldría adelante aunque tuviera que partirse el lomo amasando.

—No estoy *na'* llorando, *mijito*. Es la humareda que me molesta nomás. —La sonrisa de su hijo le devolvió algo de paz y se sintió más liviana. —Ahora lávese las manos *pa'* tomar desayunito que el pan ya va a estar.

Sí, la masa estaba fría. Pero lo peor ya había pasado. En una tierra de huachos, quedarse sola era el pan de cada día. El canto del gallo la conectó con la vida.

La Rosa siguió amasando, el Cholo ladró otra vez y la masa se entibió con lágrimas que ella, en un acto de valentía, prefirió ignorar.

40 años
Rancagua
Región de O'Higgins
Primer lugar nacional
Primer lugar regional

SAN LORENZO, PRISIONERO DE GUERRA

Braulio Manuel Olavarría Olmedo

Despertó y, de inmediato, le vino a la mente el sueño que tuvo con Lorenzo. Interpretó que su mensaje era perentorio, de manera que se fue donde el fabriquero a participarle lo que estaba por venir.

—Lo que pasa, don Primitivo, es que san Lorenzo está fastidiado. Me miraba fijamente, con una cara tan enojada que no necesitaba decir palabras. Parece que ya no da más, que quiere irse. Claro, desde antes de la guerra que no se le puede celebrar su fiesta y, más todavía, ahora los chilenos son dueños de todo esto. Sí, pues. Mire que dos años antes que principiara la guerra, el templo se había incendiado y nosotros, los tarapaqueños, desde entonces no hemos sido capaces de reconstruirle su casa. Si hasta el tata cura se ha endilgado para el Norte. Y dicen que van a llegar curas chilenos; por eso, las señoras devotas han retirado de la iglesia el cáliz, las vinajeras y otras cosas sagradas...

—Bueno, se ve que la guerra ya está por terminar. He sabido que más arriba anda una montonera boliviana de resistencia. Pero esto ya no tiene vuelta.

—Justamente, pues, don Primitivo. Por eso es que san Lorenzo quiere partir. Mire... tengo la idea de sacarlo a él y a los otros santos y llevarlos por allá por Jaiña, cerquita de Sipiza. O sea, la idea sería esconderlos y esperar para ver qué pasa más adelante. No sé qué le parece a usted, que ahora es la autoridad. Pero, le digo una cosa: San Lorenzo me eligió a mí, me ha puesto a prueba. Si no le doy conformidad, fijo que me castiga.

—Buena idea has tenido, Raimundo. Te digo que yo, como tarapaqueño y mismamente como patriota, no voy a permitir que san Lorenzo y los demás santos caigan en manos de los enemigos y que estos los agarren como botín. Imagínate, qué no van a ser capaces de hacer si fue aquí, en Tarapacá, donde perdieron la única batalla. En todo caso, san Lorenzo ha hablado fuerte. Su voluntad es de él nomás. Así es que, habrá que sacarlo de aquí y que sea en buena hora.

En compañía de Raimundo, cuatro arrieros con una tropa de mulas se encargaron del tan delicado, como inusitado, traslado de las imágenes sagradas, desde Tarapacá, un pueblo que hace ocho años dejó de ser la capital provincial y regional, rango que mantenía desde antes de los incas.

Salieron casi al despuntar la aurora cuando los cuculis empezaron a cantar. Caiagua; Pachica con sus campos de alfalfa y maíz; Laonzana y sus huertos rebosantes de peras y granadas; luego, a perseverar por la cuesta de Puchurca, que conduce a Mocha; más allá Huaviña y su linda iglesia. A partir de este paraje, aparecen las ancestrales terrazas de cultivo, con sus verdes escalinatas que adornan las desnudas laderas quebradeñas. Enseguida, Limacsiña, para bajar a Sibaya, inconfundible por el rojo de los techos, puertas y ventanas, y que se jacta de que allí parió una mula... A continuación, se disponen a repechar la larga y empinada cuesta de Pacumiña, para arribar al pueblo de Sipiza, cuyo templo se incendió en 1879. Sus paisanos se jactaban de que la fiesta del Espíritu Santo era la más grandiosa de toda la provincia, mejor, incluso, que la de san Lorenzo y la de La Tirana.

«¿De dónde?» —comentó para sí Raimundo— y, de inmediato, irrumpieron en su memoria imágenes de las suspendidas celebraciones lorencinas, una mixtura de picardía criolla e inveterada práctica popular. En esos días, las campanas se echaban al vuelo e infundían emociones en los espíritus excitados. La *calapurca*¹ campeaba en todas las mesas, la chicha corría a raudales y alegres comparsas recorrían las calles, ensordecidas por los cohetes, cantando al son del charango. Los jóvenes de las salitreras llegaban evidentemente *cacharpeados*² y era obligación que, al sonar el *bailietierra*, sacaban a bailar a una niña y

¹ Calapurca: sopa heredada de los aymara. Se consume tradicionalmente en la madrugada, luego de las ceremonias comunitarias, ya que al ser un plato contundente ayuda a los devotos y danzantes a recuperar sus fuerzas (nota del editor).

² Cacharpeados: bien vestido, elegante (nota del autor).

al sacarla arrojaban un buen puñado de monedas a sus pies. El día anterior al 9 de agosto se realizaba la víspera luminaria o entrada de ceras. Desde ahí, donde estaba el templo, se iban a bailar al parabién hasta la llegada del alba, para terminar en la calle trotando y cantando “*Por esta calle a lo largo, cuculí madrugadora...*”.

El día principal se armaban Calvarios, una feria donde se llevaba a cabo un regateado simulacro de compraventa de objetos en miniatura, mientras los más jaraneros se *castigaban* en la pila, una palangana con vino, chicha y licor. Después continuaba la Parvidad; para agasajar al patrono san Lorenzo le servían un estimulante plato de picante remojado con chicha de *jora*³. Enseguida venía la solemne procesión con la imagen patronal y en la plaza se colocaban ollas de picante y maíz cocido, junto a cántaros de chicha y botellas de vino, para el deleite de los entusiastas hijos de san Lorenzo.

«Esas costumbres las teníamos desde siempre; las costumbres que vienen de los abuelos más antiguos, esos que eran *pata rajá*, porque andaban con chalalas. Felizmente, nosotros ahora usamos zapatos. Imposible olvidar tantos momentos de rechupete y palillo».

De pronto, al girar por una curva prolongada, ocurrió algo inesperado: se encontraron frente a un escuadrón chileno que había discurrido por Camiña, Soga y Jaiña. Raimundo y los arrieros obedecieron la voz de: ¡Alto! Esto lo cuenta la crónica histórica: el jefe de dicha fuerza, el comandante Exequiel Fuentes, se acercó y les preguntó cuál era el lugar donde los montoneros escondían sus armas. Como los interpelados no respondieron, ordenó allanar los bultos. Quitadas las frazadas que las cubrían, aparecieron las imágenes de san Lorenzo, de la Virgen de la Candelaria, de San Manuel y de San Antonio. El hallazgo no llamó la atención del jefe militar chileno, quien volvió a preguntar, pero esta vez en tono más enérgico:

—¿Dónde están las armas?

Silencio ensordecedor, que rompió el propio comandante tras observar las imágenes descubiertas. Sacando su sable, tronó:

—¡Si no me dicen dónde están las armas, les corto la cabeza a todos sus santos!

Obviamente que a los arrieros, que conocían el dato, no les quedó más opción que soltar la pepa: el armamento se encontraba quebrada más arriba. Sonriente y satisfecho de su estratagema, Fuentes preguntó de dónde eran las imágenes y quién iba a cargo de ellas. Raimundo se apresuró a contestar que pertenecían al pueblo de Tarapacá y que él era el encargado del traslado.

—Bien, ustedes, los arrieros, me acompañan al sitio donde están las armas. Y tú —dirigiéndose a Raimundo— te devuelves a Tarapacá con tus santos, pero con soldados. Nos vemos después en Tarapacá.

Y san Lorenzo tuvo que retornar a su casa con escolta militar, como virtual prisionero de guerra. Y esperar.

Sin embargo, el término de la guerra ya se avecinaba y para san Lorenzo se auguraban tiempos inimaginables. Como que dentro de algunas escasas décadas los pampinos chilenos adoptarían al patrono tarapaqueño con tal afecto que para ellos, más que san Lorenzo, sería su amigo Lolo, que daría como resultado que su aureola trascendería no solo la quebrada, sino también la pampa y la provincia.

73 años
Arica
Región de Arica y Parinacota
Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

³ Jora: maíz remojado y triturado que se pone a fermentar en agua (nota del autor).

EL SUEÑO DE FERNANDO

Paulina Alejandra Sepúlveda Berra

Fernando era un niño como muchos otros niños, moreno, delgado, con ojos como dos lunas grises: brillantes y despiertos.

Fue un día miércoles cuando, estando en clases, por primera vez algo de lo que decía lo hacía diferente al resto. La profesora les preguntaba, niño por niño, qué querían ser cuando fueran grandes. Fernando tenía clara su respuesta, aunque tuvo que esperar a Joaquín, que quería ser bombero, y a Raquel, que quería ser astronauta, antes de lanzar con voz segura y firme:

—¡Yo quiero ser machi!

—¿Machi? —lo interrogó la profesora.

—¡Sí! respondió Fernando. Y antes de que pudiera continuar, la expresión de desconcierto de la profesora ya había provocado la risa de todo el curso, sin que ninguno de sus compañeros supiera siquiera qué era exactamente eso de ser machi.

Años más tarde, Fernando, ya sabía de memoria que ser machi era imposible, porque era hombre y porque era huinca. Mejor que fuera médico o enfermero, incluso, que fuera cura. Pero, ¿ser machi? Eso sí que era una locura. Sin embargo, su sueño nunca cambió.

Un buen día, despertó decidido, tomó su mochila con todo lo que pensó que podía necesitar y se adentró en territorio mapuche. A esas alturas, ya sabía muy bien dónde encontrar una machi y tenía un plan para pedirle que le enseñara su sabiduría ancestral.

Llegó a la *ruka*, vestido de niña mapuche, con un largo cabello negro trenzado. No se sabe muy bien qué fue lo que le dijo a la machi. Tampoco se sabe cómo ella no se dio cuenta de que el cabello eran trozos de lana negra, apenas cortados uno igual al otro. Lo que sí se sabe, es que la machi accedió. Le explicó que para lograr su sueño, debía ser elegido por un espíritu, y que no bastaba querer serlo. Pero al verlo tan convencido, le pidió que se quedara y prometió enseñarle, al menos, sobre algunas plantas y hierbas.

Así pasaron los días, meses y años. Fernando, con los ojos cada vez más despiertos y brillantes como dos lunas grises, aprendía lo que la machi le enseñaba. No solo memorizó las propiedades de las plantas, aprendió a identificarlas y recolectarlas en el campo e, igualmente, se interiorizó sobre los rituales y el conocimiento espiritual mapuche.

Fue también un día miércoles, cuando al despertar sintió una angustia incontenible. Había aprendido muchísimo, pero a costa de un reprochable engaño. Todo lo que sabía, en realidad, había sido consecuencia de un robo y él nunca había querido ser ladrón.

Se quitó su peluca y caminó decidido a decir la verdad, a pedir perdón y a marcharse. Habló con la machi con lágrimas en los ojos, mientras esta lo miraba inmóvil, sin perder su apacibilidad. Luego, de que confesó todo lo que debía revelar, el cielo ya estaba rosado y el sol casi se ponía en el horizonte. Salió de la *ruka*, caminando con pasos mucho más largos que cuando había entrado. Había crecido bastante y ya era casi todo un hombre.

La machi salió con intención de decirle algo, de contener un poco la angustia que había visto en sus ojos. Tal vez quería decirle, que siempre supo que era hombre y que era huinca. Sin embargo, ni una sola palabra salió de su boca.

Tras Fernando, el del paso largo y firme, las hierbas, plantas y árboles se movían danzando, las estrellas bailaban en el cielo, y la luna, que acababa de aparecer, se había vuelto tan gris como los ojos del joven. Claramente, Fernando ya era un machi y lo descubriría por sí mismo llegado el momento.

La machi sonrió, asombrada de lo que había creado. Entró de nuevo a su *ruka*, se miró en una fuente con agua y viendo su propio reflejo reflexionó en voz ni baja ni alta «¿Ser machi? ¡Qué locura niño, qué locura!».

31 años
Longaví
Región del Maule
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

ESCULTURA DE SAN PEDRO

Paola Andrade

La escultura de san Pedro fue inaugurada al mediodía en Pucatrihue⁴ por las autoridades municipales. El gran temporal se inició temprano ese día y no paró más. A medianoche, la ferocidad del mar invadió fatalmente la caleta. Nadie consiguió salir de sus casas, porque el oleaje inundó el camino.

Al tercer día, repentinamente, se escuchó a lo lejos el sonido del *kultrun*⁵. De esta forma los *Apu Ulmen*⁶ anunciaban su llegada. Desde distantes localidades debieron movilizarse, porque en sueños vieron a Canillu⁷ desatando la guerra a la imagen de madera.

Un ejército encantado apareció en forma de perros grises pelados montados sobre millones de caballos blancos. Volando a ras de suelo, llegaron a *Rawe*⁸ y se detuvieron frente al río. Allí se plantaron como una fuerza invisible en 1793, cuando se firmó en ese lugar el Tratado de Paz de Las Canoas entre huilliches y españoles. El terreno estaba marcado como espacio de negociación.

Así y todo era una situación peligrosa, las autoridades políticas y religiosas estaban obligadas a traspasar el afluente y dirigirse al territorio costero para sacar al patrono de los pescadores. Algunas personas que desconocían el conflicto espiritual afirmaban que solo era un capricho mapuche. Sin embargo, se trataba de mucho más que eso.

La caleta Pucatrihue donde fue levantada la efigie del santo, es el mayor espacio espiritual de la *Fütawillimapu*⁹. En junio asisten desde todos los puntos cardinales para consagrar el *We tripantu*¹⁰, en los instantes en que se inicia el ciclo de la vida y la tierra brota. La isla del Taita Huentellao¹¹ o *Sruka Kusra*¹² se encuentra a doscientos metros de la playa y justo al frente, como descarada provocación, fue instalada la escultura de san Pedro.

—Los huincas no saben, pero nuestros antepasados murieron porque no se reconocían cristianos. Nuestras *ñañas*¹³ fueron violadas, a los *pichiqueche*¹⁴ los dejaron sin padres, desnudos los sacaron de sus tierras y nunca más pudieron hablar el *chezungún*¹⁵. Todo este daño se hizo en nombre de la cruz. Ya pusieron una Virgen en la casa del cerro de Canillu en Pucatrihue.

Los sabios del pueblo preguntaron:

—¿Por qué hacen esto? Podrían ubicarlo en Bahía Mansa, frente a los botes. Huentellao y las fuerzas de la tierra se afectan por esta situación y se sienten exigidos a mostrar su fuerza. Es solo desgracia para los *pukatriwekeche*¹⁶. Están bloqueando las fuerzas espirituales. Crearon un delta oculto que empieza con san Pedro, sigue con la Virgen sobre el Canillu y termina con la casa de Huentellao. Es un encierro al Taita, están asfixiando y pisoteando a Canillu una vez más. Es Canillu quien controla al ejército mapuche encantado de los hermanos Millalikan, Pinsalikan y Antülikan, las fuerzas de la Ñuke Mapu¹⁷. Todas las entidades espirituales huilliches han hecho la advertencia sobre la destrucción que ellos podrían provocar; la tormenta de hace tres días es únicamente el principio.

⁴ Pucatrihue: sector costero de la comuna rural de San Juan de la Costa (nota del autor).

⁵ Kultrun: instrumento de percusión ceremonial del pueblo mapuche (nota del editor).

⁶ Apu Ulmen: caciques en lengua mapudungun (nota del autor).

⁷ Canillu: divinidad mapuche que vive en Pucatrihue (nota del autor).

⁸ Rawe: río de territorio huilliche de Osorno cuyo significado es lugar del barro (nota del autor).

⁹ Fütawillimapu: grandes tierras del sur en la comunidad mapuche (nota del autor).

¹⁰ We tripantu: celebración del año nuevo mapuche que se realiza durante el solsticio de invierno el día 21 de junio (nota del editor).

¹¹ Taita Huentellao: personaje de la mitología huilliche, considerado como mediador entre el pueblo y sus divinidades (nota del editor).

¹² Sruka Kusra: piedra en forma de casa en lengua mapudungun (nota del editor).

¹³ Ñañas: abuelas en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁴ Pichiqueche: niños en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁵ Chezungún: el hablar de la gente en lengua mapudungun (nota del editor).

¹⁶ Pukatriwekeche: gente de Pucatrihue en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁷ Ñuke Mapu: Madre Tierra en lengua mapudungun (nota del editor).

Representantes de diversos países, medios de comunicación y líderes llegaron a solidarizar con las comunidades. Desde la isla de Chiloé, afectada por la gran plaga roja, llegaron emisarios en grandes botes pesqueros. Los peces habían muerto antes de la Gran Guerra con el Estado chileno y solo quedaron 777 de 200 mil chilotes. Cincuenta barcos de *lafkenques*¹⁸ con corderos y *muday*¹⁹ zarparon la noche del 9 de mayo, desde Pucatrihue hacia la isla. Después de siete años de lucha, se detuvo el duro enfrentamiento y muchos *weichafes*²⁰ partieron al *Wenumapu*²¹. En principio, las autoridades no hicieron caso de las advertencias de los líderes ancestrales, pero...

Durante la segunda noche de tempestad, el alcalde viajaba desde Pucatrihue hacia su casa de Osorno y, abruptamente, su auto sufrió un desperfecto en medio de la oscuridad rural por donde acortaba camino. Bajó del vehículo, levantó el capó y al iluminar con un brillante foco descubrió glaucos, diminutos y antropomórficos seres volando alrededor del motor. Petrificado, intentó bajar el capó, mas los entes se agruparon y formaron una niebla amarilla y fosforescente, que iluminó el bosque de pinos circundante al oscuro camino. Al instante, a pesar de la intensa lluvia, los árboles de los alrededores se incendiaron. El alcalde intentó alejarse del fuego y fue, entonces, cuando descubrió lo más increíble: sentado al volante del automóvil, un individuo de cuerpo gris y sin rostro, de cuyos brazos colgaban desproporcionadas membranas, lo miraba inmutable. Su formidable tamaño apenas era contenido por el Toyota Yaris.

Mientras el hombre procuraba dominar el miedo, de improviso, las aves nocturnas enmudecieron, la lluvia se detuvo y luego del silencio general, emergió un ruido subterráneo. En ese instante, el ser ceniciento se bajó del auto. De pie parecía de dos metros y medio y olía a mar. El alcalde lo iluminó, pero al hacerlo jamás imaginó lo que alcanzó a ver de su rostro. Como en la proyección de una película de pavorosa realidad vio la imagen de *Sruka Kusra*, completamente deformada. Indescriptible fue la palabra que escogió para referirse a ella. En medio del sombrío oleaje y de la visión que percibió, el alcalde huinca advirtió que una extraordinaria serpiente se acercaba a él y lo enfrentaba con un desconocido, lenguaje que, en principio, no pudo interpretar... Sintió que algo suave se enroscaba y subía por sus muslos, y fuertes raíces lo oprimieron y lo hicieron gritar de dolor. La rapidez de las imágenes, la impresión, el pánico, la desesperación y la turbación le provocaron náuseas y vómitos. Finalmente, se desvaneció. Pero, antes de perder el conocimiento, había comprendido todo.

Maltrecho y sucio, el hombre despertó. Aún era de noche. La lluvia había concluido y la isla de piedra donde vive el Taita Huentellao se divisaba a lo lejos envuelta en una espesa bruma. Tambaleando se sacudió las hojas, las raíces y la arena. Como surgiendo de un sueño, se dirigió al maletero del auto. Extrajo una pequeña hacha y emprendió rumbo a la escultura de san Pedro. Sin observarla siquiera, rápida y enérgicamente, a hachazos destruyó al patrono de los pescadores. La roció con bencina y lió un cigarrillo español mientras, la veía desaparecer consumida por el fuego. Solo se escuchó el rugido del coche, que se alejaba por el húmedo camino costero. No había nadie en la playa de la caleta, el mundo se había detenido y sus habitantes estaban sumidos en un sueño profundo.

Una vez que el automóvil traspasó el río Rawe, un leve aroma a árboles antiguos y azufre lo hizo estornudar tres veces.

Amanecía y, luego de la gran tormenta, apareció un tibio sol.

Nuevamente la tierra volvía a su equilibrio.

47 años

Osorno

Región de Los Lagos

Premio especial Pueblos Originarios

¹⁸ Lafkenques: gente costera en lengua mapudungun (nota del autor).

¹⁹ Muday: bebida mapuche de trigo fermentado (nota del editor).

²⁰ Weichafes: guerreros de elite mapuches (nota del editor).

²¹ Wenumapu: tierra de arriba según la cosmovisión mapuche (nota del editor).

El profesor Nicasio Casas, en las noches de estrellas multicolores, en medio de los viñedos del valle del Elqui, decía que era imposible estar solos en el vasto, sonoro y gigantesco universo. A diario levantaba el cuello hacia el cielo, en los momentos en que los primeros luceros se asomaban, y bajaba la mirada para tomar algunas notas con su característica e ininteligible letra manuscrita. La manipulación del telescopio de origen alemán, que guardaba con celo, solo se daba en ocasiones astronómicamente relevantes o para curiosear los valles de la Luna, la Vía Láctea y sus estimulantes movimientos. Sentía que las máquinas modernas eran insuficientes en el juego de lentes del floreciente año 1927. Se resignaba insatisfecho por los avances que le tocó vivir en su época y se ahogaba en cálculos y anotaciones indelebles de cometas milenarios.

La ejecución de sus clases se dividía entre la enseñanza de los contenidos obligatorios y en las largas sesiones de preguntas, que deambulaban entre los astros y las energías, y concluían en entretenidos monólogos sobre el cosmos. “Estamos en constante movimiento. Creo que se los he comentado”, repetía entre sus alumnos. “La Tierra se mueve en torno al Sol. Al mismo tiempo, el sistema solar —explicaba con las manos en movimiento— y el resto de los planetas se mueven por la atracción de ese haz de luz que inventaron, que es la leche derramada por Hera, y que está encima de nosotros cada noche, muchachos: la Vía Láctea”. Así alzaba la tiza y dibujaba con seguridad los movimientos de traslación. “Nosotros transitamos alrededor del Sol. Esa es una certeza. ¿Y hoy es? —se preguntaba, como imitando el acento aymara, que los niños no percibían— 3 de marzo del 27. Les diré algo que casi nadie sabe. El universo en su totalidad se mueve. Espero no abrumarlos, pero este todo que nos rodea viaja en dirección a otro más grande que el nuestro, que nos 'jala' por su gravedad. Todo es gravedad. Es hasta triste, pero pronto habrá una colisión de galaxias. Las estrellas lo confirman”.

Con la oralidad de un enamorado del cosmos hablaba en los cuatro cursos de la Escuela Rural de Los Morros, en el último suspiro de la provincia de Elqui, en Paihuano, en el cielo más despejado del mundo: “Cada noche es un espectáculo. He visto tantas estrellas fugaces que ya no es chiste pedir deseos”, decía el respetado anciano de pelo cano, zapatos lustrados e innumerables mañas, que le sobraban para regalar.

El profesor Nicasio nació en La Higuera, a 70 kilómetros de Coquimbo. En sus primeros años se dejó seducir por las descripciones de la Luna, que recitaba su padre, profesor de la única escuela construida por el filántropo liberal Pedro Pablo Muñoz. Con su querido compañero de telescopio, Bartolomé Casas, compartió la observación de la Vía Láctea en general, las leyes que rigen el universo en su conjunto y la solitaria Luna, y fue contestándose con el tiempo, en las noches de octubre, las razones del movimiento, brillo y armonía que las estrellas y los planetas le generaban.

Se preguntaba sobre los cúmulos de estrellas atorados en la Vía Láctea y, sin certezas, ni muchos instrumentos, concluyó desde muy joven que hay más universos allá afuera. Desde su plena adolescencia pasó horas mirando el cosmos, solo por el placer de escudriñar el infinito, invocando preguntas que, en ese entonces, no tenían respuestas. Nunca supo por qué un día decidió que la estrella Vega, perdida en algún cuadrante del universo, sería la invocación lumínica de su madre, de quien recordaba sus manos de costurera y la agilidad para amasar el pan.

Convencido de que en la docencia podría encontrar tiempo libre en las noches para trabajar en la contemplación estelar, se incorporó a la Escuela Normalista en Coquimbo. Su formación transcurrió entre la frustración de la falta de libros para la observación y el gusto por enseñar, de generar dudas entre los primeros alumnos que tuvo, y dar respuestas sobre lo que nos rodea. “Me quedaré en la zona”, repetía convencido. En su interior mantenía la convicción de que en las estrellas estarían las anheladas respuestas a preguntas que pocas veces reveló en público. Así, llegó al interior de la región en Paihuano. Fue uno de

los dos normalistas en arribar a la zona y no la abandonó más. “De noche se pone así de preciosa, como si se estuviese preparando todo el día. Con el Sol, solo vid, tierra y luz, pero cuando oscurece se encienden las constelaciones de allá, muy lejos”, reiteraba como enamorado de las estrellas más centelleantes y elevaba sus brazos hacia el cielo.

Una mañana, en los últimos días de marzo de 1927, llegó el proyectil: el gobierno central determinó aplicar el primer cambio de horario en el país. Será dos veces al año, para crear uno de invierno y otro de verano, y así optimizar las horas de luz. En silencio recibió la noticia de la voz del director del colegio. Así, se mantuvo asimilando la noticia y recordó sus notas tomadas sobre el infinito universo que contemplaba cada noche, con las respectivas ideas que fue acumulando por años. Sintió desmedida irritación e intranquilidad, porque todo perdería validez con el cambio de hora. “¿Cómo se les ocurre hacer eso? Me opongo. Mis clases comenzarán a la misma hora y no tengo intención de adelantarlas”. El director intentó convencerlo con los mismos argumentos que él recibió como beneficio. Nada funcionó. “No es culpa de usted, son órdenes que llegan de Santiago, pero lo solucionaré. Enviaré cuantas cartas sea posible para remediarlo”, se juramentó.

Tras salir de la escuela enfiló a la Iglesia de Nuestra Señora del Rosario. Sonrió al recordar que la última vez que estuvo en ese lugar de oración fue para consultarle al párroco de ese entonces, si tenía libros que asociaran cristianismo y astrología. No tuvo éxito en ese entonces.

Al párroco lo encontró en la oficina blanca e inundada de luz, que tenía un disimulado ingreso directo al altar. Lo abordó con la historia del cambio de hora y sin esperar respuesta, le propuso al clérigo que no aceptara la imposición y siguiera oficiando sus misas como siempre. “Mi reloj no se tocará”, bramó Casas. La reunión, que la hizo aparecer espontáneamente, no tuvo los resultados esperados y Nicasio se fue atacando a las organizaciones de poder y hasta al mismísimo papa Pío XI.

Al salir de la iglesia, la luz del día le golpeó el rostro y lo obligó a entrecerrar los ojos. En sus pensamientos, las constelaciones y las anotaciones diarias sobre el cosmos se veían interrumpidas por la obligatoriedad de mantener la hora de siempre. “Cabrones, qué se meten en mis asuntos”, mascullaba.

De vuelta en la casa familiar, en la que vivió hasta el día de su muerte, redactó cinco cartas dirigidas a las instituciones que se rumoreaba que gravitaron en el decreto supremo: una al presidente de la República, dos al Congreso, otra a la Sociedad de Astronomía, fundada hacía poco, de la que escuchó hablar a un colega que trabajó dos años en la localidad, y la última a la recién conformada Armada de Chile.

La férrea defensa al nuevo huso horario se vio interrumpida por las noticias que llegaban desde Santiago con la renuncia del presidente de la República, Emilio Figueroa Larraín. Su vicepresidente, el militar Carlos Ibáñez estaba a cargo y convocaba a elecciones. Entre tanta revuelta nadie leería sus cartas, se repetía. “A los militares nos les interesa la hora”. Así fue. En los primeros dos meses mandó cuatro misivas en las que preguntaba por la real necesidad de la nueva política horaria, redactó sus observaciones en las que criticaba la inoportuna medida argumentando que, en el fondo, solo lograrían desordenar aún más la planificación de los tranquilos ciudadanos.

Esperó con ansias los primeros años, convencido de que la agitación nacional cesaría, y la racionalidad recobraría su lugar.

Mantuvo sus jornadas de contemplación y anotaciones sin cambiar la hora. Entre abril y septiembre sus clases comenzaban impuntualmente, una hora después que el resto de los niños de los otros cursos. La vida transcurría en su propio tiempo y encerrado en su fantasía paralela que, al final del día, no dañaba a nadie, concluían sus colegas y conocidos del pueblo.

Se terminó de convencer de que el cambio de hora fue normalizado por todos y se transformó en un ermitaño en una lucha no violenta por los cambios, que nada tienen que ver con las leyes del universo.

Así, ya transformado en un anciano por el peso del tiempo, en su último aliento calculó cuántos cambios de horario invierno-verano había vivido. Sumó las horas “adelantadas” con las “atrasadas” y, tras la ecuación, se dio cuenta de que, había ganado sesenta minutos al tiempo, a la vida, y se fue feliz.

29 años
Providencia
Región Metropolitana
Premio especial Profesor Rural

—Si puedes, son tuyos.

—Hecho.

Se hizo una rueda en torno a ella y las hilarantes carcajadas, que hasta hace un momento dominaban a los presentes, se cambiaron repentinamente por cuchicheos y sonrisitas nerviosas. En verdad, el desafío era imposible. Cierto que se ufanaba de forzuda, pero esto era demasiado, pese a que allí todos creían en los milagros.

Don Belarmino García miraba a la muchacha con una mezcla de ternura y temor, pero le ocurrió lo que a veces nos pasa cuando estamos contentos divirtiéndonos entre amistades y, de pronto, nos pica ese bichito que nos llama a molestar a los demás, aunque sea en ánimo de fiesta. Por esta razón, y porque la chicuela era altanera y no poco fanfarrona, el viejo se prendió a desafiarla, tanto por travesura como por malicia. Y aunque sabía que a la desgracia no se le tienta, y tampoco le sobraban los sacos, a estas alturas era imposible recular y, para más *recacha*, siendo el anfitrión del mingaco, bien feo sería si lo hiciera; sería pecar de mezquindad.

Los cuerpos sudorosos por la trilla se aprestaban a cargar las últimas carretas cuando surgió tan pintoresca ocurrencia. Atardecía en el valle y parecía como si los zorzales les cantaran a los bueyes diciéndoles que ya pronto llegaría la hora del descanso; estos, en cambio, rumiaban silentes y escépticos. Al gentío le restaban todavía algunas tareas por cumplir, pero todos aprovecharon la apuesta para entretenerse y descansar un poco, antes de dar el último empeño de la jornada.

En un principio, la muchacha tomó el ofrecimiento en broma —“¡hay que ver las ocurrencias de don Bela!”—, pero al verse en medio de tantos ojos expectantes notó que la cosa no venía tan a la ligera y le fue imposible evitar que el pudor inundara sus mejillas. Es cierto que se hallaba entre pura gente que la quería, desde su abuelita hasta sus hermanos pequeños, que la miraban con devoción y fantasía, pero también era verdad que tenía orgullo. Y encima se hallaba ese afuerino, que había llegado con su primo Eduardo... Y no era feo el *ñato*. Así las cosas y, sin siquiera buscarlo, en aquel crepúsculo veraniego se jugaría algo más que unos buenos kilos de trigo.

Candelaria tenía dieciséis años. Era menuda de cuerpo, más bien pequeña, morena de piel y azulados los ojos. Usaba el pelo trenzado y ese día llevaba un vestido azul con flores amarillas, carcomido ya por tantas jornadas. No estaban pasando por los mejores días en su casa. El trigo de su familia se había echado a perder y la cosecha había sido magra, catastrófica. Los hermanos mayores habían decidido dividirse en invierno; unos se irían a las salitreras del norte y otros partirían al sur, porque decían que el Gobierno estaba dando las tierras que le habían quitado a los indios. La casa quedaría sola y triste. Candelaria sufría por adelantado en su interior, pero solo en su interior, porque no comentaba desgracias con nadie, las ocultaba con sonrisas, y siempre llevaba una broma a flor de labios. Esa era su naturaleza y no la podía disimular. Por eso mismo la habían desafiado.

La muchacha se acercó a la carreta en que se apilaban los bultos del sagrado cereal. El vecino Eleuterio, hombre tan generoso como entrado en canas, era el encargado de acomodar la carga y, como tal, colocó los dos sacos en vertical, apoyados sobre otros que yacían volteados, de manera que el testimonio del desafío quedara justo a la altura de quien se atreviera a cargarlos a la vez. Y es que para chasco o para gracia, la prueba igual se haría.

«¡Qué es bruta mi hija, por Dios!» —pensaba una hilandera, allí presente—. «Tan yegua que me salió, así la va a tener que soportar el marido... si es que se casa... capaz que se malogre la lesa». Y, sin embargo,

en su interior doña Justa Montecino suspiraba de orgullo. Y también de esperanza, después de todo, el premio no le vendría mal a la familia.

«Si me los puedo, Diosito, tú nos ayudarás para que mis hermanos no se vayan. A ti Virgencita, madrecita mía, si me socorres hoy te compro un cirio bien grande para Candelaria, ¿nos llamamos igual no? ¡Ayúdame!», rogaba para sus adentros.

Don Eleuterio vio que la muchacha se giraba para ponerse en posición y se aprestó —no sin movimientos ceremoniosos— a cumplir su parte. Los niños comenzaron a estrechar el círculo y lo propio hicieron los hermanos, las tías, y los vecinos que venían del alto y del bajo, y las visitas llegadas de la ciudad, las primas, todo el mundo. Los perros aprovechaban el descuido general para llevarse una presa, la yegua Luna sacudía sus tábanos, y Brillante soltaba una meada, señal inequívoca de lo terriblemente aburrida que le estaba pareciendo al buey, la tan mentada fiesta. El Sol, por su parte, tampoco esperó para ver el final de esta historia.

Don Eleuterio fue depositando lentamente los sacos en los hombros de la muchacha. ¿De qué forma? La verdad lo ignoro; se me olvidó preguntar ese detalle y después ya fue tarde. El asunto es que, en ese instante, don Belarmino quiso decirle alto, que te doy los sacos nomás, no te vayas a dañar, pero no se atrevió, tanto porque en verdad ya se estaba arrepintiendo de la oferta, como porque aun guardaba las esperanzas de lo que la lógica le aseguraba, es decir, que la chica no podría, porque claro que no podría.

—¿Ahora?

—¡Ahora!

Y así, como ese bravo mapuche que en las contadas se hizo jefe a cambio de sostener tres días y tres noches un pesado tronco en sus hombros, y que guió luego, a su pueblo por los senderos de la victoria en similar trance y con pareja dificultad, hace unos ciento treinta años, y no menos, Candelaria Sepúlveda Montecino, muchacha arrogante y forzada como ninguna, sostuvo dos sacos de trigo sobre sí, sumando doscientos kilos en total. Una proeza jamás vista en las vegas de Rukapillan ni en los demás cerros y valles de Angol que, dicho sea de paso, son más o menos los mismos suelos pero los que, mucho antes debió trotar el afamado Caupolicán.

Con todo, aun cuando el de *Arriba* ayudó a Candelaria ese día, no haría igual con respecto a las demás plegarias. Casi toda su familia se desgranó a partir de ese mismo invierno, unos pocos marcharon a las ciudades del norte, los menos se quedaron, y los demás, incluida ella, se desperdigaron siguiendo las prometidas tierras del sur, desde donde hoy escribo.

30 años
Lonchoche
Región de La Araucanía
Premio especial Mujer Rural

EL QUINCHA

Jorge Américo Torres Galleguillos

Dedicada al único herrero del valle de Elqui, el maestro Duarte, que continúa con su oficio.

Calentando la fragua a carbón muy de mañana, el Quincha se abrigaba las manos desde temprano. Tenía listas sus tenazas, sus guantes, sus moldes y sus combos.

Tenía una armazón de adobes parados con breas y unos alambres por aquí y por allá, y una higuera que le daba la sombra. Así era su taller, una quincha, de allí el apodo. El hombre, con más de 67 años de trayectoria, llegó a Vicuña con su abuelo, un varón rudo que trabajó en las salitreras de Santa Gloria, María Elena y Humberstone. El Quincha llevaba el oficio en la sangre y, en esos tiempos, era muy *rescaso* el metal.

Herrero desde hace 70 años o tal vez cien, quién sabe. Yo, cuando niño, siempre iba a mirar lo que hacía. Quise ser herrero, pero no tuve dedos *pa'l* piano, me sentaba frente a la herrería del Quincha y miraba *pa'entro* y veía cómo le hacía unas *herraugas* al carretonero. Mientras lo acompañaba, agarró un fierro y lo metió en la fragua hasta que se puso al rojo vivo, después lo colocó sobre un yunque y a combazo formó una barreta y después un azadón, unas cuchillas y unos machetes *pa' maleza*, y me dejó loco cuando a combazo también armó un arado *pa' la* agricultura, “puta el viejo *pa' habiloso*” me dije.

Toda la mañana me quedaba *pegao* mirando lo que hacía, me gustaba el rechinar de los fierros cuando los metía al agua. Una vez, me invitó a recolectar materiales y yo llegué *recacharpiao*, porque pensé que íbamos a ir de compras, pero no fue así. A la exlínea férrea nos fuimos, hacia arriba, *pa' Rivadavia*, caminamos todo el día y juntamos clavos de línea —yo no sabía *pa'* que eran—, que estaban muy oxidados, pero él me decía:

—Aquí está el futuro *pus cauro*, aprende.

Un día en que estaba todo pensativo, de repente me hablaron —así es, *poh cauro*—, era don Quincha quien se dirigía a mí:

—Ven *pa'* acá a ayudarme, porque tengo que hacer *herraugas pa'* los mulares, ven a aprender.

Pescó cuatro clavos y los tiró a la fragua y me mandó a mover el fuelle del soplete *pa'* que el carbón ardiera y los clavos se pusieran al rojo vivo. Luego, con las tenazas sacó uno y, a puros combazos, los fue forjando y doblando. La cabeza del clavo la cortaba con una especie de sierra antigua y, poco a poco, empezaba a tomar la forma de la *herrauga*. A continuación, con un punzón iba haciendo los hoyos y mientras trabajaba, le corría la gota al hombre y a mí, igual. Después de este arduo trabajo, por fin tuvo lista la primera.

—Trabajaste como hombre *cauro*, sigue aprendiendo— pero a mí, no me gustaba mucho esto de la herrería.

Con el tiempo, yo me fui por otras sendas y aprendí otros oficios. A mí, me gustaban las carretas, vender arena y esas cosas, pero siempre seguí visitando a don Quincha.

Lo más emocionante de mi vida fue cuando un día abrió un baúl antiguo y sacó una moneda de color plomo, me la mostró y me dijo:

—Mira negro, esta ficha es de la oficina María Elena, es un recuerdo de mi abuelo, con esta se compraba y pagaba. Es para ti, para que tengas un recuerdo de las salitreras, algo que jamás podrás imaginar cómo fue. Guárdala, porque es como un tesoro.

Desde ese entonces la llevo conmigo, como si fuera un gran tesoro, un recuerdo del Quincha, mi amigo y su gran historia.

El Quincha aún trabaja. Hace herramientas *pa'* los fundos y *pa'* quien requiera de su trabajo. Conversa con todos los que pasan y sigue siendo muy amable. En Hierro Viejo, camino a Vicuña, lo pueden encontrar. Tiene historias del tiempo de los trenes y unos asientos de durmientes, si usted gusta pasar.

Siempre le gustó forjar el hierro. Algunos piensan que el tren desapareció del valle de Elqui, pero no es así, solo fue convertido por el Quincha en herramientas *pa'* la agricultura, en una barreta, un arado, un azadón y cuantas cosas más. En cada rincón de nuestro valle yace en las manos de un campesino un trozo de sus obras, y el tren, del que él hablaba, ahora surca los campos del valle sembrando la tierra. Las salitreras que él conoció las lleva en sus manos, trabajo duro de antaño, cómo se hacía en otras épocas por el Norte Grande.

Ya tiene su pelo blanco y curva su espalda. Lo recordaré por siempre como “el Quincha”, maestro herrero, quien con su trabajo construyó fundos, historias y en los mulares, cargamentos llenos de futuro.

42 años

Vicuña

Región de Coquimbo

Premio especial Oficios Tradicionales

ELIASÉN

Hilda Maribel Rozas Silva

Cuando Eliasen vivía en Haití, sus padres no le compraban juguetes, así que cada día iba a la playa y esperaba que la mar le trajera botellas plásticas. Las usaba para jugar a la pelota con sus cinco hermanos, hasta que se cansaba. Luego le sacaba la arena que le ponía, para darle un poco de peso, y la llevaba hasta su casa, porque no todos los días la marea alta le traía este tesoro. Cuando aprendió a escribir, decidió no chutearlas más, sino que se dispuso a escribir mensajes en ella. Estaba seguro que alguien, algún día los leería. A veces, copiaba algunos versos de su poeta favorito y los adornaba con pensamientos propios de niño inocente, cargado de buenas intenciones. En esa tarea empleó todo su tiempo libre que, de paso, era bastante.

En la corteza de un cocotero hacía una marca por cada botella mensajera que enviaba, así sabía con precisión cuántas eran. Tendido en la arena blanca y caliente, imaginaba navegantes, naufragos e isleños de todos los colores de piel y niños como él, que encontrarían sus mensajes y esperaba que alguien le respondiera, pero las botellas de plástico o vidrio que encontraba estaban vacías o con restos de líquidos las que, con prolijidad, lavaba y secaba al sol para cuidar la integridad de sus mensajes. Pensaba para sí, que un capitán de barco lo llevaría muy lejos por los mares del mundo o que algún turista visitante de República Dominicana lo descubriría y haría de él un escritor famoso.

Su trabajo comenzaba seleccionando carbones de fogatas apagadas, con los que escribía sobre cualquier trozo de papel, cartón o madera. Luego, lanzaba la botella al mar con la idea fija de que sus mensajes alegrarían a otros, porque en ellos ponía sus mejores frases, las más alegres. Sabía que dibujaría una sonrisa en la boca hasta del menos optimista. Debía caminar entre los roqueríos, cruzar peligrosos acantilados y bajar por verdaderos precipicios para buscar sus tesoros que la marea alta le traía, y enviarlos a algún otro humano en un lugar lejano del mundo. Un día, siendo ya grande, dejó este pasatiempo que se había convertido en su oficio secreto y fue invitado a emigrar de su país, en un avión. Jamás pensó que volaría, pero ocurrió.

Llegó a Osorno, una ciudad limpia, ordenada, llena de cabezas con pelo amarillo y de pieles claras con voces silenciosas, vestidos sobrios y rostros poco amables que no saludaban. Solo los niños reparaban en él. Tal vez por su color de piel, su vestimenta colorida, los audífonos en los oídos o su voz fuerte al teléfono.

Esperaba erguido, hacía cuatro días en la Plaza de Armas de la ciudad, ya que sus compatriotas decían que ese era un buen lugar para encontrar trabajo. Tenía hambre, pero no pedía limosna. No solo porque no hablaba castellano, sino porque su dignidad se lo impedía. Pasaba mucho frío sentado en esos bancos, se protegía de la lluvia en el torreón, hasta que llegó su turno...

Un hombre alto, de ojos azules y sombrero de paño, lo llamó desde una camioneta americana nueva de color gris metálico. Supo que por fin había llegado su hora...

Saliendo de la ciudad, vio los campos más verdes y hermosos que jamás imaginó, esos que aparecían en las postales llenas de vacunos. Desde la camioneta podía contemplar el orden de los chilenos, que clasificaban los animales por color: en un campo cientos de vacas negras, en otro las vacas eran café con blanco, más allá solo café... no entendía de razas, solo veía colores. Veía las casas todas de madera hasta el techo, mientras se preguntaba cómo el agua no se pasaba con tanta lluvia.

Su empleador le dijo, que necesitaba un jardinero. En el fundo podó árboles, cortó el pasto con un pequeño tractor, porque solo el césped del jardín tenía dos hectáreas. Aprendió de flores: clemátides, azaleas, rododendros, tulipanes y peonías de todos los colores. Trabajar ahí y ser bien tratado era un sueño.

Un fin de semana, le pidieron que trabajara horas extraordinarias, que serían bien pagadas, porque se acercaba la primavera y debían laborar a full, en un jardín más desprolijo y pequeño en una casa de veraneo de sus patrones. De noche llegaron a Bahía Mansa, escuchó el mar, pero no vio el paisaje, porque estaba muy oscuro y había luna nueva. La casa era cómoda, bonita por dentro, pero más pequeña.

Por la mañana, desayunó en la cocina y el capataz reparó que había olvidado cargar el bidón con combustible para las cortadoras de pasto, entonces le dijo:

—Estás de suerte Eliasen, tengo que ir a Osorno, así es que recorra y conozca por ahí, hasta mi regreso.

Eliasen bajó desde la casa a la playa, caminó dejando sus huellas marcadas en la arena de su pie talla 46, se mojó con el agua más fría, del mar más congelado que hubiese imaginado y sentido en su oscura piel, el sol entibiaba su cuerpo y, de pronto, vio venir desde el oleaje una botella. Escéptico sonrió y esperó su tesoro de niño... impasible contempló que tenía algo dentro. Sus manos temblaban, la destapó, sacó el trozo de papel y reconociendo su letra leyó: “El mundo es uno solo, cuando nos vemos con los ojos del corazón y nos tocamos con el alma”.

48 años

Osorno

Región de Los Lagos

Premio especial Migrantes

EL CAMINANTE

Hernán Alcayaga Cayo

—Esta noche es muy especial —decía mi abuela—. Hoy pasará el judío errante.

En mi vida inocente, esto me llenaba de miedo, pero a la vez, de curiosidad. Su historia llena de misterios asustaba a sus oyentes, pero eran escuchadas con mucha atención. Contar cuentos llenos de suspense era una característica arraigada de estas viejas de campo, las que llenaban las noches de invierno después de rezar el rosario.

La inquietud por ver al judío errante recorrió mi cuerpo. ¿Qué hacer?

Primero había que saber quién era este señor que venía a poner en jaque mi corta vida. Lo primero... ¿a quién preguntar? ¡Al cura de mi pueblo! Corriendo y saltando fui donde el sacerdote:

—Padrecito, padrecito, ¿quién es el judío errante?

—Hijo, te contaré quién es.

Alrededor de una mesa rústica hecha de madera y sentado en una silla confeccionada de cañas y forrada con un paño blanco —que era elaborado y lavado por las parroquianas del lugar— empezó su prédica cosa que era su especialidad. Aspirando un cigarrillo Premier, donado por don Manuel, el dueño del único almacén del pueblo, comenzó:

—Hijo, cuando Jesús era conducido para ser crucificado por las calles de Jerusalén, cargando la cruz y soportando los latigazos de los soldados romanos, al detenerse en un abrevadero, un judío lo empujó y le negó el agua al sediento hijo de Dios. Este lo miró y le dijo: “Errorás por el mundo hasta cuando sea mi regreso a la Tierra y cada cien años tendrás que detenerte a dar agua y pan a los necesitados”. Este es el año que pasa por acá —continuó—, por lo que tienes que acostarte muy temprano y esconderte para que no te vea —me dijo el padrecito.

Estos cuentos creados por el cristianismo, me llenaban de curiosidad.

El plan con los amigos de infancia era estar presente y ver al personaje del que contaba mi abuela. El miedo que nos embargaba era contrarrestado por la curiosidad de mirar a este caminante, que más sembraba terror entre los parroquianos, que misericordia.

Con engaños me fui acostar más temprano que nunca y, tratando de no despertar sospechas, simulé dormirme. La hora exacta no sé, pero sentí unos piedrazos en el alféizar de mi ventana, que avisaban que mis amigos estaban listos para la aventura. Saliendo a escondidas de mi casa nos dirigimos directo a la muralla de nuestros anteriores encuentros.

Esperamos. Esperamos con impaciencia, pero nada. Estábamos por retirarnos, después de un largo trasnoche, cuando de repente sentimos un ruido que nos dejó paralizados. Unos pasos cansinos se acercaban hacia nosotros. Uno tras otro, hacían que el miedo se acrecentara en nuestras mentes de niños. Nos corrió un hilo de sudor frío por nuestros cuerpos cansados por el miedo y, a pesar de la luz tenue de la luna, no podíamos ver nada más allá de nuestras narices. De pronto, una sombra gigante se perfiló entre los matorrales y la muralla y pudimos percibir una figura que se agrandaba a medida que se acercaba a nosotros. Su presencia hizo que nuestra débil fortaleza quedara al descubierto. Sin esperar el reconocimiento de la figura imponente, que estaba cada vez más cerca de nuestro grupo, salimos corriendo, como si nos persiguiera el mismo diablo. Cada uno enfiló para su casa y entramos con sigilo, sin causar ninguna sospecha. Nos dormimos en silencio y, pensando en no contar a nadie lo sucedido, soñamos con el judío errante.

Mi abuela, como todas las noches, recorrió la casa asegurándose de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas y que su nieto durmiera tranquilo. El judío errante no pasaría a perturbar a su regalón, que dormía plácidamente.

Entre tanto, un burro ignorante de lo sucedido, con su andar calmo, avanzaba paso a paso por el camino que lo separaba de su amor esquivo.

71 años
Macul
Región Metropolitana
Premio especial a la Trayectoria

MI ABUELA PETA

Lidia del Carmen Bartolo Guerrero

Como de costumbre, entré bien agachadita y cuidando que mi cabeza no se golpeará en el palo atravesado que hacía de dintel de la pequeña puerta. Mis ojos entrecerrados recorrieron lentamente las paredes de piedra, el techo de paja, el suelo de tierra y el fogón encendido en el medio del cuarto. Esta es la cocina de mi abuela Peta, su refugio y su reino, donde pasa gran parte del día, a veces cantando, a veces llorando, y muchas veces hablando con los recuerdos de su mamá, de su papá y de un par de hijos que se fueron a vivir prematuramente con sus ancestros.

La busco a través del humo que danza formando extraños arabescos, buscando una salida entre las pajas del techo. Y al fin la veo, como siempre al lado del fuego, con sus piernecitas dobladas y apoyadas sobre una *llijlla*²² oscurecida con el mismo hollín que ennegrece las ollas que hierven en el fogón armado con piedras en el suelo. Miro con ternura sus trenzas blancas que brillan con el reflejo de las llamas, pero mis ojos se humedecen cuando veo sus talones oscuros, cuarteados por el hielo que hiere cuando a media noche hay que ir a buscar el agua para regar la chacra, agua de la vertiente de origen, metiendo los pies en las acequias inundadas, para tapar la salida de aquellas que van hacia los predios ajenos.

—*Kunamasta*²³ Lidita, ven a comer *t'ant'a*²⁴ —me dice, mientras me pasa un trozo de pan horneado por ella misma en el horno de barro que el abuelo Carlos le hizo en el fondo del patio.

—*Waliki*²⁵ *awicha*²⁶. Me gusta cuando me hablas en tu lengua, pero me cuesta pronunciar algunas palabras. Si mi papá me hubiese enseñado aymara cuando yo estaba recién aprendiendo a hablar, ahora ya lo haría con facilidad, pero sé que en su tiempo los niños del pueblo no debían usar esa lengua.

—Pero ¡para qué quieres aprender mi habla, Lidita!, tú eres blanquita y vives en otro mundo.

—Abuelita Peta, lo que aprenda de ti yo se lo enseñaré a mis hijos y ellos a sus propios hijos. No puede perderse la sabiduría de tu pueblo y de tus antepasados. Eso no está bien. *Awicha*, ¿qué tienes hirviendo en tu *phukhu*²⁷?

—*Q'illu*²⁸, que traje muy temprano de la chacra.

Mi abuela Peta siempre tuvo cita con el amanecer. Ni el frío ni la lluvia fueron capaces de evitar que saliera cuando aún brillaban estrellas en ese cielo color jacinto, que marca el amoroso encuentro del día y la noche, con sus patitas apenas protegidas por sus chalalas de caucho y con su rebozo tejido envolviendo su cuerpo menudo. La única vez que estuvo enferma, ella no fue a la cita, pero el amanecer vino a su encuentro, porque se asomó tembloroso por la ventana que estaba justo sobre el camastro donde mi abuela convalecía.

Las manos de mi abuela Peta son menudas, muy morenas, llenas de estrías y con las uñas ennegrecidas y desgastadas por el trabajo de la tierra. Pero yo siempre he pensado que esas manos humildes de mujer campesina son mágicas. Desgajando terrones para sembrar papas o ajos, eran fuertes y seguras. Tanteando choclos para ver si están listos para cosechar, sus manos se tornan suaves para no dañar la mazorca. Atareadas en la cocina sus manos se convierten en palomas que se mueven ágiles y con gracia pasando de

²² Llijlla: manta rectangular tejida a telar, generalmente de vistosos colores, usada por el pueblo aymara (nota del autor).

²³ Kunamasta: ¿cómo estás? en lengua aymara (nota del autor).

²⁴ T'ant'a: pan en lengua aymara (nota del autor).

²⁵ Waliki: estoy bien en lengua aymara (nota del autor).

²⁶ Awicha: abuela en lengua aymara (nota del autor).

²⁷ Phukhu: olla en lengua aymara (nota del autor).

²⁸ Q'illu: maíz tierno en lengua aymara (nota del autor).

olla en olla. Y cuando nos despedimos, prometiendo volver *pa'l* año, sus manos ásperas se hacen leves al acariciar nuestras mejillas, mientras los lagrimones se deslizan por su cara curtida por el frío y el viento.

—Abuela, mañana nos vamos. Mi papá quiere que cuando volvamos el próximo año me enseñes a hacer sopaipillas, porque nadie las hace como tú.

—Bueno hijita. Tienes que traerme harina, porque aquí no hay dónde comprar. También te voy a guardar los huevitos de la gallina castellana, para los que comas fresquitos.

Seguimos conversando mucho rato. A ella le gusta contarme historias de aparecidos, porque sabe que no soy miedosa. Yo disfruto pidiendo que me diga en aymara algunas palabras y frases de uso cotidiano.

Pero esa fue nuestra última conversación en la cocina, porque mucho antes del año volvimos para despedirla; en realidad, solo a despedir su cuerpo, porque su espíritu aún lo sentimos presente cuando venimos a su pueblo y mucho más cuando entramos a la pequeña cocinita que era su reino.

Ella está ahora con sus ancestros, haciendo sopaipillas a los *achachilas*²⁹ y a los *mallkus*³⁰.

71 años
Arica

Segundo lugar regional

²⁹ Achachilas: espíritus protectores de los antepasados (nota del autor).

³⁰ Mallkus: espíritu de los cerros y montañas (nota del autor).

LAS MULAS DEL GOBERNADOR

Berta Rosa Sierra de la Fuente

En 1950, cuando recién llegué a Arica, a menudo, al ir a mi trabajo me cruzaba en la calle con un señor de mucha edad, muy limpio, ordenadito y calmado para caminar. Después de varios de estos encuentros comenzamos a saludarnos. Pregunté a mi ayudante quién era y me contó que este caballero era un antiguo pirquinero, que se ganaba difícilmente la vida recorriendo cerros y valles en busca del mineral que lo iba a hacer rico; que partía solo con su burrito, sus herramientas y sus alforjas y se perdía por varios meses en el interior. Tiempo después regresaba a la ciudad para descansar unos días y luego, volvía a partir por otro largo tiempo, en busca del soñado mineral. De él se contaba que había encontrado el entierro de las trece mulas del gobernador y que su vida, desde hacía algún tiempo, había cambiado, que se había comprado una casita y que vivía con su esposa, con cierta comodidad, haciendo prácticamente la vida de un jubilado.

¿Cómo es posible que un pirquinero pueda vivir de sus rentas con una vida tan arriesgada, sin ningún tipo de seguro, ni tampoco previsión? Porque lo normal, en ellos, era que trabajaran hasta sus últimas fuerzas y murieran en la indigencia. Me dijo que, en la ciudad se comentaba que había encontrado las trece mulas del Gobernador y que se decía que, cada cierto tiempo, se perdía por algunos días, porque tenía que volver al lugar del entierro para reponer sus economías.

Ante mi ignorancia de qué se trataba el entierro citado, me relató una vieja leyenda según la cual, en el siglo XVI, Arica estuvo varias veces amenazada por las visitas de los piratas ingleses, entre ellos el famoso Francis Drake. Se habían avistado barcos piratas en algunas caletas y puertos cercanos, lo que lógicamente llenó de terror a la población. Para colmo, desde las minas de Potosí, habían enviado recientemente un gran cargamento de oro y plata en espera del barco español que lo llevaría a España. El gobernador de ese tiempo no encontró en toda la ciudad un lugar seguro donde guardar este tesoro. Después de mucho pensarlo decidió, en total secreto, enviar a un arriero de toda su confianza, solo con su recua de mulas, por caminos únicamente conocidos por él, para sacar el oro de la ciudad. Para este cometido lo citó al caer la noche y los dos solos apearon y cargaron las mulas. Luego, en plena noche, el arriero partió con la recua y su perro. El gobernador se sintió aliviado de su inmensa responsabilidad. Sin embargo, las cosas no fueron así.

El arriero partió de noche por una ruta difícil y a través de un paso muy difícil entre los cerros. Una de las mulas que, para mayor seguridad, llevaba amarradas entre sí, rodó por un barranco, lo que produjo una espantada entre los demás animales los que, finalmente, se desbarrancaron y provocaron en su violenta caída un desprendimiento de piedras que los sepultó completamente. El arriero, que trató de cortar el desastre soltando a las mulas, fue arrastrado también al fondo del abismo.

Días después, un paisano que viajaba hacia Arica encontró un perrito perdido en el camino que se le acercó y decidió seguir el paso de sus bestias. Reconociéndolo como el perro del arriero, al llegar al pueblo se lo llevó a su familia, la que al ver que este regresaba solo, dieron por muerto al jefe de hogar.

Fue así cómo, por fin, la noticia llegó al gobernador, quien mandó a una enorme cuadrilla a buscarlo. Muchos partieron también por su cuenta y muchos siguieron buscando por siglos, hasta que se forjó la leyenda que dice que: “Aquellos que lo encontraron y que se apoderaron de una gran cantidad del tesoro no lograron gozar de él, porque murieron antes de regresar, pero aquellos que fueron sacando solo lo suficiente para vivir modestamente, lograron vivir por muchos años, pero ninguno le dijo a nadie donde estaba el tesoro y ahí estarán todavía las trece mulas con su carga de oro, para que nadie las encuentre jamás”.

HUMO EN EL CERRO

Víctor Homero Vives Romero

A Perla con amor.

Esé día llegó distinto, un poco triste, un poco pálido, lo noté por su mirada, que vagaba entre las luces y sombras de la fría sala. Era invierno, pero ni la escasa temperatura ni la nieve acumulada en el exterior nos impedían tocar los instrumentos musicales, que hacía tiempo los muchachos ya empezaban a aprender. Sin embargo, con el entusiasmo de los compañeros, el sonido de las zampoñas y el ruido metálico del charango, no alcanzaba para adornarle el día, para sacar esa sonrisa que siempre nos mostraba.

Para él, esa era una tarde como de domingo, sin sabores, larga, silenciosa y seria, cargada de melancolía. Pensé, entonces: «Es una pena juvenil, como de pérdida abrupta de la media naranja y sin esperanzas». Pero no. Y es que tenía sus razones. La vida le había mostrado el lado más amargo, la soledad así de sopetón, la angustia de la puna, los recovecos solitarios de las quebradas vírgenes que solo visita el viento.

Dos días atrás, su abuelo, con quien pasó largas jornadas aprendiendo el oficio de pastor, como lo hacía cada fin de semana, llevaba sus llamos a pastear, a recoger la vid del altiplano, a esos lugares que solo los aymaras saben que existen. Ese día partió sin avisar a nadie, en silencio y muy temprano. Tomó la honda, puso su sombrero sobre el *chulo*³¹, guardó la merienda envuelta en el *awayu*³², alzó su bastón de pastor y partió. Así recorrió el estero del río para llegar, como de costumbre, a los cerros de la quebrada de Aroma, donde dicen que se encuentran las mejores hierbas para el tropel.

Los caminos, adornados por tolares, le abrían paso al anciano, mientras la tropa comía con hambre voraz las deliciosas y frescas hierbas que regalan estas tierras. De tanto en tanto se detenían para descansar, para observar, para contemplar la paz y el silencio que se muestra en plenitud, solo en este lugar, y que los pastores como él, gozan como el mejor espectáculo que cualquier mortal encontraría en otras formas y a otros precios.

Así, entre descanso y pastoreo, fue llegando la tarde y cansado por el trajín de las ojotas sobre el terreno escarpado, el abuelo se propuso hacer una última parada. Reposó al costado del río, comió un último bocado y, mientras se preparaba para partir, escuchó una voz que con enorme profundidad le dijo:

—¿Cuántas veces has estado aquí?

—¿Quién es? —respondió el anciano.

—Yo, acá—. En ese momento el abuelo observó a su alrededor y vio sorprendido como una roca, que formaba parte de la falda de una de las montañas de la quebrada, abría su cuerpo en dos, formando una especie de boca que masticaba algo, como si lo estuviera rumiando entre lo que parecían unos enormes dientes.

—¿La roca? —preguntó el anciano desconcertado.

—Por supuesto, ¿quién más sino? Sabes que ya han sido muchas las veces que has estado aquí, te he regalado los mejores paisajes y la libertad que merece un hombre como tú. Lo has tenido todo, pero ahora te necesito yo.

—Veo que ya era hora —comentó el anciano, como sabiendo lo que ocurriría y ya menos sorprendido—. Siempre supe que este momento llegaría, me lo contaron mis padres abuelos y tíos.

³¹ Chulo: tipo de gorro artesanal típico de las zonas altiplánicas (nota del autor).

³² Awayu: tipo de tejido típico aymara utilizado para transportar cosas, también conocido como aguayo o llijlia (nota del autor).

—Es el destino del pastor —dijo la roca—. Avísale a tu gente, que ya eres parte del viento y del agua, que a la tierra volverás y que en las quebradas tú estarás; ya es hora de volver.

El abuelo, con llamativa naturalidad, y como si de una conversación más se tratara, tomó unos pocos pastizales que se encontraban alrededor de él y prendió una hoguera tan grande que iluminó el atardecer. Un arbol apareció en la cima de la fogata y un soplido intenso de la roca trajo un *wayra*³³ tan grande que levantó al abuelo por sobre el fuego. El anciano, en un viaje que nunca había hecho antes y con una velocidad incomprensible, recorrió bofedales, acarició a su tropa de llamas y se coló entre las rocas. Luego, posado en un *malku*³⁴, observó a sus animales y con un silbido agudo, sus llamas emprendieron el retorno a casa. Una vez hecho esto, caminó entre las *llaretas*³⁵ y *queñuales*³⁶ para disolverse, por fin, en el viento.

Siempre me pregunté por qué los pastores suelen hacer fuego en los cerros. Varias veces les consulté a mis estudiantes cuál era el significado, la función de aquel acto, a lo que casi siempre respondieron de maneras distintas y pocas veces coincidieron. Para espantar al puma, para volver a sembrar, para dar aviso de su ubicación, para quemar hierbas dañinas que matan al ganado. En fin, significados diversos que me dejaban pocas certezas. Lo cierto es que, visualmente se trata de humo en el cerro que, visto desde la distancia se transforma en preguntas, dudas, suspicacias y teorías como las que yo conversaba con mis alumnos y ellos, con su sabiduría aymara, me contestaban.

De repente, entre los sonidos y el escándalo de la clase de música, la ventana tuvo una extraña luminosidad. Observé que una especie de humo rondaba por las ventanas y un fulgor extraño iluminó al joven estudiante que se levantó de su letargo. Miró la ventana, atónito primero, luego esbozó una sonrisa y su semblante se iluminó por un destello misterioso. El niño cambió rotundamente, recuperó el brillo de sus ojos y respiró con calma en un suspiro. Entendí que, en ese momento, él comprendía que su pesar se iría, como el humo del cerro, y que la hoguera que se veía por la ventana, a lo lejos en la montaña, era la señal que necesitaba, era la calma de su espíritu, la presencia del pastor y la despedida de su abuelo. Nadie en la sala se percató, la clase siguió sin que ninguno de los alumnos dejara a un lado lo que estaba haciendo, como si ese momento de grandísima magia y revelación nos lo regalara el tiempo, o mejor dicho, el Tata Inti³⁷ o la Pachamama³⁸, a mí, como observador, y a él, como protagonista. Solo yo fui testigo de ese encuentro, pero solo mi alumno fue capaz de entender el real significado del humo en el cerro.

28 años
Colchane
Primer lugar regional

³³ Wayra: viento o aire en lengua aymara (nota del autor).

³⁴ Malku: cerros o montañas de gran prestigio para la comunidad aymara (nota del autor).

³⁵ Llaretas: denso arbusto de follaje perenne que crece por sobre los 3.000 metros sobre el nivel del mar (nota del autor).

³⁶ Queñuales: especie de planta que crece como árbol o arbusto en condiciones extremas (nota del autor).

³⁷ Tata Inti: deidad aymara representada por el Sol (nota del autor).

³⁸ Pachamama: deidad aymara, traducido al español como Madre Tierra (nota del autor).

EL VIAJE

Héctor Jonathan Barraza Ahumada

Desde el instante en que el viejo abrió los ojos, no pudo calcular la eternidad de la nieve que se hacía presente ante sus sentidos, todo lo medido con su retina, se hallaba inundado de un blanco celoso e insolente. Luciano tuvo la impresión que este era el invierno más abrumador que alguna vez podía haber presenciado, el frío lo estaba aniquilando todo y su ganado, poco a poco, se iba haciendo casi inexistente. La escasez de pasto, la presencia del hielo y la escarcha en los relieves de los bofedales, más las constantes lluvias de granizo habían robado el encanto viviente a cuanto animal silvestre se aposaba a dominar las montañas y sus silbidos.

El viejo no podía más en su soledad. En relación a sus cálculos y las marcas que poseía en su calendario, habían sido dos meses sin ver a un ser humano. Su desorientación y su ansiedad lo estaban consumiendo y llevando al límite de su razón. Daba vueltas en sí mismo en su propio hogar, intentando, de esta manera, poder dar solución a sus interrogantes, pero el frío constante que se encarnaba como daga en sus huesos, lo detenía ante cualquier intento de escape. Con la valentía y el coraje que lo caracterizaba, el viejo, intentando ser desafiante ante la inclemencia del clima, emprende rumbo hacia las afueras de su hogar, se abriga lo que más puede y arremete en dirección precisa hacia el corral de los llamos. Al llegar, se sorprende de que quede solo uno y, peor aún, el que se mantenía encerrado en los espacios de piedra, era el macho más anciano. Ante el hecho, Luciano se rasca su cabeza y asume que los demás llamos se hallaban en los alrededores, intentando buscar alimento en lo que quedaba de verde en la cordillera. Mientras analiza el hecho, el viejo abraza al animal, lo acaricia por el cuello y le da un apretón sobre su pelaje en señal de agradecimiento a su fidelidad. Sorprendido por lo que lo rodeaba, Luciano se sumerge en una reflexión itinerante, y sus pasos y pensamientos lo guían hacia la tumba de su santa esposa. Allí, Luciano le comenta de los pormenores, que hablan de hambre, soledad y tristeza. Dicha realidad, lo desconcertaba hasta la locura y lo llevaba a darse casi por vencido. Y en sus argumentos y diálogos con su mujer, Luciano intentó despojarse de todos sus miedos, pues entendía que si sus inconvenientes se mantenían sin variar, en menos de un par de días su corazón dejaría de latir, para ir a los brazos del otro mundo.

La charla entre el viejo y el recuerdo de su *wuarmi*³⁹, duró largas dos horas. En la boca y en los relatos del anciano se dibujó toda la historia de amor que los había caracterizado, le agradeció por cada momento compartido, besó la tierra, como si allí estuvieran los labios de su amada, y entre lágrimas, se despidió de su mujer, diciendo: “No moriré aquí vieja, hoy mismo parto como sea a Colchane”. La decisión fue tomada con valentía. Por una parte, era más sencillo esperar la muerte en los mismos confines donde murió su esposa, pero su determinación por vivir, era más poderosa que cualquier deseo de triunfo. En su rostro había una única ilusión: sobrevivir, sobrevivir y sobrevivir. Para Luciano, la Madre Tierra ya le había dado mucho en su natal Parajalla, y ahora debía de ir en búsqueda de otros contrastes, para seguir viviendo y conociendo más de él y del mundo. Con su determinación, como guía de sus actos, el viejo prepara su equipaje, coge sus mantas más gruesas, selecciona la poca comida de su despensa y se coloca sus ojotas más cómodas. Apila sus pertenencias en la espalda y decide partir.

En el breve trayecto, desde su casa hasta la llanura eterna que lo contenía, observa por última vez su hogar, se despidе nuevamente en silencio de su mujer, calcula cada centímetro de su espacio y, en lo lejano de su peregrinar contemplativo, el viejo vuelve a observar al único llamo que quedaba en el corral, ese llamo anciano e inmóvil que se quedaba insolente en los márgenes del potrero. Lo observa detenidamente de punta a punta y se siente identificado con él. A su juicio, presume que ese llamo

³⁹ Wuarmi: mujer en lengua quechua (nota del autor).

podría ser él mismo, que se siente triste, alicaído y sin fuerzas. Va a su presencia, lo mira fijamente al rostro y le grita: “¡Escapa animal! Sé libre, no mueras aquí”. Pero este no da señal alguna y responde con un movimiento ondulante de cuello y termina refugiándose, casi por inercia, en el suelo. El anciano, sin entender al animal, palmorea a este por el lomo, para incitarlo a arrancar hacia la estepa, pero ningún estímulo hizo que el auquénido se irguiera. Luciano, desconcertado por la actitud del llamo, se rinde en el intento, le da la espalda y sin concederle importancia, prosigue su camino. El llamo, al ver que el viejo se alejaba de su presencia, se para por arte de magia, sacude su pelaje, extiende su alargado cuello y lo sigue. Luciano, atento al movimiento del llamo, lo vuelve a encarar y le dice: “¡Lárgate animal! Sé libre”. El llamo, sin entender ni una palabra del anciano, se detiene frente a él, y avanza a medida que Luciano da un paso. El viejo vuelve a desconcertarse por lo sucedido y toma la decisión de seguir su camino, sin importar lo que haga el llamo.

El hombre empieza a caminar a tranco lento. Conocía cada centímetro cuadrado de su territorio. Sabía que desde Parajalla hasta Colchane lo separaban tres días de dura caminata y la única referencia que poseía para concretar su misión era la fumarola indomable del volcán Isluga. El hambre se hizo presente, ya llevaba cinco horas de esfuerzo inhumano y la noche se hacía presentir como una invitada poco oportuna. Luciano entendía que era el momento de buscar leña, hacer algo de fuego y acampar. En sus víveres solo contaba con maíz tostado, agua y unos cuantos trozos de charqui, alimento que sabía que se devoraría en menos de un minuto. El frío se ensañaba con su cuerpo y la escasa leña recogida solo brindaría fuego para un par de horas. Era necesario capear el frío como fuera y, en su desesperación, comenzó a ver a su compañero de viaje como su salvación.

Por la mente de Luciano se travesó la idea de matar al llamo y de coger su lana y comer algo de carne para sus débiles músculos, pero el inconveniente mayor era que dentro de sus útiles, no poseía cuchillo para lo que había que hacer. El viejo quería ahorrar lo máximo de fuerzas y no quería perder su poca energía en intentar matar a su casual compañero, quien lo observaba atento a metros de distancia. El animal permanecía estoico en medio de unas rocas. Miraba fijamente al viejo. Este se percata de la actitud del llamo y se empieza a asustar. En sus reflexiones, analiza las razones del por qué el animal lo ha seguido y, por un segundo, piensa que el llamo es el demonio que lo está tentando para que no escape de sus tierras. Luciano entra en pánico. Como le habían dicho su padre, abuelo y familiares, el diablo, cuando quiere seducir, logra sus objetivos buscando cualquier forma posible de engañar al hombre para robarle su alma. En su miedo, Luciano comienza a dudar de la forma carnal del llamo y sus pensamientos no se deciden si es el diablo en persona el que lo acecha o un *yatiri*⁴⁰, que quiere saldar algunas cuentas con él por alguna rencilla del pasado. Luciano empieza a alucinar, implora a gritos, trata de huir del lugar, transpira miedo en sus prendas y únicamente la presencia del fuego lo ampara del animal, que lo contempla fijamente. Luciano se pone eufórico y, en un grito desesperado, menciona: “¡Lárgate animal! ¡Lárgate de aquí!, ¡Lárgate!”. El llamo, al escuchar el grito, emprende la marcha hacia la endeble presencia de Luciano. Este llora de pánico al ver que el animal se acerca hacia su rostro, cierra sus ojos y espera a que suceda lo que, a su impresión y alucinación, tiene que ocurrir. En la espera absoluta, cuando sus ojos no pueden cerrarse más, el llamo se acurruca al lado de su cuerpo y esboza un suspiro de cansancio. Luciano queda paralizado. La respuesta no es la que espera. El llamo se pone a roncar junto a su cuerpo. Duerme como un niño recién nacido en los márgenes de su piel. Luciano ríe por lo sucedido. Se revuelca entre la lana del llamo y abriga su cuerpo del frío.

Esa noche, anciano y llamo fueron uno solo con las estrellas y el viento de la montaña. Nuevamente el hombre y el animal dieron forma a la perfección de la naturaleza. En ese descanso, se reflejó la integridad de una cultura, la unión de una relación milenaria. En ese encuentro se salvaron dos mundos que compartían un mismo lenguaje. Ese día, Luciano dejó de ser amo y pastor, y el llamo dejó de ser animal y

⁴⁰ Yatiri: brujo en lengua aymara (nota del autor).

alimento. Ambos escaparon a las estrellas y besaron a sus familias. Sus cuerpos inertes fueron amparados por la rebeldía de existir donde no hay civilización y, por una casualidad del destino, animal y hombre sumaron fuerzas para intentar domar a la muerte, quien compareció sin aviso ni amargura, sino que se hizo perpetua en el juego de un sueño, un sueño que aún Luciano y su llamo siguen dibujando en esos bofedales del más allá.

33 años
Alto Hospicio
Segundo lugar regional

EL NIÑO DIOS DE HUASQUIÑA

Marcelo Patricio González Borie

Me hallaba maravillado ante los andenes cultivados que rodeaban al pequeño pueblo de Huasquiña, en la Quebrada de Tarapacá, primitiva capital del departamento del mismo nombre durante la época peruana.

Mientras bajaba por la suave pendiente, mi vista se extasiaba por los vivos colores de los tomates, ajíes y maíz que se cultivaban en aquellas terrazas prehispánicas, que aún producían el alimento para las comunidades aymaras que habitan el altiplano.

En mi condición de profesor rural, también tenía que convencer a los padres, para que enviaran a sus hijos a la escuela de Tarapacá. Me habían contado que en Huasquiña vivía un niño, el último niño del pueblo, en una comunidad conformada, además, por siete adultos, ya casi todos septuagenarios. Así que, a lomo de mula, partí esa mañana luminosa al poblado a intentar convencer a esa familia para que me permitieran llevar a ese niño al colegio.

El camino, áspero y pedregoso, tomado por una de las laderas que encajonan al valle de Tarapacá, mejor dicho la quebrada, ofrecía una amplia perspectiva de un paisaje portentoso y único. A cada momento divisaba las pequeñas hijuelas cultivadas con sacrificio y que respetaban milenarias tecnologías provenientes del ancestro indígena, que permitían trasladar de un lugar a otro la escasa agua disponible.

Cuando llegué a la plaza del poblado, encontré al niño jugando al frente de la puerta de la típica iglesia del altiplano chileno. Recogía unas piedrecitas y continuamente miraba hacia el interior del pequeño templo.

Me bajé de la mula y le pregunté si podía conseguir agua para darle al animal.

Me miró con unos ojos tan luminosos como la mañana y vivaces como el cantar de los pájaros que, a esa hora, trinaban por toda la comarca. Me respondió indicándome la ruta hacia un pequeño curso de agua que atravesaba el lugar.

Aprovechando que ya había establecido el contacto, con quien era el motivo de mi presencia en Huasquiña, le pregunté por sus padres y me respondió que se hallaban en las terrazas cosechando tomates y ajos.

—¿Quieres ir a la escuela? —le solté de un solo tirón.

—No puedo. Tengo que cuidar al Niño Dios. ¿Es usted el profesor en la escuela?

Sin dejar de estar intrigado por la primera respuesta que me dio, me apresuré en responderle afirmativamente a la consulta que me había planteado:

—Sí. Yo soy el profesor de la Escuela de Tarapacá. Allá, hay muchos niños y niñas para que puedas jugar y aprender a leer y escribir.

Sin dejar de mirar continuamente al interior del templo, me volvió a responder con voz queda que no podía: “Tenía que quedarse cuidando al Niño Dios”.

Ya intrigado completamente por esta segunda vez que mencionaba el hecho, le pregunté:

—¿Tienes que cuidarlo para que no se lo roben?

—No, señor. Entre y mire. Yo le voy a explicar.

Con la mayor naturalidad del mundo, el pequeño tomó mi mano y me condujo al interior de la nave de la vieja iglesia. Hacía muchos años que nadie le hacía una mantención y, a pesar de hallarse limpia, se notaba su desgaste y creciente ruina. La luz apenas se filtraba por entre la techumbre hecha de varas de coligüe e *ichu*, una paja que crecía en el lugar.

Al fondo, cerca del altar, se veían algunas figuras de santos que seguramente representarían a los patronos del pueblo y que se les reverenciaba de la manera tan característica como se vive la religiosidad en el norte chileno.

Avancé siguiendo las instrucciones del niño mientras le preguntaba su nombre, a lo que él me respondió:

—Eulogio.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la semipenumbra del interior del templo observé una figura que representaba a un pequeño de unos tres o cuatro años. Vestido de immaculado blanco, se hallaba sobre una silla a la que se mantenía unido por una cadena atada a una de sus piernas.

Vi que la estatua que representaba a la Virgen María tenía los brazos en actitud de acunar al Niño Dios pero, en ese lugar, no había nada y la figura del pequeño Jesús era evidentemente, aquella que estaba encadenada a una pata de la silla.

—Eulogio, ¿por qué la figura del Niño Dios está encadenada a una pata de la silla y no está en brazos de la Virgen? —pregunté.

Eulogio, con los mismos ojos luminosos y vivaces que me dieron la bienvenida, me respondió:

—El Niño Dios se arranca. Mis tatas lo han encontrado en medio de los maizales, escondido, y por eso lo han tenido que encadenar, para que no haga sufrir a su mamita. Y mi trabajo es cuidar que no se suelte la cadena y se vaya fuera del pueblo.

Inmediatamente comprendí la metáfora con la que sus padres trataban de mantener a Eulogio con ellos. El último niño del pueblo, el postrer destello de luminosidad y vivacidad que quedaba en Huasquiña y, al comprenderlo, me propuse llegar con la escuela hasta él. Para que no abandonara a sus padres y tatas. Para que no dejara de cumplir la misión que le habían encomendado: custodiar al Niño Dios, que quería arrancarse del pueblito, causando dolor y angustia a su madre.

49 años
Alto Hospicio
Tercer lugar regional

EL ÚLTIMO GOL GANA

Carlos Meléndez Vargas

Hay recuerdos que quedan plasmados, como las marcas del ganado, que no los puedes sacar; están siempre allí. Te muerden, te aguijonean y se vuelven repetitivos como diciendo «debes contarlos» y así lo haré.

Sucedió muchos años atrás en Chañar Blanco, cerca de Vallenar. Fue en una tarde cualquiera, de un verano cada día más lejano, pero cercano en el recuerdo vívido de mi memoria. El sol empezaba a perderse en el horizonte, ofreciendo sus últimos rayos de despedida de aquella tarde imborrable. El color rojizo del astro rey daba un toque especial, como de una obra surrealista, a la escena de la que fui testigo.

Pude ver a la distancia, mientras caminaba junto a mi abuela materna, lo que no he podido olvidar, aunque el tiempo inexorable y ladino, quisiera hacerlo desaparecer. Pero las imágenes se mantienen imborrables y persistentes en mi memoria. Quizás desaparezca cuando ya no esté aquí y viaje hacia las estrellas.

El polvo que se desprendía de la pichanga en la cima del cerro adquiriría ese color rojizo del que hablaba. Todo tenía ese tinte extraordinario, incluso la pequeña capilla que emergía de esa nube cobriza. Por petición mía cambiamos de rumbo, para observar lo que parecía ser algo realmente impresionante.

Las figuras se fueron haciendo más precisas, dentro de una polvareda que, con el sol a sus espaldas, adquirirían ribetes fantasmales a la distancia. Lo que parecían fantasmas moviéndose de un lugar a otro, no eran otra cosa que jugadores de fútbol que corrían tras una pelota vieja de cuero, algo desinflada (de esas antiguas, que eran de color cuero, aunque parezca extraño, y que además duraban mucho). El juego se desarrollaba allí frente a la iglesia, todo envuelto en este halo del atardecer.

Finalmente llegamos al borde de la cancha, que no era más que una explanada más o menos pareja que, en algún momento, tuvo unas líneas blancas perdidas entre la tierra y las piedrecillas. Ahí se desarrollaba el partido. A un costado, cerca del arco que daba al norte, donde estaba la capilla había algunos espectadores. Me pareció que eran algunas mamás, familiares o amigos de los jugadores, ya que escuché varias veces “¡dale Perico, corre Juan, es tuya, es tuya, es tuya José” y otras expresiones por el estilo, en medio del jolgorio que producía este enconado partido.

Los jugadores, todos con ropa de calle, corrían y luchaban por dominar con denuedo el balón. Parecía que había un gran premio, porque se les iba la vida en cada jugada. Ninguno de los que recuerdo, cuando corrieron por el costado donde estaba, tenían botines de fútbol; eran zapatos viejos y desgastados que brindaban los últimos servicios a sus dueños. Eran otros tiempos. Se jugaba con lo que se podía o con lo que se tenía. Parece que este era el caso. Años después lo comprendí, pues en esa época era muy pequeño, pero con un entendimiento suficiente para comprender este cuadro que parecía de Dalí.

Noté que había un futbolista que destacaba entre todos los mozalbetes que jugaban. Era el más grande y tenía una particularidad: vestía un atuendo café con un cordel que enlazaba la cintura. Este traje llegaba hasta los tobillos donde remataba en los pies con un par de sandalias, llenas de tierra. Me di cuenta de que era el cura de la capilla que, para driblear al jugador contrario, con mucha habilidad y gracia, cual torero, se agarraba el faldón de su traje con ambas manos y empujaba el balón para producir una jugada.

El partido parecía no tener fin, hasta que se escuchó una voz:

—¡Último gol gana!

Otras voces respondieron al unísono:

—¡Ya!— u otros epítetos irreproducibles.

Así, de manera tácita, sin mayor preámbulo, comenzó quizás la parte más importante de la pichanga. Esta empezó a tener un ritmo más rápido, casi vertiginoso y hubo jugadas que llevaron peligro a ambos arcos, pero sin producir el ansiado tanto. Hasta que se produjo un avance por el costado, de donde yo era espectador. Un pequeño y hábil alero sorteó a dos jugadores contrarios y consiguió un centro en plena área rival. La pelota describió una parábola extraña en el aire, dejando la impresión de que se quedaba detenida por unas milésimas de segundos en el aire, con el trasfondo del color del atardecer y con el sol yéndose rápidamente en ese atardecer.

Como emergiendo de la nada apareció una figura que brincó y que se elevó como un ángel, con un aleteo parecido al de las aves. Así me pareció en ese momento, que el vigoroso salto le ayudó a subir más alto sobre los demás y que le permitió golpear el viejo balón con la frente. De ese modo, superó a todos los que saltaron con él. Era, ni más ni menos, el cura Pedro, el párroco, que sellaba espectacularmente el partido en una tarde que languidecía.

El grito de gol de los ganadores pareció retumbar en los cerros lejanos del valle, se esparció por la tarde estival y siguió vibrando en aquellos corazones que se abrazaban y saltaban alrededor del padre Pedro. Era un cuadro mágico de entusiasmo que, en ese momento, no comprendí muy bien.

A continuación, con mi abuela nos encaminamos por el polvoriento camino blanco, ese que ayudaba a seguir su sendero en las noches oscuras sin luna. A poco andar, ella me dijo:

—Los niños que perdieron estaban muy tristes.

Y yo respondí:

—Era solo un partido.

Sonriendo agregó con un tono irónico:

—Es que los perdedores deben hacer el aseo de la capilla y sus alrededores para la misa del domingo.

70 años
Antofagasta
Primer lugar regional

MI AMIGO POROTO Y DON CANEO

Angélica Canales Rodríguez

Cuando tenía siete años, me dedicaba a la actividad máspreciada por los pueblos del desierto de Atacama: vendía agua o, mejor dicho, ayudaba en esa faena a don Caneo quien, desde un carretón tirado por un burro llamado Poroto, avanzaba por los caminos levantando el polvo y sudando la gota que solo el sol del desierto puede hacer derramar.

Don Caneo era un hombre blanco, aún joven, colorín y desgarbado, con una sonrisa que iluminaba su rostro, volviéndolo un niño en cuerpo de hombre. Hoy, adulto, pienso que lo único que no he olvidado de él es su hermosa sonrisa, acompañada de los gritos: “¡Hay agua, casera!”. Yo lo observaba sentado desde el lomo de Poroto, volviéndome cada vez más negro por los rayos del sol. Mujeres con ojos de páramo, sin recuerdos, lejos de estos peladeros acudían ante nuestra llamada. Saludándolas cargaba el aljibe para suministrarles un poco del Loa. Ellas se despedían de nosotros con voz de viento, de verano eterno y continuábamos al pueblo siguiente, así hasta que la tarde nos ofrecía empamparnos y Poroto hacía el camino de vuelta.

Mi madre, burlada por mis escapadas, esperaba frente a la polvareda que levantaba Poroto y mirándome fijo, correa en mano, sentenciaba que me daría mi castigo. La misma acción se repetía a diario y, también, que don Caneo me justificara ante mi viejita, pidiéndole que lo castigara a él, que era su culpa que me fuera al desierto, porque le traía suerte y que el Poroto me quería tanto que si yo no estaba, este se taimaba y no quería caminar. Mi madre, buena como el cielo azul lleno de nubes, siempre me perdonaba, haciéndome prometer que no me escaparía, y que cuando saliera tenía que avisarle. Don Caneo, con su sincera sonrisa, le llenaba los tambores de la casa con agua, que compartíamos con los hermanos de mi mamá y mi abuela, además de mis tres hermanas a las que poco aguantaba. Luego, nos decía adiós y yo acunaba mi deseo de sentirme libre hasta el día siguiente junto a él y mi querido amigo Poroto, el burro más inteligente del mundo.

Obedecía a las palabras: alto, atrás, rápido y lento. Le encantaba cualquier verdura que se pudiese conseguir por aquí, donde no crece nada. No había satisfacción más grande que sentarme en su lomo, agarrar sus correas de dirección y partir hacia la pampa abierta. Don Caneo una vez me regaló un arnés viejito, que ya no usaría, y unas herraduras, que yo guardaba en un rincón secreto de mi casa, para tener buena suerte.

Mi mayor temor era ser acusado a mi padre cuando llegara para sus dos días de descanso de trabajo en la mina. Él laboraba duro, sin enterarse que nosotros íbamos creciendo. Mi madre, la eterna cómplice de mis aventuras, era quien velaba por nosotros días y noches.

Recuerdo mañanas en el Loa cargando el aljibe, tirándome piqueros, llenándolo con baldes y después yendo de pueblo en pueblo. En algunos, las caseras nos obsequiaban trozos de queque o marraquetas. Dios nos cuidaba, éramos felices, mi amigo burro y don Caneo. Yo me recostaba en el lomito de Poroto para acariciarle la cabeza y él rebuznaba. Era la envidia de todos los niños de mi edad; todos querían andar como yo, pero el Poroto solo me quería a mí.

De los siete años pasé a los ocho y luego, a los nueve en el lomo de mi amigo burrito, hasta que en uno de sus dos días de descanso, mi papá nos contó que iban a cerrar el pueblo y que nos tendríamos que ir a uno nuevo. Salí corriendo en busca de don Caneo y Poroto y les conté la noticia. Don Caneo me dijo que tenía que hacer caso, que me tenía que ir y que él con Poroto siempre se acordarían de mí. Lloré, y mientras le acariciaba la cabeza a Poroto, vi que él también derramó una lágrima de su ojo. Les prometí lo mismo, nunca olvidarme de ellos y aquí estoy ahora, 50 años después recordándolos.

EN FILA

Eduardo Andrés Salinas Olave

Primero eran ellas dos, Lalo y Marta. Sus padres vivían en el pueblo, en las casas en fila que había entregado el Gobierno. Ahí era muy fácil conocer a todo el mundo. Bastaba asomarse por la ventana y mirar quién iba o volvía por la larga calle de casas pegadas, una al lado de la otra. Fue sencillo, entonces, para Marta fijarse en Lalo, aunque fue un poco más difícil para Lalo, quien siempre andaba distraído, mirando las nubes o pensando en cosas. Pero cuando Lalo salía, Marta también se apuraba en ir de compras a la esquina donde se encontraban, se saludaban y todo lo que viene después, esos lentos, pero ineludibles avances del amor entre los jóvenes.

Eligieron vivir en el campo, porque el señor Ayala buscaba un mediero y Lalo no le tenía miedo al trabajo duro y quería una casa grande que pudiera construir a su manera. Al principio eran solos dos piezas: el dormitorio y la cocina, pero ellos no necesitaban más. Lalo salía en la mañana y Marta lo esperaba con el almuerzo. Él volvía cubierto de sudor y convirtiéndose, cada vez, en un hombre más corpulento, porque la labor en el campo lo fortalecía. Se comía una cazuela, luego dos y hasta tres, para volver a salir. Ella se quedaba en la puerta mirando como aquel hombre, del que estaba enamorada, se alejaba y se perdía entre los cerros.

Para la primera hija que nació decidieron construir una habitación extra, pegada al dormitorio de ellos. Marta temió que les faltaran cosas, pero la vecina, la señora Aurora, que ya no iba a tener más hijos, porque había tenido ocho, les prestó una cuna. Le había dicho a Marta que los niños cuando empiezan a llegar no se detienen y que era mejor tenerlos ordenados, uno a uno. Que hasta los seis meses era mejor la cuna, porque en ella nada les podía pasar. Qué después se aburrían y eran mejor dejarlos en un corral en la cocina. Y que cuando caminaran ya podían salir a jugar, porque en la cocina se podían quemar. Que ella así había criado a sus hijos y siempre había funcionado. Que lo mejor de tener varios era que los mayores le ayudaban a cuidar a los más pequeños y, entonces, todo se hacía más sencillo.

Las piezas nuevas que fueron construyendo venían del banco de madera, con troncos que el propio Lalo talaba. Las camas también. Los colchones eran de lana de las ovejas. La ropa la traían los vecinos o algunos turistas que andaban de paso. La mitad del trigo que cosechaban era de ellos. La leche y los remedios se recogían en el consultorio. La fruta, la verdura y las papas eran del huerto. Las gallinas ponían huevos y los pollos iban a la cazuela. A veces caían conejos en las trampas que Lalo les ponía. El señor Hernández, que pescaba en el río, siempre les cambiaba peces por huevos. Y, a veces, los niños recogían setas y esas también podían ser echadas a la sopa.

Lalo partió con una pieza extra para los dos primeros hijos. Para el tercero, Lalo dudó si hacer otra cama y ponerla ahí o mejor, y derechamente, levantar otra pieza. Pero no tuvo mucho tiempo para dudar porque, después de salir del hospital, Marta solo tardó dos meses en volver a quedar embarazada. Así, al final, hizo tres cuartos más, dos por niños, seis hijos en fila, y podían haber sido más si en el consultorio no le hubieran recomendado a su mujer que parara y, como consecuencia de esta sugerencia, dejaron de nacer nuevos hijos, y no fue necesario seguir erigiendo nuevas piezas.

En las tardes, Marta iba a darle de comer a las gallinas. Llevaba el trigo en el delantal, que iba lanzando en una línea, de modo que las gallinas se ordenaran y ella las pudiera contar. Los hijos veían a las aves alineadas, una al lado de la otra, y a la madre, que se aseguraba que no faltara ninguna. Para la Navidad, les pedía a los niños que dejaran sus zapatos fuera, al lado de la entrada, uno al lado del otro y, a la mañana siguiente, al ir a revisar, cada uno se agachaba frente a su calzado y veía qué es lo que el Viejito Pascuero les había dejado de regalo.

Los hijos crecieron. La escuela solo llegaba hasta octavo básico y, después, tuvieron que ir al liceo del pueblo, donde había que quedarse en casa de la abuela, porque estaba demasiado lejos para volver cada

día. Marta, entonces, pensaba en los viernes, cuando ellos, uno a uno, subían por el camino de vuelta a la casa, con sus bolsas y mochilas, y ella los abrazaba en orden, sin poder reprimir las lágrimas. Por las noches paseaba por las piezas, contenta de que estuvieran todos de vuelta, pero el temor retornaba los domingos por la tarde, el día en que la camioneta del abuelo llegaba a buscarlos y, de nuevo, se iban lejos de ella.

El tiempo transcurría de forma extraña, lento y rápido a la vez. Terminado el liceo, los niños se fueron aún más lejos. Querían trabajar en la capital, vivir de nuevo en casas en filas, unidas a todo el resto, viajar en buses en fila y ordenarse en la mañana en filas, en las afueras de las empresas. Y si bien, en el campo también había filas, estas eran más cortas, más íntimas.

En las oportunidades en que volvían los niños, que ya no eran niños, estos miraban con incredulidad todo el espacio circundante, como si fuera un insulto a la necesidad de las personas de estar todo el tiempo apretadas en un solo lugar. Los mayores solían convencer a los menores que lo mejor era partir y los padres no sabían qué decir, aunque confiaban que en la seguridad de las palabras de los hijos había una suerte de certeza, que era mejor atender antes que desoír.

La casa de nuevo quedó vacía. No sabían qué hacer con todas las piezas que tenían hacia atrás. Marta movió el dormitorio de ellos hasta el final, luego arregló una habitación para invitados, a continuación un salón, meses después una bodega y solo ahí se detuvo, al llegar a la cocina. Ambos se sentían como reyes de un país que había sido abandonado. El Lalo daba largos paseos por el corredor y miraba por la ventana. No era necesario decir lo que esperaba, porque ambos lo sabían, como una intuición que aparece con la primera estrella de la noche. Y un día, la hija mayor regresó con los nietos. Una historia donde el marido se había ido y ella no podía trabajar y ver a los niños al mismo tiempo.

—¿Te quedas? —le preguntaron, pero ella negó con la cabeza.

La ciudad la tenía atrapada. Y sin embargo, los niños podían quedarse si los abuelos querían cuidarlos.

Eran dos pequeños, un niño y una niña. Otro comienzo. Dos rostros pequeños y brillantes para amar. Y Marta supo entonces que los otros hijos también volverían con los nietos, uno a uno, en fila, y su corazón se llenó de esperanza y alegría.

41 años
San Pedro de Atacama
Tercer lugar regional

SECA TIERRA

Guillermo Luis Sierralta Zamorano

Después de veinte minutos, la vieja logró llegar a la carretera. «Los caminos ya no son lo que eran», pensó. Tras la gruesa franja de cemento se extendía una gran porción de tierra clara y seca que, por momentos, bailaba en el aire, impulsada por la fuerza de la brisa. La vieja se detuvo un momento, estaba cansada, su rostro bañado en sudor lo atestiguaba, y las articulaciones que le crujían parecían estar hechas de madera seca, especialmente las rodillas. Se apoyó en el cerco que indicaba el final de su campo. Observó el paisaje; tras la planicie de polvo se erguían gigantes construcciones: empresas agrícolas, vinícolas, incluso un terminal de buses provinciales. La vieja frunció el ceño con sorna. Cuando niña se apoyaba en el mismo lugar y, desde allí, recibía la belleza de la naturaleza: el cielo azulado cobijando decenas de nubes que se amontonaban en extrañas coreografías las que, a veces, se le antojaban como los movimientos de la masa antes de convertirse en pan; árboles frondosos cuyas hojas, que como tímidas plumas, se meneaban al viento, y el río, el increíble río de su infancia atravesando aquellas tardes rojizas, que parecían no terminar jamás.

Cruzó la carretera arrastrando los pies con temor, como si aquel lugar que tanto conoció ahora se tratara de otro planeta. Se movió con lentitud, luchando contra la tierra que se levantaba y que amenazaba con hacerla tragar polvo. Al disponerse nuevamente a descansar, ahora sobre unas rocas, el estruendo de unos neumáticos la asustó. Súbitamente se lanzó al suelo sin medir cuidados. El único automóvil del lugar era de su yerno y pensó que, como seguramente ya habían notado su ausencia, ahora la buscaban para que volviera, pero ella jamás lo haría. El ruido fue desapareciendo de a poco y, luego de unos minutos, el rumor de la tierra había vuelto a someter el entorno. Era la señal para levantarse. Intentó flexionar sus brazos para apoyar sus manos, pero era inútil, no tenía la fuerza necesaria. Una pequeña mancha roja apareció bajo su rostro; sin notarlo se había cortado la mejilla con la violencia de su movimiento. Suspiró. La sangre brotaba con suavidad, como un pequeño riachuelo humectando las grietas secas de su piel. Eran tantas las ocasiones en que había estado frente a una herida que el miedo no logró apoderarse de ella. De niña había aprendido a curarse sola. Cuánto le gustaban las heridas de las rodillas y de los codos, pensaba todas las tardes después de tropezar con chapines y clonquis, mientras llevaba a pastar al rebaño de cabras. Su progenitor era demasiado duro como para meterse en ese asunto. Recordaba que incluso cuando tuvo el accidente a caballo —por entonces tenía 16 o 17 años— su padre ni se inmutó. Ahora, abandonada en el suelo con 76 años y la boca llena de sangre y tierra, descubrió que aquella relación nociva había sido el principal motivo para acercarse a José. A él lo conoció una semana después de su caída; era un día de julio y la celebración de la Virgen del Carmen había cubierto el pueblo con su espíritu. Pese a las advertencias del médico había salido a recorrer el pueblo junto a la procesión, sin intuir que su mirada se fijaría en el abundante negro de una cabellera, que se revolvía en el aire con cada brinco. Obedeciendo a una extraña voluntad que, por momentos, le parecía propia y por otros totalmente ajena, avanzó hasta alcanzar la Virgen y tener una visión limpia del rostro de aquel *chino*⁴¹ que bailaba con alegre devoción. De pronto, sus miradas coincidieron y se halló ante dos abismos que engulleron su deseo y la hicieron su prisionera. Bastaron un par de palabras para saborear la dulce espera del segundo encuentro, un par de conversaciones para enamorarse, y un par de días para aceptar su propuesta de huida al sur, para trabajar de temporeros. «Mi José —dijo para sí— siempre supe que eras un canalla, siempre supe que volvería a estas tierras sin ti, pero estaba tan enamorada». Por un momento, en su memoria, se presentaron todos los oscuros escenarios que había vivido junto a José: el primer golpe, el alcohol, la falta de dinero, la otra mujer y el abandono. Su padre, como era de esperarse, tampoco la ayudó con aquella herida.

Luego, de varios intentos, logró levantarse. La herida era superficial, pero cada cierto tiempo volvía a sangrar. No importaba mucho, ya estaba cerca. Se aproximó a la verja metálica que separaba los edificios

⁴¹ Chino: integrante de un baile dedicado a la Virgen, típico del norte de Chile (nota del editor).

de la arena y la apretó con sus arrugadas manos; la rabia la colmaba, pero no podía perder más tiempo, en cualquier momento su hija y su familia la encontrarían y la llevarían de vuelta a casa. Ella ya no quería estar allí, ese no era su lugar. Siguió, se apoyaba con cuidado en las rejas cuyo fin no distinguía. A medida que avanzaba, los desniveles se hacían cada vez más pronunciados y eso demoraba su marcha que, para su mala suerte, incluía bordear los edificios. Cuando por fin pudo rodear las estructuras, la imagen del río la recibió violentamente; había desaparecido. En donde años antes había brillado un flujo cristalino de agua, ahora solo se extendía una seca porción de tierra. Dispuesta a atravesarlo se preocupó de apoyar el bastón —que había improvisado con un trozo de caña— en las hendiduras que se abrían entre las piedras dispersas e irregulares que adornaban el lugar, para así evitar otra caída. Hacía algunos años la sequía se había instalado en la región, debilitado el cauce del río progresivamente y provocado la ruina de las cosechas, pero la vieja nunca había imaginado un panorama así. De la mano de una voluntad secreta logró continuar. El crujir de la tierra bajo los guijarros, antaño lubricados y pulidos por el vertiginoso flujo de agua, disimulaba el estrepitoso ruido que provocaba el roce de sus huesos. Cada paso que daba hacía restallar en su mente recuerdos fugaces del espacio que la rodeaba, en donde la decadencia de la naturaleza estaba lejos, como también los vivos colores que antaño invadían todo.

Cuando el delirio parecía acabar con sus esperanzas, apareció frente a ella una pequeña poza, una imperceptible mancha de agua sobre la sequedad, que extendía su débil humedad por un par de centímetros. Su tamaño era el de la flor que crecía lejos de allí, incluso, imaginó la vieja, fácilmente un insecto podía bebérsela de un sorbo. Dejó su bastón a un lado y comenzó a desnudarse con la misma parsimonia de una tortuga al andar. Como era un día caluroso, solo llevaba puesto un ligero vestido que, inmediatamente, cedió al capricho del viento, una vez que se lo quitó. Avanzó hacia la poza, que comprobó que tenía el mismo tamaño que la uña de su pulgar. Aguzó la vista. En la diminuta porción cristalina reposaba un rostro oscuro. Se acercó más y pudo distinguirlo. Era como si los años pasados se hubiesen filtrado por algún recoveco de la realidad y ahora se estrellaran violentamente contra sus pequeños ojos. Sus músculos fatigados, laxos sin más, hicieron su último llamado y de un salto se zambulló. Miles de burbujas la rodearon y junto con ellas alcanzó la superficie. Sintió cómo su cabello se extendía sobre el agua, como algas secas dispuestas a desprenderse, para alcanzar el destino que el río siempre promete. Mientras su cuerpo flotaba sentía que cada poro de su piel explotaba. En ese momento exhaló el último suspiro, para hundirse lentamente. Feliz.

El viento resopló formando una pequeña tolvanera. La poza se había secado por completo. Ahora, en la inmensa sequedad del lugar, un vestido enredado en las estériles ramas de un arbusto se mecía como estandarte único de la verdad.

22 años
Copiapó
Primer lugar regional

SONRISA DE ORO

Fabrizio Gerardo Tello Arancibia

El polvo nocturno se metía entre las hendidias de mi habitación, que era tan antigua como el pueblo. En el exterior, el viento silbaba entre las ramas de los pimientos una melodía quejumbrosa, las sombras que se dibujaban dentro de mi cuarto bailaban al son de una llama, que nacía de una vela moribunda que se aferraba al suelo. Esperé allí, acostado en el colchón viejo, porque sabía que esa noche habría una historia para mí. Me quedé oyendo las manecillas de un reloj, que hacía sonar los segundos por las paredes del cuarto. Afuera, los perros famélicos aullaban por el frío que les mordía los huesos, tomé mi abrigo y abrí la puerta, que chilló como consecuencia de la herrumbre de la bisagra. El mundo parecía abandonado. Caminé por los caminos terrosos, entre ladridos, vendavales y la tenue melancolía de las luces sepias que caían por los rostros tristes de los postes, como sedas de arañas embrujadas; de pronto estaba allí, frente a la casa de mi abuela, abandonada hace años, giré el pomo frío y, al abrir la puerta, las bullas guardadas del pasado salieron huyendo, para perderse entre las esquinas de Inca de Oro, el pueblo de los pirquineros.

Me senté en la silla que se mantenía frente a la cocina, cerré los parpados y le dije en voz baja: “Mami Luz, quiero oír una de tus historias”. Un aire helado subió por mi espinazo, tal como una estrella fugaz cruza el cosmos. Una niebla verduzca luminosa cubrió mi mano y me la acarició: “Hijo, deja contarte, deja que tu alma recuerde mi voz”. “Te escucho Mami Luz” —dije emocionado con el nudo casi desarmándose en mi garganta—. Se encendieron los candelabros y se dejaron oír en la casa las palabras de mi abuela.

—Siempre estuvo la luna trémula sobre nuestras cabezas vigilando con sus rayos nuestros movimientos, abrazando al pueblo, espantando el calor sofocante con su mirada gélida. De ella, yo no me he olvidado, pues siempre iba tras de mí iluminando mis sueños y, también, era ella quien me contaba los misterios que te contaba de pequeño.

Por las noches el tren se detenía en la estación. Los pequeños salían como duendes con sus sacos vacíos para llenarlos con carbón, el ferrocarril era asaltado por estos burlescos pequeños, que se balanceaban de vagón en vagón llenando el saco mientras reían como diablillos. Los pequeños huían a sus casas con los sacos repletos y los vaciaban en los calderos, para abrigar el espíritu dentro de sus casas agujereadas. Así fue por muchas noches, y por muchos años. Pero como todo en la vida, la continuidad se rompe y en cierta época del invierno, en que los rieles brillaban por la humedad de la brisa fría y las estrellas se ahogaban en los reflejos de los tejados, apareció un pequeño que se unió a la pandilla. Solo dijo que quería abrigar su cuerpo en compañía de ellos, así que los demás no preguntaron, lo dejaron que se uniera. Estuvieron llenando sus sacos en su compañía, bailando mientras recogían con sus manos oscuras el camote negro y nadie preguntó por su familia, ni en qué casa abrigaba su cuerpo; ellos lo dejaban llenar su saco y solo lo veían largarse, pero nunca llegar a ningún lugar, y a nadie parecía importarle, como si la curiosidad se disipara con su presencia.

Cierta noche, cierta mal aventura aconteció. Mientras el silencio agobiante se clavó entre los diablillos risueños, una luz que apuntaba uno de los guardias dio en el espinazo del chico nuevo. “¡Corre, deja todo ahí!”, le gritaron los demás niños mientras se escabullían como lauchas por los recovecos apagados del pueblo, pero él no se movió, siguió allí llenando su saco que parecía estar atiborrado, inmutable, porque infinito era el espacio que tenía aquel saco. “¡Hey niño, deja eso allí y vete ya a tu agujero!”, advirtió el guardia, pero la orden pareció esfumarse camino hacia sus oídos, porque el chico siguió allí llenando roca a roca su saco inmenso, que crecía con los segundos que se volvían espesos. “¡Te lo advertí!”, gritó el hombre colérico, mientras se acercaba furioso a enfrentar al muchacho. “¡Gírate niño!”, lo encaró, mientras trató de iluminar con su lámpara, pero la luz murió junto con el ruido del pueblo. El hombre quedó petrificado mirando la silueta del pequeño, que empezaba a rodearse de sombras. El pobre desgraciado quiso retroceder y no pudo. Trató de gritar y las palabras salieron mudas de su boca y como sus ojos no se podían cerrar, con ellos abiertos vio horrorizado cómo el pequeño giraba el torso y

reía ferozmente rompiendo el ambiente. Con sus ojos saltones entre llamaradas y la sonrisa enchapada en oro, su rostro fue creciendo hasta quedar frente al del infame hombre; luego carcajeó burlonamente y se hizo polvo con el viento.

Más tarde, hijo mío, encontraron al infortunado hombre tan tieso como los muertos que coronan el cementerio de pirquineros, con sus parpados cerrados susurrando: “¿Dios, dónde estás?”. A su lado quedó tirado el saco, moviéndose como si llevara un bulto en su interior. Los hombres lo abrieron y liberaron un millar de arañas, junto a un alarido putrefacto que infectó el lugar de azufre. Así fue, cómo aquel niño desapareció del pueblo. También fue el fin de la pandilla de ladronzuelos, que tras este siniestro episodio dejaron de robar.

Así se pasea siempre el diablo con su larga cola, amarrándola a los pies de los hombres ebrios, urdiendo con su lengua ponzoñosa el oído del pirquinero, entonándole canciones que le guiaban a la veta falsa, barajando los naipes del ludópata, embriagando al minero en la cantina, robando la pella de oro, seduciendo a sus mujeres y, también, acompañando a los pequeños en sus travesuras, como la historia que te acabo de contar hijo. Y hay un millar de otras parecidas, como la del perro negro que olvidó cómo llegar a casa, y la de la carreta de oro que vaga por las calles a media noche, o la de aquel burro que se alarga y, sin ir más lejos hijo, yo misma, aquí, ya cerca del limbo, un espíritu contándote las leyendas del yermo que nos rodea. Pero habrá tiempo para seguir contando esas y otras historias. Lo haré cuando el frío te vuelva a azotar, cuando sientas nostalgia por mí, cuando las sombras de tu habitación vuelvan a bailar al son de la llama de tu vela, que se enraiza al suelo como un árbol, entonces, allí yo te guiaré hasta mí. Adiós hijo, te dejo —susurró por última vez esa noche.

Giré el pomo, las voces que huyeron volvieron a guardarse, el polvo se escondió, la luna dejó de sonreír distante, los perros seguían descansando en el suelo, mi habitación parecía tranquila, todo quedó en calma, pero los azotes y el temor, todo lo que tenía mi pueblo Inca de Oro, se había trasvasiado a mi alma. Ahora era yo quien trataba de huir, porque la historia no era falsa y yo lo sabía, porque me lo confirmaba la sonrisa diabólica del niño del saco que golpeaba con su frente la ventana rota de mi habitación.

30 años
Diego de Almagro
Segundo lugar regional

RECÓNDITA AVE NORTINA

Claudia Andrea Latorre Zepeda

Nadie me cree, seguramente tú tampoco. Te contaré un secreto que dejará de serlo, porque así lo quiso mi nuevo y fiel amigo, ese de cuerpo dorado saturado de historia.

Era temprano por la mañana, la camanchaca cubría la mitad del cerro Bramador, uno de los tantos *Apu*⁴² que guardan interesantes historias de la región de Atacama. El asunto es que decidí subir; lo hice con mi perra. El agua de la camanchaca refrescaba la dificultosa subida empedrada. A medida que trepaba se observaba el pueblo de Toledo. Había más casas que antes. Incluso, la que fue escuela, aún seguía intentando sostenerse de posibles derrumbes, consecuencia de los temblores. Desde la mitad del cerro, se ven un par de niños jugando con los perros del sector y algunas señoras se preparan para ir a misa. Porque en este lugar tienen una pequeña, pero hermosa iglesia, y algunas plantaciones, que se mezclan con las que posee la empresa que da trabajo al pueblo. Aceitunas y limones son los que predominan en la zona; incluso hay cabritos, que son arreados por unos caballos.

Pasaron un par de minutos cuando Frida, mi perra, comenzó a ladrar desde arriba; siempre me llevaba la delantera por la ventajosa naturaleza de tener cuatro patas. Yo intentaba subir rápido, porque sus ladridos se sentían colmados de ansiedad, pero el camino presentaba muchas dificultades para llegar tan pronto. Después de unos segundos logré alcanzarla. Al descubrir lo que advertía mi fiel canina, observé con ansiada conmoción el resplandeciente pájaro dorado. Ahí estaba herido en sus alas y con temor a que lo acariciaran; era un ave formidable y brillante y tuve que retar a Frida para que se detuviera. Cada una de las patas del pájaro parecía fabricada de plata, sus plumas eran grandes y radiantes como el oro y nos observaba con desconfianza y trataba de evitar que nos acercáramos. Me senté por varios minutos para observarlo con curiosidad, pero el vigoroso pájaro se mantuvo a la defensiva. Al rato, intenté verlo más de cerca y advertí una profunda herida que lo mantenía indefenso y sin poder levantar el vuelo. Parecía un ave de metal, un pájaro fundido en oro con plata. Preocupado, me saqué la chaqueta para cubrirlo de posibles escaladores o de curiosos que quisieran llevárselo como un trofeo a un museo. Él parecía tomar lentamente esa envidiable confianza, casi inexistente en estos tiempos. Al registrarlo pude lavar su herida con un poco de agua que me quedaba en la cantimplora. La pobre ave goteaba un mineral brillante. De pronto, sus ojos de un azul profundo me comienzan a transportar a sus más íntimas experiencias.

Me desvanezco del lugar y empiezo a viajar por el tiempo. Observo fechas del 1800, veo pirquineros, hay trabajadores del mineral que le siguen, rostros bondadosos y otros ambiciosos. Planeo por cumbres y desierto, por brillantes minerales que iluminan el camino, me deslizo por el aire evadiendo el deseo de los hombres que intentan rasguñar mis alas. Veo mi reflejo sobre relucientes minerales, soy el pájaro que bucea por el aire con escandalosos aleteos sobre las cabezas de mineros hasta que, de pronto, detengo el vuelo para admirar la infinita planicie del desierto de Atacama y diviso a un pirquinero, que me observa impaciente, como si quisiera robarme el alma. Comienzo a sobrevolar y a rodear el hombre, que de rostro glotón intenta decir algo. Me acerco cada vez más, hasta que logro oír los gritos desesperados de alegría de aquel minero: “¡Alicanto!, ¡Alicanto! ¡Llévame donde está el tesoro!”. El hombre agita sus manos haciendo señales de ayuda y, desde el aire, se veía muy gracioso. Lentamente, me alejo y veo que intenta alcanzarme a pasos irritados. Finalmente me asiento sobre unas rocas y con el pico comienzo a hacer agujeros para extraer un mineral brillante, que es mi alimento. Poco a poco, comprendo que el astuto plumífero se alimenta de minerales que el hombre busca. Se oyen los gritos del cateador y su anhelante impotencia por subir a la cumbre donde estábamos.

Luego de unas horas de reposo nuevamente emprendo el vuelo, hasta que observo desde lejos cómo el hombre comienza a picar la tierra donde estaba el Alicanto. Me voy oyendo sus gritos de alegría.

⁴² Apu: espíritus sanadores que habitan en los cerros dentro de la comunidad incaica (nota del editor).

El ave sacude sus alas (soy yo, pero el alicanto sigue aquí, en mí) y a través de sus ojos brillantes muestra las industrias y carros cargados con minerales. Todos los hombres que lo ven lo persiguen y gritan sin dudarlo: “¡el Alicanto!”. Su orgulloso pecho emplumado se luce por el cielo y los lleva hasta donde hay tesoros.

Vuelvo a verlo ahí tendido en las rocas. “Estoy cansado, pero verlos extraer mi alimento me hace sentir vivo”, se escucha una voz aguda y profunda que parece salir desde las plumas del ave. “Siempre comparto una porción de mi comida con los mineros que buscan incansablemente el oro en el norte”, cuenta.

Como la sangre del pájaro se ha cicatrizado, le hago cariño a sus duras plumas de metal. Nos miramos entendiendo que él sanará y que solo depende de nosotros cuidarlo y seguir hablando de él, para que perdure para siempre su historia.

Quizás está un poco triste, porque los tesoros no parecen ser suficientes para los hombres. Sus heridas son los pesares del olvido, igual como se relegan a los viejos a unas sillas de ruedas, para que lentamente se consuman en la indiferencia. Con fuerza me levanto del lugar donde estábamos sentados y le digo con tono seguro y fuerte: “Alicanto, todos te conocemos y sabemos que eres el guardián de las riquezas, conocemos tu historia y te prometo que cada niño, joven, adulto y viejo sabrá de tu existencia, jamás te postergaremos, porque eres nuestra historia... eres...” y no pude terminar mis dramáticas exclamaciones, porque hasta mi perra Frida comenzó a aullar y nuestro fiel amigo plumífero comenzó a volar, revoloteó sobre nuestras cabezas y expelió un aroma alegre alejado de la tristeza. Era un vuelo con libertad, de esos planeos que un parapentista apetecería disfrutar.

Poco a poco el Alicanto se fue desvaneciendo detrás del cerro hacia el horizonte, hasta que solo un punto esplendoroso se divisó al final del perdurable cielo.

Con claridad recuerdo la densidad de sus alas y su tristeza convertida en alegría. Jamás olvidaré sus recuerdos y paisajes que con humildad compartió conmigo. Ahora guardo un gran tesoro, su verdadera historia junto a un trocito de piedra con pinceladas de oro, para no olvidarlo jamás, y saber que las leyendas nacen de una realidad.

38 años
Copiapó
Tercer lugar regional

EL HILO ROJO

Geisha Ivonne Bonilla Cortés

«El pueblo siempre fue aficionado al chisme», pensaba doña Luisa. «Y es que no tienen nada más en qué entretenerse, solo en hablar mal de todo el mundo. No tienen vida ni tampoco tienen idea de *na'*», decía para sus adentros, mientras tiraba los sacos de duraznos en el fondo de un quincho.

—Y es que la vida de campo es así, pues —le respondía su comadre Fresia, cada vez que se encontraban y empezaban a conversar de lo que pasaba en el pueblo, allá en el interior de ese valle perdido entre los altos cerros.

Una de las cosas que le molestaba es que, en esas largas conversaciones, se tocara la figura de su marido.

—Es un hombre bueno —alegaba doña Luisa, como no hay otro en este lugar. Y sus vecinos sonreían socarronamente y cuchicheaban entre dientes lo que, por años, era el cotilleo de la localidad.

Don Juan le hacía honor a su nombre; un huaso ladino, fiestero, encantador con el vino y las mujeres y de quien se decía que había hecho pacto con el Mandinga, pues mientras todo el mundo envejecía, él permanecía incólume con el paso del tiempo. Ni una arruga, ni una cana, su cabello negro permanecía intacto y “eso que no se echa nada en el pelo, solo champú y de cualquiera nomás”, se ufanaba su esposa, doña Luisa.

Pero esa también era su gran preocupación. Mientras ella ya rengueaba y le costaba un gran sufrimiento subir hacia el camino público, para comprar la verdura al camión que pasaba dos veces a la semana, él era capaz de saltar las cercas como si tuviese todavía veinte años y, con la misma alegría de esa juventud, podía domar al caballo más arisco que le llevaran. De ahí su fama, incluso en los pueblos más lejanos, desde donde criadores de animales llegaban, cada cierto tiempo, con unos lozanos potrillos, para que se sometieran al dominio de este *jovenviejo* que, gallardamente, les hacía “entrar en razón”, como él mismo decía.

Doña Luisa husmeaba en las actividades de su marido y le tiraba sus palabrotas cada vez que lo veía entregar una sonrisa de sobra o simplemente una lisonja, a cualquiera que se le pusiera por delante. Ya sabía ella que, si bien le había dado tres guapas hijas, había muchos huachos que andaban por distintos lugares y a quienes sus madres les decían, orgullosamente, que su padre era el domador de caballos del pueblo. Ella mascullaba su rabia e impotencia, pero en su interior soltaba su pensamiento de hembra dominante: “Ya vamos a cumplir cincuenta años de matrimonio y aquí seguimos. Aquí estamos juntos”, afirmaba y, de inmediato, le volvía el alma al cuerpo.

Se habían casado cuando ella tenía 19 y él era un mocetón de 24 años, que parecía un niño de 15, recordaban los comensales ese día de la gran fiesta que se organizó en el fundo del pueblo. Y es que ella era la hija del patrón, una de las cinco hermanas, de las cuales cuatro ya estaban casadas —y bien casadas— le gustaba repetir a su madre, la respetada señora Diana. Pero faltaba su hija Luisa y eso la tenía preocupada. Si ella misma se había casado a los 15 años, ¿por qué a su hija Luisa nadie la pretendía y nadie se había acercado a pedirle su mano? Era la pregunta que se habían hecho desde hacía tiempo, hasta ahora, que no dando crédito a sus ojos, veía como ese joven tan guapo, que se había ido al norte a buscar trabajo, había regresado con un buen contrato bajo el brazo y con la decisión de casarse con Luisa.

Juan dejó numerosos corazones rotos, no solo en el pueblo sino también en los poblados aledaños. Por esa razón, comenzó el rumor, a voces, que especulaban que Luisa le había hecho un amarre. Nadie se atrevió a preguntarle, pero hasta a ella misma le llegaron esos rumores, a los cuáles, simplemente no hacía caso, o de lo contrario, despedía una manga de improperios, que dejaba a todos los que estaban cerca con la boca cerrada y sin ganas de volver a abrirla para referirse a dicho tema.

Y así fue pasando el tiempo. «Y ahora vamos por los cincuenta años de matrimonio», pensaba doña Luisa mientras miraba a lo lejos a Juan quien, junto a los campesinos más jóvenes, laceaba un brioso caballo para iniciar la doma del día. Parecía uno más entre tanta juventud. Fue, en ese entonces, que advirtió cómo un grupo de muchachas, recién llegadas a la localidad, que se distinguían por ser afuerinas, —«vacacionistas», se dijo doña Luisa, para sus adentros—, le tiraban frases sugerentes a Juan y le coqueteaban sin tapujos.

“Descaradas”, dijo en voz baja con desprecio, y su comadre, más otras mujeres que cocinaban para los hombres junto a ella, se quedaron mudas y expectantes ante su reacción. “¡Son unas zorras, que vienen acá a puro hacer escándalo y a revolverle la vida a uno!”, se le escuchó vociferar sin reparos, como si su voz alcanzase a llegar donde estaban los demás, en el gran corralón.

Mientras ella despachaba su discurso lleno de ira y celos, Juan se mostraba más ágil y varonil, como nunca antes. Silbaba y no cejaba en gritar al potrillo, que daba unos brincos que parecía que lo arrojarían por los aires, lo que, por supuesto, no sucedía, dada su habilidad. Por el contrario, el potrillo pronto se dio por vencido y, cadenciosamente, empezó a obedecer a las caricias que ahora le brindaba Juan, el que con una sonrisa de telenovela —como comentó una de las muchachas— permitió que ellas lo retrataran junto al caballo.

No se supo si fue por el sudor varonil o por la adrenalina del momento, quién sabe qué, pero una de las muchachas, la más atrevida de todas, se le acercó, tomó su rostro con ambas manos y le propinó, delante de todos, un fuerte y sonoro beso en los labios. Juan se quedó inmóvil y sorprendido y luego se puso a reír a destajo. Todos hicieron lo mismo. Menos su mujer, que miraba la escena desde el otro lado del corralón.

Las mujeres habían cocinado para todos, vecinos y afuerinos. La fiesta, después de la domadura, era costumbre, por lo que pronto comenzó la música y el baile no se hizo esperar. Juan fue a su casa a bañarse y cambiarse de ropa. Sentía deseos de salir, ahora más que antes, sin embargo, se encontró con la hosca mirada de Luisa. Jamás la había visto así, trastornada e irreconocible. Si bien tenía su genio, sabía cómo convencerla, apaciguarla y cómo seguir su vida de casados sin alteraciones. Pero esta vez, fue diferente. Luisa lo miraba sin hablar y eso no era bueno.

—Voy y vuelvo —musitó con un hilo de voz, arreglándose la camisa dentro del pantalón recién planchado. Estaba impecable. Se veía guapo, viril, joven, demasiado joven —pensó Luisa, mientras lo miraba con una honda pena.

—¿Qué pasa? ¿Quieres algo? ¿Por qué me *mirai* así? ¿Ah?

—No, por nada.

—*Estai* rara. ¿Qué bicho te picó? Ya. Me voy. Si *querís* te *acostai*, nomás. No sé a qué hora volveré. Hoy estuvo de lujo. La gente está contenta y esto va a durar harto rato —añadió, al tiempo que se arreglaba el cuello de la camisa.

—Que te vaya bien —fueron las escuetas palabras de doña Luisa, que lo miraba como si quisiera guardar esa imagen, para siempre, en lo más recóndito de su memoria.

Esperó a que Juan se fuera. Lo vio caminar. “¡Todo un muchacho!”, dijo en voz apenas audible y agregó pensativa, para sus adentros: «Pensar que tiene setenta y cinco años y ni una cana, ni un asomo de enfermedad, ni una señal de vejez». Tras esta breve reflexión se dirigió con lentitud a su habitación. A ella, ya le pesaban las piernas, le acompañaban con dolor rodillas y pies hinchados, más una artritis severa en sus manos. Su velador estaba repleto de más de diez tipos de pastillas distintas que cada día, por obligación, debía tomar con un vaso de agua, para continuar viviendo y sobreviviendo.

Como pudo se agachó hasta el suelo, corrió la cama y levantó un madero cubierto de telas de araña.

Metió su mano dentro y sacó un pequeño envoltorio de género, ya desteñado y añoso. A duras penas se puso de pie y lo llevó a la cocina. Allí, en la mesa, abrió ese tesoro. Se trataba de una fotografía de Juan, cuando apenas se empinaba en los 15 años, aquella que le robó a su novia de entonces, aquella a la que, en una noche de San Juan, entre crédula e incrédula, la amarró debajo de una higuera, con un hilo rojo, y le suplicó a todos los seres, benignos y malignos, que ese muchacho le perteneciera solo a ella y que, a cambio de lo que fuera, permaneciera a su lado para siempre.

—Hasta aquí llegamos —dijo decidida, con el aliento cansado. Y, de golpe, cortó el hilo rojo. Llevó la fotografía al lavamanos y la quemó. Largamente, miró cómo se consumía el retrato. Después, arrastrando los pies, se fue a la cama. Durmió como nunca antes lo había hecho.

Juan la encontró así. Inerte. Él solo había deseado llegar a su casa, porque en un momento de esa noche de juerga, que ni siquiera fue tan larga como las de antes, no supo cómo ni por qué, sintió de golpe, cuánto le pesaban los años que tenía.

54 años
Paihuano

Primer lugar regional

Aquella mañana Pedro despertó por causa de un dolor en su mano. Instantes después, escuchó el solitario y persistente canto de un gallo anunciando el alba, tras lo cual decidió levantarse. Se quedó un momento al borde de la cama y desde ahí contempló su mano herida; luego, en un espejo frente a sí, miró el reflejo de su rostro, en el que distinguió, simultáneamente, la cara ajada por el sol, el alborotado gris blanquecino sobre su cabeza y el cansancio en sus ojos. Al cabo de un momento, abstraído en su propia imagen, fue hasta la cocina y puso la tetera sobre el fuego; a continuación, desde un mueble tan deteriorado como él, sacó su viejo mate de calabaza, una tortilla —una perfecta medialuna—, queso y charqui. Una vez que hubo dispuesto todo para el desayuno, avanzó hasta la puerta trasera, la abrió y contempló el límpido amanecer, uno de los placeres que le procuraba Punitaqui y del que, tras 78 años, no se cansaba de agradecer. Sintió el aire fresco y puro, con aquel dejo a hierba y tierra húmeda; también, distinguió una bandada de garzas rasgar el cielo. «Hoy hará calor», pensó. En medio de esta contemplación, lo asaltó nuevamente el dolor. Miró otra vez su mano lastimada y no pudo, entonces, dejar de recordar lo que había sucedido ayer.

Desde el camino, Pedro contemplaba las parras ordenadas en forma metódica. Su aspecto asemejaba al de una alfombra verde, que se extendía hasta la falda misma de los cerros y, en algún caso, avanzaba encaramándose por las laderas de estos. Algunos de los temporeros que iban con él permanecían en silencio; otros, por el contrario, conversaban. El viejo pertenecía a los primeros, de tal manera que guardaba un hermetismo absoluto mientras pensaba: «Un día más». Atravesaron el umbral del fundo, recibieron las instrucciones del capataz y, enseguida, se introdujeron entre las viñas. La faena de aquel día no comportaba ninguna dificultad en particular, de hecho, se trataba solo de cosechar la fruta, una tarea que el viejo había realizado en muchas ocasiones a lo largo de su vida. Sin embargo, aquel verano resultó particularmente caluroso; el aire más quieto y cálido que lo habitual; mientras que el tiempo, desde hacía un par de años, parecía arrebatarle al viejo sus fuerzas de manera exponencial. Por lo tanto, cuando Pedro cayó desde el *loro*⁴³ y su cuerpo golpeó el suelo como un costal de papas —o cebollas o harina—, él intuyó la desgracia que se avecinaba.

Dos temporeros, Roberto y José, se acercaron de inmediato al anciano. Una vez a su lado, distinguieron que, milagrosamente, estaba bien, excepto por un amplio corte en su mano.

—Así no va a poder seguir trabajando, amigo —dijo José.

—No, ahí nomás, si estoy bien.

—No, cómo se le ocurre. El corte es profundo, además, sangra mucho... vaya con el jefe —dijo el otro.

Pedro enrumbó, entonces, en dirección al capataz. Lo buscó, mientras oía el crujir de las hojas bajo sus pies, hasta que finalmente lo distinguió, a lo lejos, junto al dueño del fundo. Ambos se hallaban al amparo de una hilera de álamos. Se acercó con timidez. Cuando al fin estuvo cerca, patrón y capataz se percataron de su presencia. Fue este último quien le dirigió la palabra:

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Tuve un accidente... en el *loro*... mire usted —al tiempo que las palabras se le enredaban en la lengua a Pedro, por causa de un injustificado sentimiento de vergüenza y culpa.

⁴³ Loro: extraña suerte de caballete (nota del autor).

El capataz dirigió la mirada al dueño. Este, a su vez, respondió con indiferencia y, luego, señaló a su capataz:

—Que se vaya, pero este día no se lo pagas.

Pedro agradeció —“¿por qué?”— y se alejó. Detrás de él quedaron los dos hombres, hablando, riendo, olvidándose de inmediato del viejo y su accidente.

Pedro salió de su ensimismamiento cuando hirvió el agua. Miró hacia el reloj en la pared. “Pronto tengo que irme”, se dijo, pensando en el tiempo que le tomaba la caminata hasta el fundo. Sin embargo, él no deseaba ir. «Ya estoy muy viejo, me siento cansado, no quiero salir, quiero volver a la cama y dormir y dormir y dormir...», pensó, hasta que, de repente, irrumpió en la cocina Pedro —el otro Pedro, aunque no tan otro, al fin y al cabo, porque los unía la misma sangre y un parecido ineludible: —“Hola, tata”, se escuchó decir al pequeño. El viejo hizo un gesto con el que lo invitó a sentarse a la mesa. Mientras desayunaban, conversaban. El anciano oía, contestaba y, a su vez, le hacía preguntas al pequeño. Sin embargo, su mente había vuelto a la idea que, antes de la aparición de su nieto, lo embargaba: «Estoy cansado, quizás con mi pensión podamos arreglarnos, debemos ajustarnos un poco, ¿por qué no? Mi pensión no es miserable... Claro, es peor de hecho, es más que miserable, pero aún así, quizás ahorrando, porque realmente me siento cansado y mi mano me duele, no, no quiero más, estoy cansado, tendremos que acomodarnos, me duele la mano, tendrá que alcanzarnos, pero y mi niño y la escuela y lo que necesita, todo lo que necesita...».

—¿Tata? ¿Qué te pasa?

Pedro se percató, entonces, de que se había quedado en silencio; sus divagaciones, por un momento, habían acabado por marginarlo de la realidad.

—No, no pasa nada... ya, vaya a buscar su mochila, que se tiene que ir a la escuela —se escuchó su voz.

El niño se levantó y fue por sus cosas. Cuando regresó después de un rato, no encontró a su abuelo en el mismo lugar, sino que de pie en el umbral de la casa. Desde ahí, el viejo hizo un gesto con la mano vendada, a la vez que decía con afecto:

—Ya pues, apúrese... que voy a llegar tarde a la pega.

27 años
Punitaqui

Segundo lugar regional

EL CANÓDROMO DE LA CALERA

Guillermo Antonio Jaime Flores

“¡Turbo, Turbo el negro, Turbo campeón... ese es mi perrito...!” en el canódromo, gritaba agitando su sombrero don Antonio Tello, un famoso criador de perros, el mejor exponente del circuito, que con sus camadas de campeones había impuesto su sello. Don Antonio, que era oriundo de El Peral de Punitaqui, desde hacía ya varios años, se dedicaba a preparar animales. Criaba unos galgos finos traídos desde el otro lado del mundo, donde nació el Turbo, el mejor ejemplar de sus corrales.

En esa oportunidad, el perro negro triunfaba en La Calera, un pueblo chileno que se ubica cerquita de la capital. Don Antonio y sus perros fueron invitados a esta carrera, porque todos hablaban del galgo y su velocidad sin igual. Aquel domingo de fiesta primaveral, los perros eran las estrellas y, durante el día, las competencias se sucedían, una tras otra, junto al canódromo, al que se arrimaban quinchos con mesas tapadas con botellas viejas, venta de empanadas y comerciantes ambulantes que ofrecían de un *cuantuay*.

El Turbo, perro ídolo del evento, se coronaba campeón indiscutido y los criadores lo retaban o pretendían alguna apuesta honesta a eso del mediodía, hora en que ya llevaba cinco triunfos, sin esforzarse en su cometido, mientras don Antonio le subía el precio a la gesta.

En el instante en que el peralino vociferaba los triunfos de su perro, denotando su apogeo, fanfarroneando y ofreciendo desmedidamente siete a uno, con total arrogancia, se presentó desafiante en el torneo un viejo flaco y desastrado, que sujetaba una perra, que se alejaba totalmente de los cánones de la elegancia. Habló diciendo:

—¡Te apuesto dos millones Antonio, mano a mano...! ¡Tu Turbo, contra mi Joyita...! —y puso la perra al frente y todos, al verla, echaron a reír, diciendo que estaba loco aquel fulano, porque la perrita flaca, parecía jamelgo, además de quiltra y mal oliente.

—¡Juan, ándate con tu perra *pa'* otro lado; este es un torneo serio...! —contestó muy enojado Antonio, mientras el Turbo se agitaba con nerviosismo.

—¡Lárgate calladito será mejor, si no quieres visitar el cementerio...! ¡No vinimos de lejos para que el Turbo olvide esa maldita...! —agregó el criador.

—¡Pero si es una apuesta honesta, Antonio, aquí la hace cualquiera...! Si es un campeón, no debería darte miedo el duelo —y sonriendo sarcástico echó una mirada a la asamblea entera. En tanto que el Turbo actuaba como loco arrojándose al suelo.

—¡Un reto es un reto! —pronto sonó la multitud con voz de vendaval.

—¡Las reglas dicen que cualquiera desafía y propone una apuesta...! Hace un rato don Antonio alegaba no encontrar digno rival y ahora que arrebató nuestro dinero, no quiere aceptar esta propuesta —se oyeron otras voces.

—¡Estamos en La Calera y aquí se hace la carrera...! ¡Dos millones cuesta la contienda y la tiene que aceptar! ¡Así que, señores, se abren las apuestas y los perros *pa'* fuera...! —habló don Pancho, un parroquiano nominado como juez del lugar.

Todos opinaban a viva voz, algunos, sin entender mucho todavía, mientras Antonio miraba a Juan con cara de león hambriento. Alguien mencionó que el duelo estaba arreglado y que de una estafa se trataría. Argumentaba que era imposible que ganara la perra del harapiento recién llegado.

Entre opiniones diferidas hasta la partida, los perros fueron llevados hacia la salida. La Joyita caminó con paso sosegado, como una dama medieval, y se trasladó en total quietud y con movimientos pausados. El Turbo, al contrario, inquieto, lo llevaron sujetándolo con bozal.

Antonio Tello se rehusaba y hasta el final pretendió anular el desafío argumentando que no era justo y que todo su dinero perdería. Acusaba a la Joyita de perra descarada, dedicada a coquetear, y que Juan era un aprovechador, sinvergüenza y malintencionado.

Una vez preparado el conejo mecánico, mientras la expectación cundía, se dio la partida, se abrieron las puertas del custodio enrejado y la Joyita salió con trote vacilante, pausada, como se podía ver, y el Turbo la siguió oliéndole la cola, baboso, enamorado.

Aun cuando el conejo pasó raudo delante de la gente, ni la Joyita y menos el Turbo le hicieron caso alguno y el otrora campeón, salivando a raudales, solo veía y olía aquello que tenía al frente. El espectáculo era para la risa, pero familiarmente algo inadecuado.

Soportando al Turbo detrás de ella, la Joyita cruzó la meta en primer lugar y el juez validó el triunfo, mientras Antonio despotricaba nada de contento.

—¡Aprenda don Antonio...! —entre risas gritaba fuerte Juan, haciéndose escuchar.

—¡Con movimientos de dama, hasta los veloces se ponen lentos...!

44 años
La Serena
Tercer lugar regional

LA COCINA A LEÑA

Pablo Alberto Molina Guerrero

La lluvia cae rauda en el exterior y se advierte poco movimiento en el pueblo. Después de todo, solo quedaban un par de familias viviendo en el lugar. La mayoría había migrado a la ciudad y dejado sus antiguas casas abandonadas; muy pocos eran los que regresaban para revisar que todavía estuvieran intactas. Se fueron diciendo que en Puerto Montt o en Puerto Varas la vida era mejor, que había más trabajo y comercio: perdidos en la multitud, no se supo nunca más de ellos. El moho crece sin control en las murallas y las tejas.

Ella persiste ahí, en un rincón perdido de la región de Los Lagos. Terca, frente a su cocina a leña bebe un mate agrio. En la televisión danza un mar de ruido en blanco y negro, prendida solo para que cubra el sonido de la lluvia. Suena la bombilla del mate con el líquido succionado. Se saborea extrañando sus dientes. Había días en que al mirarse en el viejo espejo no se reconocía, se preguntaba cómo ella, que solía ser tan bella, se había convertido en ese esqueleto desdentado y arrugado como pasa.

Toma un leño con su manajo de nervios y tensos tendones, y los arroja en la cocina para avivar el fuego. Ve el gran manchón de humedad en la pared y piensa que las lluvias finalmente están devorando esa casa que alguna vez tuvo vida en su interior. Ella continúa ahí, como una sombra que deambula en cuartos y pasillos donde habitaron sus hermanos y padres.

Mirando la cocina a leña, sumida en sus pensamientos, suele recordar los rostros de su familia en ese rincón que los aglomeraba en los fríos inviernos. Rememora otras épocas, que no sabe si eran más felices o si eran más acogedoras, pero que sí implicaban cruzar palabras con algún otro, mientras se compartía algún mate. Ella, que no tuvo hijos, se pregunta si será algún tipo de castigo el ser el último de la familia en morir.

Sus dos padres, sus tres hermanas y sus cinco hermanos están enterrados en el cementerio del pueblo, todos desperdigados en ese enlodado lugar, que hasta podría pasar por un pantano. Debido a su edad, ya no solía asear las lápidas ni dejarles flores. El cansancio de la vida y los achaques de vieja le dificultaban caminar; si lograba avanzar cien pasos sin cansarse era uno de esos días buenos. Lamentablemente, el camino al cementerio era mucho más lejos, aunque podía mirarlo desde una de las ventanas, preguntándose a sí misma cuándo sería su hora.

Rellena su mate con agua. Antiguamente, todos ayudaban en la granja. No era un espacio muy grande, pero tenían de todo: un huerto, unas vacas, unos cerdos, gallinas y gansos. Ahí se lo pasaban sacando la maleza, espantando a los pájaros que se robaban las semillas o lavando ropa en la artesa. Con el tiempo, a medida que su familia iba falleciendo, el lugar se fue volviendo más lúgubre. Ya no habían más animales ni había un huerto que cuidar, todo lo cubría la maleza y la rosa mosqueta con sus espinas.

Nuevamente arroja otro leño a la cocina. El fuego danza de maneras extrañas, piensa. De pronto, escucha su nombre. Levanta la vista y ve a su madre detrás de la cocina a leña. Sus ojos se llenan de lágrimas y siente un nudo en la garganta. Con su gentil sonrisa, su madre le dice que ya es hora y le pide que cierre los ojos. Bebe un último sorbo de mate y cerrando los ojos apoya su encorvada espalda en la silla. Una suave brisa entra a la cocina y apaga el fuego, un humo gris se alza.

AÑORANDO EL OLVIDO

Claudia Andrea Lira Cisternas

Allí estaba el hombre, que *des-escribía* historias de aquellos días no vividos en ese lugar inexistente de verdes campos y acequias con sauces remojando sus ramas. Allí, en donde nunca volaron mariposas para ser atrapadas por niños que corrían tras ellas con trampas hechas de alambre y mallas de cebolla. Allí, donde su paladar no saboreó ese caldo de la gallina, que tuvo la mala fortuna de ser la elegida entre tantas otras, que iban y venían, por la cocina con olor a leña y comida. En tanto, la madre invisible rociaba el piso de tierra, para barrer sin levantar polvo al tiempo que cantaba una ranchera ya olvidada. Allí, en ninguna ocasión, se tomó un té con boldo en un *choquero*⁴⁴ junto a un hijo sentado al lado de una fogata, mientras los perros jugueteaban entre los caballos y el canto de los grillos se mezclaba con el sonido lejano de una lechuza, quizás detenida en algún eucaliptus.

En ese lugar, nunca recorrió los pedregosos caminos sobre un *coloso*⁴⁵ sintiendo el viento en su cara secando el sudor, ese que acompaña luego de una ardua jornada de sirena, ni tampoco se levantó al oír el primer gallo cantar, para cocer pan en el horno de barro, recoger huevos del gallinero y ordeñar a la Clarisa, para tener leche fresquita para el desayuno. Jamás vio parir a una yegua, ni se tomó una *chuica*⁴⁶ de vino con el *gancho*⁴⁷ para celebrar... lo que fuera.

Los hijos. ¿Dónde están? Ya no están. El tiempo se encargó de alejarlos, crecieron y el pueblo se les hizo pequeño; esa siembra de amor por las cosas sencillas no dio frutos en sus mustios corazones ciudadanos. Hoy, solo florece el olvido, ese olvido que al pobre viejo le carcomió el alma y ya, sin su viejita, nada le ata a esta existencia.

Con la mirada triste y perdida, en esa fría sala de hospital, que en nada se comparaba con su rancho de adobe, luchaba contra su vívida memoria, se obligaba a recordar, para ir borrando poco a poco cada imagen, cada olor, cada sabor, hasta lograr olvidar toda la vida. Pretendía, al negar, hacer desaparecer cada instante que alimentó su felicidad, matar el recuerdo para poder morir junto con él y descansar ese agotado cuerpo, el que probablemente nadie reclamaría.

42 años
Quilpué**Segundo lugar regional**⁴⁴ Choquero: tazón de lata (nota del autor).⁴⁵ Coloso: rampla que se engancha a un tractor (nota del autor).⁴⁶ Chuica: garrafa (nota del autor).⁴⁷ Gancho: amigo (nota del autor).

LA ABUELITA JULIA

Ramón Iván Lizana Ramírez

Todo el pueblo de Loncura conoce a la abuelita Julia, anda cerca de los cien años dicen quienes saben algo más de ella. Una vez la vi caminando muy rápido, como si se le fuera la vida, me preocupé pensando que podría haberle pasado algo, entonces me acerqué para ayudarla en lo que fuera necesario.

—¿Qué le pasó abuelita?

Ella me miró sonriendo y dijo:

—*Mijito* no se preocupe, porque tengo un pacto con el corazón, la cabeza y las piernas, y ahora voy muy atrasada.

—Pero abuelita camine un poco más despacio, si quiere la puedo acompañar.

—No es necesario joven, siempre he caminado así, vengo de una familia de caminantes, si calculara todo lo que he caminado en la vida, no me alcanzarían los pasos.

—Entonces, cuénteme, pues.

Lo dije con la intención que caminara más lento.

Me miró con sus desgastados ojos, como agradeciendo mi preocupación, y tranquilizó un poco su caminata, incluso se detuvo para decirme:

—Si usted supiera cómo fue mi vida, quizás no lo creería.

Y comenzó sin aviso y sin pausas a contarme lo que a continuación relato.

Cuando era chica caminaba junto a mis padres, a veces días enteros buscando trabajo, éramos caminantes, parábamos solo al anochecer. Cuando había suerte encontrábamos alguna casa que nos albergara y, a veces, hasta una comida caliente, para volver a la carretera al otro día, muy temprano. La gente en esos tiempos era más solidaria con los caminantes.

Mi padre era obrero de los caminos y a todos quienes trabajaban así, les llamaban caminantes, andaban por las carreteras hasta encontrar trabajo. Mi madre salía junto a él y me llevaban a mí también, porque no tenían con quien dejarme. Una vez que enganchaba mi padre algún trabajo por los caminos, mi madre oficiaba de cocinera para él y para todos los trabajadores que quisieran. Así se ganaban la vida y así mismo me criaron.

Eran tiempos difíciles, pero los recuerdo con cariño. Conocí a mucha gente, fui creciendo y ayudando en lo que fuera, hasta que me casé, pero esa es una historia más larga. Apenas sé leer, pero ya no me interesa, aprendí en la vida solo con mirar a las personas, lo que es bueno y lo que es malo.

Se quedó en silencio un buen rato como recordando aquellos tiempos, luego me miró directo a los ojos, me tendió su huesuda mano, que venía acompañada de unas gruesas venas azules, como para despedirse, tomé también la suya con cariño y me disponía a despedirme cuando la escuché decir:

—Oiga joven, si alguna vez quiere tomarse un mate y hablar más con esta abuela venga a verme.

La noté triste, seguro tendría muchas más historias que contarme y quizás eran muy pocos los visitantes en su vida. La miré y vi a tantas mujeres que están viviendo solas junto a sus recuerdos que no dudé en decirle:

—¿Le parece bien mañana, abuelita Julia?

Esta vez su sonrisa se hizo tan enorme que no necesité su afirmación, y hasta sus ojos y los míos se anduvieron aguando.

La quedé mirando sorprendido, mientras emprendió otra vez su ritmo inagotable de caminante, con el mismo entusiasmo que la encontré y me dejó pensando en qué llevarle mañana. ¿Le gustarán las medialunas o el pan amasado de campo? Definitivamente y, sin dudar, le llevaré pan amasado.

69 años
Quintero

Tercer lugar regional

CAZUELA DE PAVA

María Soledad Espinosa Ramelli

Desmontó de su viejo alazán con la dificultad que le confería su voluminoso cuerpo. Cien kilos, quizá más. Era un hombre mayor. De unos sesenta años. De gran envergadura, manos fuertes, pelo cobrizo y mirada adusta, enmarcada por tupidas cejas. Amarró su caballo al palenque y franqueando la sombra de la gran buganvilia fucsia, entró al comedor de la quinta de recreo de las hermanas Urbina. Desde la puerta, luego de adaptar los ojos a la oscuridad interior, ubicó una mesa disponible. Fue directo a situarse en aquella que estaba más retirada del bullicio, junto a la ventana. Sin vacilación, ordenó en voz alta a la mujer detrás de la barra:

—Lo de siempre.

Sentado, aflojó un poco el cinturón de cuero bordado de tientos que sostenía su abultado abdomen. Sacó del pantalón a rayas negras y grises un arrugado pañuelo de color y lo puso al alcance de su mano sobre la mesa. Llegó la mujer con los cubiertos, la alcuza, el vaso tamaño potrillo y la jarra de chicha dulce. También trajo un paño de cocina hecho de saco de harina, albo, pulcro, que el hombre puso alrededor de su cuello a modo de servilleta, para cuidarse de no chorrear su camisa a cuadros o su más que entallada chaqueta blanca de huaso. Mirando por la ventana el terreno baldío, lleno de jabas vacías al costado de la casa, esperó su comida. Había unos cuantos clientes a esa hora del mediodía. Gentes, que como él, iban o venían del pueblo con provisiones, después de alguna visita al médico o luego de llevar a cabo alguna diligencia. Su pedido prontamente estuvo frente a él. Una cazuela de pava y una panera de churrascas. “Servido don Gumersindo”, dijo con exagerada gentileza, la mayor de las Urbina, la señorita Meche.

Ella, mujer de unos cuarenta, sabía de la soledad de su cliente, de su falta de descendencia y de las buenas tierras que poseía. Cuatro años de viudez le llevaba contabilizados. Y hasta ahora, ninguna candidata para reemplazar a la difunta. Esto lo sabía de oídas, porque don Gumersindo, cuando aparecía, solo era para comer su insustituible cazuela de pava; nunca para charlar. La señorita Meche se quedó detrás del mostrador observándolo, viendo cómo, por qué lado, por cuál fisura, podría penetrar en las fortalezas de ese hombre, probable candidato a marido o amante. Ahí estaba don Gumersindo, masticando una churrasca con vigor, maquinamente, con los ojos cerrados, respirando los aromas que subían de la humeante cazuela en plato de greda, coronada por una enorme papa blanca salpicada de aromático cilantro. En sus manos firmes sobre la mesa, sostenía una cuchara y un tenedor.

El ruido de un vaso quebrándose contra el piso en una mesa vecina lo distrajo de su ensoñación. Abrió los ojos, casi con violencia, y miró su plato con avidez. Arqueó su cuerpo y, en un decidido ataque, sumergió la enorme cuchara por un costado, para evitar las presas. Se llevó el caldo a la boca, que esperaba con labios estirados. Se escuchó un sorbeteo ruidoso que succionaba hasta la última gota contenida en la cuchara ardiendo. Don Gumersindo estaba en plena gloria de la comida, moviendo la mandíbula, degustando el líquido que integraba chuchoca, cebollas y zanahorias bien rehogadas, perejil, orégano, algunas hojas de apio, comino, varios aterciopelados pétalos de salvia, los infaltables porotitos verdes laminados a lo largo y, por supuesto, las presas de pava de piel grasa; todo aquello salteado en abundante manteca de cerdo con ají de color, todos sabores que parecía ir distinguiendo en cada rumiar de su boca. Respiraba abriendo y cerrando los párpados excesivamente, a medida que se embuchaba cada porción de caldo. De vez en cuando, tomaba su pañuelo y se secaba las gotas condensadas que amenazaban caer de su nariz. De pronto, se detuvo. Dejó la cuchara a un lado, cogió religiosamente el potrillo de chicha que tenía enfrente y se lo zampó en tres, cuatro y cinco vigorosos tragos. Se pasó la lengua por el labio superior, tomó la jarra y volvió a llenar el vaso. Luego de terminar la sopa ardiente, acalorado como estaba, con unas cuantas servilletas minúsculas de papel que le habían dejado, se secó las gotas de sudor de las sienes. También las que habían emergido detrás de sus coloradas y carnudas orejas. Respiró hondo. Y he aquí que, rescatado como de un vaporoso y húmedo sueño, volvió a fijar su vista en aquellas presas que

permanecían humeantes al fondo del cuenco. Como un guerrero que enfrenta el último cometido, con ferocidad empuñó el cuchillo y el tenedor. Así, revestido de la destreza de un experimentado combatiente culinario, atacó la pata y liberó la carne del hueso. Después arremetió contra el pedazo de zapallo y la papa. Cortó todo con sincronía perfecta, en trozos simétricos. Cogió el pote lleno de ají cacho de cabra machacado en sal y aceite, y embadurnó con este aderezo las presas partidas. Se quedó mirando su obra. Inclino la cabeza con recogimiento. Un prolongado suspense dio paso a la nueva inspiración. Todavía en aquella reverencial posición, empuñó una vez más la cuchara. Con devoción y renovado impulso, la introdujo en aquella mezcla de tubérculos y carne de ave criada libre, a todo campo. Finalmente, se enderezó, levantó la cabeza, creció. Así, engrandecido, hizo una mueca de aprobación. Más para sí mismo, es que sonrió y se dejó llevar, aflojando los músculos de los hombros y de los brazos. Ahora siguió mezclando cucharadas con tragos de chicha, restallando la lengua contra el paladar, pasándosela entre los dientes o por el hueco de alguna muela inexistente; en una actitud que parecía serle fundamental, para seguir adelante, para continuar.

Mercedes se le acercó con movimientos cimbreados, femenina, cargada de coquetería pura. Le preguntó qué le había parecido la cazuela y si se serviría otro poquito. Explicó que ella misma era la artífice de ese sancocho, que lo había hecho con sus propias manos, con la receta de su madre, que antes había heredado de su abuela; preparación que sigue siendo un secreto de familia. Fue en ese instante, como si no soportara más —¿qué cosa?—, que don Gumersindo se quitó violentamente el paño del cuello. Se apretaron con él las órbitas de los ojos. Su cuerpo, intentando respirar con dificultad, como pez fuera del agua, dejó que se abrieran desmesuradamente los párpados. Meche intentó interrogarlo, saber qué le pasaba. Pero el hombre no pudo, no consiguió emitir ni una réplica. Como si tuviera el pecho contraído y enfermo, se golpeó con dureza el esternón. Se vio asqueado, desfigurado. Mercedes lo miró sin saber qué hacer, participando también de lo que no sabe. De pronto el viejo, afirmándose al borde de la mesa, con sus manos vigorosas, se incorporó con un ahogo insostenible en la garganta, furioso, lleno de impotencia y con sus gruesas cejas contraídas. Su rostro se había tornado pálido; estaba perdido. Las lágrimas afloraron caudalosas. Realmente él, ya no soportaba más. La comida, ese tendón grueso unido al cartílago de la pata de pava, debió haberse detenido un poco más abajo de la garganta. De un terrible gesto de esfuerzo para engullir, pasó a un boqueo grotesco, animal. Meche gritó, pidió ayuda. Concurrieron los parroquianos a mirar con ojos ardientes, el fatídico desmoronamiento de la gigantesca humanidad. Rendido e indefenso, el hombre cayó desplomado sobre el piso de madera. No respiraba. Sus ojos atemorizados se iban apagando con persistencia. Todo parecía irreversible. La mujer, con la mano sobre la boca, en el espanto del fatal desenlace, se estremeció. El rostro del hombre quedó vacío de expresión, cerró los ojos, distendió los maxilares. Ya todo era inútil. La gran forma, poderosa y hosca de don Gumersindo, se convirtió en un objeto desconocido. En adelante, nadie quería mirarlo directamente, ni ver cómo se le habían aflojado los esfínteres.

La fuerza extraordinaria del anciano había desaparecido, ya no existía. Como una sábana, un silencio reverencial cayó sobre el comedor. Quizás él comió demasiado rápido, se atrevió uno a susurrar. Pero el rostro de don Gumersindo era ahora pura dulzura y vejez. Se había liberado. Ya no era un hombre. Aunque si pudiéramos mirar su alma, veríamos el reflejo de la humeante y sabrosa cazuela de pava que se lo había llevado al más allá.

EL TRONCO

Manuel Antonio Bravo Velásquez

Los vi ascender por la montaña siguiendo el ladrido de sus perros y con las hachas a cuestas. Buscaron detenidamente entre los otros robles que engalanaban la cumbre, hasta que me vieron a mí, incólume al borde del precipicio. Aserrucharon mi base durante días, ansiosos de verme caer. Yo me defendí como se defienden todos los árboles, confiando en la sabiduría que conforma el grosor de mi corteza. Los veía bajar por las tardes y subir por las mañanas. El vino que traían cayó en la tierra y mis raíces pudieron saborear el delicioso fruto de la vid.

Sus golpes fueron inclementes. Sus cuerdas, asfixiantes. Me embriagué, mareándome con cada humana hendidura realizada. El alcohol contribuyó a soportar mi caída. Un rupestre mecanismo evitó mi descenso al vacío. Los hombres gritaron de júbilo y comenzaron a danzar alrededor, presos de una alegría insólita. Salieron a cazar conejos y con unas pequeñas ramitas mías chamuscaron su carne, celebrando. Los vi retirarse entre cánticos y palmadas, contentos. A la noche, en soledad, vi por primera vez el mundo de forma horizontal. Era extraño estar a ras de suelo entre el follaje y las hierbas. Me acostumbre a las hormigas, que me recorrían veloces. Luego de muchos días, sufriente y herido, pude al fin dormir.

Dos amaneceres después, los hombres volvieron con un buey. Los oía discutir. No quisieron partirme en dos, querían darle el tiempo suficiente a la madera para poder secarse. Ahí supe que de la naturaleza saben muy poco. Unido o no a la tierra, puedo plegarme a voluntad. Unido o no a la tierra, puedo partirme y deshacerme si acaso así lo deseo. Pero no quise. Curioso, preferí vivir a estar muerto.

Me amarraron, removiendo mis extensiones más pequeñas, y tirándome junto al animal me arrastraron cerro abajo. La faena de mi traslado se hizo muy lentamente. Había muchas curvas, quebradas y era angosto el sendero. A pesar de mis dolores, me reía con las discusiones de estos hombres, que aleteaban sus brazos vociferando maldiciones y groserías. En un recodo imposible de cruzar —dada la extensión de mi longitud y el abismo indistinguible que se revelaba a un costado— desistieron al fin de su empresa. Retirando las cuerdas y grilletes, me dejaron solo en ese elevado rincón húmedo del bosque.

Mantuve largas conversaciones con el arroyo que sagradamente venía a visitarme. Hablaba, murmuraba y reía con los otros árboles, pero me apenaba no poder bailar junto a ellos. Al sentir el viento acariciar la espesura con su hálito ancestral, las lágrimas me recubrían y los insectos no tardaban en llegar a beber de mi savia. Me resigné a quedarme allí. En este nuevo bosque, por las noches, veía la otra ladera del universo celeste y fueron otras las constelaciones y nebulosas que embargaron mi sueño.

Exhausto y seco, deseaba que me alcanzara un rayo. En mi tribu se cuenta que morir chamuscado por los designios del cielo, no solo es honor, sino también gloria. Alguna vez, hace siglos, cuando los hombres eran escasos, vestidos con taparrabos y de una lengua diferente, compuesta de musicales expresiones, vi caer un rayo en mi bosque. Observé a mi hermano quemándose largo rato bajo el fulgor de las llamas, gritando de gozo con el crujir de su corteza. Sé que fue feliz en aquellos instantes. Lo distinguía en el humo al elevarse en plena lluvia.

Cuando ya me había olvidado de ellos, los hombres volvieron. Más canosos, más viejos y cansados. Apenas podían herirme con sus débiles y breves hachazos. Recordarnos fue todo un descubrimiento. Antes fueron tres y ahora eran cuatro. Un muchachito de pelo castaño me estudió como antaño. Midió y dibujó largo rato con un cigarrillo entre sus labios. Escribía en su libretita con esmero. Sonriente, de seguro encontró en mí un tesoro.

Al otro día, volvieron con una pequeña máquina ensordecedora. No lo esperaba. Desperté cuando la motosierra llenaba todos mis sentidos. Repugné el asqueroso hedor a combustible. El aire espeso espantaba a los otros árboles y animales que se torcían para no observar mi descuartizamiento en desiguales trozos.

Solo mi amigo, el arroyo, fue quien nunca me dejó de hablar. Obligándome a conversar nimiedades para que no perdiera la conciencia a manos de los hombres. Con sus palabras, me salvó de la muerte.

Alcancé a despedirme de todos, repartiendo mis últimas lágrimas en el suelo. Fue desgarrador. En el viaje, apoyado sobre una plataforma metálica, observé establos, postes, viviendas y sembradíos. Me transportaron hasta una caleta de pescadores y resguardado en un pequeño galpón, me convertí en demasiadas cosas. A manos de la carpintería fui tabla, fui cruz, fui mesa, fui yugo, fui silla. También fui —pues la he escuchado resonar en mi interior— la ferviente caja de una guitarra.

La distribución de mis porciones fue realizada con cierta torpeza y prontitud. Otras partes fueron lápices, decoraciones o artesanías. El rojizo color de mi composición —se dijo— destacaba en las transacciones comerciales. Al comenzar la primavera, me llevaron hasta la playa. Reconocí a la arena, con la que nos habíamos saludado al fragor de una inusual tormenta. Grande fue mi sorpresa cuando por primera vez conocí el océano y saboreé la sal que traía la neblina.

Ahí, atacado por clavos, fui el mástil de un falucho. Luego, fui quilla de una embarcación más pequeña. En largas travesías hacia unas curiosas costas desprovistas de vegetación, contemplé sucesos sobre el mar que el humo, a pesar de haberse encumbrado, nunca pudo conocer.

Envejecí de súbito. Fui pudriéndome y horadándome por dentro debido a la acción del agua. Mis pliegues se abrieron para la desdicha de los hombres. Se terminaron mis viajes y volví a sentir entre las cerdas de mi estructura, la elemental arena y el cobijo tibio de la tierra y el sol.

Recito estas palabras, porque sé que me aproximo a mi muerte, a manos de un enorme brasero. Escucho música, aplausos, payas e instrumentos. Huele a vino y empanadas. El rojo, el azul y el blanco me rodean. Soy sin quererlo su invitado estrella, pues de mí nacerá el fuego que iniciará la fiesta. No tengo miedo, ni temor.

Arriba me encontraré con mis hermanos.

26 años
Las Condes

Segundo lugar regional

LAS SIRENAS DEL CERRO

Simón Ergas Rodríguez

Nosotros estábamos con el gringo cuando desapareció, mi cabo. Oiga, tienen que ir a buscarlo ahora mismo. ¿Mi nombre? Juan Manuel Briones, aquí está mi cédula. Tengo setenta años, caballero, y conozco estas cordilleras como si fueran el patio de mi casa. Antes subíamos a buscar los caballos que dejábamos pastando, eran días enteros que nos perdíamos en la sierra. ¿No ve que así le dicen a este lugar? Los últimos años, eso sí, la cosa se ha vuelto patas *pa'* arriba: yo ya no tengo ganado, está mi perro, mis dos caballos y un buey que arriendo *pa'* obras pesadas. Estoy viejo, señor, ahora viajo liviano. Como le decía, desde hace un tiempo *pa'* lo único que subimos es por los turistas. Es que la gente en la capital lo pasa muy mal, buscan arrancarse de esa vida apurada que tienen y qué mejor que aquí, en la mitad de nada. Yo les junto los caballos mansitos, pero fuertes, unas dos mulas con la comida, sus casas de plástico y partimos río arriba.

Mire, he llevado a la montaña a todo tipo de personas: cabros jóvenes, que se meten a las cuevas naturales que da el cerro; familias con viejitas que quieren ver el mundo como es, antes de morir (como es, caballero, sin la tapadera de cemento que tiene la ciudad) y padres con sus hijos chicos que tratan de enseñarle todo sobre la naturaleza, sin saber nada en realidad. Y llegan ahí y se sacan la cresta por hacer un fueguito, se bañan en pelotas en el río y hacen como si de verdad fueran así. Les gusta. No hay señales *pa'* ninguna máquina de teléfonos y, viéndolos, pienso que *pa'* esto fuimos hechos, no *pa'* los ascensores o automóviles que usan en la capital, sino solo *pa'* esto: el mundo y sus animales. El resto es ilusión, como diría mi sobrino. No ve que mi sobrino sabe de lo que habla, fue nacido y criado acá, pero vivió en San Fernando *pa'* poder ir al colegio.

Caballero, le digo, he llevado a mucha gente a la montaña, pero nunca me había tocado alguien tan raro como ese gringo que están buscando. Al principio no sabíamos qué hacía acá ni por qué quería subir el cerro. Nos pagó buen billete, así que con mi sobrino, el Carlitos, este de acá, partimos incluso más livianos que otras veces. Íbamos dos noches, no más. El gringo tenía una mochilita y nosotros un poco de comida. Con el apuro ni llevé mi tacho de lata *pa'* calentar agua. Partimos el lunes, a la amanecida. El Carlitos iba adelante buscando la huella y yo iba pendiente de este gringo, ¿alemán, Carlitos?, *pa'* que no le pasara nada. Tratamos de conversar un par de veces, pero ni hablaba castellano, oiga, si fue tremenda esa cuestión; no podíamos decirle nada. A veces nos entendíamos por señas, pero *pa'* mí, él era mudo.

Íbamos a la zeta, ¿la ve? Allá, en la punta de esa montaña, justo antes hay una huella. Ese camino lleva a la parte de atrás, donde está la laguna helada. Sí, señor, usted lo dijo, una poza que se hace por los deshielos. Ahí queríamos pasar la primera noche. Cuando empezamos a subir, alcanzando recién la ladera, el gringo se empezó a bajar cada tanto del caballo. Yo le podría decir lo que me imaginé, porque él no sabía cómo hablarme. Si me pregunta, me tinca que el gringo buscaba una planta. Antes vinieron empresarios de farmacias, porque aquí hay algunas flores que sirven *pa'* hacer remedios; seguro que el gringo andaba en la misma. Se bajaba de la yegua, ponía las flores en un frasco y, antes de guardarlas, les pegaba un mordisco.

Cuando llegamos a la laguna, claro pues, el gringo ya estaba enfermo. Quizás qué cuestiones se había metido a la boca. Lo bajamos del caballo y lo tendimos en la orillita mientras armábamos el campamento. Con el Carlitos pusimos unas piedras, hicimos un fueguito y listo, pero *pa'l* gringo, ¡oiga, que nos costó! Nunca había visto una cosa de esas; la carpa era chiquitita y cabía solo una persona estirada. No, yo conocía las antiguas, esas en que usted les ponía un palo al medio. No me la pude, pero después de una hora parecía que el Carlitos la tenía lista. No sé cómo hizo este cabro *pa'* meter al alemán adentro; sí, es inteligente, se lo digo yo.

Era tarde pero todavía había luz. Con el Carlitos comimos charqui, tomamos unos *cafeces*, porque a él no se le quedó la jarra, y les soltamos las monturas a las bestias *pa'* que descansaran. Después de un rato las amarramos, porque se nos vino la noche encima acompañada de un viento frío, frío, como se pillan allá arriba nomás. Los caballos estaban intranquilos, pero siempre les pasa lo mismo en esos lugares. Ahora cuando el Carlitos también se puso así, ¿no cierto, Carlos?, cuéntale al caballero cómo fue. ¡Tan callado que saliste, Carlos! Le decía, cuando al Carlos lo empezaron a asustar las cosas, yo también me preocupé un poco. No, no. No hay fieras tan arriba, se equivoca, el lugar es bien seguro mientras usted *se gane* lejos de los precipicios. Pero, lo que al Carlitos le daba susto era la Lola.

¿No sabe lo que dicen de la Lola? Mi caballero, si usted fuera de la zona desde hace muchos años ya habría oído esa historia. La Lola vivió acá en la sierra y fue vecina nuestra cuando este lugar no era más que un caserío. ¿Dolores se llamaba, Carlitos? ¿Qué *vai* a saber tú que naciste ayer! Parece que Dolores era su nombre. Era *rebonita*, mi cabo. Mire, a la Lola, quizás qué le pasó, tuvo unos *atados* con su marido. El punto es que se mató buscándolo en estas montañas. Yo nunca la sentí, porque tengo mi anillo de matrimonio bien puesto, pero los jóvenes o los pecadores que viajan por los cerros, cuando está bien oscuro, el viento los llama por su nombre. Se enamoran, pierden la cabeza y se van detrás de la voz que los llama. Ven a la Lola, la quieren y ella los bota a los precipicios. El Carlitos dice que la ha escuchado, pero no se lo va a contar.

Esa tarde, con el alemán delirando, al Carlitos se le ocurrió que hacía frío y que podía venir la Lola a buscarnos. ¡No, el frío no tiene nada que ver! Son cosas que se le ocurren a este chiquillo. Ni se imagina con lo que salió después: decidió que teníamos que amarrar al gringo, para que no se fuera a ir detrás de la fantasma. Dijo que lo había leído en un libro viejo que le pasaron del colegio, ¿cómo era el nombre del libro, Carlos? Ese mismo. ¿Se imagina usted? ¡Amarrar al gringo *pa'* que no se nos caliente! Disculpe, sé que la cosa es seria. No lo amarramos. No iba a poder explicárselo. No hablaba castellano, quizás qué hubiera creído el pobre.

¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Carlitos? ¡Por la cresta! ¿De verdad? Tenías que haber hablado antes y lo buscábamos en otra parte. ¡Por la misma..., Carlos!, ¿cómo *podís* guardarte esa cuestión?

Déjeme explicarle, mi cabo. Al otro día este cabro de *miéchica* me convenció de que la Lola se había llevado al gringo. Dejamos la carpa ahí con todas las cosas y partimos en los caballos. Buscamos en todos los lugares por donde se podría haber despeñado, pero nada. ¡Claro que nada! ¡Si nos *hubierai* dicho antes que trataste de amarrarlo, Carlos! Está claro, hombre, el gringo creyó que le querías robar sus cosas. Con la de flores que se comió, y de noche, más encima; no debe haber pillado ni por casualidad el camino de vuelta. Seguro está *pa'l* otro lado, en la roblería, valle arriba. Vaya a buscarlo, mi cabo. Salga ahora mismo que *pa'* esa parte. Sí hay leones. Tú, Carlitos, nos vamos a ir *pa'* la casa y *vai* a devolver al tiro todos los libros del colegio.

34 años
Ñuñoa

Tercer lugar regional

MARGARITA ARANCAYA QUIERE IR A MARTE

Felipe José Sasso Valenzuela

Esa era la parte del camino que más le costaba a Margarita Arancaya. El tramo de un kilómetro, que bajaba serpenteando entre medio de los cerros, donde cualquier tropiezo o pisada en falso podía terminar en tragedia. Ella conocía el sendero de memoria, pero como esa mañana era más oscura que las otras, tenía que realizar el descenso ayudándose con la luz de su teléfono celular. Por eso respiró aliviada una vez que bajó del cerro y vio cómo el vaho se desprendía de su boca, evidencia del frío matinal que la acompañaba. A ella le gustaba eso. Ahora solo le quedaban tres kilómetros para llegar hasta su escuela.

Más temprano, ese mismo día, despertó con el ruido de su padre preparando el desayuno. En medio de la oscuridad de la pieza, buscó su uniforme y salió a la cocina, donde también la esperaba su hermano menor, que aún no iba al colegio. Los hombres se preparaban para llevar los animales a pastar a lo alto del cerro. Todavía era temprano, así que comieron juntos, envueltos en esa tranquilidad cómplice que provoca la vida familiar en medio del campo. Al salir de la casa tuvo que ordenarle a su perro que no la siguiera y recién ahí, pudo tomar el sendero que bajaba hasta el camino de tierra.

A Margarita le gustaban los viernes, era su día favorito en la escuela. Disfrutaba cuando la encargada de la biblioteca entraba a su sala con una caja llena de libros e invitaba a los niños a que escogieran uno para llevarlo a casa durante una semana. Ya había decidido cuál iba a elegir y no podía ser cualquiera, tenía que optar por uno que también le gustara a su padre y a su hermano. La responsabilidad era grande. Ella era la única que sabía leer en su familia, así que todos los días, después de tomar once, se quedaban en la mesa que estaba al lado de la cocina a leña y la niña leía en voz alta el libro que había pedido prestado. Los hombres de la casa oían atentos y solo se levantaban si había que avivar el fuego. Era una pequeña tradición familiar, una actividad que, por algunos minutos, les permitía abandonar su apacible vida en los cerros y escaparse a otros lugares del planeta. O incluso más lejos.

En todo esto pensaba Margarita Arancaya, mientras avanzaba por el camino a su escuela. Debió frenar el ritmo acelerado de la caminata al llegar al río que cortaba el sendero. Traía más agua que en otras ocasiones, quizás como resultado de la tormenta de la noche anterior. Como tantas otras veces, la niña se quitó los zapatos y los calcetines y los guardó en su mochila. Recogió sus pantalones hasta la altura de los muslos y se lanzó al agua. Solo le preocupaba la réplica a escala de Marte que debía presentar ese día y que había confeccionado con la ayuda de su padre y una vieja enciclopedia espacial que tenían en casa. Con la fuerza de la corriente, una caída al río hubiese sido fatal para ella y su trabajo. Por eso, apuró el tranco y cuando estuvo fuera del agua, revisó la circunferencia que había cargado con precaución en sus manos. Todo seguía bien en el planeta rojo.

Volvió a acomodarse la ropa y poco le importó que sus pantalones estuvieran húmedos como consecuencia de la fuerza del caudal. Se convenció de que si caminaba rápido, el viento en contra debería secarlos. Al retomar la marcha, volvió a mirar su maqueta y recordó la sorpresa que se llevó cuando leyó en los computadores de la escuela que Marte no era un planeta deshabitado, de hecho la Nasa tenía dos vehículos exploradores sobre su superficie, el *Curiosity* y el *Opportunity*. ¡Apenas dos habitantes para un planeta que mide la mitad de la Tierra! Margarita Arancaya estaba segura de que no tendría problemas en ir y sobrevivir en Marte; se había acostumbrado a subsistir alejada de todo, a recorrer largas distancias y a estar sola, particularmente en las ocasiones en que su padre y su hermano pasaban varios días arriba del cerro con los animales.

Tampoco tendría inconvenientes para soportar las enérgicas tormentas de arena que azotan la superficie marciana y que abarcan millones de kilómetros cuadrados, esto, siempre y cuando fueran como el temporal que se había dejado caer la noche anterior y que, por momentos, pareció que iba a lanzar lejos su destartalada casa con todos adentro, personas y animales. No, no tendría problemas en adaptarse. Se

imaginó haciendo historia como la primera niña aymara en ir al espacio. Hasta la radio del pueblo haría un reportaje sobre ella; estaba segura de eso.

Para eso aún le quedaban muchos libros por leer pero, lo más urgente, era renovar la vieja enciclopedia espacial de su casa. También era importante obtener una buena calificación en su pequeña representación planetaria que cargaba y que alternaba entre sus manos entumecidas. Su pantalón aún no se había secado y la humedad incómoda la hacía tiritar. Menos mal que faltaba poco para llegar a la escuela. Pero el camino estaba más solitario que de costumbre, ni siquiera se había topado con don Genaro, el viejo pastor que siempre la saludaba y le deseaba éxito para la jornada; a veces le ofrecía charqui o algún otro alimento que llevara consigo.

Estaba sola en medio de ese paisaje desértico, una imagen que contrastaba con lo que ocurría en vacaciones, en las semanas en que cientos de visitantes extranjeros llegaban para observar las estrellas, convencidos de que el norte de Chile posee los mejores cielos del mundo. Algunos de ellos se aparecían por su casa para conocer los animales; les hacían cariño y tomaban fotos. Por muy molestos que fueran esos días, servían para dejar algo de dinero para el resto del año. “Turismo rural”, había escuchado la niña que se llamaba esa tendencia en aumento y no entendía cómo había personas que pagaban por conocer sus costumbres y su forma de vivir. Ella llevaba nueve años haciendo lo mismo y nunca le había pagado un peso a nadie.

La bandera chilena, asomándose a la distancia, le indicó que ya se estaba acercando. Solo le llamaba la atención que todo estuviera más tranquilo que otras veces y no se escucharan los típicos gritos alegres de los demás niños. Siguió avanzando y al acercarse al frontis del edificio vio que en la entrada del establecimiento había un letrero escrito a mano que avisaba la suspensión de clases debido al mal tiempo de la noche anterior. Toda la escuela estaba cerrada. Lejos de lamentarse, Margarita recordó la mañana en que un zorro logró ingresar por un agujero hacia una de las salas y desató la euforia de los alumnos. Asimismo, entraría ella. Revisó el perímetro buscando el orificio y cuando lo halló, se arrastró con cuidado para no estropear el uniforme. Ya en el interior, caminó a su sala y sobre la mesa del profesor depositó la réplica de Marte y una nota indicando a quién pertenecía: Margarita Arancaya, tercero básico. Luego, se dirigió a la biblioteca y avanzó decidida hasta el mesón de ciencia ficción. Sin buscar mucho, cogió “*Crónicas Marcianas*” de Ray Bradbury, dejó sus cosas en una mesa, y fue por unos troncos para encender la estufa a leña. Tuvo que soplar para que las llamas cobraran intensidad. Cuando obtuvo la temperatura deseada, se quitó los pantalones y los dejó secando frente al fuego. Abrió el libro y se instaló en una de las mesas junto a sus pertenencias. Se perdió entre sus páginas con el crepitar de las llamas en segundo plano. Eran tormentas solares golpeando la superficie de Marte.

32 años
San Fernando
Segundo lugar regional

EL JUEGO VIOLENTO

Claudia Lorena González Malatesta

Tengo frío y no veo nada. Cerca de mí siento un aroma familiar, es mi mamita que me arrulla con ternura. De pronto puedo abrir mis ojitos y logro distinguir algunas formas, que se tornan más claras de a poquito. Mi mami es hermosa, tiene unos tonos cafés con manchitas blancas, su piel es suavcita y su aroma me envuelve, haciéndome sentir tan seguro y protegido. Cerquita de ella nada malo podrá pasarme jamás, aunque siento un vacío dentro que empieza a doler, señal inequívoca de que creo que, ¡tengo mucha hambre! Me acerco más a mi mamita y encuentro mi rica leche, tibia y sabrosa. Bebo todo lo que puedo, hasta quedar con mi guatita llena y me empieza a dar mucho sueño, hasta que por fin me duermo.

Ya desperté, y tengo ganas de jugar, así que doy unos brincos y mi mami me dice que me porte bien, que a las personas mayores no les gusta que yo moleste, así que mejor me quedo quietecito. Y así pasan los días, voy creciendo mucho y ya no puedo tomar la leche tibiecita de mi mamita. Ya estoy comiendo pastito, igual es distinto, pero me gusta. Soy muy feliz.

Hoy pasó algo raro, desperté y mi mamita ya no estaba. Desesperado la busqué por todo el corral, le pregunté a otros de mi edad que estaban igual de confundidos que yo, pero no la habían visto. Sentí que mi mundo se desvanecía y un profundo terror y desamparo se apoderaron de mí. ¿Qué haría ahora? De pronto llegó una persona y comenzó a golpearlos con un palo, no entiendo lo que quiere, solo nos golpea. Uno de nosotros se mueve hacia otro corral y a los que no nos movemos nos siguen golpeando, así que mejor también nos trasladamos hacia el otro corral.

Tengo miedo, lloro en silencio esperando que mi mamita vuelva por mí. ¿Por qué se habrá ido?, si yo me porto muy bien y siempre le hago caso. No sé qué hacer, no sé qué pasará. Repentinamente la persona vuelve y nuevamente nos golpea, no entiendo lo que quiere que hagamos. Todos tenemos tanto miedo. Unos se mueven hacia una entrada oscura, así que yo corro hacía allá, para que no me sigan pegando. Una vez dentro, no veo nada. No avanzan y no entiendo lo que pasa. Se mueven de a poco mientras nos golpean. De pronto, quedo solito delante de todos en ese túnel oscuro. Mi corazón se va a salir de tan rápido que late, tengo terror, tal vez moriré y no veré nunca más a mi mamita. Entonces todo se ilumina, abren una salida del túnel y la persona me golpea muy fuerte con el palo en la cabeza, dejándome un poco aturrido y con la visión borrosa, no sé lo que pasa, no entiendo por qué me golpean, no hice nada malo. Hay muchas personas fuera y todos gritan. Corro muy fuerte para escapar de los golpes y de pronto, se me acercan muy rápido dos caballos grandes montados por personas, me empujan y aprietan, me duele mucho y no entiendo qué pasa, yo no les hice nada. Siguen empujándome hasta un extremo donde hay madera, y me aprietan contra ese muro con una violencia tan descomunal que no puedo respirar, me duele todo y caigo al piso.

Las personas gritan. Uno de los caballos guiados por una persona me amenaza con su cuerpo, correré hacia el otro extremo. Trato de escapar, pero me alcanzan. Un caballo me empuja hacia delante y el otro, me impide escapar. Tengo mucho miedo y no sé hacia dónde ir. Me golpean contra el muro por segunda vez, siento un profundo dolor, estoy mareado y sangrando. Una vez más siento a las personas gritar. No puedo moverme y tengo miedo. Los caballos me presionan, pero no puedo moverme.

En eso entra otra persona caminando, debe venir a rescatarme, estoy salvado. ¡No!, no viene a salvarme, me golpea con un palo, creo que quiere que me levante, pero no puedo, siento mucho dolor. Esta persona insiste, hasta que decide torcer mi colita para que yo me mueva. Me duele mucho, no lo soporto y me pongo de pie para que no lo siga haciendo. Apenas puedo respirar y tengo mucho miedo. El otro caballo me empuja hacia el otro lado y corro huyendo de él, mientras el primero me impide escapar. Me golpean por tercera vez con su cuerpo contra el muro, no puedo soportarlo, no puedo respirar y tengo mi cuerpo con sangre. Las personas gritan, se ponen contentos, porque me golpean. No entiendo qué hice. Caigo al

suelo. No puedo ponerme de pie. Los dos caballos me presionan, pero no puedo respirar y siento mucho dolor. Voy a morir aquí, no sé qué hacer, viene la persona con el palo, tengo mucho miedo, mucho. Me golpea en la cabeza, qué dolor más grande, mejor me muevo. Estoy cojeando y mi cuerpo sangra. ¡No!, ahí vienen los caballos otra vez, qué miedo, correré como pueda. Me atrapan y me empujan hacia un corral pequeño, no puedo respirar y siento mucho dolor. ¿Por qué pasa esto?... ¿por qué?...

47 años

Rancagua

Tercer lugar regional

FÁBRICA DE NUBES

Franco Manuel Fornachiari Astudillo

La pega era dura, pero teníamos que ponerle el hombro. En esos años, a los cabros chicos apenas cumplían cierta edad, la que variaba según las necesidades y conmiseración de los padres, los largaban a trabajar al campo. Era esa misma necesidad y conmiseración del padre, la que dictaría en qué se trabajaría. Algunos en quehaceres livianos, otros, en cambio, en faenas tan duras que, con el tiempo, terminaban por embrutecer hasta el más tierno de los cabritos. Mi familia tenía necesidad, pero mi padre era de los tipos compasivos, o por lo menos más que los de otros niños, por lo que nos hacía desempeñarnos en labores menos exigentes.

“Chiquillos, tráiganos esos sacos vacíos. ¡No, esos no! ¡Los blancos!”, nos ordenaban los peones. “Oigan cabritos, suban esas herramientas al camión”, nos mandaban otras veces. De vez en cuando se nos arrimaba un peón y nos ofrecía unas herramientas para sacar remolacha.

—No gancho. A mis hijos me los deja tranquilitos ¿escuchó? —intervení mi padre—. Están *rechicos pa'* hacer eso. Cuando sean más hombres podrán, pero hoy no —y nos tomaba de un brazo para apartarnos y mandarnos a otro lado donde nos necesitaran.

En algunas ocasiones, acompañábamos a mi padre en el camión hasta la ciudad. Allí una gran fábrica parecía producir una inmensa columna de nubes, la que se elevaba hasta el cielo. ¡La ingenuidad infantil me hizo creer que esta fábrica era la culpable de los días nublados! Pero mi padre nos explicó que eran los vapores que evacuaba “La Azucarera”. De camino a la fábrica, al pasar frente a la Escuela de Artillería, mi padre se detenía, nos bajaba y nos mandaba a vender a los milicos los quesos frescos que él y mi madre elaboraban en casa. Los soldados, por muy rudos que fueran en esa época, nos tenían aprecio. Llegábamos con nuestras canastas, nos hacían pasar y, mientras esperábamos al oficial a cargo de la intendencia, nos daban café, chocolate caliente, leche o lo que tuvieran a mano. De vez en cuando, nos agarraban y regresábamos con la cabeza rapada: “Así evitarán los piojos, cabritos”, nos decía un sargento, que parecía haberse comido todos nuestros quesos frescos en algún festín. Si Pablo de Rokha se hubiese enterado de él, seguro lo habría incluido en su *Epopéya de las comidas y bebidas de Chile*.

La pega de la remolacha era dura. Ni las papas nos daban tanto trabajo. Simplemente se abría la tierra, se seleccionaban y se descartaban las podridas. Se llenaba una canasta de mimbre y, luego, su contenido se vaciaba en un saco. En cambio, la remolacha obliga. Obliga a ensuciarse en el barrial que se forma en el campo. Obliga a sacrificarse por unas chauchas. Obliga a depender del único comprador, el mismo que abusaba del monopolio. No amigo, esa pega no se la doy a nadie. Si usted tiene otra alternativa, ¡aprovéchela!, así como nosotros lo hicimos.

Mi padre nos contó que durante el gobierno de los comunistas se regalaban hectáreas a los peones. Algunos las rechazaban por su lealtad con el patrón y otros las vendían. Era plata rápida y fácil. Mi padre fue de los que aceptaron las tierras para trabajarlas. No tardaron en llegar las propuestas para labrar estos terrenos; entre ellas, llegó “La Azucarera”. Ellos nos dijeron que sembráramos remolacha, que nos comprarían el producto. Los primeros años fueron muy buenos, pero con el tiempo empezaron a aprovecharse. No teníamos muchos recursos y mi hermano estaba estudiando en la universidad, motivo por el que nos veíamos obligados a depender de la remolacha y de “La Azucarera”.

Un día mi padre regresó en un camión en el que traía matas de frambuesas. “Esto es lo que ahora la lleva”, nos dijo, mientras lo ayudábamos con mi hermano a descargar. Ya éramos hombres, si es que a los quince me podían considerar como tal. Fue así como, ahora, le dábamos la espalda a “La Azucarera”, que nos explotó por tanto tiempo.

La empresa intentaría enmendar sus errores. Comenzaría a plantar sus propias remolachas, a incentivar el cultivo de esta y a pagar con dignidad; pero ya era tarde. Los agricultores, que ya no eran *huasos brutos*, no confiaban en ella. Muchos se cambiaron a la frambuesa y, con el tiempo, a los arándanos. Otros se volcarían al arroz, al kiwi, a las manzanas, o venderían sus tierras y emigrarían a la ciudad, para que sus hijos cambiaran los potreros por las oficinas. Por lo menos, nosotros cambiamos al arándano, una vez que la frambuesa perdió su valor. Con mi hermano, que estudió agronomía, expandimos el fundo de mi padre. Eran tiempos mejores.

No recuerdo muy bien el día, pero era a fines de agosto. El viento se asemejaba al de septiembre. No había ni una nube, lo sé por ese límpido cielo añil. Caminaba de la mano con mi retoño de cuatro años. Él, curioso, indicó el horizonte con el dedo.

—¡Papá! ¡Esa es la fábrica de nubes!

—Sí, Maxi —respondí recordando los días de mi infancia y agregué: —Despídete de ella, es su último día en la ciudad.

Él, muy triste, me preguntó por el motivo de que la fábrica de nubes partiera. Atiné a decirle que no había más necesidad de ella (aunque su partida afectaría a muchas familias). Me incliné, besé su frente y seguimos caminando por la plaza de la ciudad. A lo lejos “La Azucarera” expulsaba una última columna de vapores que se disolvía en la atmósfera.

30 años
Linares

Segundo lugar regional

CÓMO VOLAR EN UN AVIÓN DE PALO

Marco Antonio Herrera Gutiérrez

Cuando llegó la periodista y su ayudante por la mañana de ese sábado, después de avanzar curva tras curva por largos caminos de tierra, Marito estaba en lo suyo, corriendo desde lo alto hacia la vega, una y otra vez, calculando el momento en que el suave viento sur le cedería una pequeña ráfaga. Lo encontraron de pie, esperando el momento propicio para despegar, dentro de un extraño artefacto que, más que avión, parecía un matapijos con dos pares de alas de delgada madera, una por delante de la otra, entre las cuales se producía el espacio para su enjuto cuerpecillo. Completaban el conjunto una cola en forma de dardo, que estaba ensamblada a las alas, a través de un listón largo, una serie de cordeles delgados y algunos tirantes que mantenían unidos al niño y al artefacto.

El chico vio acercarse a su madre acompañada de los dos extraños y, como en la soledad del campo no estaba acostumbrado a las visitas, evaluó instintivamente sus posibilidades de escapar. No era tarea fácil zafarse rápido de sus arneses, tampoco quería que lo vieran correr y tal vez, elevarse hasta un par de metros si había algo de viento de frente, como tantas veces lo había logrado. Al verse sin escapatoria simuló que estaba ajustando unos tornillos, unas palancas y unos cordeles, que ya había revisado y ajustado diez veces esa mañana, y se rindió a lo que viniera; al menos su madre estaba ahí.

Seguramente habían venido, porque estaban al tanto de lo ocurrido aquella tarde a fines de invierno, oportunidad en que hubo un poco más de viento sur que de costumbre, aunque el cielo estaba despejado y Marito no resistió los deseos de probar qué pasaba en esas condiciones. Acudió a lo alto de la vega para evaluar la situación y si el viento era demasiado recio sería mejor no atreverse. Ya sabía, por experiencia, que el artefacto se hacía incontrolable si agarraba viento de costado o si se metía, por debajo de las alas, se volcaría fácilmente y, con suerte, se quebrarían algunas partes de madera y no sus huesos. Aquella vez el viento era más fuerte de lo que deseaba, pero menos que ese día del quebradero de palos, de modo que dio media vuelta y partió en busca de su matapijos.

No tuvo que correr demasiado, solo unos diez pasos y ya estaba mágicamente en el aire. Bajó el morro, pero seguía ascendiendo lo que lo asustó un poco. Así que bajó más el morro, temiendo que la palanca de madera llegara hasta el fondo y lo dejara sin posibilidades de bajar, pero su ascenso se hizo más lento y tuvo la sensación de controlar la situación. Cuando llegó a unos diez metros sobre tierra se estabilizó y pudo confiar en las palancas, manteniéndose más o menos en el mismo sitio, como un volantín, excepto que sin la seguridad de un hilo que lo atara a tierra. Descubrió que no había que realizar demasiados esfuerzos para mantenerse ahí flotando, solo compensar la deriva con unos suaves movimientos de las palancas. Se mezclaban en su mente el asombro, el temor y la emoción, en su cuerpo los latidos acelerados de su corazón, los ojos bien abiertos, las manos temblorosas y una sensación extraña en el estómago, pero la necesidad constante de evaluar la situación y ajustar las palancas estaba por encima de todo.

Por suerte, era de aquellas personas que no se sobresaltan ante el peligro, sino que sus reacciones eran como retardadas. A veces, demoraba horas, o un día entero, en sopesar una situación y asustarse de lo que ya pasó, de modo que en su mente abordó con relativa calma el preocupante tema de cómo regresaría a tierra. Sabía que estaba en medio de una corriente invisible de aire ascendente que chocaba en la ladera y luego, se disparaba unos metros hacia arriba. Así comprendió que no era posible ir más alto y que, si lograba salir de ahí, podría planear y descender. Había leído de estas cosas en una de las tantas revistas *Selecciones*, que compraba su abuelita, y que él leía y releía cuando llegaban a sus manos. Recordaba perfectamente aquel artículo de un señor en un planeador, que había batido un récord de altura y explicaba un poco cómo funcionaba aquello de los vientos y las corrientes.

Si viraba a la izquierda, no encontraría ningún lugar despejado para aterrizar; a la derecha había un cerco con árboles de tanto en tanto, que no estaba seguro de cruzar ni por arriba ni entre ellos. La vega

estaba descartada debido al cerco que la cruzaba, de modo que lo más apropiado sería ir de frente hasta la planicie que se extendía más allá del humedal, porque resultaría más fácil cruzar el cerco de alambres que estaba más bajo. El problema, en realidad, era bajar lo suficiente como para tocar tierra antes de llegar a la plantación de pinos, que estaba más allá. Se mantuvo largos segundos repasando en su mente el aterrizaje, como en una película, hasta que se convenció de que resultaría. Aunque deseaba quedarse más tiempo ahí, decidió que era la hora de bajar ante la amenaza de ser llevado por el viento y estrellarse.

Entonces, bajó el morro e inclinó su cuerpo hacia adelante, para acentuar su descenso con lo que rápidamente salió de la ascendente y se encontró planeando lentamente contra el viento, eso lo tranquilizó. Cruzó el cerco de alambres y, para su sorpresa, comenzó a descender más de prisa que lo esperado porque, claro, no había considerado que antes de subir, la corriente de aire bajaba un poco hacia el fondo de la vega y lo llevaba consigo. De modo que, al llegar al lugar que serviría de pista de aterrizaje, ya se encontraba a baja altura y con un suave viento de frente, gracias a la protección de los pinos que estaban más allá. El aterrizaje fue fácil, como tantas veces ya lo había hecho, imitando los triles (queltehues), que había observado con toda atención en innumerables ocasiones: planeaban lento perdiendo altura y luego, cuando estaban a unos centímetros del suelo, subían su cola, como intentando elevarse, y alzaban sus alas, que funcionaban como frenos, de modo que posaban sus patas en tierra con bastante suavidad y la carrera, para detenerse por completo, era muy corta.

Pasó por su cabeza intentarlo de nuevo, pero desistió, sabía que había sido algo peligroso y que, recién más, tarde le tomaría el peso a la situación. No es cosa de poca importancia perder el control a diez metros de altura o que el viento lo empuje en contra de los árboles. De modo que, regresó lentamente a casa buscando el camino más protegido del viento, que sacudía a ambos, niño y artefacto. Rogaba que nadie hubiera visto su hazaña, porque temía que de ser así le prohibirían continuar con sus peripecias en el aire. Ni siquiera sospechaba que su padre, que venía de regreso a casa caminando, detrás del cerco de la derecha, justo en el momento en que se elevaba del suelo, lo había visto todo. Primero se quedó petrificado y su corazón dio un brinco al verlo elevarse, luego pensó en ir corriendo en su ayuda, pero se dio cuenta enseguida que estaba fuera de su alcance, de modo que se quedó en el mismo sitio, aunque soltó el cuchillón y la horqueta que traía, para así correr más rápido, si resultaba necesario. Había aprendido que, en casos como este, era mejor no intervenir. Recordaba aquella vez en que el niño pudo, sin su ayuda, estacionar perfectamente el viejo tractor en reversa, en la estrecha casucha donde se guardaba. En cambio, todas las veces anteriores en que le había dado cientos de indicaciones, los resultados habían sido casi desastrosos. Cuando lo vio aterrizar sin novedad no supo bien si admiraba su destreza o si mejor era alcanzarlo para reprenderlo e impedir que lo intentara de nuevo, pero conservó la calma, cogió sus herramientas y continuó caminando oculto detrás del cerco de zarzas, atento a las acciones del niño. Cuando se aseguró que iba a casa y que no lo intentaría otra vez, se quedó un rato más por ahí, haciendo tiempo, para que Marito no sospechara que lo había visto todo.

—¿Quién te enseñó a construir tu avión? —preguntó la periodista.

—Nadie. —Era un niño de muchos pensamientos, pero pocas palabras.

—Entonces, ¿cómo lo construiste? —le preguntaron.

—Se me ocurrió mirando otros aviones —respondió el chiquillo, como si el suyo fuera todo un avión.

—¿Dónde viste aviones? Veo que no hay muchos por acá —insistió la periodista, que ya sabía que por esos lados no había ni electricidad.

—En los libros. —Se refería a todo lo legible que llegaba a sus manos, revistas, diario y publicaciones diversas.

—¿Y cómo lo aprendiste a volar? No me digas que encontraste un libro que te enseñó.

—No, no encontré ningún libro para eso, así que miraba los pájaros y en los libros miraba para qué sirven las partes de un avión.

—Cuéntame, ¿qué quieres hacer cuando grande?

—Podría hacer un libro, para enseñar a volar en aviones pequeños.

—Muy buena idea. Dime, ¿qué título le pondrías a tu libro?

—Cómo volar en un avión de palo.

48 años
Talca
Tercer lugar regional

LA FLOR DE LA HIGUERA

Yerko Andrés Strika Robles

Marianne quiere ser chilena. Es su único anhelo desde que llegó a este país envuelta en su piel oscura, una mañana de invierno hace varios años, más niña de lo que es ahora.

Ella y su familia vivían en una casa del tamaño de una habitación, construida con ladrillos de arena y techo de zinc, donde jugaba con otros niños a recolectar tesoros que rescataban de entre la basura, mientras sus padres deambulan sin trabajo por las famélicas calles de un barrio llamado Cité Soleil, a las espaldas de Puerto Príncipe, en Haití.

Imaginarán el desconcierto de Marianne, el día el día en que su padre le dice a ella y a su mujer, Trécee, que se van a Chile. “¿Y dónde queda eso?”, le preguntan al unísono a Emmanuel, quien solo se encoge de hombros y las abraza llorando con la promesa de una vida mejor. Tras de sí dejan nada o casi nada y lo que más siente la niña, al partir, es la mirada de abandono clavada en los ojos de su perro, sentado en el vano de la puerta, mientras se alejaba rumbo al aeropuerto.

El asunto fue más o menos así: el amigo de un amigo de un amigo, le cuenta a Emmanuel que tiene un amigo que está en Chile, viviendo en el campo, y que faltan manos para trabajar. En el desvelo de una noche, mirando el techo de zinc, Emmanuel toma una decisión y empeñando todo lo que puede, más unas cuantas promesas, junta el dinero para salir de ahí y, trámites de por medio, abordan un avión solo con un número de teléfono en el bolsillo, como única esperanza de un futuro en el fin del mundo y con poco más de cien dólares en los bolsillos.

Llegar a Santiago, los tres tomados de las manos, y abordar un bus hacia el sur del país, es una odisea para narrar en otro cuento.

Finalmente, logran llegar a un lugar que se llama Yumbel, donde descubren que hay un santo lleno de flechas clavadas en el cuerpo. Los está esperando Leroi, amigo del amigo del amigo, que les tiende una sonrisa y les dice que se den prisa, para alcanzar a tomar la micro que los llevará a Rere. Marianne, Emmanuel y Trécee hace rato que perdieron la cuenta de las horas que llevan viajando y cuando, por fin, se bajan del cacharro y entran en un fundo verde, lleno de aromas que no conocen, los invade un sentimiento, mezcla de nostalgia y esperanza, justo cuando el sol se pone detrás de un terreno de trilla.

Leroi les dice: “Aquí, se van a quedar” y les abre la puerta de una pequeña casa prefabricada, a una cuadra de lo que parece un galpón. Tiene dos habitaciones, un baño, cocina, estar y comedor que, para los recién llegados, es lo más parecido a un palacio que han visto en sus vidas. Acomodan lo poco que traen y comen unas lentejas que Leroi les tenía preparadas. “Descansen”, les dice, que mañana les presento al patrón. Cuando quedan solos, ríen de felicidad, se abrazan y duermen los tres en una cama de dos plazas, con un colchón blando como las nubes.

Al siguiente amanecer, una nueva vida comienza; una vida cotidiana y tranquila que se llena de días, semanas, meses y años. Emmanuel aprende a ser campesino; Trécee, cocinera; y Marianne, estudiante, en una escuela que la miraba con ojos curiosos, al principio, y acogedores, después. La niña llega a primero básico sin entender una pizca de español y ahora, en quinto, su gramática y vocabulario son perfectos. Aprendió a escribir y a leer en castellano, sonándole hoy distante su lengua natal, que solo se habla, de vez en cuando, en casa.

Ese día, en la escuela, la profesora de Lenguaje y Comunicación, la señorita Adriana, les cuenta a los niños, que aquí, en Rere, se hace un estofado en una olla tan grande, que se podrían meter varios dentro de ella. Los niños ríen y abren sus oídos a ese viaje maravilloso, que es una narración mágica para el aula. Les cuenta que el 4 de octubre de 1765 el gobernador Antonio Guill y Gonzaga le dio el nombre al lugar,

bautizándolo como Villa San Luis Gonzaga de Rere y que, en la iglesia del pueblo, hay tres campanas de oro, que se escuchan tañer hasta Yumbel.

—Y hoy, niños y niñas —les recuerda la maestra— es víspera de san Juan, la noche más larga del año y como es tan larga, dormiremos mucho y mañana nos levantaremos con mucha hambre. Por esa razón, se hace ese inmenso estofado —sigue contando la profesora— para llenarnos la guatita de su delicioso sabor. Alguien sabe ¿cuáles son los ingredientes del estofado? —pregunta la profesora.

Y un tropel de manos alzadas empiezan a enumerar a coro: carne de vaca, chanco, cerdo, conejo, zorzales, perdices, cebollas, papas, zanahorias, ajo, sal, pimienta, laurel y agua. “Y en algunas casas le ponen vino”, sentencia Nacho que, hasta ese momento, no había abierto la boca, sentado al final de sala, más concentrado en Marianne, que en la receta del plato.

—En la noche de san Juan —continúa su relato la profesora—, los antiguos realizaban una velada donde se relataban cuentos, se recordaban historias y se buscaba la flor de la higuera, la que, se dice, florece solo esa noche, en la parte más alta del árbol. Dicen también —agrega entusiasmada— que si alguien pide un deseo y corta la flor, justo a la medianoche, lo que deseó se hará realidad.

—En mi casa hay una higuera—, alcanza a decir Marianne, antes de que suene la campana de la escuela y el alboroto del fin de la jornada disuelva el ambiente, que se ha generado en la víspera de la noche más larga del año.

Pero Marianne quiere ser chilena, lo desea con el corazón. Es más, quiere ser rerista, pertenecer en alma y papeles a ese pueblo que la recibió con un plato de lentejas y una cama suave, hace poco más de un lustro. Quiere, en su fantasía de futura mujer, casarse con Nacho y tener hijos mulatos; vivir ahí mismo y ser profesora; quiere comer estofado, saber más de los mapuches y los españoles; y escuchar por siempre las campanas de oro que repican los domingos de misa. Por eso, esa noche, cuando sus padres duermen y fuera resplandece una noche estrellada, Marianne sale sigilosa de la casa y se dirige al fondo del predio, donde hay una higuera solitaria. Trepa por su tronco y se sienta un rato en una rama, mirando su reloj a la espera que sean las doce en punto, para cortar la flor de la higuera, con ese deseo vehemente que solo un niño puede invocar. Por entremedio de las hojas, se ven las estrellas al alcance la mano, titilando en la copa del árbol como faroles cósmicos. Faltando un minuto para la medianoche, Marianne sube a lo más alto del árbol y ruega por ver un capullo que cumpla su promesa.

Marianne nunca recordará con claridad si esa noche alucinó o todo fue un sueño, si realmente alcanzó la flor mágica y su deseo de volvió realidad, pero el hecho es que cuando termina de contarles la historia a los niños de su clase, no vuela una mosca y por los puestos corre, como una reliquia, la cédula de identidad de la profesora Marianne Sanos Joseph, de nacionalidad chilena.

50 años
San Pedro de la Paz
Primer lugar regional

CUANDO DEJÉ DE ODIAR EL CAMPO

Gonzalo Alexis Luengo Orellana

Nací en Los Andes y siempre he vivido en la ciudad. Mi papá era contador auditor y mi mamá, secretaria en la oficina del alcalde. Ninguno hablaba mucho de sus familias. Y para mí, tampoco era ningún problema no hablar al respecto. Mi vida era solo ir al colegio, nada más. O a la universidad, porque ya la terminé y soy abogado. En casa pasaba solo, me entretenía con mi Nintendo 64, que es un aparato que se conecta al televisor y con el que puedes jugar videojuegos. Y tenía también una pequeña colección de monedas de Chile, muy viejas; la más antigua era de 1858, de un peso. De grande, empecé a hacer videos en YouTube donde mostraba mi colección de monedas, las que siempre compraba en ferias o tiendas de coleccionistas en Santiago. En Los Andes iba a un gran parque, ubicado en medio de la ciudad, a jugar solo. Solo, si no contamos que estaba todo el tiempo con nanas, que cambiaban cada mes, porque se llevaban mal con mis papás. Nunca me llevé bien con mis compañeros y ese era uno de los motivos de mi soledad. Yo era feliz igual, aunque para los demás era un niño molesto. “De seguro tu abuelo era un campesino de esos con manos sucias y de lugares pobres, de ahí que no tengas educación y te cueste aprender las tablas de multiplicar”, fue una de las cosas más amables que le dije a un compañero en cuarto básico, cuando me obligaron a hacer un trabajo de matemáticas en grupo, en el que no avanzábamos mucho. Yo era así, porque mis papás me decían esas cosas. Y yo no me daba cuenta de que era algo tan feo eso de andar tratando a la gente de ese modo. Era una frase común de mi papá tratar a la gente de “campesina” cuando algo salía mal o no le agradaba. Aún recuerdo cuando estábamos en un centro comercial y mi papá con mi mamá ofendieron y gritonearon a una vendedora, tan solo, porque olvidó quitar el sensor de la alarma de una camisa que compraron. “Una rota del campo es lo que eres”, le espetó mi madre en su cara. Y yo vomité de nervios en medio de la tienda. La vida con mis padres era compleja y yo mismo me había transformado en lo peor de ellos. Pero las cosas cambian.

Un día acompañé a mi papá a una notaría. Ahí estaban unos primos suyos que nunca había visto y que él me los presentó. Yo tenía unos 15 años. Entre ellos, no se hablaban mucho. Era primera vez, que veía a otros parientes y esto me inquietaba mucho. Me senté solo en una sala de espera, mientras mi papá discutía con sus primos. Hablaban sobre unas propiedades que debían dividir y papeles legales que había que firmar. Es así como salimos todos de la notaría y fuimos, en medio de ese soleado día de invierno, al norte de la ciudad, lejos en el campo, a un lugar llamado Campos de Ahumada. Nunca había ido ahí; todo era lindo, estaba lleno de cabras llevadas por pastores a un corral, agua de vertiente en medio de pequeños oasis verdes en la montaña pedregosa. Yo caminaba entretenido, mientras mi papá y los parientes seguían discutiendo. Anduve siguiendo el camino de los arroyos de vertiente, cada vez subiendo más por los cerros. Y de pronto apareció ante mí una casucha, en cuyo patio había un niño como de mi edad... ¡jugando con monedas viejas! Lo primero que le dije, fue algo sobre lo que atesoraba: “Hola, ¡esas son monedas de hace años, las conozco, son escudos!”. Identifiqué los escudos de inmediato, que son monedas que existieron en Chile de 1960 a 1975. El niño se puso algo nervioso y en silencio me dejó que las viera. Mi primer sentimiento fue regalarle monedas mías. Sentí que a él también le gustaban y no conocía a otras personas con ese gusto. “No sé si vuelva a venir, pero la próxima andaré con monedas para regalarte”, le dije. Él se veía con un aspecto algo sucio, porque de seguro andaba acarreando cabras y se sentó a descansar en el suelo, mientras observaba atentamente las monedas que tenía en una caja usada de galletas. “¡Gonzalo! ¡Sal de inmediato de esta pocilga y te vas al auto ahora mismo, te busqué diez minutos y no te encontraba! ¡Y encima juntándote con este niño que parece cualquier cosa, un campesino más!”, apareció mi papá vociferando. Nunca tuve tanta rabia, nunca. “¡Él es una persona, papá, basta de dejarme en vergüenza!”, le respondí. Mi papá se calló y me empujó afuera en silencio. Mi rabia aún no cesaba. En el auto de vuelta, el silencio era total. No hablé más con él en meses, casi un año.

Casi cada día, yendo al colegio, veía de lejos las montañas y pensaba en ese niño. Y también en los primos de mi papá. En este último tema me detuve y me pregunté: ¿quiénes eran? Es decir, ¿por qué eran primos de mi papá, de quién eran hijos ellos y cuál era nuestra conexión? No sé en qué momento lo supe, pero sabía que debía, primero, saber de dónde venía yo. Así fue como obtuve mi certificado de nacimiento en el Registro Civil de Los Andes. En ese documento aparecía el nombre de mi papá, lo que me permitió solicitar un certificado de nacimiento de él. Y entonces, apareció el nombre de mi abuelito: Manuel Bolbarán Rondón. Y así fue como también le pedí al Registro Civil que me diera el certificado de nacimiento de él y pude averiguar el nombre de sus papás: Andrés Bolbarán y Petronila Rondón. Entonces quise saber el nombre de los papás de Andrés Bolbarán, pero me dijeron que no era posible, porque sus computadores no almacenaban registros tan antiguos. “Quiero saber más de los hijos de Andrés Bolbarán, ¿dónde puedo ir?”, consulté. La funcionaria me respondió que podía ir al Conservador de Bienes Raíces, que es el señor que existe en casi cada ciudad de Chile y que guarda libros donde va anotando, cada día, de quién es cada casa o terreno, o también los testamentos de quiénes van muriendo.

Así que partí para allá, y en Los Andes, en la oficina del conservador tienen un computador en el que ingresas el nombre de alguien y te dice la página exacta del libro donde aparece su casa comprada o su testamento. “Quisiera que buscara a Andrés Bolbarán, es mi bisabuelo”, pedí a la persona que me atendió. Ante mis ojos, vi cómo el computador mostraba que había un testamento. “Página 34, libro de 1960”. ¡Estaba tan emocionado! El funcionario fue adentro a buscar el libro. Era un volumen gigante, muy grueso, de unos veinte centímetros de espesor. Y ahí, en la página 34, se podía leer en parte: “Yo, Andrés Bolbarán Contreras, natural de Los Andes, tuve en mi matrimonio con Petronila Rondón, dos hijos: Manuel Bolbarán Rondón y María del Carmen Bolbarán Rondón. El primero, con un hijo, Andrés —¡mi papá!—, y la segunda, con tres hijos: José, Simón y Gustavo Arrué Bolbarán —¡los primos de mi papá!—”. Seguía leyendo y ahí se mencionaba cómo dividió un terreno en Campos de Ahumada (¡el lugar que visitamos!) entre sus hijos y nietos. “A mi nieto Gustavo Arrué Bolbarán, la casa y terrenos del cerro”, que era la propiedad en que yo vi hacía un año al niño de las monedas. No solo ya sabía quiénes eran los primos de mi papá, sino que me acercaba más a aquella casa y a aquel niño que había conocido. ¡Aún más, quería regalarle piezas de mi colección! Pedí fotocopias del testamento y partí a casa a buscar mis monedas, para luego volver a Campos de Ahumada.

Ya era tarde. Campos de Ahumada estaba aún caluroso y el atardecer era perfecto. El silencio hacía escuchar el ruido de los arroyos y mi respiración agitada de tanto correr, después de haber hecho dedo en la carretera. Subí las montañas como lo había hecho antes y me empecé a acercar a la casa. Sentía el sonido de las cabras y veía el valle, a través de los campos, teñido del color oro del sol que se esconde. De pronto, detrás de un rosal blanco, apareció el niño de mi edad, el de las monedas. Estaba entrando las cabras a un corral justo al lado de la casa. “¡Hola, mira lo que te traje! ¡Monedas para tu colección!”, lo saludé. Le pasé algunas que separé de mi álbum. Él estaba muy agradecido y me hizo pasar. Ahí estaba su mamá. Les mostré el testamento y hablamos del asunto, mientras me servían alfajores rellenos con manjar de leche de cabra.

—Yo soy Cristián Arrué Villarroel, hijo de Gustavo, el que mencionan en el testamento —me esclareció.

—Espera, ¿somos parientes? —pregunté.

—Así es. ¿Ves el cuadro que está ahí? —me preguntó, mientras me señalaba una pared con la foto de un hombre y una mujer a blanco y negro.

—Ellos son nuestros bisabuelos Andrés Bolbarán y Petronila Rondón. Esta era una de sus casas acá, en Campos de Ahumada —me contó.

Hablamos de la familia y me impresionaba todo aquello de lo que mi padre no solo me alejó durante mi niñez, sino de todo lo que me hizo sentir rechazo.

Nos pusimos de pie. Pronto pasaría la última micro a Los Andes y debía irme. Me puse a contemplar la foto de mis bisabuelos antes de irme con Cristián a mi lado. Frente al retrato, tomé mi álbum de monedas y saqué una en especial.

—Cristián —le dije a mi primo (no saben cuánto me emociona llamarlo así ahora que lo sé: primo)— esta moneda de un peso es de 1858. Es la más valiosa que tengo y quiero regalártela.

Cuando se la pasé en la palma de su mano, sentí con las puntas de mis dedos su piel marcada por el trabajo con las cabras en el campo. En ese instante, nos abrazamos. El corazón que sentía latir fuera de mí, en ese abrazo, bombeaba la misma sangre. Y en ese mismo momento, sané todos mis malestares sembrados por mis padres. Fue cuando dejé de odiar el campo.

31 años
Chillán

Segundo lugar regional

—¡Oye Miguel! ¿A qué hora pasa la micro?

—No tengo idea, lo único que sé, es que falta poco para las ocho, porque el gallo de la vecina, cantó tres veces.

A lo lejos aparece en medio de una polvareda, en gloria y majestad, el único medio de transporte al interior de Roa.

Era “La Biónica”.

Nadie sabe cómo llegó este bus al lugar. Pero sí todos conocen a su joven auxiliar, apodado el Mono por sus habilidades circenses de encaramarse arriba del techo del vehículo para acomodar las maletas. Y también conocen a su chofer, el dueño de “La Biónica”, de aspecto pequeño y macizo, de origen mapuche, con pocas palabras, pero con un gran corazón.

—Hola señora María, nos demoramos un poquito, porque estábamos acomodando los chanchitos en el pasillo —dijo sonriendo el chofer.

—¿Le subo algo arriba? —preguntó el auxiliar.

—Gracias Monito. Me puede subir esta caja de gallinas arriba.

—Pero señora María, con el viaje se van a caer.

—No se preocupe, las tengo bien enseñadas. Si se caen, ellas me van a avisar.

—Bueno, lo hago bajo su responsabilidad.

Así prosiguió el viaje; al llegar a Poñen tuvieron que esperar a que unos bueyes se movieran del camino. Menos mal que la bocina estaba buena porque, a punta de trompetazos, se fue despejando la ruta.

El microbus iba repleto. Estaba la señora Margarita y sus canastas, la abuelita Rosa y sus hierbas, algunos estudiantes, pero lo que más había eran animales, en realidad parecía una verdadera granja.

Al fondo, una señora bajita iba sentada al lado de su pequeña cabrita. En este sentido, “La Biónica” era democrática. Todos eran aceptados, eso era lo mejor.

Al bajar al sector Puente Siete, la cosa ya estaba al tope. Desde aquí, el auxiliar se tuvo que ir en la pisadera, ya que su asiento se lo cedió a don Mañungo, un abuelito del sector.

—Ya chiquillos y chiquillas, ahora nos vamos con la máxima potencia a Concepción, así que apretarse el cinturón.

Al ritmo de las clásicas rancheras nuestra máquina tomaba la carretera y se iba a todo lo que podía que, en realidad, no era mucho.

Las gallinas cacareaban de lo lindo en el techo y los chanchos del pasillo no entendían mucho. A mitad del camino, se escucha un ruido extraño en la parrilla, como que algo se había caído; eran las gallinas de la señora María.

El Mono rápidamente bajó a ver lo que quedó de ellas pero, ¡oh sorpresa!, no había ninguna por ningún lado.

Triste, el Mono vuelve a “La Biónica” para darle la penosa noticia a la señora María, pero al subir ve a todas las gallinitas, sentadas en los pies de su dueña.

—Pero... ¡si se cayó la caja! ¿Cómo volvieron tan rápido? —gritó histérico el auxiliar.

—Es que como le dije Monito, las tengo bien educaditas a mis niñitas. Cuando les pasa algo son capaces de volar, como ahora.

—¡Pero las gallinas no vuelan!

—Una cosa es lo que todos dicen, pero las mías sí, lo hacen.

En el bus se produjo un gran silencio cuando se escucharon las habilidades de las gallinas voladoras y hasta los gansos, que son los más escandalosos, se quedaron calladitos.

Al llegar a destino, todos bajaron dando las gracias y pagando el pasaje. Los últimos en hacerlo fueron la señora María, don Miguel y sus gallinas.

—¡Que le vaya bien señora! —le dijo el chofer.

—¡Que venda todas las gallinas! —agregó el auxiliar.

—¿Cómo que las venda? Si las llevo a pasear nomás, así que nos vemos a la vuelta.

—Ah, ya, disculpe... nos vemos, entonces. Acuérdense que a las cuatro de la tarde regresamos.

Durante años este antiguo medio de transporte recorrió los campos de Florida. Hasta que llegó la modernización y la hizo a un lado. Todavía la señora María recuerda y espera en el paradero que pase una vez más. De las gallinas, se supo que un día se escaparon y no volvieron más... quizás se fueron con “La Biónica” a otro lugar.

44 años
Florida

Tercer lugar regional

EL PUENTE

Pablo Tucapel Ayenao Lagos

El anciano mapuche salió temprano de su *ruka* con destino al pueblo. Su misión consistía en comprar todos los enseres requeridos para soportar la temporada de lluvias que se avecinaba. Y partió con las primeras luces del sol, como siempre lo hacía al despuntar el otoño. La caminata era extensa, fatigosa, pero al hombre le gustaba escuchar el canto de los pájaros y observar el paisaje. En su bolsillo atesoraba el dinero de la cosecha. Unos cuantos billetes arrugados con los que recorrería infinidad de negocios buscando comida y utensilios para capear el riguroso invierno.

La mañana transcurrió sombría, a pesar de que el sol brillaba con una extraña intensidad. El anciano transpiraba copiosamente, como consecuencia del calor, y sus manos exhibían un leve temblor.

Al llegar al pueblo, el cansancio se disipó y el hombre suspiró profundo. Aún tenía un largo día por delante. Debía visitar las tiendas apropiadas, que se ajustaran a su escaso presupuesto.

Los enseres los fue adquiriendo según la rutina acostumbrada. Desde hacía más de tres décadas, que cada transacción se regía bajo un estricto orden de importancia. No le gustaba perder esas costumbres.

A mediodía, ya había realizado las compras más importantes. Así que decidió descansar un rato. Se sentó en un banco de la plaza a reposar, mientras comía una tortilla que le compró a otro anciano, casi idéntico a él. Durmió unos minutos sintiendo el rumor de las carretas. Pero su sueño fue intranquilo, molesto. Despertó sobresaltado con el ruido de una bocina y entonces prosiguió con su tradicional itinerario.

Cuando el sol amenazaba ocultarse, finalizó las compras y ordenó en su costal todo lo que adquirió ese día: comida, útiles de aseo, frazadas y ropa. El dinero le había rendido más que el año anterior.

Acarreando un saco sobre la espalda, ahora el anciano mapuche caminaba de regreso a su comunidad siguiendo la línea del tren.

El hombre extrajo una linterna de su bolsillo. Su vista no era la misma de tiempos pasados. Por eso, decidió ir descansando cada tanto ayudándose de la luz.

Llegó al puente ferroviario.

Desde allí solo restaba la mitad del trayecto. Con la mano derecha cogió firme la linterna y alumbró sus pies. Debía caminar con cuidado, saltando con precaución entre durmiente y durmiente. Al fondo, se apreciaba el agua correntosa y los afilados peñascos brillaban con la luz de la linterna. Le pareció que el saco estaba muy pesado. «Quizás fue un error comprar tantas cosas», pensó.

Justo cuando su pierna izquierda descansaba sobre un durmiente y su mano derecha se apoyaba en la baranda, escuchó un silbido metálico.

Se acercaba el tren. Unas luces parpadeaban aproximándose.

El anciano guardó la linterna en su bolsillo, aprisionó firme el saco y lo depositó entre sus piernas, sin soltarlo. Luego, apoyó su vientre contra el pilar y dobló su espalda. La máquina se acercaba palpitante. El hombre aguantaba la respiración mientras sentía que un ejército de caballos ascendía por su espalda. Las orejas le zumbaban. Su escaso cabello se removía con la tromba que producía la máquina. Cerró los ojos, pero aun así pudo observar el reflejo de la luna sobre el agua. Se mordía el labio superior. Una gota de sangre bajaba desde su boca y caía sobre la manta. Escuchaba el rechinar de sus dientes resquebrajándose. Los vagones se repetían idénticos. Uno tras otro. Uno tras otro.

El anciano no sabe cuántos minutos transcurrieron. Soportaba a duras penas el rugido de la máquina y después su cuerpo fue arrastrado por el impenetrable silencio.

Poco a poco, su cabeza abandona el letargo. Observa el cielo y mueve las piernas. Siente la boca reseca y los ojos hinchados. Las manos le sangran, pero sonrío porque sabe que no soltó el saco.

Ahora camina rápido, descuidado. El miedo desapareció. Quizás a su edad la gente prefigura cosas.

Quizás.

El anciano mapuche conoce el camino de memoria y siempre fue cómplice de la oscuridad. No necesita la luz. Disfruta el viento en su cara. Disfruta el olor del follaje.

Aún no necesita el tren.

35 años
Temuco

Primer lugar regional

EL CONSTRUCTOR DE AZUDAS

Florentino Hernán Morales Cuevas

Nunca, después de la muerte de Claudio Romero, se sacó el letrero que decía HERRERÍA y, un poco más abajo, SE CONFECCIONAN AZUDAS. Cuando alguna persona llegaba al frontis de la vivienda preguntando ¿aquí es donde se construyen azudas?, invariablemente se contestaba “ya no, murió el maestro que las hacía”. Pasado el momento de estupor en que el visitante no sabía si dar el pésame, surgía, casi a manera de excusa, otra pregunta: “¿Sabe si hay por aquí alguien que las construya?”. Y la respuesta invariable era: “No hay nadie”. Y el visitante quedaba perplejo.

Hacía un mes que el herrero de la aldea había fallecido. La casa y el patio anterior parecían estar vacíos. Su portón cerrado ya no esperaba la llegada de ocasionales clientes en busca alguien que le confeccionara un implemento. Al lado de él, se apilaba un montón de pedazos de herraduras, fierros abandonados, trozos fundidos que no eran otra cosa que restos sin valor que, como chatarra, fueron aumentando con el tiempo. Cercano, en un lugar despejado, el esqueleto de la rueda de una azuda se levantaba esperando paciente que manos entendidas le dieran la forma definitiva, para extraer agua de en algún río o estero, levantándola unos metros para dar con el nivel de la tierra que, con su seno cubierto de plantas, esperaba sedienta.

Doña Juana, la viuda, esa mañana salió de su casa y se dirigió al taller que su marido había construido en un rincón del patio. Al abrir la amplia puerta, el letrero que colgaba sobre ella osciló amenazando con caerse. La recibió un fuerte olor a aceite. Mirando al interior, lo más cercano estaba claro y lo lejano muy oscuro y observó los enseres que hacía poco tiempo contribuyeron al sustento de ese hogar. Al fondo, inertes, yacían pesadas herramientas y materiales, que muchas veces los fornidos brazos de su marido habían golpeado y labrado para construir y arreglar los más insospechados aparatos que ese tranquilo sector rural necesitaba mantener a punto para trabajar la tierra. Por aquí y por allá, ejes rotos, ruedas de madera con llanta metálica, arados y rastras.

Con la muerte de su esposo, se dio cuenta que había desaparecido el mecánico que se dedicaba a la confección de azudas. A muchos kilómetros a la redonda, no existía ninguna persona que se dedicara a la fabricación de esas máquinas simples, pero tan necesarias en una comarca agrícola con gran sequía. La embargó la emoción al recordar las veces en que vio a Claudio Romero trabajando en ese taller. Se sentó en un taburete de madera y secó sus lágrimas. Sintió su respirar profundo y, también, los suspiros que escapaban de su pecho.

Más calmada, observó sobre un amplio y rústico banco, el desorden de obrero apurado: una mezcla de gruesas herramientas y, bajo ellas, restos de fierros, alambres y hojalata, tirados ahí, sin cuidado. Más allá, una cenicienta fragua mostraba carbones a medio quemar y una vara de madera que activaba un rústico soplador. Colgando de las paredes podían verse toscos pertrechos abandonados. Arrinconados en una esquina, vio ruedas de maderas listas en posición para aplicarle las llantas metálicas calientes hasta el rojo vivo, con el golpe de los pesados martillos, hasta que el aro de metal uniera firmemente todos los materiales y solo restara el pulido, para dar por terminado el trabajo. Todo inconcluso, en una faena interrumpida por la muerte imprevista de su marido. Siguió su silenciosa revisión hasta constatar la cantidad de encargos que había que entregar en plazos ya definidos. Comprendió que debía dar término a esos trabajos, para evitar devolver los dineros anticipados.

Entonces pensó que Adrián, su hijo de apenas dieciséis años, podría continuar la labor de su padre y dar término a esos trabajos. Habían sido muchas tardes, mientras se lo permitía su jornada escolar, las que había ayudado a su padre. Además, era él quien lo secundaba en la colocación de las azudas en los ríos o esteros de la región. A ella, le constaba que su hijo sabía manejar todos esos utensilios de la herrería y había escuchado cuando su marido lleno de orgullo, le había dicho que el niño había construido sin

ayuda, una callana y un harnero; más tarde había construido cerrojos, ruedas, arreglado un arado, soldado alguna herramienta quebrada que los vecinos le habían llevado y herrado algún caballo. Su marido le había dicho que el muchacho, aunque pequeño, realizaba con habilidad esos trabajos pesados y que todos los días demostraba la experiencia que había adquirido de tanto ver trabajar a su padre.

Esa misma tarde le explicó la situación a su hijo Adrián:

—Son trabajos que hay que terminar ¿te encuentras capaz de hacerlos?

—Nunca he hecho esas labores trabajando solo. Siempre tenía la guía del papá. Él siempre me corregía a tiempo y, cuando yo le ayudaba, le pedía las instrucciones a él. Con su muerte, ahora todo es distinto —contestó.

—Quiero que te animes a hacerlo; en caso contrario, tendremos que devolver el dinero adelantado.

La decisión no demoró en llegar. Su madre se alegró. Escuchó atenta a su hijo:

—Yo haré esos trabajos. Me buscaré un buen ayudante que me acompañe.

El joven completó durante esos meses la confección de las azudas encargadas y su instalación. Asimismo arregló arados, carretas y ruedas y colocó innumerables herraduras. Su madre estaba contenta, como también lo estaban sus vecinos por volver a tener un herrero a quien acudir. En un comienzo estaban temerosos de que nadie reemplazara a Claudio Romero y desapareciera de la región el único herrero que era capaz de hacer todos esos trabajos tradicionales. Todos se alegraron cuando Adrián les contó que el próximo año entraría al Liceo Industrial para estudiar Mecánica y que su taller sería el mismo que usaba su padre, porque él se sentía heredero de esa tradición.

82 años
Angol

Segundo lugar regional

CON LA BRAVEZA DEL PUELCHÉ

Irina Sandoval

—¡Abre las piernas Tomasa y puja fuerte! ¡Tanto color, si parir no duele *na*! Ya se le asoma la mollera. Te dije que tenías que tener otro lavatorio, este es muy chico y la guagua se ve grande. Un poco más y... ¡ya salió! ¡Qué bendición la tuya! Es hombre y mira que se ve vivito. Tiene los ojos abiertos y grandes. ¡Será inteligente! —repetía a gritos doña Fresia, la partera del fundo.

Nervioso, y acercándose con las manos sudorosas, Bernabé cargó al bebé, mientras Tomasa se reponía con una sopita de pollo. Se llamará Alberto —exclamó él— igual que el patrón. Desde el otro extremo del fogón, Tomasa asentía con un débil movimiento de cabeza, que se perdía en medio del humo de esa choza. El nacimiento de un varón siempre era bien mirado, ya que eran manos útiles para el trabajo pesado. Alberto llegó al mundo en marzo de 1912, cuando el viento Puelche bajaba de la cordillera para hacer arder con ímpetu las cocinas campesinas. Dicen que el Puelche es bravo... y esa debe ser la característica principal que heredó este hijo de Tomasa y Bernabé. El único hombre y el menor de cuatro hijos.

En el fundo San Manuel, la faena no paraba y era sagrado trabajar de sol a sol. Alberto tenía solo cinco años y en sus inocentes ojos de niño se reflejaba el cansancio de la ardua tarea que le tocaba a diario: arrear los bueyes a pasto fresco, a ocho kilómetros del fundo, llevando consigo solo su cantimplora y un pedazo de pan para pasar el día. A lo lejos divisaba la vida de los ricos, quienes tenían la fortuna de vivir al lado de la pulpería y jugar con pelotas de verdad, no con esas de trapo que le hacía su madre. Los veía trazar líneas que parecían tener sentido, los observaba hojear libros donde suponía se escondían los más grandes tesoros, los veía ir al pueblo para estudiar. Los veía felices. En medio de su sosiego, que lo hacía soñar con otra vida, era interrumpido por una voz firme:

—Oye, hijo de Bernabé, dile a tu papá que se me perdió un animal. Qué este mes va a tener menos chauchas para la pulpería. Que el mes pasado quedó debiendo medio quintal de harina. Y que mañana me traiga a la Sara, que quiero que me venga a escobillar la ropa —y como si fuese un rito sagrado, ese mensaje se repetía mes tras mes y ya no le era trabajo memorizarlo. Solo debía cambiar el nombre de Sara por Rosario, por Carmen o por Audolía, sus hermanas.

Al otro día, su hermana Sara fue su compañera de trayecto. El sol comenzaba a asomarse en medio de los frondosos árboles que cubrían el cerro Córdova. El reflejo de los rayos iluminaban el rostro pálido de esa muchacha de solo trece años. Una blusa blanca, una falda tejida que dejaba entrever la enagua percutida y una trenza perfecta adornada con un pedazo de pita eran los atuendos elegidos para ir a trabajar a la casa de los patrones. El camino se hizo corto en medio de juegos y conversas. Soñaban con ver al puma en medio del bosque y el temor los hacía correr, tan veloces, tan felices, tan unidos, que olvidaban su precaria vida.

—El que se desocupe primero espera al otro. El día va a estar lindo para que nos vayamos a meter al río —exclamó Sara y se perdió en medio de la enorme casa patronal.

Por momentos, se la veía escobillar con fuerza montañas de ropa, hasta que de pronto desapareció y no volvió hasta que el sol se escondía. Venía despeinada, con los botones de su blusa arrancados, las rodillas sucias y su cara colorada de tanto llorar. No pasaron por el río y en todo el camino Sara no pronunció ni una sola palabra. Desde ese día, su hermana nunca más fue la misma y ese niño, que vivía en su interior, se gestó en el mayor silencio.

Nueve meses más tarde nació Manuel y Sara corrió la misma suerte de sus otras dos hermanas. Tuvo que abandonar el campo, porque el patrón había dicho que el fundo no estaba para criar huachos. Alberto la acompañó hasta el pueblo y se aseguró de que su tía Lastenia se hiciera cargo de ella.

En su retorno, se encontró con carteles y con símbolos por todas partes. A sus cortos seis años, su ansias de aprender no tenían límites, aun cuando sabía que los peones no tenían derecho a educarse. Con un pedazo de carbón replicó las figuras hasta llegar al campo. Allí, preguntando, supo que se trataba de la letra A y la O. Con el tiempo, se ofreció para hacer los mandados de los patrones al pueblo y cualquier letra que veía en los afiches de los negocios, las replicaba en la tierra húmeda, en un trocito de madera o en la corteza de un árbol. Y así, letra por letra aprendió a leer y número por número aprendió a sacar las cuentas. Y lo hizo solo, como si el coraje y la inteligencia tuvieran su origen en las más amargas experiencias vividas. Tesón le llaman algunos, coraje otros. Yo le llamo braveza. Era inteligente y eso fue lo único en que acertó la partera.

Con el tiempo, y escondido de sus padres y patrones, hizo un curso por correspondencia, y tenía que ir a dejar las cartas al pueblo y caminar kilómetros para sacar del buzón las enseñanzas de matemáticas y ciencias que le enviaban. Su curso duró solo tres meses, pero tanta era su necesidad de saber, que aprendió más que cualquiera con años de estudio. Ese aprendizaje lo llevó a combatir las injusticias en el fundo en el que trabajaba, dándose cuenta de que los pagos no eran los que decían los patrones, que los descuentos en la pulpería por los números de los kilos no correspondían, que si al patrón se le moría un animal, no tenían que pagarlo los trabajadores... y así empezó a empoderar a los obreros en la década de los '20.

Fue entonces cuando el patrón hablo con Bernabé para advertirle en tono despótico:

—Tu hijo se tiene que ir del fundo y a ustedes, con ese crío, no lo van a recibir en ninguna parte. Desde cuándo se ha visto que un peón sabe más que el hijo del patrón, que saca las cuentas.

Y Alberto, sabiamente, con apenas 14 años, emigró de ese lugar, no sin antes escribir en varias hojas, las injusticias y vejámenes sufridos en el fundo de parte de los patrones. Recopiló una a una las historias de los demás peones y se marchó, con el sol de frente y el viento Puelche calentando sus mejillas. Albergaba en su corazón la certeza de que así, como el Puelche ingresa en las casas de la gente y alborota lo que encuentra a su paso, él también podría generar cambios educando a las personas en sus casas, enseñando a leer y a escribir alborotando las mentes y las ganas de aprender.

Emigró a otro fundo y, desde allí, trabajó incansablemente por una mejor vida para los peones. Se reunió junto a otros, a los que les enseñó a leer y, a través de una carta, le pidieron al patrón que querían poner fin a las fichas y que ahora querían su pago en escudos. El patrón, poco *escueleado*, le pidió a Alberto que leyera la carta y este no tardó en anunciar que la carta venía de la Gobernación y que por eso de la cuestión social chilena, ahora los trabajadores debían laborar solo diez horas, se les debía pagar en escudos y asegurarles un quintal de harina. No se dijo más... Las condiciones cambiaron de inmediato, porque la "Gobernación" así lo pedía. Se corrió la voz a los fundos aledaños y, como si fuera ley, todos comenzaron a entregar mejoras a sus peones. El viento Puelche sopló y Alberto soñó en grande. Se adelantó a los hechos sociales del Chile de los años '20. Siguió soñando y veía a sus hijos terminar la secundaria. Y fue más allá. Soñó con ver a sus nietos llegar a la universidad, ese lugar inalcanzable al que solo llegaban los ricos. Y así dicen, que los sueños de las personas buenas, se cumplen.

OCURRIÓ EN PRIMAVERA

Felipe Orlando Álvarez Pino

El frío constante fue interrumpido por una oleada de cálidos días. La sensación en el internado también había mutado por ese entonces. Yo tenía diez años y, a pesar de ello, recuerdo cómo el ambiente tenso se apoderaba del lugar. Nuestra profesora María Arriagada nos había mencionado que por la radio se escuchaban noticias poco alentadoras. Rememoro ese día muy claramente, pues hasta hoy, a mis cincuenta y cinco años, mi corazón late con la misma impresión con la que se truncó mi inocencia.

El colegio se llamaba Gabriela Petesmen y, para llegar a él, mis hermanos y yo viajábamos desde Lonquimay a Chilpaco cada semana y dormíamos en el segundo piso, pues también funcionaba como internado. El terreno donde se construyó fue donado por familias del lugar, a petición e insistencia de mi profesora, quien, al llegar a esas localidades campestres desprovistas de centros educacionales, se dedicó a levantar un recinto desde sus cimientos, para recibir a niños de distintas edades.

Cada semana nos recibía con una cercanía maternal. La recuerdo estricta y comprometida en los estudios y alegre en horas de recreo. Prácticamente dedicó su juventud a los niños de la zona, pues vivía y se desvivía por ellos, guerreando por brindarnos las oportunidades que otorgan el conocimiento, la tenacidad y el esfuerzo. Muchos de nosotros, sino todos, proveníamos de familias netamente dedicadas al trabajo de la tierra y éramos la primera generación en aprender a leer y escribir.

Lo que se anunciaba por la radio tenía relación con un operativo, en el que se buscaban y llevaban detenidas a personas contrarias al gobierno de la época. Por ese entonces, yo solo entendía esa idea general, pero fue suficiente para angustiarme, pues nuestra profesora, anteponiéndose a lo que pudiese ocurrir, nos pedía calma y tranquilidad. Tiempo después, comprendí que ella pertenecía al Partido Comunista y fue por ello que se temía lo peor.

El calor se sentía particularmente sofocante. Nos encontrábamos en un salón en que niños de distintos cursos estudiábamos juntos. Por las ventanas divisamos helicópteros acercándose. Yo nunca los había visto. El sonido de sus hélices se tornó ensordecedor y, tras aterrizar en las cercanías, unos uniformados se aproximaron al colegio. Ingresaron y el ambiente se volvió tenso de inmediato. Nos llevaron a la pampita de junto, ordenados, cada niño al lado del otro. El viento de septiembre comenzó a soplar más impetuoso y frío...

Pese a no entender aún lo que ocurría, mi angustia me embargó profundamente, pues los niños más grandes gimoteaban o lloraban, mirando cómo los uniformados hablaban y discutían con la maestra. En un momento, y pese a que ella se resistía, los militares la tomaron y arrastraron de los brazos a uno de los dos helicópteros. Las quejas de mi profesora se tornaron en gritos y exclamaciones de dolor cuando a patadas lograron subirla. Para ese entonces, mi llanto era desconsolado. La impotencia de unos niños pequeños, que veían cómo se llevaban a un ser querido, como un animal, sin poder hacer nada, marcó mi vida para siempre.

Los helicópteros se alejaron provocando fuertes vientos, que levantaron el polvo de la cancha, y nos dejaron enterrados mientras se llevaban a nuestra profesora, a quien no volveríamos a ver nunca más. Me quedé estática. Unas líneas se dibujaban en mis mejillas sucias a medida que las lágrimas se deslizaban. El olor del aire se impregnó con el de la tierra y ese aire y ese viento de septiembre, no logró secar mi llanto.

Hoy por hoy, el colegio sigue en su sitio, cerca del río Bío Bío. Abandonado, las hierbas han recuperado de a poco su territorio alrededor. Quisiera que al verlo me recordara los bellos momentos de mi niñez, pero tan solo consigue traer a mi memoria aquellos instantes de pesadumbre: la desaparición de una mujer de unos cuarenta años, que se esfumó en los vientos de la primera semana de primavera.

28 años
Valdivia

Primer lugar regional

AQUEL VIEJO ROBLE

Armiris Vernón Trujillo Álvarez

Los árboles comienzan a mostrar sus incipientes brotes, para más tarde hacernos regocijar con sus hojas multicolores y sus distintas y hermosas formas, cuál de todas más bellas, en la primavera que despierta en sus inicios.

Un solitario y frondoso roble, en medio de la pampa, es el lugar de encuentro de Tomás Francisco y Fernanda, y su sombra y frescura mantienen el equilibrio entre sus cuerpos místicos y pasionales.

Son praderas que, en su temporada, son sembradas con arándanos, mientras sus entornos muestran preciosos bosques de coigües, ulmos y robles en las cercanías de la ciudad de Valdivia, sector de Punucapa (tierra fértil).

Cada instante, cada hora pasada, allí, bajo su protección, les relaja, les inspira, les hace proyectar sus calcados sueños.

Para ellos es agradable recorrer, día a día el mismo sendero que queda como huella entre pastizales y margaritas silvestres hasta llegar al mágico roble, pues eso es lo que sienten al recostarse sobre su añoso tronco; magia, ilusión, quietud, esperanza.

Un día, mientras las margaritas se mecían y los árboles mostraban también sus primeras y coloridas flores, Fernanda, su adorada y tierna Fernanda, no llegó a aquel nuevo encuentro. La inquietud de Tomás Francisco pasó a ser luego un nudo de interrogantes y el fiel roble, mudo testigo de sus conversadas inquietudes, parecía interpretar sus turbados pensamientos.

De vuelta a casa, hoyando con sus pies el mismo camino, y tratando de controlar sus negativas elucubraciones, saltó un estero, paso obligado hacia el imponente árbol, para, ante su asombro, caer en cuclillas justo al lado de ella que, arrodillada entre el alto pastizal, sostenía entre sus manos un pequeño bulto que Tomás Francisco no alcanzaba a distinguir; mas, entre la felicidad de ver nuevamente a Fernanda y el tratar de ayudarla en lo que abrazaba con delicada ternura, fue un solo pensamiento y acción.

—Cuando iba camino al diario encuentro contigo divisé entre la vegetación tres perritos recién nacidos, pues sus ojitos cerrados así lo demuestran, y que alguien los había abandonados en este lugar. Se ven indefensos, desamparados, a la suerte de quien los hubiera visto, mas, tuve que ser yo la afortunada —comentó Fernanda—. Este tesoro hallado fue el motivo de mi demora y seguramente de tu preocupación por mí, cariño. Los criaremos en la cavidad que presenta aquel viejo roble, le pondremos una firme malla protectora y así estarán seguros, abrigados y los comenzaremos a alimentar diariamente. Aquél, se llamará Socorro; es el machito que logró que sus tímidos aullidos me llevaran a su encuentro...

—...y las delicadas hembritas se llamarán Esperanza y Paz —replicó Tomás Francisco, con una alegría que demostraba su rostro de doble felicidad.

Así fue la historia que cambió la vida de aquellos animalitos, que fueron creciendo bajo el alero de ese árbol mágico y entre el amor de Fernanda y Tomás Francisco, que aumentaba día a día, seguro y firme, como aquel viejo roble.

66 años
Valdivia

Segundo lugar regional

EL MUDO HUECHANTE

Jenifer Kattia Novoa Álvarez

Cuento basado en una leyenda popular de la costa de Valdivia.

Cuando tenía ocho años, no me cuestionaba mucho las cosas. No me cuestioné cuando mi papá me llevó a sacar choros de la costa por primera vez, tampoco cuando mis amigos jugaban a las bochas y menos me cuestioné que el mudo Huechante, famoso por dormir en los árboles y no decir palabra, me acompañara en mis rutinas de juegos diarios. Tenía aproximadamente cuatro años más que yo, por ese entonces, y siempre estaba solo. Un día, lo traje a casa por un plato de comida. Mi madre enloqueció. ¿Cómo podía ser posible? ¿El mudo Huechante en nuestra casa? Debía ser porque el mudo no se bañaba, no iba al colegio o no tenía casa. No tenía familia. Era difícil para un niño sobrevivir así, pero él lo había conseguido. Comiendo murtas y digüenes⁴⁸ en verano y, en invierno, robándole la comida a algunos animales.

—¿Por qué no tienes casa, recuerdo que una vez le pregunté.

Él, naturalmente, no me respondió, pero en sus ojos vi la tristeza de una tarde de invierno.

Un día, especialmente nublado, sacando choros en una costa escondida en Corral, mi padre dijo en voz alta:

—Debemos entrar pronto al río, Mario; no nos pasará lo mismo que a la familia de Huechante.

Una mañana, cuando la mar no era favorable, la familia Huechante salió como todos los días a pescar, sin respetar el gris oscurecido de las nubes y la rapidez del viento costero. Llevaron al niño consigo, era pequeño, recién hablaba. ¿Quién los culpaba? A veces no hay dinero para parar la olla.

Las olas se volvieron cada vez más grandes, una y otra, compulsivamente. Sin la compasión característica de la naturaleza por las crías, el mar se puso bravo. No les dio tiempo para entrar al río. A la mañana siguiente, solo el niño apareció en la costa. Solo. Sin hablar de lo que ocurrió, a pesar de las preguntas de todos, para saber dónde ocurrió la desgracia y poder salvar a alguien más.

La familia fue apareciendo poco a poco, mientras los días pasaban en las costas recónditas de la zona cubiertas por la tupida vegetación.

El pequeño creció hasta volverse un hombre. Nunca habló. Quizás debí seguir intentando ser su amigo, luego de la negativa de mi mamá. Solo podía verlo con culpa cuando me topaba con él, mientras caminaba en los bosques.

Sin hablar, sin emitir ningún sonido, nuestro querido mudo pasó al otro mundo al cruzar la carretera costera, un carro le quitó lo único que no le había quitado el mar.

Ahora que sé que ya no lo volveré a encontrar calladito tras de mí, mientras hago mis labores, me sigue persiguiendo su sombra y, cuando corto leña en las mañanas de neblina, suelo verlo durmiendo sobre algún arrayán blanco.

Su compañía presente... siempre.

28 años
Valdivia

Tercer lugar regional

⁴⁸ Digüene: hongo comestible que crece en la corteza de árboles como el roble (nota del editor).

LA LANA ROJA

Marcela Tamara Quiroz Opazo

La vio por primera vez, en las afueras de Coyhaique. No pudo despegarle los ojos de encima. La siguió hasta convencer a su dueño de que se la vendiera, y eso que fue esquivo. Hasta Mañihuales lo llevó en el camión, para ver si aflojaba en su negativa. Es que era tan *relinda*. Después de tres días de insistencia, logró doblegar la voluntad del viejo tozudo y enfiló rumbo a Palena con los bolsillos vacíos y su potranquita a cuestas.

En el camino pensó en muchos nombres para ella: Bonita, Esperanza, Almendra. Los repetía en voz alta por las curvas del Queulat *pa'* ir escuchando cómo sonaban, pero ninguno lo convencía, ninguno le hacía justicia. Tan bonita que la hallaba.

En valle California la amansó. Primero, en el corral redondo, con la nieve amortiguando sus trancos y los corcovos, que bien seguido se pegaba. La doma, la terminó en el monte y el carácter se lo forjó de a poco, cruzando ríos, arreando ovejas y vacas, buscando a los chivos arriba del cerro, en tranqueadas bien puestas hasta la frontera, en paseos al atardecer por las pampas.

Pero la vida, con sus vueltas, lo arrastró de regreso. Agarró sus pilchas y con la potranquita a la cola, rumbeó por la ruta bimodal y se arranchó en llanada Grande. Lo primero que hizo fue buscar un potrero digno de ella. Encontró uno bueno, con el pasto bien verdecito y unas pesebreras encachadas. La potranquita se convirtió en potranca y, cada día que pasaba, se ponía más linda, por lo que ahora sí que comenzaron a ser menos los nombres que le calzaban.

Cuando ya fue hora, le puso el potro del vecino, un alazán corralero de buen porte y estampa. La primavera y la preñez terminaron de arreglarla y hasta a los gringos se las pasaba *pa'* salir de cabalgata.

A los once meses parió una potranquita preciosa, tan hermosa que el corazón casi le estalló. Como ya sabía que los nombres con el tiempo menos se le daban, de inmediato la llamó Katrina, igual que esa ranchera que tanto sonaba en las radios. Qué orgullo su yegua, ahora con una cría en andas.

Pasó el tiempo y *pa'* que recordara su brío después de parir, la llevó al valle Ventisquero, al que tenía que ir por unas vacas. Anduvo tan *rebien*, con tan buen tranco y agallada, que fue inevitable que se la ojearan. “¿Cuánto vale la yegua, amigazo?”. “¿De dónde sacó esa sangre?”. “¡Qué trancazo que se gasta!”. “¡Qué bien formada!”, le decían a donde fuera. Él prendía un cigarro, sonreía a medias y la taloneaba para alejarse de tantos ojos fuertes y miradas que solo llamaban a la desgracia.

A la vuelta, consiguió que alguien le regalara (si no es regalada no sirve) un pedacito de lana roja que harto decían que ayudaba, como amuleto para prevenir el mal de ojo. Pero pasó nomás, tan rápido y sin darle tiempo siquiera de trenzar la lana, que era lo que su yegua necesitaba. La desventura se pronunció, ya en la primera ensillada; el lazo que se enredó en el pegual, mientras laceaba a esa vaca mañera, que los acorraló entre el cerco y el zanjón, ocasión en que sintió el vértigo en su espalda. Él logró zafarse de los estribos y lanzarse a pique para evitar el costalazo, al mismo tiempo, que su yegua pisaba mal y caía directo al socavón. Vio el momento exacto en que se volcó contra esa piedra puntuda y como después convulsionaba. Fue un golpe seco, preciso. Veía todo rojo, mientras el vecino se le acercaba y le decía: “¿*Tá'* bien, *iñor?*, por poco se mata”. Pero a él, solo le importaba ella.

Nunca volvió a ser la misma. Durante los días siguientes hasta tuvo que volver a enseñarle a caminar, ni a comer se animaba. El dictamen del veterinario fue lapidario: luxación de la primera vértebra y daño neurológico severo. Irreversible. Era poco probable que pasara el invierno, incluso con la lanita roja ahora trenzada y amarrada firmemente en la pata, por si en algo ayudaba.

Él nunca perdió las esperanzas. Pasaba tardes enteras trabajándola, aunque la yegua no avanzaba. A veces lo miraba con esos ojos almendraditos que se gastaba, como diciéndole que ya nomás, que el cuello no se le recuperaba. Descuidó la pega en el campo y se ganó sus buenos retos por estar con la cabeza en otro lado. Ni a la Katrina miraba.

Con el cogote roto y la voluntad en ascuas, la yegua perdía cada vez más rápido las pocas fuerzas que le quedaban. Fue cosa de meses. Una mañana se acercó al potrero y la vio ahí, tirada. Chifló y chifló, pero nada. Se acercó a oír como la Katrina relinchaba postrada sobre el pasto. Tan *relinda*, incluso en el ocaso de la vida, respirando sus últimas bocanadas. “Hasta siempre, bonita”, le dijo al oído, mientras la Katrina lo olisqueaba.

Se secó la lágrima que casi se le escapa y silbando una tonada triste se fue caminando al corral en busca de la pala. A la cola, la Katrina siguiéndolo con la lanita roja amarrada bien firme en la pata, *pa'* asegurarse de que esta nueva historia nunca terminará.

37 años
Puerto Varas
Primer lugar regional

LOS POLLITOS DE LA PARTERA

Luis Alfredo Soussi Contreras

Don Alfredo, recién llegado desde la Argentina, donde estaba laborando, fue en la búsqueda de doña Fideliza, una partera que vivía en la parte alta de Taucolón, una de las tantas islas del archipiélago de Chiloé. Su esposa Luisa todo el día había estado con dolores de parto. Eran las 12 de la noche y los síntomas se agudizaban más. Estaba por dar a luz a su tercer hijo o hija.

Esa noche de septiembre tenía un gajo de luna que la adornaba. Un par de queltehues, anunciaron la presencia de don Alfredo, una vez que cruzó por sobre la alambrada que separaba el antejardín de la casa con el primer potrero. Conocía de memoria el camino. Pequeñas ráfagas de viento se sentían de vez en cuando. Pasos rápidos, casi zancadas, para cubrir el trayecto. En algunos tramos corría. No había tiempo que perder. El alumbramiento estaba por llegar.

Una vez en la parte alta, don Alfredo tomó un poco de aire, para reponerse del esfuerzo, pensó un instante y tocó la puerta de la humilde casa de la partera.

—Aloooó, doña Fide —gritó desde el exterior. A esas horas de la noche, la viejita ya estaba durmiendo. Ante la nula respuesta, don Alfredo avanzó sigilosamente hacia la ventana del dormitorio de la partera. Allí golpeó el vidrio con sus dedos, a la vez que reiteraba en voz alta su nombre para que lo escuchara. La insistencia, después de algunos minutos, fue escuchada.

—¿Quién es? —preguntó doña Fideliza.

—Doña Fide, por favor abra la puerta. Necesito que me acompañe. Mi esposa está con contracciones. Va a dar a luz en cualquier momento, por favor ayúdenos.

—Voy ahora —respondió doña Fide, mientras se incorporaba desde su cama al escuchar el llamado.

En un par de minutos, ya estaban camino a casa de la embarazada. Doña Fide era una mujer octogenaria, conocida en el sector por ayudar a bien nacer a muchos niños de la comarca. Vestía siempre con una pintora, una especie de delantal colorido que colocaba sobre otras prendas. Calzaba zapatos plásticos y en la cabeza se ceñía un pañuelo con el que amarraba sus canosos cabellos. Siempre portaba un bolsito de saco harinero donde guardaba celosamente su caja de tabaco y los papelillos para liar sus cigarros. En la muñeca de la mano izquierda se amarraba una lana color rojo “para que no se rindiera la sangre”, según ella.

Con la fuerza de hombre vital y saludable, don Alfredo tomaba en andas a la viejita Fide, para que franqueara los cercos y trancas, y sorteara con rapidez el barro del camino que cada ciertos trechos dificultaba el fluido tránsito por la pampa.

Cuando llegaron a casa, doña Fide rápidamente preparó lo necesario para el alumbramiento: un lavatorio con agua tibia, unos pañitos y unas tijeras para cortar el cordón umbilical. Luego de dar las recomendaciones de rigor al esposo, esperaron con ansias el momento. Don Alfredo se apresuró a rellenar con más parafina la lámpara Petromax, para que no escaseara el combustible a la hora del alumbramiento.

Para aliviar los dolores y acomodar a la criatura que estaba por nacer, la partera comenzó a hacerle *guaigüe*. Masajeaba con ambas manos el vientre de la madre, para que los dolores se atenuaran. “Cuando se rompa la bolsa de agua, la criatura vendrá”, repetía la partera. Efectivamente, cuando eso sucedió, llegó el bebé.

—Es niña —alertó la anciana. Vengan a verla.

—Viene muerta. ¡No! ¡Dios mío! —dijo acongojado don Alfredo.

—No se preocupe. No se preocupe. En estos casos, cuando les falta el resuello, hay que colocarle unos pollitos en la boca al bebé, para que le den aire —respondió la partera con la tranquilidad de quien sabe cómo actuar en estos casos—. Por favor, vaya al corral y tráigame cuatro pollos, rápido, solicitó la partera al padre.

Don Alfredo, quien estaba abrazando a la madre para darle tranquilidad, no muy convencido, se enjugó las lágrimas que habían brotado sigilosamente y se fue a buscar los polluelos al corral.

Ciertamente, la partera tomó el primer pollo que le pasaron y le apretó el vientre. Previamente había introducido el pico del ave en la boca de la bebé. Así, al apretar al polluelo, este exhalaba aire que oxigenaba las vías respiratorias de la recién nacida. Siguió con el segundo y luego, con el tercero. Los pollitos se morían por la exigencia a la que eran sometidos. Pero así salvaban una vida. Luego de unos minutos, la criatura ya movió sus bracitos.

—¡Está viva! —gritó de alegría el padre.

—¡Por favor, ayúdeme un poco más! —reconvino la partera. Introdujo el pico del cuarto pollito y, con el aire de este último, la recién nacida pudo respirar por sí sola.

—¡Gracias a Dios se salvó! —agregó el padre, quien le transmitió esta alegría a la madre, que se reponía del alumbramiento.

—Es una niña muy linda. Será crespita —agregó la partera.

A la mamá la dejaron en su camita para que descansara. A la recién nacida, la fajaron por completo y le colocaron un gorrito, para cubrirle la mollera. Luego, de dar a la madre estrictas recomendaciones, la partera retornó a su domicilio.

Ya eran las tres de la mañana cuando don Alfredo acompañó a la partera hasta su casa, con unas copas en el cuerpo y la alegría de que todo había salido bien. Se despidieron efusivamente. Como de costumbre, doña Fideliza no cobró dinero por sus servicios. En medio de la oscuridad de la noche, ambos se dieron un fuerte abrazo y la partera, con disimulado orgullo, sintió la satisfacción del deber cumplido.

52 años
Ancud

Segundo lugar regional

UN RUIDO EXTRAÑO EN LA NOCHE

Luis Fernando Bustos Castro

Transcurría la tarde en el campo y ambos jóvenes habían retornado de sus labores por el monte. La tarde noche ya se hacía presente en los últimos días de verano, por lo que en pocos minutos comenzaron a encenderse las velas y una lámpara petrolera que podía iluminar parte de la cocina, donde ambos se disponían a comer para recuperar las fuerzas perdidas durante su arduo día de faena. Una vez acomodados en la mesa de cocina, empezaron a servirse una contundente cazuela de cordero, acompañada de buenos trozos de pan y ensaladas. Así ya, una vez satisfecha su ansiedad solo les quedaba reposar tomándose unos mates, para bajar la comida y poder comentar sus anécdotas vividas. Esta sobremesa les permitía reposar y digerir sus alimentos de modo que, más tarde poder irse a la cama y dormir plácidamente, sin malos sueños ni menos acidez estomacal, por lo que este tiempo de reposo siempre era necesario para los mozalbetes.

Solo habían comenzado a preparar los primeros mates, cuando detrás de la puerta de cocina pudieron escuchar los lamentos de uno de sus perritos, de hecho, del menor. Esta familia de campo, se caracterizaba por tener al menos seis perros y de diferentes edades, de ese modo los más viejos, que ya pronto no servirían para acompañar en los arreos de ganado, serían sustituidos por los más jóvenes, que ya iban ganado la experiencia entregada por los canes mayores. Por esa razón, al escuchar los gemidos de ese cachorro, la preocupación no fue menor, pues ese can sería a futuro el que debería llevar la responsabilidad de acompañar los rebaños y cuidar y enseñar a las próximas mascotas las labores del campo.

Tras oír estos gemidos, ambos jóvenes no dudaron en salir de la cocina y llevando su vela en una palmatoria intentaron alumbrar en las cercanías de la cocina, para atender los lamentos del cachorro. La noche era muy oscura, a pesar de la luna llena, pero las nubes cubrían su forma y, de este modo, se dieron cuenta de que no se podían distinguir mayores formas fuera de la cocina. Solo sabían del entorno que los rodeaba, no por la visión, sino por la experiencia y el conocimiento del lugar donde ellos se encontraban. Sin embargo, llamó la atención, que los lamentos del cachorro, provenían de la quinta de frutales y, por la cercanía en la que se sentían los gemidos, se entendía que el perrito necesitado de ayuda se encontraba bastante cerca de los jóvenes. Se encaminaron hacia el portón de acceso a la quinta, que distaba solo unos quince metros del lugar en que se hallaban, pero, cada vez que avanzaban, los gemidos parecían alejarse a una distancia de aproximadamente unos veinte metros, calculaban los jóvenes. Para poder asegurarse y tener una mejor visión del lugar, uno de los jóvenes regresó a la cocina en busca de más fósforos y una linterna de mano, que les serviría de ayuda para observar mejor el sector de campo aledaño.

Una vez que ingresaron a la quinta de frutales, se dieron cuenta que la noche y el entorno estaban cada vez más oscuros y que ya no podían distinguir más que solo las siluetas de los árboles más cercanos. Aunque, en todo momento, seguían escuchando claramente los gemidos del animalito que, al parecer, clamaba por ayuda y lo hacía de tal modo que el cariño hacia esa mascota los mantenía concentrados en la ayuda que había que brindarle. Continuaron avanzando y adentrándose en la espesura de la quinta de frutales. Los gemidos del animal mantenían la misma distancia, no superior a quince metros. De este modo, ellos sabían que les faltaba muy poco para llegar a encontrarse con el can. Mientras avanzaban, el lugar se ponía más oscuro, solo se distinguían las tinieblas de la noche y se escuchaba la caída de manzanas y otras frutas desde las copas de árboles que, en algunos casos era muy cerca, casi como si alguien se las estuviera arrojando. Pero el gemido del animal mantenía la misma distancia y ya, sin darse cuenta, los jóvenes no advirtieron que estaban por llegar al final de la quinta de frutales.

La claridad de los gemidos tenía concentrada la atención de los muchachos, que llegaron donde terminaba la arboleda y comenzaron a pasar hacia una senda continua, donde estaban sembradas las melgas de papas, destinadas al consumo interno de la familia. Este era un sector de aproximadamente doscientos metros cuadrados con los respectivos surcos y matas de papas, que les llegaban hasta la cintura.

Pero las lamentaciones, los seguían encaminando más al sur, en dirección a un gran potrero que estaba antes del río.

Una vez cruzada la senda de papas, los jóvenes pudieron comprender que algo extraño sucedía con estos quejidos, pues los lamentos se mantenían a una misma distancia y, por más que ellos avanzaban, no habían podido encontrar al cachorro y tampoco escuchar otro ruido que les mostrara el avance del animalito en esta oscuridad. La curiosidad, que no es buena compañera en estas circunstancias, les hacía mantener fija la atención en el angustiado gimoteo.

Así lograron avanzar hasta la mitad del potrero, que era un sitio despejado y con amplia panorámica. Como la curiosidad también es camarada del miedo, ambos jóvenes dotados de garrochas, caminaban muy apegados el uno del otro, hacia el lugar de donde provenían los gemidos.

En ese momento, para mayor asombro de los adolescentes, el cielo se despejó de nubes y la claridad de la luna llena pasó a ser compañera de todo este entorno, donde se podía ver completamente el potrero en el que se encontraban, con una visual de quinientos metros a la redonda. Allí estaban solos y el ruido del gemido de un perro, pidiendo auxilio, seguían oyéndose cercano a ellos, sin que se advirtiera nada, ni nadie cercano a ellos. Allí los muchachos pudieron sentir ese escalofrío en la espalda, que les hacía saber que todo este preámbulo había sido solo para alejarlos de la casa patronal y dejarlos solos en medio del campo, en esta noche de luna llena. Ambos se miraron con asombro y juntaron sus espaldas para protegerse. En ese momento, el mayor de los muchachos le indicó al otro que tenían que estar atentos a todo lo que ocurriera a su alrededor.

En ese mismo momento, frente a ellos, apareció un gran perro lanudo, que más que perro parecía un lobo. Los mantuvo a ambos cercados por un círculo, que él mismo dibujaba con un trote suave a su alrededor. El animal, siempre con la cabeza baja, no miraba a los hombres, pero los mantenía atrapados en este círculo. El miedo de los muchachos, los pálpitos acelerados de sus corazones, el frío que recorría a ambos y la piel de gallina que acompañaba sus cuerpos los hacía saber que algo malo y tenebroso estaba por ocurrir. De pronto, el perro alzó la cabeza y miró a los jóvenes con unos ojos brillantes, que parecían desprender fuego, y mostró unos colmillos brillantes que alumbraban como el oro, frente al reflejo de la luna.

La impresión de los muchachos, superó todo encuentro esperado. Sin pensarlo, ambos se echaron a correr, despavoridamente, en dirección a la casa patronal, a campo traviesa, sin mirar hacia atrás, saltando portones y obstáculos y sabiendo que estaban huyendo de algo siniestro. Sus miedos los hacían romper cualquier récord de velocidad establecido hasta ese momento.

Con la casa a la vista, y sin mirar hacia atrás, mantenían su carrera desaforada, hasta que lograron entrar por la cocina. Solo allí, después de unos minutos, pudieron incorporarse y calmarse de su desesperada carrera. Así, luego de unos minutos de reposo, nuevamente pudieron escuchar los gemidos del perro en el exterior de la cocina, que les hacía saber a ambos que algo los esperaba afuera.

Cada cierto tiempo, especialmente en las noches de luna llena, se escuchan estos gemidos por alrededor de la casa patronal; pero la experiencia vivida por los jóvenes, ya tiene puesto en antecedentes a los moradores de la vivienda, que no es aconsejable alejarse de la casa en esas noches.

EL ABUELO DEL RÍO BLANCO

Aelyn Michel Ruiz Muñoz

Hace muchos años llegamos a un lugar idílico, el que contaba con una exuberante naturaleza y una tranquilidad inigualable, y que muy pronto sería nuestro hogar. Con mi viejita hicimos, una a una, las tejuelas que albergarían a nuestros hijos, que no tardaron en llegar, para crecer en aquel campo aislado y casi olvidado del mapa llamado Chaitén.

No me di cuenta, cómo los años fueron llevándose gran parte de mi vida. Solo me di cuenta al perder a mi amada esposa, al morir mi mujer, mi compañera de años, mi amiga y mi amante. Con ella se fue parte de mi corazón y siempre espero que venga por mí y me preparo, cada día, como si fuera el último de mi vida. Sin embargo, no puedo iniciar mi día sin antes ir a ver a mi viejita al cementerio, conversar de lo cotidiano con ella y pedirle su bendición, para mí y para nuestros hijos.

Hoy en día, puedo decir que yo, Miguel Oyarzún, aquel hombre que vivía en la llamada zona cero, en la que se encontraba una pequeña casa azul con blanco, construida con tanto amor y esfuerzo, hoy ya no está porque, en aquel lugar, se encuentra el río Blanco.

Por el año 2008, en el mes de mayo, nuestro imponente volcán Chaitén hizo erupción. Yo era un hombre viejo ya, con 70 años encima, el que al ver que había tantos temblores y la caída de mucha ceniza no quise evacuar, para no dejar mi casa, parte de mi campo y mis animales. Mucha gente, me tachó de loco e imprudente, pero lo que no sabían era que yo, no podía dejar atrás lo que habíamos logrado con tanto esfuerzo, mis recuerdos y todo lo que por años nos dio de comer. La madrugada del 2 de mayo se acercó a mi puerta personal del Ejército, para pedirme que evacuara el lugar, porque mi hogar estaba en una zona de riesgo. Yo luché para que de allí no me sacaran, porque pretendía morir en esa área, sin embargo, el contingente policial me obligó a la fuerza a abandonar mi casa. Más tarde, a las 4 de la mañana, en la cubierta del buque Cirujano Videla, junto a mi perro Choco, nos abrazábamos mirando el horizonte gris, consecuencia del exceso de cenizas que cubrían la zona.

Desde aquella cubierta, podía ver aquel miserable río que se llevaba mi casa en aquel instante. Pasaron muchas cosas por mi cabeza, como una película en mi mente, desde cuando llegamos, inauguramos la casa, nacieron los hijos y tuvimos nuestra primera partida de animales. No pude más y rompí en un llanto profundo. Se me acercó un carabinero para abrigarme, el que me susurró: “No se preocupe abuelo, lo material se recupera”. Entonces lo miré y, entre sollozos, le contesté: “No es la casa lo que me importa, sino lo que significa, los recuerdos las fotos de mi viejita y todo lo que juntos logramos”. Es que no podía dar crédito a que Dios me quitara lo poco que tenía. Desde aquel día pasaron casi tres meses para que pudiera volver a mi tierra.

El día del regreso, desde la cubierta del buque, podía ver el desolador panorama. Quedaban pocas casas en pie. Al bajar de la nave, el panorama era aún peor. Entre los vecinos que íbamos nos consolábamos, mientras caminábamos por donde hubo calles. Lo primero que hice fue ir al cementerio, para ver si mi viejita estaba bien, y grande fue mi sorpresa cuando solo en su tumba había ceniza y las otras habían desaparecido. Luego volví a mi campo a ver si quedaba algo en pie. No tenía casa. Mis animales yacían muertos por las pampas. Los invernaderos no resistieron. Mas, como un milagro, encontré a un ternero huacho, que se mantuvo firme hasta el final. Lo llamé Milagro.

Nunca he podido entender cómo, en pocas horas, la naturaleza se llevó todo lo que por años construimos. Hoy, Chaitén se está volviendo a reconstruir. Yo tengo una mediagüita pequeña y el Estado me aportó con unos animalitos. Pese a todo, no hay día en que no recuerde con tristeza lo sucedido. Cada vez que crece el río Blanco, me acerco a la orilla, para ver si puedo encontrar algo de mi casa que haya arrastrado la corriente. En aquel lugar puedo pasar horas esperando, para que un milagro me devuelva algo de mi viejita.

Hoy, la gente de Chaitén ya no me llama el abuelo Miguel, sino como el abuelo del río Blanco, porque me pierdo por horas y tardes enteras mirando el horizonte, viendo si el río me devuelve algún recuerdo. Solo me queda la esperanza, porque los viejos únicamente atesoramos recuerdos de una vida.

15 años
Aysén

Primer lugar regional

HISTORIA DE UN FUEGO

Pedro Rodríguez Araya

Si bien el leño era grande, se trataba de lenga seca y, puesto así como estaba, ladeado y apoyado en un palo cruzado algo más pequeño, no aplastaría las pocas brasas del fuego recién encendido. Así que Atilio abrió la puerta de la estufa, lo puso en su interior y la cerró rápidamente, para que no se llenara de humo la habitación. Luego de la maniobra, poco a poco, el fuego fue abrazando al leño, trepando como una enredadera por el costado liso, consecuencia del hachazo certero que él mismo le había dado. Atilio escuchó pequeñas e irregulares crepitaciones. Ese invierno sureño y especialmente crudo reclamaba un buen fuego, también lo hacía el viento helado, que bajaba del monte y se colaba por las tablas viejas de la cabaña. Un buen fuego de Atilio serviría, además, para aminorar la falta de muebles, de las tablas del suelo descubiertas de alfombra, de la cortina que ya no estaba y, fundamentalmente, de su propia tristeza al verse solo de un momento a otro.

Ni siquiera yerba mate tenía. La poca que quedaba se fue en la caja de víveres que la Normita fue a buscar hace algunos días, mientras él aún no bajaba del monte. Es triste que lo dejen a uno así, sin motivo, pensó antes de notar que estaba descuidando el fuego. Entonces volvió a abrir la puerta y este pareció avivarse. Como si quisieran escapar, cayeron algunas brasas, pero nada de cuidado. Reubicó los palos más delgados, apoyándolos sobre las brasas vivas. «El verdadero fuego es el que viene de abajo», recordó decir a un viejo la otra noche, en el juego del truco. Lo había leído en un libro, según dijo, pero los viejos del truco son bien mentirosos y hay que creerles la mitad de lo que rezan, terminó convenciéndose, para luego apartar una caja que había sobre la única silla que tenía. Se sentó a esperar a que creciera el fuego.

Atilio, en su vida, ha trabajado en casi todo. Hasta hace poco fue rondín en un matadero de Coyhaique, donde conoció a la Normita. Ella trabajaba con don Rogelio Patrón —así lo llamaban todos—, viendo las cuentas del negocio. Por lo tanto, tenía solo una oportunidad al mes para hablar con ella, cuando iba a pagar los sueldos, una ocasión que solía desperdiciar. Estimó, entonces, sin equivocarse, que la Normita tenía como veinte años menos que él y supuso que sus opciones eran nulas, pero un día ella dijo “cuéntelo”, al entregarle el sueldo. “¿Qué quiere que le cuente?”, respondió Atilio ese día. “Le cuento que me gusta usted a mí y que me gustaría invitarla a tomar algo, un té por ahí, quizás”, agregó. Ella se dio vuelta y se fue sin decir nada. Al mes siguiente aceptó la invitación. Poco después ya vivían juntos. Atilio había levantado su cabaña en un campo, a la salida de Coyhaique. Además, contaba con una silla, un colchón y su hacha. La Normita puso los otros muebles y todo lo que iba siendo necesario.

“Pero ahora la Normita se ha ido”, Atilio se escuchó decir a media voz. Luego, al notar que el fuego ya estaba a medio camino, tomó un leño algo más grande y lo puso sobre toda la ruma de palos. Inmediatamente, asomaron llamas por todos los lados del leño recién puesto. Atilio cerró la estufa y se sentó nuevamente. Satisfecho, decidió mantener el fuelle abierto por un rato más.

Al rato, sacó un pan de su morral y lo puso sobre la estufa, luego miró el fuego para ver si andaba bien, pero se quedó ensimismado. Las llamas eran altas, brotaban desde distintos puntos y se movían de manera tan impredecible como bella. La leña es mi trabajo, pensó Atilio, como volviendo parcialmente en sí, aunque en el fondo sabía que solo se trataba de un pasatiempo que en algo le ayudaba a vivir. Luego que don Rogelio Patrón se mandó a cambiar, de un momento a otro, sin decirle nada a nadie, comenzó a trabajar en el monte junto a su compadre, trozando leña para un viejo que la saca a camionadas y la vende en Coyhaique, cerca del puesto de hortalizas.

Sin dejar de mirar el fuego y, entre tanto darle vuelta al asunto, Atilio piensa que cuando el matadero cerró, todo comenzó a pudrirse con la Normita. Ella no pudo encontrar trabajo nuevamente y una amiga cercana le aconsejó que se fuera a estudiar. La Normita lo conversó con él, quien a buenas y a primeras no le gustó para nada la idea. Finalmente, se resignó ante una decisión, que ella ya había tomado. La Normita se fue por dos años a Puerto Montt a estudiar contabilidad, no sin antes prometerle volver y escribirle.

La Normita cumplió religiosamente, le escribió cada semana. Atilio, que nunca fue un buen estudiante durante los cuatro años en que fue a la escuela, las leía a duras penas. A veces, hasta con ayuda de su compadre. Luego, con el tiempo, mejoró como lector, incluso se dio el gusto de responder algunas, por eso la sorpresa. Cuando hace algunos días la Normita volvió, lo hizo solo para ir a buscar sus cosas a la cabaña. Sobre una silla dejó la caja de zapatos en la que Atilio guardaba las cartas escritas desde Puerto Montt. Luego, sin dar mayores explicaciones se fue. “Discúlpame Atilio”, dijo antes de cerrar la puerta y desaparecer.

En el juego del truco le contaron a su compadre que la Normita había venido acompañada, y que acompañada se había vuelto a Puerto Montt. Pero ya sabemos lo que Atilio piensa de los viejos del truco.

Se hace tarde, Atilio tomó el pan ya caliente y, sin algo para ponerle, lo mascó simplemente y comenzó a comer sin darse el trabajo de saborearlo. Al terminar se sacudió las migas y miró otra vez el fuego. Estaba bueno y la cabaña en algo se entibiaba. Entonces abrió la puerta de la estufa, tomó la caja y lanzó al fuego una por una las cartas de la Normita. Había pensado leerlas por última vez, idea que descartó casi de inmediato. Luego, cerró el fuelle, apagó la luz y se recostó en el colchón, tapado solo con su chaqueta. Se durmió. Despertó con frío a la mañana siguiente, el fuego se había apagado y todo lo demás estaba exactamente igual.

38 años
Coyhaique

Segundo lugar regional

DEL CIELO PARA ABAJO

Sofía Inés Arregui Contreras

Se lo encontró tendido junto al camino, en una zanja abierta al costado izquierdo de la carretera, justo cuando ya creía haberlo dejado atrás. “De haber sido de día, no lo habría visto”, contaría después. Fue la penumbra de la noche lo que le permitió ver el brillo; el destello de unos ojos atentos ardiendo en la oscuridad. Entre la fuerza de aquella mirada y los dedos del destino, él se detuvo en medio del camino y lo apuntó con la linterna.

En un principio lo tomó como muerto. La luz era escasa; el zorro no se movía. Recordaba haber oído la trayectoria de un perdigón deteniéndose de súbito y el chillido de un animal al ser herido. La opción de que el tiro hubiese acabado con él era la más fiable y, sin embargo, no fue capaz de marcharse.

Fue un momento de duda. La escopeta se sentía sudorosa en sus manos.

Sí. Lo más probable es que estuviese muerto, pensó. Pero no convenía confiarse. Tras sus pasos llegaba su padre y su hermano, y él no podía imaginarse el destino que correría el pobre animal en caso de ser encontrado vivo.

Se inclinó, entonces, sobre la tierra abierta. Allí, donde lo percibía, descubrió la silueta de un cuerpo escurridizo, herido, una naricilla negruzca y puntiaguda olfateándolo bajo los ojos abiertos como esferas de luz.

—¿Sigues vivo? —y la voz le salió como una risa asombrada—. ¿Cómo, sigues vivo? —pero el zorro no respondió.

Se limitó a observarlo y, en el ámbar de su mirada, él leyó un terror silencioso. Allí, salpicado de sangre y tierra húmeda, le pareció de pronto muy frágil, y no pudo sino esbozar una amarga sonrisa. Si alguien se lo hubiese preguntado unas horas antes, habría calificado al zorro como un ladrón grácil y pretencioso; el mismo que había conseguido colarse en su gallinero y engullir un par de gallinas antes de ser descubierto. Hizo crujir la escopeta entre sus manos y sintió una culpabilidad asfixiante al ver que el zorro se retorció, en un desesperado intento por levantarse. El dolor lo hizo caer de nuevo sobre el fango, jadeante por el esfuerzo y, aprovechando ese instante de confusión, el hombre lo cogió violentamente por el pelaje del cuello y lo arrastró fuera de la zanja. Los colmillos atacaron, pero no consiguieron rozarlo.

Al tenerlo en el camino, vio por fin el agujero del proyectil. Lo había alcanzado solo superficialmente y, al contrario de lo que había pensado en un inicio, el músculo no había sido afectado. Un par de meses de recuperación y aquel bribón volvería a las andadas. Se agachó sobre él, lo suficiente para no ser alcanzado, y exhaló con fuerza.

En la quietud de la noche, él y el zorro se miraron.

—Se come como se puede —le dijo al fin. Y, antes de esperar una reacción, le echó la chaqueta sobre la mitad delantera del cuerpo.

El zorro se removió como sacudido por un vendaval. Sintió sus garras arañar la tela y temió que no aguantara lo suficiente. Era suave y rápido, pero él era más fuerte y consiguió ponerlo boca abajo. Se le echó encima sintiendo los dientes escondidos buscando su carne.

El trabajo con la navaja fue aún más difícil. Las patas traseras estaban al descubierto y una de las uñas se hundió en su carne en el proceso de inmovilizárselas. Chilló de dolor y pateó con fuerza el bulto del hocico sobre la tela, con el afán de atontarlo. El zorro perdió segundos preciosos en recuperarse y,

entonces, él introdujo la hoja afilada en la zona herida, con la mano firme del hombre de campo. El animal se volvió loco. Entre los chillidos hizo presión; la navaja tocó algo duro y metálico, y la bala emergió al exterior, empapada en sangre.

Se quitó de encima antes de que la chaqueta terminara en jirones. El ser debajo de él se removió, poseído por un último instinto de supervivencia e hizo ademán de acercársele. Él soltó la navaja y se puso en pie de un salto, con su mano buscando automáticamente el tacto frío de la escopeta.

—Ándate, desgraciado. Ándate —y dio un tiro al aire.

Fue el último impulso que el zorro necesitó para emprender la huida, torpe pero veloz. Lo vio perderse en el follaje con un último salto. Dejó caer la escopeta y se limpió las manos ensangrentadas en la camisa con un suspiro. En algún momento la conciencia le golpeaba de nuevo, y entre el palpitar enloquecido de su corazón, le llegó su voz endurecida. “Eres idiota”, se dijo.

—Primero soy hombre —se respondió. Y, en algún momento, notó que los labios se le curvaban en una sonrisa.

16 años
Aysén
Tercer lugar regional

Vamos Niki, levántate, y ven a tomar desayuno, me dijo mi padre. Eran las 8:30 del lunes 9 de febrero. El *porridge*⁴⁹ estaba listo y caliente en la mesa, lo que significaba que había noticias o planes para lo que restaba del día. Me entregó una carta que trajo Homero, el cartero. El mensaje venía desde la capital y el remitente era la universidad. Estábamos cortos de plata y no teníamos para pagar la matrícula, por lo que días atrás mandamos un mensaje, para que nos esperaran unos días más, porque todavía faltaba para que llegara la jubilación de mi viejo, el Quiltro. Los directivos, en la misiva, nos decían muy elegantemente que nuestra solicitud se había rechazado.

Mientras comíamos la avena con leche recordábamos nombres de amigos a los que les podíamos pedir los cien mil pesos que nos faltaban e hicimos una lista con ellos. La mayoría estaba trabajando afuera, en el campo, y no nos podíamos comunicar, por lo pronto. A los otros que quedaban, ya le habíamos pedido la semana pasada y todavía les debíamos, así que preferimos no llamarlos.

— ¿Cómo lo haremos tata? —le pregunté.

—Tendrá que ser a la mala nomás. Yo te prometí que la única herencia que te iba a dejar sería la educación —fue lo que me respondió.

No quise preguntar nuevamente el cómo lo haríamos. Confiaba en sus palabras. Durante el resto de la mañana estuve en el patio aprovechando el tibio sol que salía desde el cordón Baquedano, leyendo el diario y escuchando a mi viejo cantar sus corridos. A ratos veía la pampa y los nervios en la guata volvían a aparecer, tenía muchas ganas de estudiar y de ser el primero de la familia en pasar por la universidad, pero la maldita plata me lo estaba impidiendo.

En la tarde fuimos a visitar a un pescador conocido de nombre José. Hace unos años que ya no trabaja en ese rubro, porque ahora tiene una fortuna y nadie se explica cómo la hizo. Mi padre le pidió que nos prestara su barco, que tenía arrendado a otros pescadores en la caleta de Santa María. El pescador nos dijo que fuéramos cuando quisiéramos nomás y habláramos por parte de él con los pescadores. El Quiltro, le dijo, que probablemente no estarían, porque lo necesitaríamos en la noche.

Luego de cenar guardamos en un bolso un puñal y dos cuchillos, que hace años le robé a unos judíos, cuando trabajé en el frigorífico del pueblo, a los catorce años, en mi primer laburo. También guardamos una linterna, un par de lonas y, sin nada más, partimos despacio en el auto, perdidos en la magia de los caminos de Tierra del Fuego, en busca del barco que el pesador nos prometió. En el camino me enteré de los detalles del plan. Me gustaba y me entusiasmaba realizarlo.

Una vez que sacamos el barco de la caleta, fuimos en dirección al este, bordeando las costas fueguinas, sin luces, sin dejar huellas, en un silencio absoluto donde solo escuchábamos el mar. Íbamos en busca de corderos que estaban durmiendo entre las matas cercanas a la costa, en los campos de veranada.

Atracamos en la playa de la estancia Zenia, puñal y facón en mano, en la inmensidad imperiosa de la oscuridad, como sombras en las sombras. No hablábamos y pampeábamos por las matas trabajando en silencio. Las ovejas cuando duermen, a veces sueñan y balan, como los perros ladran. Esperábamos esa señal, o si no, escuchar su respiración. Apenas sentíamos una, iba la estocada directo al corazón, buscando lo que nunca tuvimos, buscando una promesa de futuro.

⁴⁹ Porridge: alimento escocés popular en Inglaterra y Estados Unidos, que consiste en mezclar avena, leche y fruta. Se consume generalmente como desayuno (nota del editor).

Así seguimos durante un rato, y cuando volvimos al barco cargamos diez corderos. Durante la vuelta mi padre me indicaba cómo navegar la lancha y él cortaba las cabezas de las ovejas con los facones judíos y las tiraba al mar. Antes de llegar al rancho, paramos el barco unos kilómetros antes; allí terminamos de faenar a los animales. Luego de eso, dejamos la embarcación y nos volvimos a casa con el auto repleto de corderos envueltos en lona. Yo iba manejando con mucha cautela, para que no nos viera la policía y nos detuvieran por abigeato.

A la mañana siguiente, vendimos los corderos, cada uno en treinta mil pesos. Sacábamos uno e íbamos a visitar a algún amigo. Todos los compraban de inmediato debido al bajo precio. Lo bueno de todo es que eran discretos y no preguntaban dónde los habíamos conseguido.

A la hora de almuerzo, ya teníamos listo el depósito bancario en la cuenta de la universidad. La matrícula estaba lista y podía cursar mi primer año.

Mientras comíamos en la casa un plato de cazuela, en la radio sonaban los mensajes para el campo. En uno de ellos un estanciero solicitaba a toda la comunidad que le entregaran, por favor, información, en caso de tenerla, sobre el robo de diez corderos, que había acontecido durante la noche, en los límites de su campo ubicado en el kilómetro 70 de la Ruta Internacional San Sebastián, que conecta Porvenir con la ciudad argentina de Río Grande.

Nos miramos y hubo una sonrisa cómplice. Le pregunté a mi padre:

—¿Estaremos haciendo algo malo?

Prendió un cigarrillo, aspiró profundamente, me miró y me dijo:

—No, *mijo*. Nosotros somos bandidos.

21 años
Porvenir
Primer lugar regional

Romo era cazador de onas. Se ganaba la vida con la muerte brutal, recorriendo la isla y disparando su Winchester⁵⁰ sobre hombres, niños y mujeres. En un saquito de cururo coleccionaba orejas y testículos, con los que obtenía buena plata en el boliche, donde Pardo, comerciante sin entrañas, intermediaba entre los cazadores y los ricos que, en defensa de las majadas blancas, habían iniciado aquel oficio inverosímil y aquel negocio infernal. Romo antes fue minero del oro, pero se cansó de hurgar en los arroyos y de trenzarse a tiros con sus rivales de todas las nacionalidades. Luego, cuando Popper llegó, el negocio se hizo mucho más difícil, ya que los lavaderos eran continuamente asaltados por las tropas particulares de aquel rumano loco y despiadado. Entonces Romo se fue a la libertad de la trashumancia por la enorme isla fueguina. Aprendió a mancharse las manos y la conciencia con sangre y, al parecer, la conciencia se le ahogó.

Rojo de madrugadas y de crepúsculos, rojo de sangre inocente, cabalgó como un mensajero del diablo, respirando pólvora, igual que una bestia que, sin embargo, soñaba. Soñaba con volver a su querida Punta Arenas e instalarse con un negocio propio, donde emplumar, enriquecer y envejecer tranquilo. Un burdel, un *quilombo*⁵¹, donde explotar mujeres y que podría iniciar fácilmente con algunas jóvenes indias, a quienes les perdonaría la vida, claro. Sueños nobles como se ve. Romo tenía alma de emprendedor.

Una tarde, se tropezó con una mancha de monte en donde divisó una figura encorvada. Acercándose con cautela, pudo comprobar que se trataba de un indígena, al parecer desnudo y arrodillado, con la cabeza inclinada hacia la tierra polvorienta. Romo, con una sonrisa torcida, preparó el rifle, mientras pensaba que aquella sería una presa demasiado fácil. Un ona que no escucha el viento, no huele el aire, no reacciona al cazador y no huye, es un regalo demasiado bueno para terminar el día. Apuntó sin apuro y cuando su dedo se crispaba duro sobre el metal del gatillo, el indio giró la cabeza hacia donde él estaba y levantó la mano. Fue algo parecido a un saludo o a una petición de alto, tan mansa, tan resignada que, hasta el mismo Romo, con su corazón de chimango dudó un instante. Un instante nomás, luego apretó el gatillo y el nativo se desplomó. Un relincho fino que trizó el viento, sobresaltó al asesino como una carcajada. Luego, avanzó de prisa a cobrar la pieza obtenida con tan poco esfuerzo. El ona yacía con la nuca contra el polvo y las palmas abiertas a los lados del cuerpo, en ellas dibujadas en negro, sendas figuras de guanacos. A un costado de su cara, dentro de un círculo en el polvo, se veía el dibujo de otro guanaco con la cabeza alzada hacia las alturas. Romo volvió a dudar otro instante y luego se inclinó sobre su víctima con el cuchillo verijero y cortó limpiamente las orejas color ébano. La sangre goteó lentamente sobre la figura dibujada en la tierra.

Cuando Romo giró para marcharse, se dio cuenta de que el indígena había dejado su capa de guanaco sobre un tronco cercano y esto fue para él un regocijo. Hacía tiempo que estaba buscando una adecuada, que reemplazara el viejo poncho que, ahora, adelgazado y agujereado, lo protegía solo a medias de los ventarrones. Sin embargo, hasta el momento, las capas que había conseguido las había desechado por estar llenas de agujeros de sus propias balas o invariablemente manchadas de la sangre de sus pobres dueños.

—Pero esta sí —se dijo—, esta debe estar intacta.

Así era y Romo echó su hermoso trofeo al hombro y se dispuso a abandonar aquel lugar. Al pasar cerca del cuerpo del indio que creía muerto, este estiró la mano de improvisado y aferró con fuerza la caña de una de sus botas, mientras balbuceaba frases entrecortadas en su nativo lenguaje selknam. Romo

⁵⁰ Winchester: fúsil con acción de palanca (nota del editor).

⁵¹ Quilombo: prostíbulo en lunfardo, jerga originada en Buenos Aires a fines del siglo XIX (nota del editor).

tironeó con desesperación y trató de deshacerse de aquella garra que lo aferraba. La cabeza ensangrentada del indio sin orejas, era una máscara terrorífica que se alzaba, dejando escapar de su garganta aquellos sonidos guturales, que se repetían y parecían quedar colgados de la brisa. Romo, presa del terror, pateó el cuerpo agonizante y, por último, descargó con el rifle una seguidilla de culatazos brutales sobre el rostro martirizado, hasta convertirlo en una masa sanguinolenta y, por fin, sintió que la garra se aflojaba y lo dejaba ir. Romo, aparte de ser un asesino despiadado, era un perfecto estúpido que, en más de diez años de perseguir nativos por la isla, jamás había aprendido ni siquiera un par de frases en el idioma original del onaisin. Si su mente se hubiese iluminado de golpe por algún tipo de milagro, Romo hubiese sabido que la frase que el indio agonizante repetía era muy simple, pero muy decidora:

—El guanaco dio su piel para vestir al ona...

Pero Romo nunca lo sabría.

La sensación de asco le duró las cinco horas de marcha que tuvo que cubrir hasta llegar al boliche de Pardo, casi al anochecer. No había forma de quitarse las náuseas, ni siquiera con el aguardiente barato, que siempre era el remedio para todos sus males, porque templaba el cuerpo y mataba eficazmente cualquier atisbo de culpa que, al final, terminaba siendo como una pequeña llamita sobre la escarcha. Romo, de continuo, se cauterizaba por dentro con fuego líquido, pero ahora ni eso le servía.

Descabalgó frente al boliche y viendo que el farol estaba encendido empujó la puerta.

Luego de unos momentos, salió corriendo a los tropiezos y, cayendo de rodillas, se puso a vomitar desesperada y convulsivamente en las afueras del rústico rancho. Su caballo, con una indiferencia a toda prueba, lo observaba desde el palo de amarre. Pasado un rato, volvió a entrar, para observar con más atención el cadáver de Pardo, que permanecía echado sobre el mostrador, como si dormitara, pero con un gran charco oscuro frente a él, mitad vino derramado, mitad sangre. Dentro de su ser atormentado, Romo lamentó la pérdida del intermediario, ya que ahora no tendría a quien entregarle sus macabros trofeos de caza. Tardaría un buen tiempo en hacer otro contacto de confianza. Se preguntaba, quién habría matado a Pardo, y por qué.

—Si hasta parece que lo hubieran matado de un rebencazo en la nuca, como a un guanaco joven —se dijo—, como a un chulengo⁵².

De pronto, su mirada comenzó a descender despacio y no pudo evitar un grito.

—¡Por Dios! ¡Qué mierda me está pasando! —se dijo, mientras, desde la mano derecha, dejaba caer su propio rebenque ensangrentado.

Presa del pánico, abandonó el lugar a mataballos

Luego de un largo rato, el animal resoplando vapor, bajó el nivel de la carrera al trote largo, mientras Romo temblaba sobre su lomo, en medio de la pampa en tinieblas. El frío de la noche fueguina cortaba mejor que cualquier Eskilstuna⁵³. La mente del asesino giraba y giraba, al tiempo que se arrebujaba como un niño indefenso en la cálida capa de guanaco.

—¿Pero cómo, en qué momento, qué diablos...? —repetía incesantemente.

Ni siquiera sabía adónde cabalgaba, solo sabía que no quería detenerse. El cansancio comenzó a vencerlo y, al tranco de su bestia, empezó a dormitar embriagado de confusión, miedo y aguardiente. Entre sueños le pareció escuchar un largo relincho estridente, como una carcajada. De pronto se vio

⁵² Chulengo: cría del guanaco. Se usa la expresión “matar como a chulengos”, para referirse a matar sin que las víctimas ofrezcan resistencia (nota del editor).

⁵³ Eskilstuna: marca de cuchillos fabricados en Trelew, Argentina (nota del editor).

solo en medio de una hondonada iluminada por la luna y con su caballo detenido, sin querer avanzar. Pudo ver con claridad la figura de un guanaco frente a él. El animal avanzaba lentamente con su fino cuello bamboleante bajo la luz azul. Romo abrió la boca y emitió un grito ahogado. La carne del guanaco brillaba roja y los globos de sus ojos sobresalían fijos a medida que se acercaba. ¡El animal caminaba sin su piel! En medio del terror que lo petrificaba, Romo sintió que la capa que lo abrigaba, se pegaba a su cuerpo húmedo y tibio. La sangre de la piel escurría sobre sus manos y sus botas y le humedecía los brazos y el pecho agitado. Trató de quitársela, pero esta pareció aferrarse aún más, intentó huir, pero el caballo se levantó en sus patas y lo despidió del lomo, para luego escapar a todo galope. Romo, loco de miedo, comenzó a correr desesperado por la pampa, seguido por un largo relincho lastimero, dejó caer la capa entre las matas negras y se perdió en la noche helada.

Solo por casualidad, unos arrieros que tiempo después cruzaron el paraje, hallaron su cuerpo congelado por la crudeza del invierno fueguino y semidevorado por los zorros hambrientos.

50 años
Punta Arenas
Segundo lugar regional

PICHANGA CON PELOTA DE TRAPO

Leonardo Igor Gutiérrez Fierro

Y me vine a Magallanes, feliz con los paisajes de la Patagonia, con un viento al que me tendré que acostumbrar, que sopla y sopla, y no para de soplar. Un día me invitaron a una pichanga, un encuentro habitual, donde se hacían actividades típicas de la zona. Por supuesto, acepté y fui. Era en el campo. Ya estando por allá, mirando el paisaje, se presentaron los equipos en la cancha, que más bien era una pampa semipareja, con pasto largo y, quizás, seguramente con más de algún hoyo por ahí. El que meta la pata en uno de ellos, no lo olvidará. Algunas plastas de animales también se alcanzan a ver.

En un equipo se encontraba un gaucho conocido, que antes del comienzo, la gente le convidaba tecito frío —*pa'* que no se acalambre, le decían—. Otros eran más del pueblo. En el equipo rival, las boinas volaban con el viento. Nunca había visto jugadores con boinas, que se las tuvieron que sacar, otros con puñales en la espalda y pañuelos en el cuello. «¿Qué es esto?», me dije, el partido de fútbol más raro que he visto en mi vida.

Antes de que se iniciara el juego, se sacaron sus accesorios y quedaron listos para comenzar. Los perros, al borde, respetando las líneas de costado y, a lo lejos, unos pájaros enormes, cóndores, me dijeron. Y pensé «Estarán por allá a la espera de algún lesionado del partido». Porque se veía que el juego sería a muerte.

La práctica se hizo con un balón de trapo muy pesado, pero que rendía, y los jugadores se veían pegándole bien a la pelota. De repente, sonó el pito y todos se abrieron despejando la pampa. El de negro pitando como loco y apuntando al centro de la cancha. Este también llevaba un pañuelo en el cuello; no se lo sacó. De repente, la pelota de trapo la guardaron y trajeron una mejor, se dijo, y comenzó la pichanga pampeana.

El árbitro dio el pitazo inicial y, en el entorno, por mientras, crepitaba una llama fuerte al lado de un cordero crucificado, acompañado de unas ricas empanadas y milcaos. Las jineteadas trasladan a dos lesionados, pero vivos, que terminaron tomando hasta caer muertos de curados.

En la cancha, un empate a cero, prolongado, aunque lo único que se escuchaba era que la pelota era lo mejor; todos lo decían, esa que se usó en el Mundial de Fútbol. El balón brillaba (era el mejor), todos se jactaban, mientras la de trapo, tirada a un costado, esperaba lista para el basural.

Terminó el primer tiempo. El viento soplaba y soplaba; estaba levemente fuerte para la zona, algo así como a 70 kilómetros por hora, me comentaron.

La *gallá* se aburrió y le dio la espalda al encuentro y se comenzó a beber y comer. “Mejor será”, dijeron, porque goles no se verían. Los jugadores ofuscados no podían dar con el balón, los movimientos eran muy erráticos. Por un lado, se lanzaba velozmente y, por el otro, retrocedía más que avanzar. El viento sopla y sigue soplando. En la jineteadas, los jinetes siguen cayendo al costado, logrando así más bocas para el tinto, que los está esperando.

Comenzó el segundo tiempo. “Resucitó la de trapo”, todos dijeron. El de negro la devolvió a la cancha y se vinieron los goles. La *gallá* retornó al campo y comenzaron los gritos. Los equipos, ya habían convertido. El encuentro terminó con empate a dos, pero la de trapo se reivindicó, porque es la mejor para el viento en Magallanes.



Poesía del mundo rural



GUERRA DE HUERTA

Emilio Narváez Vilches

Me he despertado una noche,
a bien avanzadas horas,
por haber sentido un boche
que luego fue batahola.
Venía de la cocina
un ruido descomunal
donde se oía la riña
que acababa de empezar.
Antes que abriera la puerta
—la llave en la cerradura—
oí la guerra de huerta
entre frutas y verduras.
Al entrar vi a la cebolla
con la pera de las mechas,
la afirmó contra la olla
y le aplicó una derecha...
Ni corta ni perezosa,
entró la manzana al baile.
Le dijo: "vieja roñosa".
La pateó y mentó a su madre.
Por otro lado, un tomate
enrojecido de ira
le cascaba al aguacate
por haber dicho mentiras.
Muy teñido de granate,
por un sol impenitente,
decía: "Yo soy tomate,
no ese guatón indecente".
Las uvas hechas racimo,
le daban duro a un pepino.
La naranja a la lechuga
le desinfló la pechuga.

Un repollo arrebatado
a un pobre banano chico,
le aforró con un candado
en lo que se llama hocico.
Entonces, del comedor,
apareció una sandía
que a brócoli y coliflor
les puso la panza arriba.
Los achurrascó de un viaje
y los ajos escaparon,
pues las tunas con coraje
sus espinas le clavaron.
Un ají bien picantazo,
se agarró con la ciruela,
esta le dio un costalazo
y aquel le mentó a su abuela.
Entró un damasco del brazo
de un limón y una pomela,
le dieron de puñetazos
a las coles de Bruselas.
Al apio y al cebollín
los aventaron por el aire
y por darle al perejil
botaron hasta el vinagre.
El cilantro apatotado
con una gran achicoria
dejaron muy aplastado
a un frutillón y a las moras.
El limón y una papaya
echando jugos de rabia,
se dieron de cabezadas
con una gran betarraga.
Un kiwi con las frambuesas
amarraron a una estaca
a una zanahoria vieja
y a una flácida espinaca.

Las papas, curiosamente,
no habían intervenido;
pero algunas de repente,
salieron haciendo ruido...
Se alzaron como pudieron,
hasta el borde de la mesa
y juntas todas cayeron
encima de las cerezas.
Las guindas también supieron
del apretón de las papas,
los rábanos consiguieron
desviarlas con una tapa.
Cuando vieron este acierto,
las verduras menos brutas
se pusieron a cubierto
de la ira de las frutas.
Estas, ni tontas, se fueron
tras del refrigerador
y muy pronto coligieron,
que "cortarla" era mejor...
De pronto, un gran paño blanco
de un rincón apareció
y una verdura de campo
al instante les habló:
"¡Basta, está divertido!
Ahora, ¿qué les parece
que atendamos a los heridos
y esperemos no haya muertos?".
La sandía, a nombre de todos,
dijo que estaba muy bien
y que luego, de algún modo,
decidirían qué hacer...
Vino un silencio y de a poco
cada bando en su rincón,
fueron buscando acomodo
para tener la sesión...

Al final, casi empatados
salieron representantes
a transmitir lo acordado
y poder quedar como antes...
Tomaron la decisión
de terminar la batalla,
y asimilar la lección
del suceso y de sus fallas...
Todos se dieron la mano
y volvieron a sus puestos,
porque les quedó bien claro
y es la lección del “encuentro”
que más tarde o más temprano
servirán para un almuerzo.
Destino más soberano
que el origen de sus huertos.

78 años
Maipú
Región Metropolitana
Primer lugar nacional
Primer lugar regional

Voy a cantarte mamá,
en un susurro mis versos,
el viento acompañará
tu sueño y mis sentimientos.

Abejita laboriosa,
yo te debo esta canción
nacida de mis nostalgias,
mi amor y mi admiración.

Tu ternura y tu alegría
caminan en mis recuerdos;
tú fuiste el sol de mi infancia,
tus ausencias, mis inviernos.

Tus horas multiplicabas
para un sinfín de labores:
madre, amiga y compañera,
hoy comprendo tus dolores.

El descanso fue mezquino
para tus manos amadas;
con trasnochados tejidos
te vieron las madrugadas.

Jardinera enamorada,
campesina sin horario;
enfermera era tu alma,
te dolía el desamparo.

Lectora de mil verdades,
reñida con la injusticia;
luchadora inagotable.
soñabas cambiar la vida.

Me muerde el frío en tu ausencia
y no perdono al silencio
que me robó las palabras,
de amor que no dije a tiempo.

73 años
Los Lagos
Región de Los Ríos
Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

MADRE EN DOLOR MAYOR

Haydée Sarita Bravo Mayer

M_adre vida.

M_adre tierra.

M_adre naturaleza.

Personas impávidas y el verde monótono avanza
silentes ante la destrucción del territorio.

Tu grito de dolor *ñuke*¹, atraviesa mi corazón.

Uno mi llanto al tuyo, un solo grito lleva el viento,
¿qué pasará con mis hijos, con mis nietos?

La noche me envuelve tengo miedo tengo frío,
cobíjame en tus brazos para centrar mis sentidos.

M_adre viva.

M_adre tierra.

M_adre naturaleza.

Siempre me enseñaste que tú eras risa y alegría.

Mi cuerpo sintió las caricias y respondió...

al tacto de la brisa, de la lluvia, al aroma sutil de las flores
y de la tierra mojada, dejando huellas indelebles en mí.

Dancé para ti al ritmo del *kultrun*² en cada celebración.

Hinchaste mi útero y parí al Sol y la Luna.

M_adre vida.

M_adre tierra.

M_adre naturaleza.

Crecí amándote, siempre te busqué y descubrí
en las hojas amarillas del otoño, en las aguas congeladas,
ríos, montañas y hasta el sol se confabulaba
todo mostraba tu belleza, tu gracia.

Te reconocí en las flores del campo, en los digüñes,
en el tronco que renace en primavera.

¹ Ñuke: madre en lengua mapudungun (nota del autor).

² Kultrun: especie de tambor ceremonial, hecho de madera y cubierto con cuero (nota del autor).

Madre vida.
Madre tierra.
Madre naturaleza.

Te vi en los ojos del mapuche
cuando el *kultrun* marcaba el ritmo del corazón
en los pies desnudos del niño del campo.
Ñuke... resiste... resiste.
Desespero pensando que un día hasta el sol
pueda contagiarse con esta tristeza mía.

65 años
Cunco
Región de La Araucanía
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

VERSOS A LA ÑAÑA³

Claudio Andrés Salamanca Salvo

Hija rebelde de la cordillera
 piel modelada de viento y de sol
 tus pies descalzos recorren la tierra
 tu grito valiente contra el español.

El agua del río corre por tus venas
 el duro invierno te enseña valor
 la lluvia que cae y que lava tus penas
 la nieve eterna llena el corazón.

Vas juntando frutos, vas juntando hierbas
 y leña de hualle *pa'* echarle al fogón
 un manto de lana que cubre tus piernas
 en ollas tiznadas se cuece el piñón.

Caminas sonriente junto a la araucaria
 pisando las hojas que el viento arrojó
 siguiendo senderos, rutas milenarias
 huellas ancestrales que un *gnen*⁴ dibujó.

Tu mano fuerte va juntando piedras
 por entre los cerros se oye tu voz
 en cada camino te atrinchas y esperas
pa' darle batalla al cruel invasor.

El muro que crece sobre tus praderas
 inunda de olvido a cada rincón
 los bosques se esfuman desde tus laderas
 el recuerdo eterno pierde su verdor.

Bajo los volcanes se apaga la llama
 en el Bío Bío se hunde el corazón
 las voces de lucha de a poco se callan
 el viento se lleva tu respiración.

32 años
 Santa Bárbara
 Región del Bío Bío

Premio especial Pueblos Originarios

³ Ñaña: en mapudungun, forma respetuosa para dirigirse a una mujer mayor. En el poema hace referencia a la ñaña Nicolasa Quintreman Calpan (nota del autor).

⁴ Gnen: dueño en lengua mapudungun, son fuerzas o espíritus protectores que cuidan la naturaleza, ríos, bosques, animales, piedras, etc. (nota del autor).

EL LAGAR DE LA VAGUADA SIN FIN

Héctor Manuel Jesús Morgado Gamez

Recuerdo que al son de guitarra y vino te danzaban,
 mientras el zumo corría manso y sereno
 alegres en la molienda campesinos te cantaban
 vivencias de antaño, que de viejo hoy me apeno.

En el lagar de mi valle, en el último rincón del mundo;
 en la pampa nortina a la vera del río Codpa señero
 la parra sollozaba lágrimas de dolor fecundo
 a un costado del arroyo de aquel apacible venero.

Los rayos del dios *Llinti*⁵ feliz te asoleaba
 brotaba el néctar oscuro ;gran tradición secular!
 En fiesta paisana siempre te adulaba,
 en fino roble la guarda era tu descansar.

Por la hondonada las recuas subían las barricas,
 así comerciaban antaño los marchantes
 ansiosos nos aguardaban en la costa de Arica
 esperando al arriero asomar en su fiel andante.

Bien dicen que todo tiempo pasado fue mejor,
 mejor será que me marche a vendimiar
 para agasajar a mi *wuarmi*⁶ con ese rico sabor
 que sellará nuestro amor de cordillera a mar.

55 años
 Camarones
Primer lugar regional

⁵ Llinti: Sol en lengua aymara (nota del autor).

⁶ Wuarmi: esposa en lengua aymara (nota del autor).

YO SOY EL VALLE

Luis Daniel Milanés Mondaca

Yo soy el largo valle, señores.
Soy leyenda y tradición,
la historia viva del abuelo;
soy raíz, fruto; verso y canción.

Y soy el brillo de las estrellas
en noche negra y de luna llena.
Soy la mano campesina
y soy el río en su ancha vena.

Y soy la piel de la dulce uva
y el sabor de la guayaba.
Y soy sinfonía alegre
que tintinea en las mañanas.

Yo soy la traviesa brisa
que baja por los senderos
atestada de perfumes puros
de las flores de mis cerros.

Yo soy la capitana que apretuja la uva,
igual que a borrego cual Mamani;
y soy la rancia cuba cuarterola
que cobija su sudor, el *pintatani*⁷.

Yo soy el valle encantado,
que peregrina tu corazón,
lleno de frutos y olores
para entonarte esta canción.

⁷ Pintatani: vino artesanal elaborado con parras de la zona de 400 años de antigüedad (nota del editor).

“Yo soy el valle de Codpa,
 Pachamama;
 y en lo alto de tu cielo,
 padre Sol.
 Yo soy el cóndor altivo
 sangre aymara...
 y soy el ladino zorro
 del español”.

“Yo soy el canto alegre del gallo
 toditas las mañanas.
 Y en el florero de la mesa
 soy la flor.
 Soy paso alegre del ritmo
 en carnavales
 y el ardiente beso
 que se entrega con amor”.

¡Yo soy tus fiestas,
 amado Codpa, tan reales!
 Soy vendimia,
 Carmelita, el san Pedro
 y el Martín de Tours.
 Soy *Machaq Mara*⁸,
 Soy difunto y carnavales,
 Semana Santa
 Y de Mayo
 soy la Cruz.

64 años
 Arica
Segundo lugar regional

⁸ Machaq Mara: celebración aymara para recibir la llegada del solsticio de invierno (nota del autor).

APÁTRIDA

Arturo Javier Cortés Santander

Pobre nació a los pies de un nevado,
y mi madre me crió en medio de un rebaño.
Solo conozco la vida de pastor y ermitaño;
no pasé por escuela ni fui soldado.

A la soledad ya estoy acostumbrado;
por mis quebradas no pasa ningún extraño.
Para tocar las nubes me falta un peldaño,
y recorro a diario enormes acantilados.

Soy apátrida y se nota en mi rostro;
soy hijo del altiplano y no tengo bandera;
soy un alma libre que teme al claustro.

Vivo a pocos metros de la frontera,
pero no soy de este lado ni del otro.
Conocer mi origen, ya parece una quimera.

44 años
Arica

Tercer lugar regional

ESTE ES MI NORTE

Carmela Iris di Caro Castillo

En la quietud de esta tarde
quiero templar mi guitarra
y acompasar con sus sonos
la soledad del desierto.

El puelche será la flauta
que armonizando en el viento
esparcirá por los bosques
su ansiedad de vegetales.

Entonces los tamarugos
alzarán su copa al viento
pidiendo arribo de pájaros
pidiendo arribo de flores.

La primavera encantada
desenvolverá sus tules
y en una quimera verde
florecerá el Norte Grande.

Señor Norte Grande,
señor de desiertos inconmensurables,
el de las raíces todas tan profundas,
el de las planicies y hondas quebradas,
señor de los montes, señor de los riscos,
señor de arenales.

Mira mis sandalias de piel de guanaco,
mi piel quebrada por soles ardientes,
mis brazos de cactus alzados al viento,
mis sueños de cóndor, mi voz apagada
por las inclemencias del tiempo que avanza.

Aquí, mi constancia de ser tamarugo,
cuculí luchando contra el remolino,
la sed de la puna, angustias del agua
que muere en la arena queriendo ser río.

Tengo recorridos todos tus caminos
esquivando el humo de las camanchacas,
desde la yareta que entibia mis noches
hasta el sortilegio frugal de tus frutos.

Tengo un himno en la garganta
que va forjando una fragua
de bronce y músculo firme
en medio de una batalla.

Legión de cóndores bravos
que de los Andes desciende
hacen temblar los pinares
de la augusta Araucanía,
van defendiendo lo suyo...
van liberando al esclavo.

¡Oh, vórtice de azucenas
y de arenas calcinadas!
Embrujo de extremos puros
nieve y caliche sufrientes.

Hay que acercarse a tus pampas
para saber tus pesares,
enredarse entre copihues
para sentir tu ternura.

Alcanzar hasta tus cumbres
para admirar tu grandeza;
mirar tus lagos profundos
para ansiar tus esperanzas
y hundir los pies en la nieve
para sufrir tu amargura;
iremos todos unidos
bajo una sola bandera,
en nuestras metas cercanas
habrá luz y amor fraterno.

POETA

Héctor Luis Campusano Guzmán

A Enrique Luza Cáceres: poeta piqueño (Q.E.P.D.).

Con un especial silencio
 el que eligen los poetas,
 nadie supo cierto día
 que preparaba su partida.
 Quizás escondió en sus versos
 los dolores de su valle,
 tal vez dijo adiós al oasis,
 como un último pasacalle.
 Lo cierto es que las arenas
 dormirán también la espera,
 por esa calle a lo largo
 que para la vida es ajena.
 Ha de amanecer la aurora
 sin cuculés madrugadoras,
 porque será la verdadera,
 la de vertientes que serán eternas.
 Con un especial espacio
 armonizando pasos inspirados
 dar música, dar pan, dar vida
 lección en huertos aprendida.
 Vendrán de nuevo los azahares
 y el tiempo floreará recuerdos;
 cuando cultives la flor en la arena
 recuerda que antes la plantó el poeta.
 Se queda la flor en la arena
 para el encanto de tu persona;
 se queda la obra del poeta,
 sencilla y bella como la paloma.

65 años
Pica**Segundo lugar regional**

NIDOS EN EL DELANTAL

Héctor Luis Campusano Guzmán

Cada mañana en el patio de juegos
prepara su encuentro, comulga el momento
y en sus oraciones entrega
su nueva lección.

Y cada paso hacia el aula universo
transita los ecos de sueños y risas,
porque en sus lecciones hoy teje
su entrega de amor.

Porque hay cometas que gobernar,
porque hoy los peces rompen la red,
porque se vuelven cual hojas de otoño
que hay que cobijar.

Porque alegró a la maestra enseñar
hicieron nidos en su delantal
y entristecieron sus ojos las aves
al irse hacia el mar.

Cuando anochece y observan los astros
a solas confiesa la entrega del día,
perdones y gracias conviven
en su corazón.

Y la maestra sembró con paciencia
el surco sencillo de un noble ideal,
quiso en la vida
su andar de maestra rural.

65 años
Pica

Tercer lugar regional

TRISTEZA DE UN ABUELO

Thayna Monserrat Castillo Chávez

Un día estaba con un abuelo
sentada bajo un árbol,
tuvimos una conversación
noté tristeza en su vocablo.
¿Por qué las generaciones han cambiado?
Los valores que nos enseñaron han terminado,
ya no hay amor entre familias,
el respeto por nosotros se ha acabado.
Para los jóvenes ya no existimos,
no escuchan nuestras ideas y ejemplos,
no quieren saber, ¿quiénes somos!
A la sociedad le molestamos,
buscamos la amistad de los niños
para expresar lo que sentimos.
¿No piensan que algún día serán ancianos!
Ojalá no suceda lo que ahora pasamos.
¿Comprenderán muchas cosas!
Y sentirán el alma rota
así, como yo la siento
querida niña, ¿nunca te olvides!,
lo que ahora te estoy diciendo
espero no te rompan el alma,
para que no sientas
lo que ahora estoy sintiendo.

10 años
Pica**Mención especial del jurado**

CAMPESINO DE ATACAMA

Alex Miguel Caro Bravo

Torrente de sudor que recorre el cuerpo,
que lacera la espalda y refresca las ansias;
polvo residual que se eleva cual fantasma,
que huye de la picota que hiende la tierra.

La seca tierra horadada con sus formas se burla
del esfuerzo casi en vano, de su agotamiento;
la grieta se resiste y pone trabas a los intentos,
finalmente se afloja dejando su vientre expuesto.

El intruso recupera el aliento y con más esmero
insiste en su labor de necesidad y de encuentro;
la cizaña del sol y la porfía del viento,
van esculpiendo paso a paso el temple del labriego.

La tierra se somete, apiadándose y finalmente cediendo,
el inhóspito desierto otorga parte de su lecho
y lo ofrece como premio al tesón del hombre,
en la soledad de su fe, del cansancio y de sus sueños.

El líquido vital que como oro se atesora y defiende
se vierte en la zanja cual torrente de simiente,
dispuesto a fecundar la cálida y obstinada tierra
para provocar el milagro de la vida.

Las duras manos del aparcerero se abren paso,
la tierra las recibe y les entrega sus frutos;
el ardiente calor se abalanza sobre el cuerpo,
cobrando cada fruto extraído de su desierto.

44 años
Antofagasta
Primer lugar regional

OASIS DEL NORTE AMADO

Magaly Elvira Agüero Aguilar

Pueblo atacameño,
me une a ti un camino,
de recuerdos y de olvidos.

La niña de la mano de su padre
saltando canales,
corriendo entre perales y maizales.
Las esperanzas tejidas con la abuela
hilando poesías, decorando alegrías,
deshilando desamores y terminando las penas.
Los carnavales alegres
dibujados de blanco, irrumpiendo las penas,
cantaban los pájaros libres, me traían amor.
Orgullosa de ser mujer
y de llevar la sangre atacameña en las venas,
voy vestida de Luna, pintada de Sol,
con los pies descalzos, sobre la Madre Tierra.
Acompañada del viento y su hermoso canto,
¡qué siempre viva el pueblo atacameño,
que nunca se calle su voz!

43 años
Calama

Segundo lugar regional

NOTA:

El tercer lugar regional fue declarado desierto por el jurado del concurso.

MINERO ATACAMEÑO

Moisés Edelberto Álvarez Monroy

En esta tierra salobre
donde se forjan los sueños,
soy minero atacameño
con alma de fierro y cobre.

Atacama es mi región
de Domeyko a Chañaral,
Copiapó es la capital
minera por tradición.

La mina es el corazón
para hombres ricos y pobres,
que van en busca del cobre
bajo el sol que quema fuerte
aferrados a la suerte
en esta tierra salobre.

Entre cerros y quebradas
tengo un hermoso picado
que de a poco lo he arrancado
pa' alcanzar la tonelada.
En esta tierra soñada
trabajo con mucho empeño.
Con mi capacho pequeño
voy bajando mi remesa,
el metal es fortaleza
donde se forjan los sueños.

Por eso es que yo prefiero
seguir siendo mi patrón,
no aflojar la tradición
de ser un buen pirquinero.
Lo primero es lo primero,
para cumplir con mis sueños
le pongo todo el empeño

con el combo y el barreno.
Lo grito con desenfreno
¡soy minero atacameño!

Así quiso el Creador
a mi tierra extraordinaria
con la mina Candelaria,
Los Colorados lo mejor.
En lo alto El Salvador
y Algarrobo que recobre
su nombre que no zozobre
en nuestra patria soñada.
Atacama es tierra amada
con alma de fierro y cobre.

56 años
Huasco
Primer lugar regional

Para Olga, "si el campo era tu nido, tu hogar era tu patria".

Y de tantas cosas te despediste:
de los polvorientos olivos
de las veredas de barro,
del tren sobre las líneas que permanecían oxidadas;
de la vieja la iglesia de Huasco Bajo.
Mientras los ojos de los pájaros
seguían la procesión
de tu reencuentro con la tierra,
lejos de la añosa casa
que en medio de los damascos, ya no te esperaba.

Todo parecía difuso:
el camino alto sobre el barro
cargando el ataúd de madera,
un olor a leña venteando
imágenes de tantas mañanas,
cosas que ibas dejando
y que se nos iban cayendo
de los ojos como piedras, como maletas
como monedas de plata.
Las canciones de otros siglos,
las historias empolvadas.
Todo se iba despidiendo
como se despiden las hojas
secas de las higueras en los fríos inviernos.
Nunca pensé cargar la pena
de las noches de los arrepentidos,
de la muerte de las mariposas,
de los cometas en el negro cielo,
nada había sido dicho
antes de tu última palabra.

Nada más terrible
que el precio de permanecer despiertos,
entre los botes anclados
en noches de profundos sueños
la pena de la mañana dormida
que detuvo su andar de trino,
mientras cargamos mirando al cielo
el ataúd de nuestra abuela muerta.

36 años
Copiapó
Segundo lugar regional

A MI PUEBLO NATAL

Adriana Elvira Godoy Guirroux

¡Oh, Los Loros!, mí pueblo natal.
Se funde el sol, danzando contigo
me retorna a un bello pensar
de aquellas mañanas tías de frío...

Con su cielo azul transparente,
sus aguas claras con voces de niños,
que brotaban de mágicas vertientes,
haciendo fuerte el susurro del río...

Heredaste un nombre rudo y serio
de aquellas aves de verde ropaje
que anidaron en riscos de cerros
y el chañar le entregó su jarabe.

Su cenit lleno de brillantes estrellas,
es el techo natural de Los Loros
y sus paredes de verdes alfombras
que cubren sus dorados y dulces tesoros...

Su fuerza motor son los parronales,
que dan trabajo a hombres y mujeres,
que llegan buscando mejores jornales,
para beneficio de sus familiares.

Mientras duerme la fauna y la flora,
van desapareciendo por falta de agua,
los que quedaran alojados en la historia
y el río dejara sus huellas marcadas...

La tibia brisa te cubre de aroma,
te aromatiza de pasa y de vino;
de sandía de melón y de rosas.
¡Gracias a las manos del fiel campesino!

La ternura y la paz conocí,
junto a mis queridos padres y abuelos,
¡Oh, Los Loros!, yo fui muy feliz,
porque mi infancia corrió por tu suelo.

73 años
Copiapó
Tercer lugar regional

LA GREDA DE MONTE PATRIA

Grimaldina Inelia Araya Astudillo

T e doy gracias Monte Patria
por el verdor y el secano,
por la fragancia del barro
que como néctar embriaga.
Tus descendientes rescatan
su pasado de alfareros,
trabajando con sus manos
te transforma el artesano.

Eres linda Monte Patria
con tu entorno campesino,
donde borracho de sol
el soberbio Campanario⁹,
como enhiesta atalaya
está dominando el valle.
Y en sus crestas escarpadas
quiebra el silencio el trichahue.

Brazaletes de las sierras
nos parecen las estrellas,
y cual medallón de plata
brilla la nocturna viajera.
Mi Monte Patria tú llevas
como heridas tus laderas,
y por sus rotas arterias
desangras la roja greda.

Es la savia de la tierra,
es amapola de fuego
que entre el bochorno florece
encajada en los oteros,
como un tapiz aparece,
y entre zarzas y romeros

⁹ Campanario: cerro a las afueras de la ciudad de Monte Patria (nota del editor).

la arrancan como racimos
de las colinas y cerros.

¡Arisca, indómita y briosa
la vendimia, el artesano!
para poder amansarla
la suaviza con sus manos.
Con técnicas ancestrales
como lo hizo el diaguita,
trasmutó el sumiso barro
como el mejor ceramista.

64 años
Ovalle
Primer lugar regional

PACHAMAMA, TIERRA AMADA

Melania Alzamora Alzamora

Y vine yo, Pachamama
a ti apegada, aunada,
por el desierto chileno,
por la pampa desolada,
vi a las plantas de ese suelo,
achaparradas, enanas,
a las colinas de arena,
con mil formas dibujadas,
el águila del desierto,
que el aire, se balanceaba,
y a un zorro, que agazapado,
en tu seno se ocultaba,
aire de arena sedienta,
brumas negras, escarchadas.

Crucé el valle norte verde,
con colinas onduladas,
con ríos de poco cauce,
con quebradas estrechadas,
donde el guerrero del inca,
dejó sus huellas marcadas,
petroglifos en grandes piedras,
piezas de arcilla labradas.

Y luego me fui acercando,
por el gran valle central,
hasta la tierra soñada,
donde el lamento mapuche,
tiembla en la noche estrellada,
telares, *rukas* silencio,
voz de Arauco callada,
zona de ríos caudalosos,
bosques, volcanes nevados,
donde el copihue, está llorando,
por la sangre de tus bravos,
donde el puma y el huemul,
fueron reyes destronados.
Seguí, llevando mis pasos,
hacia el sur largo y helado,
donde el hielo se asemeja
a un manto blanco estirado,
donde las focas retozan,
donde los pingüinos danzan,
donde terminan mis sueños,
donde descansa mi alma.

Pachamama, tierra amada, al fin del mundo situada,
suelo de grandes hazañas, de gente heroica esforzada,
de desiertos, lagos y ríos, de bosques con araucarias,
de valles verdes floridos y de montañas nevadas.
Nunca se hallará en el mundo, otra tierra a ti igualada.

82 años
Illapel
Segundo lugar regional

Te recuerdo cabalgando,
con sombrero y espuelas,
apurando el tranco
para poder atajar las yeguas.

Te recuerdo arando
bajo un arduo sol,
para ver florecer el trigo
que llenaba tu corazón.

Te recuerdo levantado al alba,
para la leche sacar,
puños arremangados
afirmando cabras de tu corral.

Te recuerdo trabajando
la tierra que te crió,
cultivando estos campos
a los que Dios tanta gracia dio.

Te recuerdo tomando *choca*¹⁰
en medio de la loma,
contándome sobre el *Piuchén*¹¹,
¡qué historia más aterradora!

Pero lo único que yo quiero,
es que me recuerdes tú a mí,
como la pequeña preguntona
que se dedicaba a los patos perseguir.

¹⁰ Choca: colación (nota del editor).

¹¹ Piuchén: criatura perteneciente a la mitología mapuche y chilota (nota del editor).

Quisiera que me recuerdes
como yo te recuerdo a ti,
como un hombre de campo
que el campo le dio vivir.

Sin embargo, hoy ya no recuerdas
nada, ni siquiera a mí.
Solo recuerdas tu campo
y que aquí quieres morir.

17 años
Los Vilos
Tercer lugar regional

LA TINAJA

Cecilia Margarita Vargas Retamal

T riste, besando la noria,
está la antigua tinaja;
llena de pobres alhajas,
tiene tristeza de novia.
Ahora todo la agobia:
el racimo de la nube,
esa lágrima que sube
a la frente de la menta,
todo lo que el viento cuenta
cuando pasa en sus querubes.

En sus tiempos de chiquilla
como una rosa de greda
se llenaba de la seda
de aromáticas semillas,
de mantecas amarillas
o trigo acuñado en oro,
como un bendito tesoro
guardadito *pa'* invierno.
También de membrillos tiernos
como este que me devoro.

El vino en sus dulces sonos
bailó feliz en su vientre,
inquieto cual fuera un diantre
alegando a los patrones
y a toditos los peones.
¡Ay!, qué linda eras chiquilla
en el tiempo de las trillas,
llevando chicha harinada
pa' servir con empanadas
echadita en las gavillas.

Parece que aún resonara
la vihuela de algún huaso
al fondo de tu regazo,
caracola dulce y clara
si parece que soñarás
bajo la pálida luna,
como sueña aquella cuna
de los nidos en invierno,
cuando el día se hace eterno
lleno de frío y de bruma.

Pero ves, tinaja mía,
al final de nuestra vida
la soledad nos convida
a sufrir esta agonía
llenados de lejanía
como parpadeo de astros,
aquel que deja su rastro
como la niebla su velo
entre los ojos del cielo,
entre los verdes pinastros.

¡Oh corazón de mi infancia!
panal que todo lo encierras,
lo más puro de la tierra:
de mi madre su fragancia,
cuando amasó tu sustancia
con sus lágrimas y amor,
como amasa aquella flor
sus pétalos en el alba...
Tú eres mi paz y mi calma
cuando me abraza el dolor.

TRIGAL

Verónica Francisca Chacón Hermosilla

En forma de trigal te espero
 gavillas en mi corazón se mecen, danzan
 esperando tu mano espigadora para que recojas mis palabras.

Temporal es tu mirada cuando odias,
 leve brisa tu presencia cuando amas.
 Ven hasta tu predio y siega la cosecha antes que el otoño caiga.

El sombrío barbecho que encontraste
 hoy está cubierto de trigo y linaza.
 La quebrada triste de la angustia
 ahora canta, en su correr, alborozada.

Tantas cosas que he sido para quererte:
 ciudad perdida, alameda deshojada,
 y solo el rubio trigo de mis sueños
 pudo transformar la forma de mi alma.

Cuando sea tiempo, ven, busca la cosecha sutil de la jornada, pues
 a ti se debe este milagro, de ser trigo fecundo y generoso lo que ayer
 fue cizaña.

78 años
 San Antonio
Segundo lugar regional

RESGUARDO CON OLOR A VIVO

Paz Ivana Romero Álvarez

T
odo es más callado.
Más apacible, más vivo.
Hundido en silencio.
Todo es más amarillo,
con pequeños bichos floreciendo en la punta de las ramas.
Tiene vida, una vida callada y pequeña.
Una vida pastosa,
que el sol le hace cosquillas.
Un cosquilleo en el corazón,
también en los oídos producto de los grillos.
Alas aleteando.
Alas grandes,
alas de papel mantequilla.
Alas pequeñas.
Gritos armónicos.
Chirridos de un pájaro,
canto rasgando la mundanidad.
Un mundo callado, pero no triste.
Un mundo en descanso,
escondiendo tras su cabello vida a destajo.
Animales escondidos,
dispuestos a saludar, a acompañar.
Abejas zumbando alrededor de las moras.
Vacas y gusanos, mugiendo y descomponiendo.
Tranquilo.
Calmado con vida, no muerto.
En la noche, las estrellas manchando el cielo,
sin sentirse el frío,
solo sintiéndose lo tibio de la tierra.
No muerto, aunque la muerte ocurra.
Animales comiéndose unos a otros.
Zorros, ratones, arañas,
sin embargo, son hermosos.
Ocultos tras las ramas,
emprendiendo el vuelo.

Confiable, de suave pelaje.
Una cama con olor a pasto.
Un cielo de azul casi negro.
Un fin.
Un amanecer.
Otro día.

16 años
Villa Alemana
Tercer lugar regional

LA PRIMERA CITA

Marcelo Alejandro Muñoz Martínez

El cielo se nubló,
 aunque era pleno verano.
 Llevaba el pelo bien *lambiao*,
 y le sudaban las manos;
 es que era esta su primera cita
 después de ya todo un año,
 cuando ella se quedó en el sur
 y él *pa'l* norte fue marchando.

Pa' colmo, la micro no pasaba,
 y con la espera se le estaba desarmando
 todo el ramo de las flores
 que para ella iba llevando.

Pa' entretenerse recogió una piedra
 del polvoriento camino en enero;
 se la iba a tirar a un tiuque
 que estaba en el bote, sobre un remo.
 "No le *andís* tirando hondazos
 a los pobres pajaritos",
 recordó el consejo de su abuela,
 y la piedra botó altiro.

Rebotando un ruido en los cerros
 avisó que venía la micro;
 una cacharra vieja y *empolvá*
 que hasta Corral hacía el recorrido.

"Buenas tardes", saludó al chofer.
 "Buenas tardes", le correspondieron
 varios que venían en la micro
 que en un instante lo reconocieron:
 "Usté es de 'Los Guanchaco',
 no lo veía de hace tiempo.

¡*Tá'* más gordo, no se ofenda!
¡Quiero decir, más repuesto!".

Métale conversa llegaron
a la vuelta de la rueda al pueblo.
Caminó hacia donde lo esperaba ella,
todo nervioso, bordeando el puerto.

Cuando llegó al portón,
pensó altiro en llamarla.
Pero mejor entró *callaito*
y la buscó hasta encontrarla.

"Volví después de un año,
tal como te había prometido".
Y una emoción tan grande lo embargó,
que se largó a llorar como un niño.

Por supuesto, ella no dijo nada.
Nada de nada, porque las tumbas no hablan.
En silencio dejó el ramo de flores,
en el sepulcro donde su abuela descansaba.
Cuando venía viajando del norte
se le encajó en el corazón la esperanza:
creía que entre los grandes pinos
que el cementerio de Amargos custodiaban,
oíría una última vez a su abuela
cuando el viento pasara entre las ramas.

Tal vez no hubo mucho viento ese día,
o quizás mudos eran los árboles,
porque aunque ilusionado esperó
su abuela no volvería a hablarle.

Se fue a la oración,
que es como dicen en el sur cuando cae el sol,
pa' alcanzar la micro de vuelta
y volver al norte, donde su vida tenía resuelta.

Con el corazón desmadejado
no volteó a mirar el cementerio,
y tapándose la cara con las manos
se entregó a sus pensamientos;
de cuando era chico, y con su abuela
pa' todas partes iban yendo.

En la cruz de la tumba un tiuque
se posó, esquivando el viento.
Observó la micro hasta que se perdió
a lo lejos, tras los cerros.

37 años
Lo Espejo
Segundo lugar regional

POESÍA POPULAR CHILENA DEL SIGLO XIX

Osmar Antonio Mavarez Urribarri

Revisando las memorias
de campesinos chilenos,
hubo líricos muy buenos
reflejados en la historia.
La gran época de gloria
admirable de narrar
cuando solían cantar
las flamantes poesías.
¡Ojalá lo de esos días
se pudiera rescatar!

Tiempo de disparidad
entre plebeyos y nobles:
entre los ricos y pobres,
entre el campo y la ciudad.
Sin la credibilidad
hacia sabios del lugar,
donde se puede nombrar
al curandero en Choapa,
a quien a fuerza y socapa
lo trataron de opacar.

Fue la manifestación
en el tiempo colonial
de ese Chile marginal
enfrentado a la opresión.
Mostraba en su alocución
todo lo que acontecía.
La palabra en voz, dolía,
desde el pudiente al prelado,
y en humor era elogiado
lo rural en esos días.

Eran palabras aquellas
del lenguaje popular:
literatura vulgar
expresada en frases bellas...
Querían mostrar con ellas
lo que tanto conocían.
Los entusiasmos crecían
y al gobierno desencantos
al escuchar con sus cantos
los versos que componían.

Cantidades se perdieron
de poemas a granel:
¡No llegaron al papel,
porque nunca se escribieron!
Los de décimas siguieron
por la tradición oral.
Otros pudieron quedar
por Guajardo y la Araneda;
y de gente que aún se queda
en los libros sin nombrar.

Aunque el hecho sucedió
en el siglo diecinueve
el paradigma conmueve
por un pueblo que luchó.
Nunca se desalentó
defendiendo su cultura.
Esa fue la esencia pura
del agricultor chileno,
dando un poeta sereno
que hizo al verso su armadura.

INVIERNO EN LOS CAMPOS DE COLCHAGUA

José Osvaldo Rocha Herrera

I
Junio llegó tempestuoso
a mis tierras de Colchagua,
del cielo caen las aguas
en cendales calinosos
a mis campos soledosos,
como un grito de humedales;
huye el viento y los zorzales,
se apagarán las perdices,
las ranas cantan felices
entre charcos y morales.

II
La iglesia y su campanario
han callado su vocablo,
hay silencio en sus retablos.
El invierno es un acuario
entre cruces y rosarios;
todo el valle se ha dormido
en los brazos del olvido,
arde el ocre en los parrones,
hay paz en los caserones
en las ranchas y los nidos.

III
Ya no crujen las carretas
en las largas alamedas,
solo hay niebla en las veredas,
y en la inmóvil bicicleta,
se durmió como cometa
la caricia del sendero;
el sudor en los sombreros
son plegarias dolorosas,
goterones de las rosas
colgando de los maderos.

IV

La lluvia en su traqueteo
va cayendo entre los berros,
a lo lejos ladra un perro,
y en continuo gimoteo
se desatan los goteos
en las piezas de los pobres.
Cerrado en su plomo sobre
el cielo se ha encapotado,
en surcos sueña el arado
entre los trastos de cobre.

V

Las manos dulces y mansas
levitan en los fogones,
se aprietan los corazones,
despiertan las añoranzas,
arde el leño y la esperanza,
chirrean las sopaipillas,
el mate con su bombilla
descansa sobre el rescoldo,
aromadito de boldo
con leche de las vaquillas.

VI

Se han llenado los zanjones
de cereal transparente,
el monte cubrió su frente
con sus nevados pendones,
despiertan las ilusiones
bajo la tierra mojada;
los brotes y las manadas
van preñando los potreros:
paciente espera el granero
del trigo sus llamaradas.

CITA DE TEMPORADA

Rodrigo Alejandro Torres Garrido

A su cita con las peras,
con duraznos y manzanas,
salen todas las mañanas,
silbando las temporeras.

I

Un pequeño querubín
de pómulos sonrosados,
ríe en sus sueños dorados
que aún no saben de jardín;
vuelos cuna y balancín,
sus brazos y sus caderas,
se ha esculpido las ojeras
pero la pena bien vale...
mientras, casadera sale,
a su cita con las peras.

II

Cuidando de un huerto ajeno,
dan a la vida pelea;
toda salud se estropea
frente al injusto veneno,
que vuelve al fruto más bueno
y aja las pieles lozanas.
Se va, criollas espartanas,
el tiempo, que no agradece,
mientras alguien se enriquece,
con duraznos y manzanas.

III

Se hace parte del paisaje
en la cosecha y poda;
jamás se viste a la moda
y es de ilusiones su traje.
“¡Dios te bendiga!”, el mensaje,
mientras dos manos ancianas
se convierten en las nanas
de su más preciada estrella,
cuando sus sueños y ella
salen todas las mañanas.

IV

Con hijos en los colegios
y enferma, más de una madre.
Ese es el típico encuadre
de un mundo sin privilegios...
Pero, con sus portes regios
por caminos sin aceras
desde el pueblo a las afueras
con un renovado afán
juntas, valientes, se van
silbando las temporeras.

Despedida

Como etéreas mariposas,
como inquietas avecillas,
hurgan en las maravillas
de aquellas ramas fructuosas.
Son sus manos laboriosas
el ingrediente especial
y aunque el humilde jornal
entre sus palmas les quema,
son ejemplo, luz emblema
en el paisaje rural.

VERSO ENCUARTETADO

Mariano Enrique Aravena Osorio

Si *querís* que te haga un niño
me *habís* de pagar la hechura,
vos dirís que no es trabajo
hacer una criatura.

Por ahí tengo una milonga
a diez cuadras de mi casa,
pidiéndome se lo pasa
que más empeño le ponga
y me dice muy *foronga*
que le ponga más aliño,
que te *avispai* en el piño,
sin respeto me lo ha dicho,
te voy a poner el bicho
si *querís* que te haga un niño.

A nadie gratis trabajo,
aquí te lo estoy diciendo,
ni menos mi cuerpo arriendo,
si no hacemos un contrato.
A usted le cobro barato,
mi querida preciosura,
le pasaré la factura
del trabajo que ha encargado
cuando hayamos acabado
me *habís* de pagar la hechura.

Trabajemos noche y día
siete días a la semana,
que no se enfríe la cama
para que hagamos la cría.
Creyó que yo arrancararía
como si fuera espantajo.
Le pondré *puntás* al tajo
hasta que se acabe el hilo.

Bajar como cinco kilos
¿vos *dirís* que no es trabajo?

Ya cumplí lo que pidió,
espero no tenga quejas:
las vueltas de las orejas
fue lo que más me costó.
Buena parte la hice yo
no desconozco su ayuda,
que salga con su hermosura
lo veremos a los nueve;
resulta que es el descueve
hacer una criatura.

Despedida

Por fin cumplió lo pactado
esta simpática dama,
como que es galla de fama
vino a pagar lo adecuado.
Me entregó un certificado
con timbre de la justicia,
y me dijo con malicia,
por lo bien que te portaste
igual yo fui a demandarte
por pensión alimenticia.

67 años
Las Cabras
Tercer lugar regional

MARÍA

Gabriela Andrea Albornoz Salas

*“Acuérdate de Acapulco
de aquella noche
María Bonita, María del alma”.*
Agustín Lara

No bastaba con destrozarse el lomo,
empujar con las últimas fuerzas el arado.
Ahora, con la vergüenza en la punta de los zapatos,
había que sacrificar a la hija mayor,
allí quedó la camisa a medio zurcir
y los pantalones sin basta.
De amanecida comenzaba la jornada,
la niebla llovida no es amiga de los trabajadores,
ni menos de la timidez a una quinceañera.
El milagro se producía en el tallo subterráneo
entre la tierra y la humedad,
escarbando aparecía el tubérculo
alargado como la yema de un gran dedo.
Por fin se llevaba su paga a la casa,
un saco lleno de papas,
de a poco se le olvidó como juntar las letras,
ya no había que cortar tela para vestidos,
había que lavar la suciedad de la ropa,
pero en sus uñas siempre quedaba
una media luna de barro.

27 años
Linares

Primer lugar regional

COPLAS POR UN VIEJO CERRUCANO

Luis Antonio Lagos Leiva

I

Voy a *contarle'* entre *copla'*, la historia de mis *día'*.
De lo vivido con *lo' año'*, que son *ma' pena'* que alegría.

Yo nací entre *lo' cerro'*, y de *lo' cerro'* no he *sali'o*,
to' ito el mundo he recorrido, porque el cerro yo no *olví'o*.

Yo no conocí la escuela, *ende* chico me hice un hombre.
Yo nunca supe de libros, no me pagaban ni un cobre.

Trabajando de sol a sol nunca supe de descanso,
pero conocí aquel azote, que a uno lo pone manso.

Claro que a mí el azote, muy lejos de amansarme
me sirvió *pa'brir lo' ojo'*, y también *pa'* levantarme.

Del hambre que yo tuve, no *le'* voy a conversar
ya que el hambre *e'* cosa seria, y no son mis *copla'* *pa'* llorar

El vino me hizo perjuicio, *aturdí'o* de borracho
me la pasaba *to'* el día, donde *juera* yo era un cacho.

La vergüenza que pasé por andar siempre *cura'o*,
bota'o en los regueros, pidiendo el billete *presta'o*.

Esto lo cuento como hombre, ahora que del mal vicio salí
y ganancioso yo le *'igo* oiga, porque a la Meche conocí.

Ella me enrioló en el sendero, también me enseñó el cariño,
cosa linda que yo no conocí, ni en mi recuerdo de niño.

Por fin todo iba *rebien pa'* la Juana y para mí.
Yo trabajaba en el fundo, ni probaba el chacolí.

II

Me acuerdo *d'esos día'* felices, viviendo en la rancha
con la Juana esperando guagua, *taamos* llenos de esperanza.

Claro que *l' patrón* grande, andaba muy *renojao*:
L' iban a quitar el *jundo*, *pa'* dárselo a *lo' posterga'o*.

Lo había dicho el presidente, y no se daba un pie *atrá'*
que ya está *güeno* de injusticia, que ahora le toca a la *gallá*.

Yo estaba muy recontento, porque *m'* iban a dar parcela,
pero se metieron los milicos, y me quedé en la cuerera.

Se entraron *pa'* la rancha, con balazos y gritando,
dieron *güelta* la cama, la Juana *'taba* tiritando

Tre' año' tuve *encarcela'o*, sin tener idea de por qué,
tortura'o por la noche, y al otro día y otra *ve'*.

Me acusaron de *suversi'o*, de comunista y guerrillero
y aunque me lloraron *lo' ojo'*, yo nunca abrí el *güergüero*.

Yo no vendo a *mi' amigoh*, aunque tuve ganas de hacerlo:
Con la corriente en la lengua, yo a cualquiera lo *compriendo*.

III

No me dejó solo la Juana, al salir me estaba esperando
con el Jacinto ya *crecí'o*, y en la artesa cantando.

Entonces volví de nuevo, a machacar el ajo, y el otoño
dejando *atra'* lo atropello, pero sin bajar el moño.

Yo le di duro a la pega, trabajando *pa'l patrón*
de la siembra a la cosecha, sin ningún odio ni rencor.

El Jacinto se *jue pa'l* pueblo, que el campo no era *pa' él*,
y se consiguió un trabajo, en la industria del papel.

Me envejecí de un golpe, y la Juana conmigo también;
Yo no sé cómo pasó la vida, esta vida *que's* de natre como de miel.

Las *huilasatra'* quedaron, al igual que la memoria
y un día sepulté a la Juana que fue, oiga, mi única gloria.

56 años
Linares
Segundo lugar regional

DE HERENCIA CAMPESINA

Julio César Corvalán Norambuena

Tengo las manos callosas y tengo quemada mi espalda
de haber cultivado mil rosas, en los campos de mi aula;
por los surcos de la vida, he podido labrar la esperanza.
Fui sembrando mil sonrisas, mil momentos, mil nostalgias.
En los campos cotidianos de las melgas más mundanas
cual hortelano de sueños, sembrando en mi mano, palabras.
Para aventarlas al tiempo, a los huertos de la infancia...
Soy sembrador del ensueño, que se forja en pizarras.
En el surco de la vida, sembré razones fundadas
para cosechar las doctrinas de campesinos que hacen patria.
Con pasión y sentimiento, con las manos que se hermanan.
Tengo las fuerzas callosas y tengo el alma sudada
por desmalezar en mi huerto, del sorgo, la cizaña
para injertar manos negras, donde solo hay manos blancas.
Soy sembrador de momentos, de vivencias y enseñanzas.
Es de herencia campesina la motivación que me embarga.
Tengo las manos callosas y en las venas tengo savia,
es la herencia más preciosa, que conservo en la mirada.
Tengo las manos callosas, de azadones y de palas,
con acentos lisonjeros en las alforjas de mi alma.
Tengo un piño de mis versos en los surcos de mi calma.
Ellos son como jilgueros en los valles de mi estancia.
Tengo las manos callosas de cultivar paz en mi patria
manos blancas y negras, manos negras y blancas.
Soy de herencia ranchera, soy de Chile y de su magia
donde se cultivan amigos, donde crece la esperanza.
Mi tesoro es patrimonio, de mis padres y su casa.

Soy de herencia campesina y tengo quemada la espalda.
Mis manos cultivan aromas de frambuesas en fragancias
de mil dulzuras que asoman, en la tierra y sus distancias.
Tengo las manos callosas de tanto y tanto regar plantas
para un corazón de sandía que florezca como dádiva.

Tengo las manos henchidas de trigo candeal en sustancia
como esencia de la harina con que amaso la confianza.
Tengo las manos teñidas, con la sangre legendaria
donde crece la alegría, entre cultivos de hectáreas.
Soy sembrador de ambrosía, un sembrador de palabras
para ver florecer la poesía, en los campos de mi aula.

47 años
Longaví
Tercer lugar regional

SIN AFRENTA CAMINA POR EL ALBA

Francisco Brayan Lagos Torres

De niño el trabajo irrumpió en tu camino
y tú lo tomaste sin desaliento.
Dejaste la escuela, lápiz y cuaderno,
para empezar a poner tus cimientos.

No hubo amor que a tu sombra sentaras,
ni amistad que parara tu mano,
más aún, la maleza sacara
un amo despiadado y profano.

Se te ve en cerros laborando,
con pellejos sucios y raudos,
y tu cara aún sigue soñando
con prados verdes y santos.

A tu espera ha salido el malhechor,
que con puño cerrado te espera,
con rabia, envidia y pudor,
derribarte la vida quisiera.

Te tira de espalda al barro,
y a tu cabeza aloja sus golpes.
Él quisiera subir a su carro
tu bondad y todos tus bordes.

Te paras todo enmarañado,
y tus ojos recobran los centros,
es tu pecho tapiz embarrado,
que no tapa todos tus alientos.

No hay amo que hostigue tu lomo,
ni luna que oprima tu sueño;
solo es el vil insensato,
y el repudio que va en su seno.

Tus años curaron heridas,
y tu cara refleja contenta,
las mañanas todas abatidas
y el suelo que ofrece una ofrenda.

El ente de tus descendientes,
hoy camina a ciudades enteras.
Olvidados ya están sus pendientes,
y parados sobre las aceras.

Con burlas y con desalientos,
tus hijos la boca se llenan;
bien vividos y con buenos hatos,
sacarte tus predios anhela.

Tu alma curvada se encuentra,
vestida de abrigo y sombrero.
Hoy llevas el arado y la rastra,
que alimenta al mal pordiosero.

Sin afrenta y con ojos al cielo,
ve y camina como buen forastero;
por ciudad, aldea y pueblo.
Revive plaza y sendero.

Ve y descansa hombre diligente,
ya reposa tus pies y tus brazos,
no vendrá el invisible valiente,
a robarte todos tus años.

PECADOS EN LA GRANJA

Yanette del Carmen Silva Silva

Las gallinas cacareaban
 molestas en el granero
 contra el gallo que alardeaba
 que era el rey del gallinero.
 Molestas en sí dijeron
 pongamos coto al caliente,
 seamos indiferentes
 cuando venga con sus ruedos.
 Después de firmar acuerdo
 fueron a comer trigo
 y la pava fue testigo
 de resolución tomada,
 y meditaba callada
 que esto no era normal,
 y a su compadre gallo
 todo se lo iba a contar.
 Al pasar algunos días
 el gallo andaba azareado,
 a causa no haber pisado
 andaba de malos modos.
 ¿Por qué seré tan castizo
 tan bonito y *agallao*?
 Si las gallinas no me agarran
 me opero y cuento acabado.
 Compadre, ponga atención:
 las gallinas en su ausencia
 armaron un gran acuerdo
pa' bajarle la pasión.
 Le recomiendo compadre
 vaya mirando *pa'l* lado,
 porque tengo bien clarito:
 ¡entre compadres no es pecado!

POBREZA CAMPESINA

Patricio René Ramos Poblete

Cuando el sol aún no nace en la cordillera,
el hombre está en el bosque con su herramienta.
Canta el hacha, y el eco lleva
un himno de esperanza, grito de guerra.

La fe del hombre de tez morena
nuevamente hoy será puesta a prueba,
porque a sudor y sangre hizo su camino,
así está escrito, por siempre, es su destino.

Dura la vida, dura la faena,
pero su corazón sereno, espera,
ya llegará la hora
la feliz hora de estar con ella.

Lentas las horas, lenta la espera,
nada cuenta, ni el sudor y menos el cansancio,
solo un poco de agua
y a seguir trabajando.

A su retorno lleva en su alma esperanza nueva
para entregarla al regazo de su compañera.
En silencio los dos solos han caminado,
siempre en la ruta del creador, siempre en su huella.

Él la tiene a ella, y ella a él,
para nadie cuentan, ellos no existen.
Así han vivido en el campo, abandonados,
pero llenos de fe, a los dos se han entregado.

Cuando la flor se abre a la primavera,
ellos también florecen junto a la tierra,
y todo lo que existe son sus hermanos,
y todo acarician con ruda mano.

¿Cuántos árboles el viento ha cosechado?
¿Cuántos sueños forjaron y que se perdieron?
¿Cuántas riquezas y bienes que nunca hubo?
¿Cuántas estrellas se han apagado en el firmamento?

¿Acaso existe un dios para los otros?
¿Será posible que la balanza esté tan cargada?
¿Por qué todo se entrega a los demás
y por qué a ellos no se les ha dado nada?

Tal vez algún día, el Cristo del amor ande por los caminos
que recorren la hembra pobre y su campesino,
y los vea en la cima de su cruel pobreza,
y les entregue la riqueza continuadora de un hijo.

Porque ni eso tienen estas almas solas,
pero se conforman con el rocío,
con el olor a flores, el ver las hojas
de los árboles, que de otro son el dominio.

En este hogar no hay posesiones,
apenas un jergón, apenas una mesa.
Pero la pieza está siempre tibia,
porque hay amor, porque hay nobleza.

Nadie entiende todo mejor que ellos,
ni siquiera aquellos que representan a Cristo,
porque solo en el poder piensan,
y abandonaron al predicador. Pero le rezan.

Solo en esta mesa Dios bendice,
el pan de la tierra y el agua cristalina,
y su voz es el susurro del viento,
que una llama eterna aviva.

Solo a esta ventana asoma el sol radiante,
puro, como antaño, de calor suave
y la brisa de la campiña trae olores
de tierra poderosa y también de flores.

Jamás de sus labios un reproche,
o una queja por su pobre vida,
ni penas que brillen en los ojos,
y que rueden lentamente en las mejillas.

Sin embargo, y a pesar de su pobreza,
abren sus brazos al llegar el nuevo día,
y con la fuerza que nace desde el alma
llenan su corazón de ternura y esperanza.

Rompe el viento la nube allá en el cielo,
y penetra el sol con promesas nuevas.
Ella está feliz por tener su compañero,
y él está dichoso porque la tiene a ella.

68 años
Coronel
Tercer lugar regional

UN CANTO DE NOSTALGIA Y OTRO DE TRILLA

Gloria Celinda Lepilaf Ñonque

“He aquí el surco y las semillas... con la esperanza que te conviertas en bodega”.

1

UN CANTO DE NOSTALGIA

En memoria de mis padres.

He bajado al huerto para dialogar con las cerezas,
 las lechugas aún conservan la frescura del riego de tus ojos,
 ondea la nostalgia entre los prados de noviembre,
 el café de trigo trae a la memoria la mesa entrañable,
 un mantel hilachento, la canasta con tortillas,
 el queso de res aspirando aire en la zaranda
 y la primavera plasmada en tu cotidiano delantal.
 Todavía te sueño, madre, y sigo creyendo,
 que las lluvias invernales son niñas que saltan juguetonas en mi patio
 y que tengo centenares de muñecas en el país de los maizales.
 Como retazos de nubes estivales los vellones se enredan en tus dedos
 y junto a ti el céfiro avienta cereales.
 ¡Tanta pasión colmaban tu cocina, madre mía!
 Tomates, ajíes, mermelada de mosqueta,
 la erupción del fogón, el té de chilco y un copihue pendiendo de tu pelo.
 Buscaste el trébol de cuatro hojas,
 mientras los cerdos se alimentaban de gualputas.
 De pronto, emerges del trigo como una araña, otras veces como langosta,
 celebrando la llegada de tu amado.
 Loica apasionada, avispa melosa, recuerdo como limabas
 las manos de mi padre con la suavidad de las hojas de maqui,
 mates conversados como dulces racimos cayendo de las bocas.
 Cuando los crepúsculos entintaban el cielo de Ñielol,
 volvías a casa padre mío, con tierra en las sandalias
 y una sonrisa fatigada, pero henchida de esperanza.

En tu espalda venía la lluvia, el viento, el frío, el sol...
 haciendo brotar semillas en el surco de tus manos
 y apilando sueños de cosecha en las pupilas,
 el sudor sacrificado olvidabas en la chupalla.
 Entonces un canto nacía de la chicha de manzana
 para conquistar a la abeja que te esperaba en casa.

2

UN CANTO PARA LA TRILLA

Para olvidar el sacrificio, el pobre canta,
 rasguñando algún charango o su guitarra.
 A la canción de moda le cambia algunas letras
 o trae a la memoria tonadas ya muy viejas.
 La hoz va dejando atrás las rudas cañas;
 los carros transportan los atados en la parva,
 en las espigas, se oculta más de alguna araña
 y entre las ramas de algún árbol solfea una cigarra.
 La cosechera se ha instalado en la planada
 es la trilla, para el pobre, la fiesta más preciada,
 aunque para celebrar, el pan ha conseguido,
 para el maquinista habrá cazuela y habrá vino.
 La maquila se llevó hasta la semilla,
 y el poco trigo que quedó irá para el molino,
 igual se dirá: ¡Qué buena fue la trilla!,
 porque habrá pan en la mesa de los niños.

49 años
 Lautaro

Segundo lugar regional

LOS DURMIENTES

Francisco Eladio Méndez Castro

La sangre roja del pellín salpica
a hombre y plantas con su savia;
se queda en piedras, en troncos
y rumbo al mar, corre con el agua.

Rendido a merced del artesano
y del hacha labradora arrogante,
va naciendo el rojo durmiente,
carne herida del roble gigante.

El durmiente llega al pueblo
a lomo sudoroso del overo,
en medio del barrial imposible,
y bravatas soeces del carrero.

Se fue quedando en vías,
en calzadas para el vecino;
fue haciendo transitable,
el otrora inhóspito camino.

También en basas o vigas
para el modesto poblador,
para el próspero comerciante,
muestra de su esplendor.

¿Fue riqueza para su hacedor?

Pagados con pesos o pulpería,
exiguo don para el campesino,
comida para esposa y niños,
o quizás, enajenante vino.

Fue ruda cruz, mortificante
de astas y lomos del overo;
fue risa de muchos en la ruta
acortando la ruta del carrero.

Fue extinción del bosque,
milenaria riqueza araucana,
despojo ruin y miserable
a la madre de la raza brava.

¿O es que acaso tú conoces
un maderero enriquecido?

Pero aquellos de carreta,
de salidas de madrugada;
de yunta sudorosa y sedienta,
de bota, a pleno embarrada.

Allí donde hubo montaña
y trabajo para el campesino,
hoy encuentras sequedad:
¡Al pellín le sobrevino el pino!

Hoy duermen los durmientes
en vías inútiles, y es muy cierto
que el hombre, ayer amigo del campo,
hoy levanta los ojos y ve un desierto.

47 años
Loncoche
Tercer lugar regional

UN PROFESOR RURAL EN LA CORDILLERA

Rubén Wilfredo Arcos Jara

En un estrecho valle, por entre roquedades,
rodeado de peñones, en plena cordillera,
compartiendo mi vida con cóndores y pumas
vivo allí enmontañado, a cargo de una escuela.

Soy profesor de campo, soy maestro rural,
solo una vez al mes yo bajo a la ciudad;
la noche es negra y brava, no paro yo de andar,
ya no importa el cansancio, lo importante es llegar.

Es la noche profunda con su espesa negrura,
camino por senderos rodeado de espesura,
el enorme silencio se matiza de lluvia
que se empapa en la noche y se sume en la hondura.

Y se empapa mi pelo y resbala en mi cuello,
la lluvia me golpea y se desliza en mi cara
y mis torpes zapatos se hunden en los charcos
y el sudor con la lluvia se funden en mi espalda.

Con mi poncho y linterna voy camino a Liquiñe,
me desplazo a través de la cruda soledad;
el foco se me empaña, lo limpio con el poncho
y mis pasos prosiguen venciendo el vendaval.

El tortuoso camino serpentea entre rocas,
en plena cordillera se abre paso al confín;
a un costado se elevan las rocas, verticales,
y al opuesto: el abismo, a las profundidades.

Oigo el agua que cae por los acantilados
y el viento que se estrella contra el muro rocoso,
las vertientes de lluvia que ya me han empapado
se deslizan cantando hacia el negro forado.

Soy profesor de campo, soy maestro rural
y desde la frontera camino a la ciudad,
la entrega y sacrificios sí bien valen la pena
por todos esos niños que debo yo enseñar.

68 años
Panguipulli
Segundo lugar regional

UNA CARICIA A MI NIÑA

Jenifer Kattia Novoa Álvarez

Las manos tan gruesas,
tan toscas,
mientras mi niña llora, sufre,
se marchita
por mi ausencia.
Soy su mamá
¡y es tan chiquitita!

No la puedo acariciar,
¿cómo podría hacerlo?
Me escondo en las sombras
de la madrugada,
mi niña, sufre, llora
mientras me voy a trabajar.

Mis manos tan gruesas,
tan toscas.
Hoy voy a labrar sin descanso,
porque quiero acariciar a mi niña.
¡Y no puedo!
¡Y es tan chiquitita!
¿Cómo podría hacerlo?

Mis manos que se funden con la tierra,
tierra con piedra,
tierra áspera,
tierra estéril.

Quiero acariciar a mi niña,
quitarle la lágrima de su mejilla.
Pero arar su rostro
es desbordarla por el dolor,
por estas manos gruesas,
por estas manos estériles,
por estas manos secas y envejecidas

sobre su suave piel de niña,
mi niña.

Mis manos que trabajan la tierra,
que hacen crecer flores,
que ayudan a dar la vida,
solo muerte, desolación
en una caricia a mi niña.

28 años
Valdivia
Tercer lugar regional

INVIERNO EN DÉCIMAS

Jonathan Alexis Alvarado Velásquez

Al trinar de la venteada
 se nos viene el aguacero
 que se arranquen los sombreros
 y las viejas mal peinadas.
 Se nos viene la mojada
 anuncia un sauce llorón
 'ta llegando el ventarrón,
 el invierno prematuro.
 Atrincarse los seguros:
 ¡vivimos en Puerto Montt!

Ya conozco lo restante
 gaviotita mentirosa,
 si de barro y de poza
 está hecho mi semblante,
 soy un guarén con aguante
 criado de costanera
 no me asustan ventoleras
 en el sur no queda otra:
güena manta y *güenas* botas
pa' aguantar lo que te espera.

'*Tamos güenos pa'* unos mates
 mi viejita *recufufa*:
 que preparen las estufas
 chapaleles y demases,
 'tan sonando los compases
 goterones y goteras
 las tortillas en braceras
 animando en la *custión*
 y oiga usted, no sea *tontón*,
 ya, sírvase la primera.

Un ulmo le gritó al cielo:
“ya, que se largue de una vez”.
“No sufrimos por estrés”,
contestaron los canelos.
“Se nos vienen los desvelos”,
replicaron los pelines,
que se afirmen “los Martínez”,
los curitas y las beatas
amarrarse de las patas
que se vuelan los *churrines*.

29 años
Puerto Montt
Primer lugar regional

CONOCIMIENTO CAMPESINO

Yenny Cecilia Álvarez Valenzuela

Los cercos de madera helada,
el sol apareciendo tras el volcán dormido,
el pequeño estero pariendo luceros
y el rocío volando en estelas,
atestiguaban tus labores al alba.

Los árboles te alimentaban,
prodigaban su mejor fruto.
Con sus ganchos extendidos
acariciaban tu sombrero.

Los animales comenzaban sus cantos,
esperaban tus onomatopeyas
para salir del arca, uno a uno.
El caballo reía con tus caricias firmes,
la vaca tranquila te pedía manzanas,
el cerdo bañarse en el charco
y los gallos ganaban tu aplauso
bailando su cueca sola.

Todo tú lo observabas:
el esfuerzo del gusano huyendo del queltehue,
al escarabajo mutando en el tronco podrido,
a la hierba medicinal naciendo entre caídos pastos,
las cerezas entintando las bocas de los niños.
Para ellos recogías pinatras y callampas,
y les mostrabas misteriosas orugas en metamorfosis.

Asistías cada clase de alumbramiento:
ovíparos los gansos,
vivíparos los terneros.
Curaste a uno lesionado al nacer
en un hospital de paja.

Con el arado escribías los días,
acentuabas la tierra con semillas
y las líneas de tu frente
narraban tu esfuerzo cotidiano.
Críticos de tu obra fueron
los álamos que plantaste en arboleda
y las ranitas mutando
en el charco de junquillos.

Jugar del ocaso,
cuando todos los seres se dormían
cantabas al cielo tu alabanza
y al llegar a casa leías tus noticias:
los manzanos ya están en flor,
las hortalizas de la huerta crecen a buen ritmo.
Regalo para la amada, la mejor ciruela.

Campesino, te veía de lejos
cuando llegaba desde la ciudad al predio.
Abrigabas el mundo frío de los ciclos con tu manta,
por horas dialogabas con tu paraíso.
Tu trabajo desconocido, tedio me parecía,
hoy lo estimo sabiduría y ciencia.

40 años
Puerto Montt
Segundo lugar regional

LOS VECINOS DE MI INFANCIA (PARTE I)

Juan Neftalí Almonacid Vargas

Con voz potente y melodiosa
le cantaba al Padre Dios todopoderoso
en el ático de la santa Iglesia.
Entonaba coros este hombre generoso,
don Roberto en su bautismo,
le llamaron a este tenor talentoso.
Declamaba loas a lo divino
y a los benditos versos religiosos
su impronta dejó en el camino
este humilde servidor
que en la isla lo recuerden
como su ángel trovador.

Limpiaba la tierra del campo
para sembrarla con dedicación.
Esta laboriosa mujer campesina
vivía en la hermosa isla de Tabón.
En lancha viajaba al pueblo
cuando la semilla maduraba
su canasto de verduras portaba
para ganarse el sustento en forma honrada.
Nunca supe su nombre
Virgencita de Carmen la apodaban,
su figura emerge desde los confines de la aurora
como una suave brisa saludando la alborada.

Con estirpe de duros pescadores
Cahuito y Casiso en su chalupa remaban,
brazada tras brazada
transformaban al océano en su extensa morada.
La mar, allí donde mi abuelo desapareció
turbulenta masa de agua que se lo devoró,
donde tantos peces han servido de alimento
a generaciones que construyeron al pueblo con talento.

Casiso y Cahuito de tormentas eran expertos.
Con viento y oleaje se hacían día a día mar adentro
pescadores que con sus herramientas artesanales
hicieron de la pesca su oficio en los canales.

Estaquillados o cosidos eran las técnicas por él utilizadas:
los zapatos y chuteadores don Nita, así los fabricaba,
con hormas de madera distintas formas y tamaño les daba
cuero, badana y suela los materiales que el zapatero usaba.
Con media suela y tacos también los remendaba
con paciencia y dedicación como nuevos los dejaba,
para que la gente modesta su dinero ahorrara,
pues la vida en la isla era muy sacrificada.
Además de zapatero era muy hábil con el balón
cuando ser buen futbolista no era una profesión,
pero sentía el orgullo de estar en la selección
para representar a Calbuco en toda competición.

Se acercaban las inolvidables Fiestas Patrias:
vamos a comprar trompos donde don Pedro Picaca.
Distintos modelos con su torno diseñaba
este juguete que a los niños encantaba.
Sin formación académica, por beneficio
fue un creador de su propia escuela de artes y oficio,
era un pionero que la madera trabajaba.
Para la ocasión, también emboques fabricaba.
Los camiones en Navidad eran regalos apreciados
con delicadeza construía cada pieza del ensamblado.
Este artista de la vida, un gran artesano
hizo vibrar de alegría al humilde calbucano.

EL VESTIDO DE LA MURTERA

Hardy Johans Cuyul Cuyul

Oh, Murtera,
con tu recipiente sales
después de los mates,
a buscar aquel oro colorado
que será sustento para tus chicos
y sus estudios allende el poblado.
Con frío trabajas,
pero no te importa,
porque eres mamita
y mantener a tus niños es tu deber sagrado.
Cuidado con el barro, Murtera,
que puedes perder pie
y caerte en el frío arroyo.
¡Ja!, ríes,
¡soy Murtera vieja,
para caer en esos simples escollos!
Has encontrado un murtal repleto:
de lápices para los chicos,
de zapatos para el liceo,
del camión para el *quepucho*¹²,
y ese murtal posee, también
¡ese vestido burdeo!
Pero mientras las tomas, alegre
pensando en qué harás
con tu oro colorado,
se te cae el tacho lleno.
¡Por Dios, Murtera!
¿Cómo pudo haber pasado?

¹² Quepucho: hijo menor de una familia (nota del autor).

Las recoges encuitada
y yo te ayudo desesperado
recogemos los lápices,
recogemos los zapatos,
hasta recogemos mi camión,
pero tu vestido,
¡oh, esforzada Murtera!
Tu vestido en la tierra
se ha quedado.

13 años
Chonchi
Mención especial del jurado

LA BANDURRIA Y EL CAIQUÉN

Lorena Andrea Villagrán Mendoza

La bandurria contra el caiquén
competía por un humedal,
pensando que era un pidén
lo echó de su pajonal.

“¡No te acerques a mi querencia
ya tiene dueña este matorral!”
el caiquén con indiferencia
siguió picoteando en el juncal.

Contrariada la bandurria
por la falta de cortesía
vuela hecha una furia
a donde el caiquén comía.

“¿Por qué te comes mis gusanos,
pidén de escasa prudencia,
no sabes que este terreno
es parte de mi noble herencia?”

El caiquén la mira sorprendido
al ser acusado de salteador.
“Señora estoy muy ofendido,
yo no soy un usurpador.”

“Permítame que le explique,
me confunde con el pidén,
ese es de pantano y estanque,
mi nombre es avutarda o caiquén”.

“Mi pico corto es mi boca,
piénselo usted un momento,
el pasto, semillas y fruta
son mi ansiado alimento”.

“El suyo es largo, gris y curvo,
busca larvas y cuncunillas
se hunde en la tierra y el lodo,
terrenos húmedos y lagunillas”.

La bandurria frena su enojo,
al caiquén no conocía,
lo observa con su ojo rojo
y le dice con simpatía:

“Con egoísmo he actuado,
perdona noble caiquén;
debemos disfrutar juntos
los humedales de Aysén”.

48 años
Aysén
Primer lugar regional

LAS REINAS USAN BOINA

Bastián Ignacio Vásquez Godoy

La alborada se escurre tras mis persianas
 crepita la escarcha de mis pupilas que se contraen
 los rayos de sol evaporan recuerdos que se quedan tras mi retina.
 Recuerdo días lejanos en los cuales mis mejillas ardían
 al rojo vivo como un par de diminutas frutillas silvestres,
 teniendo como semillas un puñadito de pecas sureñas.

Es el primer sorbo de un mate amargo el que me devuelve un poco de ese lejano rubor
 es el mate el que me quita el pinta labios color calafate del señor frío.
 Observo la ventana y en la cruz de madera que divide la visión.
 Vislumbro en cada recuadro, una por una de las estaciones de este planeta:
 las nubes galopan, a través de ellas
 con la velocidad que solo el dueño de estas tierras confiere:
 es el indomable jinete del viento, es *Elal*¹³.

Veo en el recuadro superior el verano.
 Veo en el verano la felicidad radiante de mis hijos al encontrar tras días de espionaje
 el nido de la gallina clueca.
 Veo en el otoño la higuera que asa las hojas del ñire
 de la cual se alimentará la avergonzada cordillera,
 de la cual me alimentaré para siempre, a través de mi insaciables parpados.
 Veo el invierno y sus témpanos con grietas profundamente azuladas por lo años.
 Me jacto de mis grietas por las cuales han pasado y no pocos dragones de la Patagonia.
 Dragones que se escurren azulados
 en los hielos de la nostalgia y soledad.
 Al pensar en mis hijos internados en sus escuelas,
 al pensar en mi estanciero marido,
 al pensar en mi sentimiento de esperanza que se ve aplacado
 por el manto sepulcral de la nieve.
 Veo finalmente a la primavera reflejada en las margaritas de mi hija,
 al comprobar que el mate es dulce.
 Esta felicidad genuina es la que me estremece,
 como el rugido de un puma sobre la montaña

¹³ Elal: héroe de la mitología de los Tehuelches (nota del autor).

espantando mi sentimiento de soledad
derritiendo mi nostalgia atrapada
en las curvas de mis rulos.
Y en este ambiente de extremos ambientales y emocionales
es donde en una inconmensurable paz, fluctúo.
Fluctuamos.

Yo,
mi madre y mi abuela,
las miles de mujeres que separadas por montañas,
ríos, bosque, pampa y coirón,
somos la primera estrella de la noche,
aquella que ilumina incondicionalmente el eterno firmamento.

Somos el útero madre de cualquier río,
el manantial primigenio de la vida,
que nutre hoy las venas inmaculadas de esta trapananda viva.

Somos el firme abrazo cordillerano que da calor
a través, del mate cebado con amor acompañado de tortas fritas en grasa.

Somos las protectoras de este mundo
en el cual los gansos día a día despiertan ilusos
pensando que pueden volar.
En donde las ovejas son la nieve del verano,
pero sinónimo de calor en invierno.

Somos las reinas
que utilizamos boinas en vez de coronas,
las que protegemos este tesoro del fin del mundo,
llamado Patagonia,
con la misma fortaleza y amor
de una verdadera madre puma.

Carreta, carreta vieja
viajera, leñera, vasija de estrellas.
Mal carretero, él
atrasado en llevar a ella.

Sobre circunferencias de madera
arrea sueños, sueña ella
carretero lento, bajo el sol de invierno
viajero contento, cantando a la luna llena.

La carreta como al carretero
andando, silbando, todos los sueños
acarreando sudor y amor
el campo y ellos, esperanza.

¿Quién espera, al piloto en su nave de madera?
¿Un amor roto? ¿El silencio tosco?
Vaso de vino vaciado lento
con la mano del corazón.

Amanecida y gallinescas campanadas
cantan al nuevo día.
La carreta, el trotón esperan
al hombre ancho que cultiva.

Bajo luna de invierno
bajo el ardiente sol de verano,
gota lenta, gota de sudor
se desliza como río bravío.

Tierra, vida, se gesta el amor
avanza trotón amigo
sembrados los años, ya están.
Hora es de cosechar
trabajador callado, Roberto el caballo.

Cargada hasta la tuza, la veterana.
Sus huesos hechos de árbol
son fuertes como piedras,
carreta vieja y lenta.

Por allí volando viene la Rayen
sobre el campo, la extensa hierba
a los tobillos del pingo Roberto,
derecho la chica con alas, ella.

Dios, no fui muy lejos para conocer belleza.
Alguna vez, sí faltaron las fuerzas,
pero tengo a Roberto el caballo,
a Rayen, mi perra.

Mis deseos, anhelos,
mi campo, tierra que sueña,
mi caballo, mi perra que vuela,
la carreta vieja.

37 años
Coyhaique
Tercer lugar regional

Ella urdía el mimbre fino
detrás de un nocturno velo.
Ella hizo copos de cielo
con la textura del lino.
Ella se hizo remolino
en las crines coloridas.
Hizo gemas esculpidas
en trozos de piedra azul
y adornó el poncho y el tul,
con pincelazos de vida.

Ella frente a su telar
se desgranó en filigranas,
trasvasijando en las lanas
hasta las risas del mar.
El sol se dejó bordar
como un ancestral anillo,
y la luna fue un ovillo
que se deshizo en destellos,
junto a los tonos más bellos,
del copihue y el potrillo.

Hizo y deshizo la luz
y los oscuros matices.
Armó cielos y raíces
el monograma y la cruz.
El tiempo la vio a trasluz
trenzando un hilo escarlata,
y en una manía innata,
viendo esos dedos tan bellos,
le bordó blanco el cabello,
con sus agujas de plata.

Tan mágica, tan preciosa,
tenía una estrella cautiva,
y la primavera altiva,
elegante y hacendosa,
tejedora laboriosa
de florestas en los llanos,
chasqueando dedos livianos,
justo frente a su ventana,
se la llevó una mañana,
porque envidiaba sus manos.

50 años
Punta Arenas
Primer lugar regional

PARA UN HUMILDE TRABAJADOR DE MI PATRIA

Alexander Antonio Santander Olate

Esta es la historia de un humilde obrero
que partiéndose el lomo de la nada surgió.
Tuvo infancia marcada por sistema opresor,
verdad triste que mi Chile en sus campos sufrió.

Primogénito hijo de diez noches de amor,
la crianza de hermanos como hijos tocó.
Del trabajo de la tierra conocimiento sudó,
junto a la yunta de bueyes lo esencial cultivó.

De su forma de ser fue su padre mentor,
transmisor de principios y astucias que hoy,
cuando puede agradece a quien es su gran amor
el que hincha de orgullo su fuero interior.

Desde niño el trabajo fue de él adicción,
el que a combo y a fierro su cuero curtió.
En la tierra y la mina la sangre brotó
en la altura, en la estepa y donde mande, patrón.

De extremo a extremo, de mineral a mineral
de cerro Pascua en la altura a Patagonia y su mar,
costa afuera y las tierras que manchadas están
con la sangre del indio que olvidado vio dar,
la vida de muchos por tratar de sortear
los vientos, la lluvia y el bravío mar.

Bajo el farol de los pobres y tras la 5 Sur avanzar,
por Cuatro Esquinas subiendo un gran cerro verás,
el cual la Historia recuerda por los muertos que hay
cerro Grande, o Fraile, como él le suele llamar.

Arrayanes pintados por Pablo Burchard,
pintor cuyo nombre al pasaje le da.
Domingo es su abra y Chumingo su chapa,
Santander y Miranda y como él mismo se llama:
“Un humilde trabajador de mi patria”.

Lugar donde el herrero del mundo
azotó con más fuerza su martillo,
el viento.

Maestra del equilibrio
derrochadora de planicies
confidente de las tempestades.

El primer relámpago
quebró el espejo de tus lagos
ahora portales del cielo.

Gran madre,
nada osa elevarse ante tu presencia,
todo crece abrazándote
protegiéndote en forma de enredadera .

Panal de coirón
tú eres la reina,
tu respiro es mi respiro,
tu frío es el frío,
tu pensamiento la vida.

De noche, recibes a todas las estrellas
con tu vestido blanco,
el silencio y la luna orquestan la velada,
el crepúsculo te observa
y comienzas a desnudarte
lentamente.



Me lo contó mi abuelito



EL PESCADO DE CARMELITO

Valentina Estrella Gajardo López

En nuestra localidad, cuando cae la nieve suele cortarse la energía eléctrica, ya que los árboles en sus ramas acumulan esta nieve, y al ponerse pesada cae en los cables provocando sucesivos cortes en la dura época de invierno.

Fue entonces cuando a la luz de las velas empezamos a contar historias, aprovechando que se encontraba una tía abuela que tiene tantas historias que fácilmente podría escribir un libro.

Cuenta la historia que hace tiempo existía un caballero llamado Carmelito Martínez, un lugareño que vivía en el valle del Venado de Vilches, un lugar bellísimo de nuestra localidad, que atrae a muchos turistas de todo Chile y el mundo entero durante todo el año.

Entonces, contaba mi tía, que Carmelito salía a caballo a recorrer el campo que conocía como la palma de su mano. Llevaba el control de todo su ganado: chivos, ovejas y vacunos. Él vivía de eso: mataba estos animales, los faenaba, vendía o cambiaba la carne por otros productos. También obtenía leche, lana y cuero. Así se desenvolvía durante los duros días de lluvia. Pero este invierno, como había llovido y nevado tanto, no había suficiente pasto para los animales que se encontraban más bien flacuchentos. Por lo tanto, debían ser precavidos con la carne para el consumo.

Entonces Carmelito, en una de sus andanzas, llegó a una parte que le llamaban Isidro y que naturalmente pertenecía al valle del Venado. Es aquí donde descubre un pozo con agua y en ese momento, se encontró algo inesperado. Carmelito estaba frente a un pez, pero no era un pez común y corriente como estamos acostumbrados a ver. Este era enorme, medía aproximadamente dos metros con ochenta centímetros y era muy pesado por lo demás. Pensó rápidamente en la forma de sacarlo de ahí. Obviamente no lo podía sacar con su caña que era bastante endeble para ese gigante animal acuático. Por lo tanto, para sacarlo de ahí, lo laceó. Luego, no tuvo otra opción que matarlo con su cortapluma que lo acompañaba en todos sus recorridos.

Es aquí cuando ocurre un suceso tragicómico: el pescado ya muerto, Carmelito lo echó al macho por delante y al macho se le fue de punta. Posteriormente se lo echó en anca y el macho se le cayó el pote. Así que este hombre se bajó y echó el pescado arriba del macho en la montura y le arrastraba la cabeza y la cola. Finalmente, llegó con el extraño animal acuático al valle del Venado, después de mucho andar.

De esta manera, Carmelito compartía su rancho con un caballero cuyo apellido era Valdéz. Grande fue su sorpresa cuando lo vio llegar con ese enorme pescado que, no pensándolo dos veces, ambos lo charquearon y tuvieron carne seca para todo el invierno.

Como recuerdo de la gran hazaña, el esqueleto del pescado lo pusieron de puente y la cabeza era la puerta. Así, cada vez que alguien lograba llegar al rancho, Carmelito contaba todas las peripecias que pasó con ese enorme pescado y el sabor único que jamás volvieron a probar estos dos hombres del valle del Venado.

11 años
San Clemente
Región del Maule
Primer lugar nacional
Primer lugar regional

DESDE LAS SOMBRAS DE UN ÁRBOL

Juliana Antonia del Río Burgos

Algunas personas dicen que el amor y la amistad nacen de los ríos. Otras dicen que del aire o del viento. Pero yo digo que el amor nace de los árboles. Esta historia me la ha contado mi abuela y sin ella, no hubiera conocido las sombras de este árbol. Todo ocurrió una tarde cualquiera, a cualquier hora, de cualquier día, en las sombras del recuerdo.

—He conocido a un hombre que ha venido del sur y me ha contado que el abuelo de su abuelo fue amigo de un tigre. —Estábamos a la sombra de un árbol, una gran araucaria, que al igual que yo, oía las historias que narraba mi abuela.

Mi abuela, por muy anciana que estuviera, aún tenía la capacidad de posarse debajo de un árbol para conectarse con las historias que ella misma relataba para mí y para el silencio que llenaba las brisas del viento de toda tarde de primavera.

—¿Amigo de un tigre? —repetí dudosa en voz baja. ¿Cómo hizo ese hombre para ser amigo de un tigre, abuela?— pregunté.

—El abuelo de su abuelo era un guerrero mapuche —acotó y comenzó a narrar—. Una vez, al final de una batalla contra varios grupos de soldados blancos, quedó del lado del enemigo. Varios días estuvo oculto entre los pastos y ramas de un bosque, sin hacer ni un solo ruido, mientras observaba hacia la lejanía la batalla entre su pueblo y los desconocidos que habían llegado a atacarles con armas y objetos que nunca habían visto antes. Una tarde el silencio había regresado. Se levantó del lugar donde descansaba y miró hacia todas partes, y no halló a la vista ni guerreros mapuches ni soldados blancos, ¿se había salvado? La tranquilidad que él veía, le hacía creer que sí, pero aún estaba muy lejos de su gente.

—Caminó todo el día entre los cerros y bosques nativos —agregó mi abuela, luego de tomar un gran respiro—, ese olor a tierra le hacía recordar a ciertos días cuando iba con su familia hacia los bosques a recolectar quiñones, y otros frutos abundantes de su zona. Él extrañaba todo eso, deseaba solamente ir por el camino correcto. A la noche seguía en tierras desconocidas. De repente, en la oscuridad de la luna, vio dos luces pequeñas, pensó «de seguro debe ser gente que ha prendido fuego», él creyó que se trataba de su pueblo y se alegró por un instante, hasta que enseguida se dio cuenta que tales luces amarillas se trataban de los ojos de un tigre. Estos se acercaban cada vez más y más, entonces sintió tanto miedo por la soledad que traía, que se largó a llorar.

— ¿Y qué pasó después, abuela? —a ese punto de la historia, esta me había consumido totalmente y solo quería seguir oyendo sobre ella.

— No todos los tigres son malos, hija. Existen tigres buenos, como este. El tigre se detuvo, y el hombre recordó las historias que le había contado su abuela, de cuando los animales y las personas eran amigos y compartían juntos. El hombre lo acarició, y el tigre lo miraba confiadamente, en ese pequeño lazo de tiempo se había formado una confianza mutua desde las sombras de un gran árbol. “Peñi Nahuel¹, no me hagas daño, por favor”, le dijo el hombre mapuche a su hermano tigre. El tigre, lo miró fijamente y asintió con la cabeza hacia un lado, como si hubiera comprendido lo que le había dicho el hombre. El animal comenzó a caminar, y el hombre lo siguió. Caminaron toda la noche, el hombre estaba un poco nervioso, ya que en cualquier momento el tigre lo podía desconocer y lo podía atacar. A la vez, viciado

¹ Peñi Nahuel: hermano tigre en lengua mapudungun (nota del autor).

por el ruido de las ramas al ser pisadas por el tigre que caminaba delante de él. Cuando aclaró continuaron caminando. Por la noche, el tigre le buscó un refugio en el hueco de un pehuén, mientras él tomaba el cargo de guardia arriba de las ramas del árbol. El tigre cazó para el hombre, comieron y compartiendo la comida, hicieron carreras de correr, y se revolcaban en las riberas de los ríos. El tigre se dejaba hasta acariciar. Una tarde se acercaron a la cordillera. El hombre percibió que el viento traía el humo de las fogatas de su gente. Esa noche durmieron como lo habían hecho durante todo el camino, pero a la mañana siguiente, el tigre había desaparecido, y aunque el hombre lo buscó durante unas horas, este no apareció por ningún lado. “¡Gracias Peñi Nahuel!”, gritó el hombre, y gracias al viento, el mensaje llegó hasta los oídos del tigre.

Aún recuerdo aquella tarde en la que mi abuela hacía memoria de su vida y yo aprendía de ella entre las sombras de un árbol.

Ahora me encuentro a las sombras de un árbol provocadas por la luz de la luna y a la lejanía, se acercan dos brillosos ojos amarillos que me miran fijamente entre la oscuridad.

—¿Peñi Nahuel, eres tú? —gritó hacia el vacío.

12 años
Arauco,
Región del Bío Bío
Segundo lugar nacional
Primer lugar regional

EL GIGANTE DE PINTE

Sebastián Ignacio Ochoa Pastenes

Benjamín Herrera Campillay es conocido como el Gigante de Pinte. Se cree que nació en Chigüinto, posiblemente el año 1895, hijo de Eleodoro y sobrino de Emeterio y Epifanio Herrera.

Con respecto a su lugar de origen, así como a su fecha de natalicio, hay muchas especulaciones. Nunca fue inscrito en el Registro Civil, sin embargo conocemos la fotografía que acompaña a estas palabras, dándonos la certeza de que en realidad existió. En el reverso de esta fotografía se nos informa que era natural de El Tránsito, que tenía 24 años y medía dos metros y treinta y cinco centímetros. La figura de esta persona con el tiempo se ha transformado en una verdadera leyenda. Cuentan que alrededor de los diez años se le declaró acromegalia, enfermedad que consiste en la excesiva producción de hormonas del crecimiento en la hipófisis, lo que vulgarmente se conoce como gigantismo.

Sobre su vida se sabe muy poco. Unos dicen que la mayor parte de su existencia la vivió en Alto del Carmen, como en la Jarilla y Pinte. Ocasionalmente bajaba a la ciudad de Vallenar, lo que ocasionaba gran curiosidad, incluso se asevera que en el mes de mayo de 1913, a beneficio del Hospital Nicolás Naranjo, habría sido presentado como una curiosidad en el Biógrafo Anglo-Chileno. Otro de los comentarios que rayan en el mito es que cada día se tomaba un balde de leche.

También se comenta que en 1920 habría fallecido en Vallenar, a la edad de 25 años y con una estatura de dos metros cincuenta centímetros. Verdad o leyenda, lo que sí es real es su sepultura, en el patio 1, pasillo 2 del Cementerio General de Vallenar.

Dicen que casi todos quienes visitan su tumba en el camposanto de esta ciudad, nunca dejan de colocarle alguna flor a Benjamín Herrera Campillay, el ya legendario Gigante de Pinte.

12 años
Vallenar
Región de Atacama
Tercer lugar nacional
Primer lugar regional

EL ZORRO Y LAS PAPAS DE ISLUGA

Antonia Montserrat Varela Carvajal

Mi abuelito me contó que hace muchos años atrás, antes de que los hombres caminaran por la pampa y el desierto, los animales hablaban. Y no sólo eso, hablaban y se ayudaban.

Así fue como el zorro, conocido por su astucia, con toda esa hambre encima y sin saber cómo conseguir algo para echarle a sus tripas, puso su oído en la tierra y escuchó algo moverse. «¿Qué podría ser?» se preguntó el zorro. De pronto, desde un socavón en plena pampa, salió desde el fondo un *jukumari*². Su pelaje era muy blanco y con los ojos manchados de pelo negro. Los lugareños cuentan que su color de piel se debe a que el *jukumari* se escondió por años del Tata Inti³ y que alguna vez fueron hombres, que se alejaron de sus tribus y comieron sólo papas y quinua, volviéndose fuertes y grandes.

El zorro se acercó temeroso y le habló:

—*Kunamasjta*⁴ *jukumari*. ¿Puedes decirme dónde puedo buscar alimento?

El *jukumari* lo miró de reojo y no respondió. El zorro insistió y preguntó de nuevo, pero con voz más fuerte esta vez. El *jukumari* resopló y le dijo:

—Necesitas semillas para cultivarlas. No pasarás un invierno sin semillas de *juyra*⁵ y *chuq'e*⁶. Yo sembré papas en invierno pasado. Lo mismo deberías hacer tú. Morirás de hambre si no cosechas.

El zorro sintió sus entrañas gruñir.

—Necesito comer ahora y no hay nada en toda la pampa —respondió triste el zorro—.

—No puedo ayudarte —dijo el *jukumari*—. Ya me comí toda mi siembra y voy a hibernar ahora. No saldré hasta el próximo retorno del sol. Pero ve al río y habla con la ninfa que ahí vive. Tal vez, ella pueda decirte donde encontrar comida.

El zorro caminó muchos kilómetros hasta el río y se demoró días en llegar. Y ahí llamó a su ninfa quien apareció hecha toda de agua, incluso la bella corona que adornaba su cabellera también de agua.

—Ninfa del río, soy el zorro. No tengo qué comer y el hambre me consume. Dice el *jukumari*, que tú me puedes ayudar.

La ninfa le respondió:

—Todos mis peces han sido entregados a otros animales, incluso al hombre. Sólo quedan huevos, que serán los próximos peces y deberán crecer. No puedo dártelos. Anda a hablar con el Tata Jach'ura⁷, que es el gran cerro que se encuentra allá lejos, donde se esconde el sol.

El zorro, con su última fuerza, caminó hasta el gran cerro y logró subirlo. Demoró muchos días más, tal vez semanas. Ahí, arriba del gran cerro llamó al Tata Jach'ura y le explicó su problema:

² Jukumari: oso andino en lengua aymara (nota del autor).

³ Tata Inti: dios Sol en la mitología inca (nota del autor).

⁴ Kunamasjta: saludos en lengua aymara (nota del autor).

⁵ Juyra: quinua en lengua aymara (nota del autor).

⁶ Chuq'e: papas en lengua aymara (nota del autor).

⁷ Tata Jach'ura: cerro de 5.269 metros, ubicado en la pre cordillera tarapaqueña (nota del editor).

—No puedo ayudarte zorro. Todas las semillas que tenía enterradas en mi interior, se las entregué a la Pachamama⁸. Ella podrá ayudarte. La encontrarás en los bofedales. Ve con ella.

El zorro durmió y luego emprendió su viaje. Tardó unas semanas más y llegó a los bofedales donde descansaba la Pachamama toda cubierta de hierbas y corría tras unas llamas bebés para alimentarlas.

—Madre Tierra —dijo el zorro—. Necesito comida. Tengo hambre y nadie ha podido darme de comer. Ayúdame.

La Pachamama extendió su mano y le dio quinua. El zorro comió desde su mano y sintió como volvían sus fuerzas. Bebió agua y luego pidió un poco más. Agradecido estaba por irse cuando la Pachamama le preguntó de dónde venía.

—Vengo del valle —respondió el zorro.

—Entonces regresa a él, porque el *jukumari* ha sembrado papas para ti antes de ir a dormir y con lo que demoraste en venir aquí y lo que tardarás en regresar, esas papas estarán listas para ser cosechadas. Aprende a hacerlo bien y cada invierno tendrás comida, zorro.

El zorro escuchó feliz y volvió a su hogar donde la tierra le anunciaba a través de unos bultos, que ahí se escondían ricas papas para hervir y comer, pero sobre todo para aprender a cuidarse por sí mismo.

El animal aprendió a hacerlo y pronto el valle se hizo pequeño y debió continuar sembrando más y más arriba, en el altiplano, hasta Isluga, y esos cultivos, en los que la papa crece generosa, no dejaron de reproducirse sin temor al calor o al frío, hasta el día de hoy.

10 años
Alto Hospicio
Región de Tarapacá
Premio especial Pueblos Originarios
Primer lugar regional

⁸ Pachamama: Madre Tierra en la mitología inca (nota del editor).

EL PADRE INTI

Belén Nicol Mestas Medina

Cuando el mundo vivía en la oscuridad, era gobernado por Supay⁹, existiendo solo el tormento y la muerte. En el momento que Viracocha¹⁰ sintió el sufrimiento de la Pachamama¹¹, decidió enviar a su hijo Inti¹² enviándole en una estrella fugaz con la misión de derrotar a Supay.

Cuando Inti llegó a la Tierra, vio con mucho dolor y pena el sufrimiento de la Pachamama y de los humanos que había. Empezó a mostrarles la luz, cómo cuidar la tierra, cómo cultivar, cómo aprovechar los recursos que brindaba la Madre Tierra y cómo defenderse del Supay.

Supay al darse cuenta que Viracocha envió a su hijo a derrotarlo, se puso furioso. Se presentó ante él y le dijo:

— ¡Vete de mi reino y no sufrirás mi ira!

— ¡Mi padre Viracocha me ha enviado a derrotarte, porque en mi destino está salvar este mundo y liberarlo de tu maldad!

— ¡Eres muy ingenuo al creer que me vencerás! ¡Estás advertido!

Y Supay desapareció entre las tinieblas. Inti fue en busca del escondite del Supay y en el camino se encontró con los gigantes que resguardaban el corazón de la Pachamama. Y los gigantes creyeron que era un invasor. De este modo empezaron una batalla con Inti. Cuando en ese momento apareció Hatun Apu¹³, general de los gigantes, deteniendo la batalla.

—He recibido el mensaje de la Pachamama —dijo Hatun Apu— y me dijo que tú eres hijo de Viracocha y que venías a ayudar. ¿Es cierto eso?

—Sí, es cierto —respondió Inti—. Mi padre Viracocha me ha enviado a poner fin al sufrimiento de este mundo.

—Si tus palabras son verdaderas —dijo Hatun Apu— necesitas ayuda. Hunde tu lanza en la tierra y mi ejército surgirá.

—Así lo haré, ¡gracias!

Inti siguió su camino en busca del Supay. Caminó por mucho tiempo dando esperanza a los humanos que encontraba en el camino. Se detuvo en un lugar donde había paz y tranquilidad. Cansado se quedó dormido. Al despertar levantó la mirada y quedó maravillado por la belleza y la armoniosa voz de una joven que le preguntó:

—¿Qué haces dormido en este lugar?

—Solo descansaba un momento antes de seguir mi camino en busca del Supay.

—Mi nombre es Quilla¹⁴ y mi pueblo también ha sufrido los ataques del Supay.

—Yo soy Inti, hijo de Viracocha, y he venido para liberar este mundo de la oscuridad.

—Cuenta con mi ayuda y la de mi pueblo.

⁹ Supay: demonio en la mitología inca (nota del autor).

¹⁰ Viracocha: dios Creador de todo en la mitología inca (nota del autor).

¹¹ Pachamama: Madre Tierra en la mitología inca (nota del autor).

¹² Inti: dios Sol en la mitología inca (nota del autor).

¹³ Hatun Apu: grado militar equivalente a general de la brigada en el ejército del Imperio incaico (nota del editor).

¹⁴ Quilla: diosa Luna en la mitología inca (nota del editor).

Quilla y su pueblo estaban preparados para brindarle una batalla a Supay, así que forjaron armas para defenderse.

Inti y Quilla fueron en busca del Supay. En el camino, Inti se dio cuenta que se estaba enamorando de Quilla, quien también sentía algo especial por Inti. Mientras tanto, Supay creaba el caos, la envidia, la codicia, y todos aquellos malos sentimientos en cada lugar por donde iba, confundiendo a los humanos, provocando que pelearan entre ellos, creando guerras. Esa era la estrategia del Supay para que los humanos se olvidaran de su dios Viracocha.

Inti y Quilla encontraron el escondite del Supay. Cuando Inti ingresó al tenebroso lugar, fue detenido por los espíritus malignos aliados del Supay. Entonces Quilla con su ejército apoyaron a Inti. Cuando en eso, se hizo presente Supay dando la orden de atacar con el objetivo de poseer los espíritus del ejército de Quilla.

En ese momento, Inti fue por Supay, pero como el demonio es un tramposo y cobarde, huyó hasta un lugar oscuro donde aguardaba una trampa para Inti. Esta trampa consistía en amarrar su espíritu para así poder dar muerte a su cuerpo físico.

En el momento de ser atrapado, Inti vio cómo el ejército de Quilla estaba perdiendo la batalla y muchos espíritus se volvían malos. Recordó la lanza que le dieron los gigantes y con mucho esfuerzo hundió la lanza en la tierra invocando así a los gigantes. De inmediato, surgió Hatun Apu y con un golpe liberó a Inti.

Los gigantes que tenían el poder de invocar la fuerza de la Madre Tierra acabaron con el ejército del Supay, aprisionándolo. En ese momento el cuerpo de Inti ya estaba muy débil y moribundo. Quilla se acercó a él y le dijo:

—¡Lo derrotamos! Siempre te recordaremos. Puedes volver con tu padre.

—Mi cuerpo físico morirá —dijo Inti— pero mi espíritu es inmortal. Quiero estar a tu lado para siempre y así cuidar este mundo al lado tuyo.

—Sería muy feliz —dijo Quilla— si fuera posible acompañarte para siempre y cuidar de este mundo.

—¡Es posible! ¡Lo puedo hacer! ¿Me acompañarías?

—Sí, iré contigo.

En ese momento, Inti muere con un resplandor muy fuerte. Su espíritu se separa de su cuerpo físico, liberando al dios Sol. Entonces el espíritu celestial de Inti juzga a Supay aprisionándolo en el inframundo por siempre, liberando al mundo de la oscuridad.

Al retornar del inframundo, el dios Sol invita al espíritu de Quilla a ir con él y ella acepta. Elevándose juntos prometieron siempre cuidar del mundo. Es ahí donde Inti resplandece con tal fuerza que se convierte en el dios Sol, creando el día, y Quilla, con todo su amor al mundo, promete que nos cuidará y se convierte en la Luna creando la noche.

Los gigantes aun resguardan a la Pachamama en forma de montañas en todo el mundo.

Finalmente, el dios Inti y Mama Quilla deciden enviar a sus dos hijos a la tierra y les encargan crear el más grande imperio que este mundo haya visto.

Es así cómo nace el gran Imperio incaico.

EL NEGRO DE AZAPA

Valentina Danae López Fierro

Negro, Zambo le llamaban en el sector. Era de tez negra como el carbón. Parte de sus ojos y dientes era lo único blanco que tenía. Sus rasgos lo delataban con un pasado africano. Su hábitat de hoy eran olivos y plantíos de tomates. A veces su mente divagaba por el pasado, en lugares remotos que no conoció, pero imaginaba una selva llena de animales salvajes que corrían libres por la sabana indómita.

Su abuelo en sus horas de ocio, le narraba historias de su tierra lejana, le aseguraba que fue el jefe de su tribu en la selva. Estaba obligado a mantener las costumbres y los ritos de su gente. Dirigía cazas de especies de animales para alimentarse.

Zambo no le creía mucho. Había veces que quería creerle y soñaba que todo eso era verdad, pero hoy la realidad era diferente: la modernidad hacía que todo ese pasado fuera como una historia jamás vivida.

13 años

Arica

Primer lugar regional

LA HISTORIA DE CHILE NO CONTADA

David Joshua Salomón Valenzuela Cornejo

Cuando Chile estaba en guerra con Perú y Bolivia durante la Guerra del Pacífico, fueron reclutando soldados para pelear en la guerra. Unos soldados pasaron por el fundo de mi *tatarabuelo* para pedirle que sus hijos fueran a la guerra, pero no quiso enviarlos y los escondió en un subterráneo diciendo que ya estaban peleando. Pero uno de sus hijos viendo esto y sabiendo de los reclutamientos, tomó la decisión de ordenar sus cosas personales y enlistarse en el ejército. Así que, en la noche ensilló su caballo con sus cosas personales, dejó una carta y se fue del fundo en contra de la voluntad de su padre, madre y hermanos, cabalgando con dirección al regimiento Buin donde se reclutó como soldado. Allí quedó a cargo de la cocina o rancho y pertrechos, ya que su padre era el encargado de suministrar los víveres tales como porotos, lentejas, cebollas, papas y animales como bueyes y novillos para el consumo del regimiento. Así que, como tenía conocimiento de las cantidades a cocinar y lo que se necesitaría para llevar a cabo la tarea de alimentar a tantos soldados, fue destinado como ecónomo.

Más tarde lo enviaron a Valparaíso donde fue embarcado con destino a Antofagasta donde participó en la batalla de Tarapacá, el asalto de Pisagua, el asalto a pampa Germania y el asalto de la toma del Morro de Arica, entre otras batallas. Al pasar el tiempo y estando en Iquique, llegó una hermana a visitarlo, motivo de alegría para él. Pero traía una carta de parte de su madre en la que lo saludaba y le decía cuánto lo amaba y recordaba, pero le pedía encarecidamente que por favor al término de la guerra, no volviera a casa, porque su padre lo había desheredado y él no tenía más hijos que los que estaban a su alrededor. Por causa de su deshonra, si él lo veía cerca de su casa lo iba a matar así que por el bien suyo, era mejor alejarse de su familia.

Muy triste se despidió de su hermana y continuó en el ejército siendo embarcado en Iquique con destino al Perú a bordo de un tren. Cerca de la frontera, fue trasladado a las cercanías de Arica, a la altura del regimiento cerca de Las Machas, frente al autódromo, que es más al norte del río Lluta, porque los cañonazos del morro no le daban alcance. Al atardecer se dio orden de sacar las ruedas de las carretas y juntar todo lo que fuera madera para hacer fogatas y así hacer creer a los peruanos que los chilenos se estaban organizando y cuadrando con todos los regimientos para atacar de frente al morro. Pero una gran parte se desvió por el lecho del río Lluta, marchando en silencio en la noche, sin hablar y sin que sonaran los tachos. Así lograron pasar bajo las narices de los peruanos y no fueron detectados en la marcha.

En la oscuridad, cuando tiraron a la suerte los regimientos que atacarían al segundo de línea, le tocó atacar los fuertes Santa Rosa, 2 de Mayo y San José que estaban a la altura de la desembocadura del río San José, apertrechándose en ese lugar hasta que dieran la orden de atacar. Pero todo duró hasta que el tercer y cuarto de línea fueron descubiertos por los peruanos a la altura del fuerte Ciudadela. Entonces, se escucharon balazos y explosiones delatando que era el comienzo de la batalla.

El segundo de línea se encontraba por el frente norte del Morro de Arica donde mi tatarabuelo ya había pasado por sobre los peruanos, dejando una mortandad en el fuerte Santa Rosa. Corrió a las cercanías del fuerte Ciudadela donde cayó herido de un balazo al pulmón. Por suerte, lo encontraron más tarde herido y vivo. Inmediatamente lo llevaron al hospital de Tacna donde lo recuperaron de la herida de guerra, pero allí se infectó de tuberculosis.

Al término de la guerra se quedó en Tacna. Fue entonces, cuando pasado el tiempo conoció al amor de su vida que más tarde sería su esposa, Sahara, con quien tuvo un hijo que murió como a los cuarenta y ocho años de edad de un infarto al corazón en Iquique.

El nombre de mi tatarabuelo era don Eliseo Valenzuela. Era de ascendencia irlandesa, portaestandarte del segundo de línea, el hombre más grande de todos los regimientos, con dos metros diez centímetros de estatura, ecónomo y encargado de los abastecimientos de los ranchos de los alimentos. Murió en Iquique, donde fue enterrado en el Panteón del Ejército Veteranos de Guerra.

MI ABUELO Y SU ENFERMEDAD

Benjamín Alejandro Arce Morales

Mi abuelo padecía una enfermedad muy grave llamada Alzheimer, por eso la mayoría de mi familia sufría con él. En el ambiente había tristeza, además hacía unas semanas se había muerto mi abuela. Mi abuelo con Alzheimer nunca supo lo que pasaba, ya que era leve su enfermedad. Siempre yo le decía: “Hola abuelo, ¿cómo está?” y él me decía: “¿Quién eres?”. Yo siempre lo trataba de hacer recordar diciéndole: “Soy yo, Benjamín, tu nieto”, pero nunca entendía a la primera y le seguía diciendo hasta que entendía, pero le costaba. Mi abuelo no se acordaba ni siquiera de la muerte de mi abuela, solo recordaba que se había enamorado de una señora, pero ya no se acordaba de ella.

Sabía que a él le quedaba poco. Ya tenía 87 años. Aún andaba de pie, que eso para nosotros, ya era un milagro muy grande. Mis papás siempre andaban preocupados por sus pastillas y por su salud. De hecho, mi tío vivía con él. Siempre atentos con él, hasta que un día estaba demasiado pálido, como nunca antes había estado, además que él ya era blanco. Así que lo llevaron al hospital. Ese día me sorprendí, porque dijo: “Siento que esto se acabó, Benjamín”. Yo me quedé sorprendido, porque dijo mi nombre a la primera y en eso vi cómo cerraba los ojos. Se escuchó un silencio y nadie más trató de mencionarlo.

Desde ese momento nada fue igual que antes. Todo era triste. Nadie hablaba, nadie dirigía la palabra. Yo siempre estaba alegre, porque así es mi actitud, pero ya no era como antes. Trataba de ser lo más alegre con todos, de alegrar el ambiente, pero todos estaban con caras depresivas, sin ninguna reacción.

13 años
Arica

Tercer lugar regional

EL LAGARTO Y EL POZOALMONTINO

Scarlett Tamara Godoy O'Ryan

Cuenta la leyenda, que hace mucho tiempo atrás existía un lagarto que podía concederte un deseo, pero solo si lo tratabas bien, porque si lo tratabas mal no te lo daría. Se dice que este lagarto se encontraba en un lugar muy seco, y que un día tenía mucha sed, así que decidió ir a Pozo Almonte a tocar las puertas de las casas a pedir agua. Pero este pueblo quedaba muy lejos, así que rápidamente se puso en marcha.

Al llegar decidió tocar las puertas de la calle principal del pueblo. En la primera casa donde tocó, salió una señora, pero al ver al lagarto se asustó y cerró la puerta. El lagarto se asustó y se dispuso a tocar en la próxima casa. Allí, salieron unos niños y le arrojaron piedras. El lagarto siguió su camino y al llegar a la novena casa, le abrió la puerta un pozoalmontino, quien le preguntó qué deseaba. El lagarto le explicó que estaba muy cansado y que tenía mucha sed, así que el pozoalmontino lo invitó a su casa a descansar y a tomar agua.

Una vez que el lagarto descansó, le dijo al hombre que le cumpliría un deseo a la persona que le tratara bien y que como él había sido tan bueno y amable, le concedería un deseo. El hombre después de pensarlo, le pidió que le diese un transporte para poder recorrer el desierto y así ayudar a la gente a trasladarse de un pueblo a otro. Es así como surgió el tren en esta zona seca, que logró unir a los pueblos de las salitreras.

El lagarto volvió para visitar al pozoalmontino, pero no lo encontró. Desde entonces lo espera al frente del liceo donde está la estatua de un lagarto.

11 años
Pozo Almonte
Segundo lugar regional

DAYHANNÁ

Carlos Viza

Había una vez, una princesa que le gustaba comer frutillas. Un día vino una abuela que tenía mucha hambre. La princesa no le dio frutillas. La abuela era una bruja y la transformó en frutilla por muchos años.

7 años
Camiña**Tercer lugar regional**

SUYAI ESPERANZA

Estefanía Antonella de la Cerda Marincovich

En el pueblo de diaguítas, vivía una niña de siete años con trenzas largas y brillantes. Se caracterizaba por ser amable, tranquila y tímida. Le gustaba hacer trabajos de alfarería, como su abuelo y toda su familia. Un día, con su madre, fabricó su primer jarro. Fue emocionante trabajar con ella. Fue una experiencia inolvidable. Esa jarra era especial, hecha de cariño, historia y recuerdo.

Al mes siguiente, se dirigieron a una exposición. Una vez al año mostraban sus trabajos. Era un momento de mucho orgullo. Suyai se presentó con su mejor vestimenta y con su jarra en mano. Ese día estaba muy ansiosa. Sus pies no le respondían.

Los primeros en llegar fueron unos estudiantes de su edad. Suyai quiso explicar su trabajo, pero su voz y sus pies se enredaron. Suyai vio caer su jarro y quebrarse en pedazos, pero lo que más le afectó fue escuchar las risas de los niños. Suyai quería salir corriendo. Como pudo, recogió los trozos del suelo y se apartó para tratar de armarlo. En eso escuchó una voz. Era una canción diaguíta que le cantaba su abuela. Su corazón se calmó. Sus ojos dejaron de llorar y al mirar al frente, estaban los estudiantes cantando la canción de su abuela y con trozos de su jarra en sus manos. Pero, ¿cómo era posible? La maestra se acercó a ella. Le pasó los trozos que le faltaban y le dijo: “No es primera vez que vengo a esta exposición. Años atrás, una amable señora me enseñó esta canción en tu idioma y hoy la cantan todos mis alumnos”. Suyai sintió la presencia de su abuela y sus palabras de aliento. Y desde ese día fue con ánimo y orgullo a la escuela.

10 años
Antofagasta
Primer lugar regional

LA NIÑA Y EL DIABLO

Carolina Alejandra Valdivia Díaz

Me contó mi abuelita María que en Paposo, ella con su prima fueron a pastorear las cabritas. Mi abuelita tenía nueve años y su prima Verónica, que era mayor, once. Comenzó a oscurecerse, pero como era noche de luna llena podían distinguir fácilmente todo a su alrededor. De pronto, se encontraron con algo muy extraño: en la penumbra distinguieron a un hombre con patas de gallina muy largas con una chaqueta negra, camisa roja y un pantalón negro. El hombre era alto. Ellas tuvieron mucho miedo y se quedaron muy quietas para que aquel espantoso ser no les hiciera daño.

Las cabritas al ver esa aparición, se asustaron tanto que se escaparon de su corral. Mi abuela junto con su prima, corrieron a la casa de su mamá. Después de correr tanto, llegaron a la casa y la mamá de mi abuelita les abrió la puerta, y se sorprendió al ver a su hija y a su sobrina de vuelta y sin las cabras. Entonces les dijo:

—Hija, ¿qué te pasa y por qué vienes tan cansada?

—Es que vimos al diablo. Era un hombre muy alto, con patas de gallina, camisa roja, pantalón negro y una chaqueta negra. Era horrible.

Después de tanto miedo, mi abuela se quedó dormida mientras que a su prima Verónica la fue a buscar su mamá, porque la mamá de mi abuela no la iba a dejar irse sola después de lo que pasó.

Al otro día, mi abuela se levantó y fue a buscar a su prima Verónica. Tocó la puerta y le abrió. Enseguida las niñas se fueron a jugar, luego de escuchar las recomendaciones de la madre de Verónica que les dijo que no volvieran tarde.

Después de un rato, a mi abuela la llamó su madre a almorzar y Verónica quiso quedarse un rato más. Después de un rato, a Verónica le dio hambre y decidió irse a su casa, pero en el camino se encontró con un niño alto como de su edad. El niño le habló y luego, le dijo:

—¿Me acompañas a pastorear las cabritas de mi mamá?

Verónica le respondió:

—Claro, pero no debo volver tarde a mi casa.

El niño le dijo que no se preocupara. Luego de un largo rato, la mamá de Verónica la fue a buscar donde siempre jugaba, pero la niña no estaba. Al no encontrarla se preocupó mucho y se fue a casa de su hermana, pensando que debía de estar allí. Cuando llegó, tocó la puerta y salió a abrir mi abuela María, quién le contó a su tía, que Verónica se había quedado jugando donde siempre.

La preocupación de la madre de Verónica se hizo evidente, y en ese mismo instante comenzaron a buscarla. Al no tener éxito en su búsqueda, su madre decidió pedir ayuda a la policía. Llegó la noche y la mamá se durmió rendida de tanta preocupación.

Al día siguiente, los policías encontraron a Verónica en una cueva profunda y oscura. Los policías la llevaron donde su mamá, quien al verla la recibió con un fuerte abrazo y le preguntó, qué le había sucedido. Verónica le contó a su madre que cuando iba camino a casa se había encontrado con un niño de su edad y que se hicieron amigos. También le contó, que ese niño le pidió que lo acompañara a pastorear las cabras, pero luego de ese momento no recordaba nada. Su madre le dijo que tal vez, ese amigo era el diablo. Verónica no lo podía creer y en ese momento sintió tanto miedo que su cuerpo se estremeció de sólo pensar que había estado con el diablo. En ese mismo instante prometió a su madre, no salir a jugar sola nunca más.

Cuenta mi abuela María, que alrededor de cincuenta años atrás era muy común que los pobladores tuvieran encuentros cercanos con el diablo.

11 años
Taltal

Segundo lugar regional

LA COLORADA

Luis Francisco Ángel Castillo

Al norte de Paposo se encuentra una caleta llamada La Colorada, cuyo nombre se debe a que hace muchos años se aparecía allí una hermosa sirena, que tenía el pelo largo y colorado. Un día de invierno, mi bisabuelo, un pescador llamado Luis Armando, el papá de mi abuelito Talo, que me contó esta historia, salió a la pesca en una panguita junto a otros pescadores de mi pueblo y tomaron rumbo hacia unas playas, kilómetros más al norte. El día estaba frío y nublado, pero ellos iban con mucha fe en que tendrían un buen día de pesca. Navegaron por un par de horas hasta que decidieron varar su botecito en un lugar donde el mar se veía tranquilo y calmo para pescar. En eso, llegaron a la orilla los dos amigos de mi bisabuelo Luis. Eran pescadores buzos, así que se pusieron sus trajes para entrar al mar y decidieron que Luis, que era el *tele*, se quedara en la orilla mientras ellos regresaban del buceo.

Cuando se fueron los compañeros, mi bisabuelo decidió tomar un *chope*¹⁵ y su *chinguillo*¹⁶ para mariscar, mientras volvían y así él no se aburriría con la espera. Mi bisabuelo Luis mariscaba y miraba con asombro, porque a medida que pasaban los minutos eran muchos los mariscos que salían entre las rocas. En todos sus años que llevaba como pescador no había visto eso. Sin embargo, los recogía feliz, porque volvería con muchos mariscos al hogar. Fue en ese momento de felicidad cuando escuchó a lo lejos una voz dulce que cantaba. Sentía que esa voz lo envolvía en curiosidad. Entonces, decidió buscar de dónde provenía esa voz. Se fue acercando en silencio y fue ahí su asombro, porque al llegar a las rocas que estaban más cerca del agua, se dio cuenta que había una mujer que estaba de espaldas. Tenía su cabello muy colorado. Ella era la que cantaba con esa mágica voz. Tal fue el nerviosismo de mi bisabuelo que dejó caer el *chope* de su mano y fue ahí, cuando esta hermosa mujer se lanzó al mar y desapareció entre las olas.

Mi bisabuelo Luis, nervioso corrió hacia la panguita a la espera de sus compañeros y poder contarles lo que había ocurrido. Cuando ellos volvieron, su corazón aun latía con fuerza. Sus compañeros se dieron cuenta de su nerviosismo y le preguntaron qué le ocurría. Mi bisabuelo Luis logró salir de su asombro y les contó lo que había sucedido...

Actualmente, algunos pescadores han visto a la sirena en días que se encuentran completamente nublados. Este es el origen del nombre de la caleta La Colorada, lugar muy propicio para la pesca y para acampar, porque es muy abrigado.

10 años
Taltal**Tercer lugar regional**

¹⁵ Chope: instrumento de madera plano para mariscar (nota del editor).

¹⁶ Chinguillo: red en forma de saco, que va sujeta a un aro con mango (nota del editor).

LA CUCAMULA

Antonella Anastasia Balcázar Paredes

Mi abuelita me contó que cuando ella vivía en el valle del Elqui, su mamá estaba embarazada. Cuando le dieron ganas de tener a su bebé, los mandó a la casa de su abuela a buscarla, ya que era partera y la ayudaría. Mi abuelita y mis tíos se fueron por el camino viejo, ya que en esos tiempos no había muchos vehículos y la locomoción no llegaba a la casa de mi abuela. Mientras caminaban, más oscuro se iba poniendo y aún les faltaba mucho por llegar, porque había que caminar como una hora para llegar hasta allá. Ellos caminaban lo más rápido posible para poder llegar. En eso mi abuelita se tropezó y cayó sobre unas espinas de algarrobo. El hermano mayor de mi abuelita le sacó las espinas, que se le habían clavado en el pie. Cuando se las sacó, esperaron un rato y subieron caminando. A lo lejos, divisaron el puente Puclaro. Ahí ya estaban más tranquilos, ya que al cruzar el puente solo estaban a quince minutos de la casa de la abuela de mi abuela, la partera. De repente, los perros empezaron a aullar, así que retaron a los perros, pero ellos siguieron aullando. A lo lejos escucharon que algo relinchaba. Corrieron a esconderse debajo de un sauce llorón y por el cielo pasó relinchando un animal igual que una mula. Los hermanos de mi abuela le decían que se quedara tranquila y no se moviera, que lo que había pasado por el cielo relinchando era la Cucamula, que era un animal igual que un caballo, pero con alas, y relincha igual que una mula.

Mi abuelita con sus hermanos esperaron que el animal pasara y dejara de relinchar para ir a buscar a su abuela. Cuando el animal ya no se sentía, caminaron al puente para pasar al otro lado. Cuando pasaron el puente, estaba la abuelita esperándolos, porque los había escuchado. Mi abuelita y sus hermanos asustados le contaron que habían escuchado a la Cucamula. La abuelita les dijo que cada vez que la escucharan se debían esconder debajo de cualquier cosa y que jamás la sombra les pasara por encima.

Mi abuelita después que me contó esta historia, me dijo que ella siempre le tuvo miedo a ese animal y que cada vez que lo escuchaba, se escondía en un lugar donde la sombra no le pasara por encima. Pero ella, nunca más lo vio, solo lo escuchó. La mamá de mi abuelita, sí lo vio y siempre les advirtió a todos sus hijos que debían cuidarse de ese animal. Mi abuelita dice que antiguamente a la persona que le pasara la sombra de la Cucamula por encima, podía quedar enferma o tener una muerte instantánea.

Esta historia me la contó mi abuelita Graciela. Esto le pasó a ella en el valle del Elqui, Vicuña, y lo vivió cuando ella tenía entre doce y trece años de edad.

11 años

Vallenar

Segundo lugar regional

LA NIÑA DE LA CAMANCHACA

Catalina Beatriz Muñoz Lobos

Se llamaba Gabriela Ortiz. La última vez que la vieron, pastoreaba con sus cabras. El invierno había sido particularmente lluvioso, así que abundaban los pastos cerca del actual Parque Llanos de Challe. Ese día, la niña se perdió persiguiendo a un zorro chilla que se apareció cerca de un *taffoni*. Estos son unos montículos rocosos erosionados por el viento. Lo escurridizo del animal y la curiosidad propia de toda niña, la llevaron más allá de los límites que acostumbraba a respetar. Así, la encontró la noche fría y solitaria. Un manto de niebla comenzó a avanzar desde la costa y cuando llegó al lugar donde estaba la pequeña, el espesor de la niebla no le permitió ver bien donde pisaba, y a pesar de que no perdía la fe de que iba a volver a su casa, el destino quiso otra cosa, porque cayó accidentalmente en una quebrada.

Dicen los pueblerinos que la niña no murió, aunque otros afirman lo contrario. La verdad es que el alma de la niña se fundió con la neblina costera, convirtiéndose en parte de ella, así que cada vez que alguien se pierde en el desierto de Atacama, siente como una extraña fuerza que la ayuda a regresar, formando un extraño camino entre la Camanchaca que, a veces, refleja la forma de una niña.

11 años

Huasco

Tercer lugar regional

SANTOS

Pablo Mateo Dario Donoso Alviña

Cuenta mi abuelito que en el fundo El Naranjo, cercano al pueblo de Caimanes, comuna de Illapel, región de Coquimbo, había una familia de apellido Sotomayor. A la madre de mi abuelito, o sea mi bisabuela, cuando tenía doce años, la llevaron a trabajar a la casa de “los Sotomayor” como niñera ya que tenían tres hijos: Clemente, el mayor, Vicente y la pequeña Josefina. Esta familia tenía a un muchacho para los mandados y para que les llevara la leña en burro, ya que en esos tiempos era el medio de transporte que usaban.

Este joven se llamaba Santos y tenía capacidades diferentes, pero era muy cariñoso, bondadoso y trabajador. Sin embargo, el patrón, don Juan Sotomayor, era muy malo con Santos. Lo hacía dormir en el pajero que estaba abierto por todos lados. El pobre casi se congelaba de frío. Así fue día tras día, por lo que este muchacho se enfermó gravemente, por los malos tratos que recibía por parte del patrón.

Dice mi abuelo que su madre le contaba que ella sentía mucha tristeza al escucharlo lamentarse y sufrir de esa manera, ya que por la fiebre que tenía, se quejaba y deliraba toda la noche y todas las noches, hasta que un día, ya no se escuchó más el lamento de Santos. Al otro día, la señora Adela le preguntó a su esposo, el patrón, por Santos y él le respondió: “Amaneció vuelto para el otro lado” y eso, significaba que había muerto. La señora Adela dijo, que tenía que velarlo como se hacía con la gente que fallecía y en el mismo pajero le encendió cuatro velas. Por la noche, lo dejaron solo y las velas al consumirse comenzaron a encender la paja que estaba alrededor, llegando a quemar parte del cajón que hizo el patrón con tablas viejas y pintado con carbón para ahorrarse un ataúd.

Al día siguiente, el patrón lo echó en el mismo burrito que Santos traía la leña y lo fue a sepultar al campo en cualquier parte. Pasaron cinco meses de este suceso tan triste y desolador. Al poco tiempo, el hijo mayor de “los Sotomayor” enfermó gravemente y falleció. Al otro mes, enfermó la niña Josefina y también falleció. Y al siguiente mes, enfermó Vicente, el hijo del medio, y también falleció. Y así fue como “los Sotomayor” perdieron a sus tres hijos, como castigo por haber sido tan malos con el pobre Santos, quien tenía capacidades diferentes, pero su corazón estaba lleno de amor.

“Los Sotomayor” nunca más pudieron dormir tranquilos, ya que se cuenta que cada noche cerca del pajero donde murió Santos, se escuchaba el lamento de una persona y ellos entendían que era el espíritu de Santos, que iba a recordarles los lamentables actos que cometieron, durante toda su vida.

12 años
Illapel**Primer lugar regional**

VITORINA

Valentina Andrea Alfaro Maldonado

Me contó mi bisabuelo, el padrino de Vitorina, que ella se ha convertido en un personaje muy típico de Illapel, ya que siempre está acompañada de sus plantas, sin importarles cuánto deba recorrer para conseguir las y ofreciéndolas por donde vaya. A Vitorina solo le importa tener un trabajo para ganarse la vida. No es raro divisarla en busca de sus hierbas con propiedades curativas, para luego venderlas en la feria o por las calles de la ciudad. Es fácil distinguirla en cualquier sitio, ya que generalmente viste de princesa y junto a ella siempre va una carretilla o un carrito con sus plantas.

Un día, cuando Vitorina era pequeña, iba caminando por un cerro con una vestimenta completamente normal, es decir, un buzo y una polera de manga larga, recolectando hierbas en su carretilla. De pronto, se disponía a arrancar una mata de escarapela, cuando sintió un peso hacia adelante, lo que provocó que se cayera. Vitorina se puso de pie y notó algo distinto en el lugar. A su alrededor comenzaron a crecer todo tipo de plantas medicinales y frente a ella, apareció un duende. La niña no se asustó, ya que la criatura parecía inocente. El duende saludó a Vitorina:

—Hola, Vitorina, ¿cómo estás? Yo soy el duende Bru...

La chica se sorprendió, ya que el duende sabía su nombre sin que ella se lo hubiera dicho, por lo que decidió interrumpirlo

—¿Y tú? ¿Cómo sabes mi nombre?

El duende continuó su presentación:

—Como decía, soy el duende Bruno, el asistente del soberano y he venido a visitarte para comunicarte que te hemos estado observando y descubrimos tu amor por las hierbas medicinales. Nos dimos cuenta que a tu corta edad no solo las recolectas por dinero, sino que también lo haces con amor, cariño y dedicación. —El duende hizo una pausa mientras se formaba en su cara una sonrisa de oreja a oreja, preparándose para dar un gran anuncio—. Junto con el rey hemos decidido que tú eres la elegida.

—¿De dónde eres? ¿Cuál rey? ¿Para qué me eligieron? —consultó Vitorina

—Hacia allá voy —continuó Bruno—. Yo pertenezco al majestuoso valle de las Plantas. Junto con el rey de este lugar, cada cien años elegimos a una joven para que cuide y ame las plantas, no solo por obligación, sino que también por pasión, como lo haces tú. Lo que hacemos con esta joven, es hacerle un reconocimiento, y convertirla en la reina de las plantas llevándola a vivir a nuestra tierra. Esta vez, la muchacha electa fuiste tú. Desde ahora en adelante, no tendrás que hacer nada, ya que habrá personas que lo hagan por ti.

Vitorina decidió intervenir en el relato:

—Querido Bruno, quiero agradecerte el reconocimiento que junto a tu rey me están haciendo. Me emociona mucho que valoren lo que hago, pero quiero decirte que esto es mucho para mí.

Bruno no demostró sorpresa y siguió:

—Con mi soberano sabíamos que eras muy humilde y temíamos que esto pasara, pero encontramos una solución. Te dejaremos seguir en Illapel para que sigas haciendo lo que te gusta. Las plantas aparecerán siempre que las necesites. Nunca te faltarán y no tendrás mayor dificultad para encontrarlas.

Vitorina no alcanzó a agradecerle, ya que despertó. El golpe de la caída había sido tan fuerte que se había aturdido, por lo que pensó que lo del duende había sido solo un sueño. Pero al examinarse bien, notó que ahora ya no vestía su polera, ni su buzo, sino que traía puesto un vestido de princesa así que se dio cuenta de que todo había sido real.

Desde ese momento, Vitorina se dedica a la recolección y venta de hierbas medicinales que consigue principalmente en la cuesta Cavilolén, y tal como dijo el duende, nunca le han faltado. Sí, como toda persona tiene más pasatiempos, pero las plantas son lo que realmente ama.

13 años
Illapel

Segundo lugar regional

DON CABRITA

Andrés Humberto Yáñez Cortés

Cuenta mi abuelito que hace muchísimos años atrás, por allá por el año 1924, en la localidad del Chañar, sector de Quilitapia, vivía un señor al que le regalaron una linda cabrita. Esta cabrita se crió huacha, ya que en ese lugar la gente era muy pobre porque vivía de la agricultura y hubo muchos años de sequía, por lo tanto, la cosecha era muy mala en ese tiempo.

Este caballero llamado Pedro Luis era un señor muy pobre, pero con una imaginación brillante. Se quedaba toda la noche pensando sobre qué podía hacer para conseguir un poco de dinero. Un día le comentó a su señora:

—¡Vieja! ¿Qué te parece si vendemos la cabrita?

La señora le respondió al instante:

—¡Pero cómo Pedro, si los regalos no se deben vender!

Don Pedro Luis le comentó que ya había hablado con don Floridor, que se la iba a vender y que vendría por la cabrita a las ocho de mañana. Don Pedro Luis, sin ningún pelo de tonto, soltó la cabrita a las seis de mañana por el cerro. Cuando llegó don Floridor a buscar la cabrita, don Pedro le dijo:

—¡La cabra se largó al cerro!

—¡Pero cómo se te iba a escapar! —le dijo don Floridor— ¡Si yo te pasé hasta la plata!

Don Pedro Luis le propuso que regresara en la tarde y que ahí le tendría la cabrita sin falta. Don Floridor llegó por la tarde y *naca la pirinaca*¹⁷.

Don Floridor comenzó a sospechar de la actitud que tenía su amigo Pedro Luis y le dijo:

—¡Mañana quiero la cabra sí o sí!

Pero la cabra nunca apareció porque don Pedro Luis la tenía escondida. Debido a esta situación perdieron la amistad y don Floridor perdió su dinero a causa de este señor pillo. En el hogar de Pedro Luis siguió la pobreza y la mala suerte. Un día, don Pedro Luis le dijo a su señora:

—Micaela, vieja, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Se te ocurre algo?

Ella le respondió:

—A mí no se me ocurre nada. Tú eres más ingenioso, viejo.

—¡Se me ocurre algo, Mica! Me haré el muerto. Entonces vendrá mucha gente y nos traerá provisiones y dinero, y así tendremos comida para un buen tiempo.

Así que un buen día, don Pedro Luis se hizo el muerto. Doña Mica fingía estar llorando para hacer creer a la gente que su esposo había fallecido. Mucha gente le comentaba que era muy bueno, hasta su vecino don Floridor.

El día en que don Pedro Luis se estaba haciendo el muerto, había comido porotos granados. De pronto, por una incomodidad en su guatita, se le escapó un gas y don Pedro Luis se desprendió de su sábana que estaba en el catre de tabla y cayó al piso. La gente salió arrancando y gritando:

—¡Está vivo don Cabrita!

¹⁷ Naca la pirinaca: expresión popular que significa “nada” (nota del autor).

Un vecino, llamado Cinguriano, gritó:

—¡A mí me quedó debiendo este sinvergüenza! Nos hizo lesos. No está *ná'* muerto.

Pasó el tiempo. Don Pedro Luis y su señora Micaela tuvieron víveres para al menos seis meses. Con esta situación, Floridor dijo:

—¡Me engañó de nuevo, don Cabrita!

Después de estos seis meses, Pedro Luis y Micaela se volvieron a empobrecer. Comenzaron a quedarse solos debido a que ya nadie creía en ellos, ya que don Cabrita había hecho lesos a muchos vecinos de los pueblitos cercanos como Paclas, Quilitapia, etc.

Un día, don Pedro Luis se enfermó de verdad. Le quedaban pocas fuerzas para sus ingeniosas pillerías. Hasta que el día menos pensado, don Cabrita murió. Era temporada de invierno así que llovía mucho. Llovió toda la noche del funeral.

—¡Cómo vamos a llevar a este viejo pillo al cementerio de Quilitapia! ¡Con los caminos malos no se puede transportar en vehículo! ¡Ojalá que escampe para llevarlo en las mulas al cementerio!— dijo don Labriano.

Las bajadas de las quebradas eran muy grandes. Sólo se podía cruzar a caballo, pero era la única manera de llevarlo al cementerio. Los arrieros buscaban pasada por todos lados pero no encontraron. Mientras tanto, sus vecinos hacían críticas negativas sobre él. Don Floridor decía:

—¡Menos mal que se murió este viejo sinvergüenza!

Y don Labriano que aún estaba buscando la manera de pasar la quebrada, se preguntaba:

—¿Por dónde habrá pasado este viejo pillo cuando bajaba las quebradas en estos inviernos tan lluviosos?

Alguien le dijo:

—Yo echaré adelante mi macho, porque está acostumbrado a los ríos de la cordillera.

Entonces el macho se colocó huraño, porque no quería pasar el estero. Don Labriano perdió la fuerza de sus manos y dijo:

—¿Por dónde pasaría este desgraciado en temporadas como éstas?

De repente, don Cabrita le contestó:

—¡Cuando yo estaba vivo pasaba más arribita!

Don Labriano de puro susto largó el cajón al estero, perdiéndose en las aguas turbulentas que traía la quebrada. ¡Ese fue el triste final de don Cabrita! ¡Nunca pensó que iba a tener una muerte de esa manera!

Los vecinos comentan hoy en día, que al poco tiempo la señora Micaela dejó este mundo sin poderle dar a don Pedro Luis una sepultura como correspondía...

Esta historia nos deja la enseñanza de que nunca debemos aprovecharnos de la gente humilde que nos rodea, ya que algún día se nos devolverá la mano.

LA SEÑORA CHIQUITITA

Dabne Dianet Castro Altamirano

—¡Llegaron, llegaron, casera! ¡Llegaron las ollas y las teteras!...

Así gritaba el señor, que cada cierto tiempo venía con un burrito cargado vendiendo de todo un poco. “Barato”, decía, aunque mi papá solo algunas cosas dejaba... “Está muy caro”, decía, pero igual compraba palas y herramientas que necesitaba. Yo miraba y nunca me acercaba. Cuando quise ir me dijeron: “Son cosas de grande” y no me llevaron... siempre quise saber qué otras cosas traía... “Tal vez trae de esas cosas bonitas que hay en la casa del patrón o de esas cosas chicas que tienen sus hijos... mmm... “juguetes” parece que los llaman. Pero no iba, porque los niños chicos no van donde van los grandes... eso fue lo que me enseñaron.

Un día, que papá no estaba, escuché que gritaba casi como cantando. Sus productos anunciaba. Era fácil reconocerlo y de lejos se escuchaba. Es que no había autos ni camiones ni máquinas... ni nada... fui corriendo donde mamá...

—¡Mamá! ¡Mamá...! ¡El casero!... —así lo llamaban...

A ver si mi mamá iba a comprar y me llevaba...

—Vamos —me dijo—. Hay que aprovechar que después no pasa.

Yo me apuraba... una tetera, un jarrón y un lechero, ella miraba. Yo, rodeando el burrito, todo, todo, pero todo, observaba... no conocía algunas cosas. Pero igual me gustaban.

De pronto en un rincón, entre las cucharas y casi tocando el aparejo, había una de esas cositas... se parecía a una señora chiquitita que me miraba...

—Señor —le dije... y me miró—. ¿Qué es esto? —le pregunté...

—Una muñeca de carey —me dijo...

—¡Aaa!... —le dije yo...— Y... ¿para qué sirve? —le volví a preguntar...

Extrañado me miró...

—Para jugar —me respondió.

“Jugar”... pensé en silencio.

—Y cómo si es tan bonita y está nueva... ¡Qué raro!...

Me alejé un poco y otro poco... para no verla... es que me miraba y me miraba y mientras más me miraba, a mí más me gustaba... pero recordé que papá decía que algunas cosas son muy caras... esta debe ser una de esas cosas, pensé y me dio pena... pero no lo demostraba... para que mamá no se pusiera triste, por si no le alcanzaba... y me fui y de lejos, miraba. Mi mamá otra vuelta al burrito le daba. Tocaba cosas y nada compraba... «Mmm... no le alcanza», yo pensaba y miraba y miraba...

—Hasta luego casero —le dijo mi mamá...

—Hasta luego caserita —le dijo el señor.

Y se fue gritando o cantando... eso que gritaba... Mi mamá sonriente se acercaba...

—Vamos *pa'* dentro —me dijo...

Y...yo fui...

—¿*Querí'* ver lo que compré? —me preguntó.

—Bueno...

—Mira. Un jarro de porcelana... un lechero y unas cucharas...

—¡Qué bonito mamá...! —alcancé a decir y ahí... ahí... ¡ahí estaba!... dentro del lechero, oculta, estaba... la señora chiquitita, o sea... ¡la muñeca! No recuerdo el apellido que dijo el caballero... ¡pero ahí estaba!...

—¡Sácala! ¡Es para ti!... vi brillar tus ojos cuando la mirabas... y el casero me la dio con rebaja para que te la dejara... ¿Te gusta?...

—Sí...

Y me la entregó... no sabía bien cómo se tomaba.

Con mis dos manos la recibí y la llevé a mi pieza y sobre el cajón de la ropa la puse, y desde allí me miraba y yo la miraba también... por si me hablaba... es que parecía señora y si miraba, tal vez también hablaba... yo no sabía, por eso la miraba... pero no habló... así es que me acerqué y yo le hablaba...

—Hola, señora... —le dije y como no hablaba... se me ocurrió, que si miraba sus ojos sabría qué pensaba... y eso hice...

—Hola, señora... —volví a preguntarle y a sus ojos miraba...

—¡Hola!... —sentí que quería decir y como no hablaba... yo cambiando mi voz la ayudaba... y así pasaba el rato conversando con la señora y de todo hablábamos...

—¿Cómo le fue hoy, señora?

Y ella con su voz ronca me contestaba:

—Muy bien.

¡Qué felices fuimos! Aunque nunca recordé su nombre ni menos su apellido... pero me dijo que Juana se llamaba.

Éramos tan amigas que un día me dijo:

—Puedes tratarme de tú, si quieres... las amigas, así se tratan...

Nunca se movió del lugar donde la dejé... y supuse que tampoco caminaba o bien tan a gusto en ese lugar estaba que nunca la saqué para no incomodarla. Además, desde allí mientras dormía también me miraba.

Un día mi papá buscando algo en el cajón, vio a la Juana...

—¿Y esta señora tan chiquitita?... ¿Quién es? —me preguntó... pero contestó la Juana...

—Hola, don papá... yo soy la Juana... —le dijo...

Y papá sonriendo, respondió...

—Hola, doña Juana... permiso, me retiro...

—Adelante, don señor —le dijo la Juana.

A veces pienso qué sería de mí si no estuviera la Juana, y qué afortunada soy, porque solo a mí me habla... bueno y una vez a papá aunque a veces ni la miraba.

Bien, ahora ya es tarde y me debo ir a acostar...

—Buenas noches, amiga Juana...

—Buenas noches... hasta mañana.

EL HOMBRE CABALLO

Samanta Antonella Piñeiro Quiroz

Mi abuelito que vive en el campo, me contó que como en los años 80 se hizo muy amigo de su vecino quien tenía un hijo llamado Javier. Un día, Javier tuvo que ir a la parcela que tenían unos kilómetros más allá, ya que los vecinos le habían dicho que el día anterior había aparecido un caballo chúcaro en su terreno. Por seguridad, agarró un palo para acercarse al caballo. Sin imaginarlo, cuando se acercó, el caballo comenzó a hablar y le contó que era un hombre y un mago lo había transformado en caballo hacía mucho tiempo. Le dijo, que si miraba sus dientes podría salvarlo y deshacer el hechizo, pero no fue así.

Lo engañó, porque al mirarle los dientes, pasó al cuerpo del caballo y el hombre volvió a un cuerpo humano. Era el mismo mago que había fallado haciendo un hechizo. El hombre salió corriendo y Javier, como no sabía caminar como caballo, lo perdió de vista. No había vuelta atrás. Le dio tanta vergüenza volver a su hogar que decidió vivir como un caballo salvaje alejado de las personas. Su familia lo buscó durante muchos años sin encontrarlo.

El hijo de otro vecino, les contó lo que le había pasado a Javier, ya que dicen que en el bosque que queda por aquí cerca, aparece un caballo que habla solo con los niños, por eso lo apodaron “El hombre caballo”, que ronda los bosques contando su historia y buscando amigos con quien jugar.

8 años

San Antonio

Segundo lugar regional

LA ESCALERA DEL DIABLO

Ángela Victoria Vivar Cáceres

En una fría y lluviosa tarde de invierno, de visita en casa de mis abuelos, mientras mi abuela Olga preparaba unas deliciosas sopaipillas y picarones para tomar onces, mis primos y yo nos instalábamos alrededor de la chimenea para escuchar los relatos de mi abuelo Avanejó, nacido y criado en la localidad de Manuel Montt, en la comuna de Petorca. Mi abuelo empezó su relato contándonos que en la entrada de Hierro Viejo, pasando el túnel La Grupa, se ve una escalera al revés y dice, que es por donde arrancó el mismísimo cachudo de los mineros y del cura del pueblo.

Se dice que en ese pueblito se paseaba el diablo con un elegante terno negro mostrando su dentadura de oro. Le gustaba aparecer en la fecha de pago donde solía llegar en un enorme caballo negro. En ocasiones, también llegaba a pie para entusiasmar a los mineros, ir a las ramadas a beber y bailar cueca. Mientras el diablo se lucía bailando, un minero sorprendido por la destreza del afuerino bailando exclamó:

—¡Chita que baila bien ese roto, por la mismísima Virgencita!

Al oír la invocación de la Virgen, el cola larga arrancó despavorido. Al darse cuenta los mineros que este era el verdadero don Sata, se asustaron, pero aun así lo salieron persiguiendo con cruces en manos junto al cura del pueblo, que con tanto alboroto y bullicio se despertó, y armado de agua bendita acompañó a los lugareños en esta persecución. Al llegar al cerro, don Sata hizo aparecer una escalera de piedra por donde subió velozmente. Los mineros y el cura trataron también de subir, pero don Sata al llegar a la cima, invirtió los peldaños de la escalera impidiendo que los mineros y el cura lo siguieran. Así logró escapar de ellos.

Según cuenta la leyenda que nos narra mi abuelo, todos los años en la noche de San Juan, con lámpara en mano se ve subir y bajar a una persona. Los lugareños del pueblo aseguran que es el mismísimo don Sata que recuerda cómo se burló y escapó de los mineros y el cura.

De repente se escucha un grito de mi abuela Olga: “¡Están servidas las onces!”, nos hizo saltar del miedo. Disfrutando las delicias de mi abuela, nos olvidamos del susto provocado por la historia de mi abuelo Avanejó.

Cada vez que voy a Petorca, al pasar por Hierro Viejo no puedo evitar mirar hacia la derecha de la piscina y mirar los peldaños invertidos de la escalera del diablo, recordando la tenebrosa historia contada por mi abuelo.

11 años
Petorca

Tercer lugar regional

EL VESTIDO DE MI ABUELA

Antonia Paz Lagos Novoa

Era 18 de septiembre en la mañana y yo me levanté muy temprano para ir a las fondas del Estadio Nacional con mis amigas. Estaba emocionada, porque era la primera vez que iríamos juntas. Estaba saliendo de la casa cuando mi abuelita que vive con nosotros me gritó y me dijo:

—¿Adónde vas, jovencita?

—A las fondas del Nacional, Yeya. Le dije ayer ¿no lo recuerda? —le contesté frenando en seco.

—¿Va a una fonda así? No, no, no —dijo señalando mis ropajes que eran unos *jeans* con una polera de Condorito que decía “Viva Chile”—. Usted no se va *pa' niún* lado con esa ropa. Venga *m'hija*.

Me tomó y me llevó a su pieza. Al llegar abrió su closet y sacó un antiguo, pero hermoso vestido rojo con flores amarillas, tan chileno como los porotos. Sonrió y dijo:

—¡Póngase este vestido!

—Pero, Yeya. Es una fonda del siglo XXI —dije riendo, pero ella bien terca me replicó malhumorada:

—A ver, *m'hija*. ¡Usted y sus niñerías de este tiempo no me ganarán! —colgó el vestido en la puerta del closet, se aclaró la garganta y se sentó en la cama: este vestido es muy especial, ¿sabe? Yo siempre iba a la ramada del Club de Huasos de mi pueblo... San Carlos, usted lo conoce. Yo era la reina de la cueca, siempre bailaba con lolos muy guapos. Ese 18 en que tenía su misma edad, trece años, fui con un hermoso vestido azul. Al llegar allá, me encontré con mis amigas y esperamos que empezaran los bailes. De pronto, se me acercó Miguel, un compañero de escuela con el que nunca había hablado y me empezó a hablar. Yo le seguí el juego y terminamos jugando rayuela y tomando un rico mote con huesillos juntos. Cuando comenzaron a sonar las cuecas, Miguel me miró para que bailáramos, pero otro joven al que nunca habíamos visto, alto, de vistosos ojos azules y pelo castaño, me sacó a bailar. Y yo como nunca rechazo una cueca... acepté, ja, ja, ja. Bailamos una buena cueca. Él era muy buen bailarín y por un momento me sentí atraída por él. Al terminar, todos nos aplaudieron, pero Miguel... sí, *m'hija*: tu tata Miguel... le gritó al muchacho:

—*Usté* no me engaña, *usté* es el *colúo*...;El diablo! ¡*Usté* es el diablo!

—¿Cómo demuestra usted que yo soy el diablo?

—Porque le vi la cola —gritó aún más fuerte su tata.

El muchacho sonrió y dejó ver una larga y sádica cola, y unos cachos largos y encorvados desde su cabeza. Todos gritamos menos su futuro tata que le dijo:

—Váyase a molestar a otro lado, *colúo*, que aquí no queremos leseras.

—Me iré, pero antes —se dio vuelta y me habló—. Como eres tan buena *pa'* la cueca te dejaré este vestido que te protegerá de mis maldades.

Chasqueó los dedos y mi vestido azul se volvió rojo y con flores amarillas, y el diablo desapareció al instante.

—¿De verdad, Yeya? —le pregunté.

—*Síp*, y si no me cree pregúntele a su tata —me dijo ella.

Tomé el vestido y me lo puse:

—¿Cómo me veo? —pregunté. Y mi Yeya me dijo:

—Muy guapa *m'*hija. Ahora vaya a la fonda, baile cueca y demuestre que es nieta de su abuela.

—¡¡¡¡SÍ, YEYAAA!!! —grité y le di un beso. Y luego, me fui a las fondas orgullosa con mi vestido rojo con flores amarillas.

12 años
La Florida

Primer lugar regional

LA PATA DEL DIABLO

Vicente Alonso Soto Naveas

Raúl Gómez vivía al otro lado del puente colgante a la subida del cerro en la cordillera. Su familia era su mujer y sus cinco hijos. Trabajaba esporádicamente en el ferrocarril. Era un hombre silencioso. Su compañero de trabajo, le preguntó un día qué le pasaba y él le contestó:

—Nada. —Luego sacó la voz y agregó—: Quiero irme a otro lado, donde ganar más. Los chiquillos pasan hambre y no tengo qué darles de comer. No quiero ser más pobre, quiero ser rico.

Su compañero lo escuchó y luego le dijo:

—Pídele a Satanás. Él tiene harta plata, ja, ja, ja.

Raúl lo miró. De repente, como si hubiera estado dormido, le dijo:

—¿Y cómo se hace?

Su compañero le respondió:

—Te *vai* a la punta del cerro, *empezái* a llamarlo y aparece. No es gratis. Algo te va a pedir.

—¿Cómo qué? —preguntó Raúl.

—¿Y tú? ¿Por qué me *hacís* tantas preguntas? ¡Si es broma! Son puras leseras no más. Terminemos esto será mejor.

Pero la idea se le metió a Raúl en la cabeza. No lo dejaba dormir. Un día le comentó a su mujer lo que quería hacer. Ella le contestó:

—*Estai* loco. Te va a llevar.

Total, la idea no se la sacaba nadie de la cabeza. Una noche, mientras ella dormía, se dirigió al cerro. Cuando iba subiendo, tuvo un minuto de temor y se devolvió. «Pero si vengo a esto, tengo que seguir», se dijo. Llegó a la punta del cerro y empezó a llamar a Satanás.

—¡¡¡Satanás!!!

De repente, delante suyo, se para un señor elegantemente vestido, con un sombrero que le cubría la cara.

—¿Qué pides, Raúl? —le preguntó.

Raúl casi no sacaba el habla.

—Un casa bonita, carruaje para pasear y mucho dinero.

—Te lo daré. ¿Y tú? ¿Qué me darás a cambio?

—Lo que pida, pida.

—¡¡¡Tu alma!!! En la fecha que convengamos, el 24 de junio, en 20 años más, nos encontraremos en este mismo lugar. De lo contrario, te quitaré todo.

Al poco tiempo, todos hablaban en el pueblo de Raúl y su familia que había desaparecido. Ni rastros.

Pasado el tiempo, se acercaba la fecha del contrato entre Raúl y Satanás. El diablo estaba muy contento, porque iba a tener un alma para llevársela al infierno. A su vez, Raúl tenía un gallo que era su regalón y le obedecía todas las órdenes que le daba. En esa oportunidad le ordenó que cuando hiciera sonar las manos, debía cantar: ¡¡¡Kikirikí!!!

Llegó el día del encuentro. Raúl se despidió de sus hijos y su mujer. Subió cerro arriba. Cuando faltaba un minuto para las doce de la noche, hizo sonar las manos y el gallo cantó: ¡¡¡Kikirikí!!! Satanás se puso tan furioso que le dio una patada a una inmensa piedra. Satanás había perdido. ¡Raúl lo hizo lesa!

Todos pensaban que nunca más verían a Raúl, pero al verlo de regreso con su gallo, la felicidad fue tan grande que dio una fiesta para todo el pueblo. Se quedó con todo su dinero y Satanás por malo fue derrotado.

Dicen que la piedra donde pateó Satanás está a la orilla del camino en San Alfonso, cerca de San José de Maipo. Por eso la llaman “La pata del diablo”.

7 años
San Miguel

Segundo lugar regional

EL CHANCHITO DE GREDA

Trinidad Isidora Lagos Novoa

Un día Violeta Torres fue a visitar el pueblo de Pomaire, un lugar famoso por sus ricas empanadas y hermosas figuras de greda. Sin embargo, los más famosos eran los chanchitos de greda. Eran tiernos y bonitos, además de prácticos, ya que sirven para los que quieren ahorrar unos buenos pesitos.

A Violeta le encantaron y escogió uno con ojos bien redondos y un particular color café muy oscuro y se lo llevó a Santiago. Todos los días ella le sacaba brillo con un pañito amarillo y también ponía en su interior, todos los días, todas las monedas que podía, si hasta perfume le ponía. Quería mucho a su chanchito y cada día crecía más ese cariño.

Pero un buen día, al angelito de su hermano Diego, se le ocurrió jugar a la pelota dentro de la casa. Y tocaba la casualidad, que justo Violeta le sacaba brillo al animal de greda, pero antes de que pudiera decirle a su hermano que se fuera a jugar afuera, la pelota voló por los aires hasta impactar con el chanchito.

La greda es tan frágil como el alma melancólica, así que el chanchito terminó hecho mil pedazos en el suelo, al igual que el corazón de Violeta. Su hermano miraba la escena en silencio, hasta que dijo:

—Bueno, podemos comprar otro.

Después de repartir los castigos merecidos para Diego, Violeta estaba hecha una fiera con su hermano. Tanto, que lo obligó a hacer un gran hoyo para enterrar los restos del chanchito en el patio, junto al gran cerezo. Luego, Violeta estuvo allí toda la tarde lamentándose.

Como nadie la podía sacar de su luto, la abuela Valentina llegó al rescate con un nuevo chanchito de un color más oscuro que el anterior, pero mucho más tierno. A Violeta le gustó la idea y se mostró muy agradecida. La chiquilla lo cuidó por muchos años, siempre manteniendo en su memoria a su primer chanchito de greda.

Hasta que llegó el día en que tuvo que romper este nuevo chanchito... pero ¿saben?... esa es otra historia.

12 años
La Florida
Tercer lugar regional

LA ABEJA MALIGMA

Alelí Valentina Herrera Rojas

Mi abuelo le contó esta historia a mi papá y él me la contó a mí. Esta historia es real. Mi bisabuela que se llamaba Juana Ochoa trabajó en un fundo allá en el sur, en un lugar llamado Pinares a orillas del río Bío Bío. Ella tenía catorce años y trabajaba en la limpieza de la casa del patrón. Tenía varias compañeras de trabajo y una de ellas era mapuche. Mi abuela Juana vio un día a la joven mapuche, que le estaba robando al patrón unas hermosas joyas del joyero que estaba justamente en la pieza de su esposa. Entonces, le avisó al patrón que la joven mapuche le había robado. El patrón sabiendo lo que había hecho la mapuche, la despidió. Y ella muy enojada, le dijo a Juana:

—Te vas a acordar de mí —y se fue.

Al cabo de un año, Juana tranquilamente como siempre, estaba trabajando lavando la ropa en el patio. De repente viene una abeja y la picó en un lado de la cara. Ella gritó: “¡Ay!”. Y se tocó sintiendo un granito en su mejilla.

Al otro día se miró al espejo y vio que tenía una hinchazón tremenda y le dijo al patrón del accidente que había tenido. Este la dejó ir a su casa para que la curaran sus padres. Al llegar a su casa, le preguntaron con asombro:

—¿Qué te pasó, Juana?

Juana respondió:

—No sé, tengo una alergia.

Sus padres muy preocupados la llevaron al médico del pueblo y él la curó. Al cabo de tres años, Juana se casó con mi bisabuelo Luis Herrera y tuvieron doce hijos. Y en todo ese tiempo, se le abría su herida de la mejilla y se le cerraba. Visitó varios médicos que le recetaban cremas, medicamentos y hierbas, pero la herida no tuvo solución. Un médico le dijo que fuera a visitar a la machi curandera que vivía en el monte. Ella obedeció y fue a ver a la machi. Y la machi le revisó la herida y le dijo, que no tenía cura, porque la abeja que la picó hacía muchos años llevaba el mal que la ex compañera le había dado. Juana quedó sorprendida y triste. Pasaron los años y Juana iba envejeciendo y un día, murió en su casa a causa de la herida que se le había convertido en un cáncer, acompañada de sus hijos y su esposo.

8 años
Coltauco

Primer lugar regional

UN AMIGO INESPERADO

Benjamín Ignacio Miranda Orellana

MI abuelito siempre me contaba historias de nuestro recóndito pueblo cordillerano. En Coya —me decía— hace mucho tiempo atrás, vivía un animal llamado puma. Yo le prestaba toda la atención que podía, porque sus historias siempre me fascinaron. Un día —continuaba— este puma bajó de la montaña hacia el atardecer para atrapar a su presa y alimentarse y así poder sobrevivir. Caminaba largos trechos para obtener su comida. Era solitario y salvaje. Todos los otros animales del lugar le temían. Cierta tarde, se acercó a una laguna donde cayó por accidente. El agua se deslizó por su cara hasta llegar a sus ojos, impidiéndole ver con claridad. Estaba asustado, muy atemorizado, porque no encontraba salida a su repentina ceguera. Sus ojos ya no le servían.

Cuando mi abuelito llegaba a este punto, suspiraba y le daba a su relato un aire de misterio. Entonces, me miraba directamente, como para encontrar en mí, el entusiasmo que necesitaba para continuar su historia. Por supuesto, yo le brindaba toda la inspiración, porque mi deseo de saber qué pasaba con el pobre puma, era una fuente de poder para él. Y así, proseguía:

—En el silencio de la noche, su olfato no le fallaba, por eso pudo sentir que alguien lo socorría. En medio de su temor a lo desconocido, se decía a sí mismo: «¿Quién se puede acercar a mí, un animal agresivo y salvaje?»... De pronto, sintió que lo abrazaban e intentaban secarle el agua que invadía su vista. Otra respiración similar a la suya, le dijo: “Calma, estarás bien. No te preocupes, estaremos bien en poco tiempo”...

—¿Quién era abuelito? ¿Quién quería ayudarlo? ¡A mí me daría un susto terrible! —le dije.

Su expresión de dulzura aún me entenece...

—Al salir del agua —continuó—, lamieron sus ojos y limpiaron su rostro... medio borroso al principio y luego, con su vista clara, pudo ver otro rostro salvaje como él, pero dueño de un corazón sensible y puro, debido a su acción desinteresada. Un nuevo amigo estaba allí para socorrerlo, otro solitario como él. Desde ese momento se dieron cuenta que ya no estarían más solos. Se tenían el uno al otro para seguir recorriendo de punta a punta nuestra hermosa localidad. Es por eso —concluía mi abuelito— que a veces se escuchan rumores de que han visto un par de pumas por nuestras laderas, porque desde ese día, caminan juntos descubriendo el verdadero significado de la amistad en estas hermosas tierras.

9 años
Machalí

Segundo lugar regional

ANIMITA MARÍA DEL ROSARIO

Tamara Belén Álvarez Duque

Un día de junio, mientras fuera de mi casa a la lluvia solo le faltaba decir: “¡alóoooo!”, frente a la puerta de madera de la entrada, a mi abuelita sentada al lado de la estufa a leña, le pregunté, aburrída de ver lo mismo en la televisión:

—Abuelita, ¿te sabes un cuento de por aquí?

Ella se movió hacia la estufa, tomó un trozo de madera que había en el viejo canasto de mimbre, la abrió, se le iluminó su rostro como piel de fuego y llevó el tronco hacia las llamas.

—Sí, algo me acuerdo de una historia que sucedió acá en Chimbarongo cuando yo era joven...pero es muy triste.

—Abuelita —le dije entusiasmada y alborotada— cuéntamela, tú sabes, yo soy valiente. ¿Te acuerdas que cuando murió mi gato Peluso lloré poquito y aprendí que también la pena se lleva en el corazón?

—¡Está bien! —dijo arreglándose el delantal a cuadros que se ponía para estar en la cocina.

Era una mujer muy bonita. Se llamaba María del Rosario. Trabajaba haciendo aseo en un local donde llegaban forasteros, comerciantes y pobres en busca de dinero. Un día llegó un músico al local. Ella se enamoró perdidamente de él, pero desgraciadamente él no de ella. Durante un tiempo estuvieron juntos. Ella quedó embarazada y dio a luz a su niño, muy sola, pues el músico se lo pasaba de fiesta con amigos en el campo.

Un día él le avisó que regresaba a la ciudad. La mujer se desesperó y lo increpó a que la llevase con él, pero ella y el niño no estaban en sus planes.

Pasaron unos dos días y el dueño del cuarto donde arrendaba María del Rosario, comenzó a echarla de menos, porque no la veía salir con su hijo en brazos, como lo hacía cada día, para ir donde don Carlos, el vendedor de verduras del lugar, donde le compraba zapallo a su niño “para que se pusiera rosadito” como ella decía.

Entonces llamó a la puerta de María e insistió. Pero no habría la puerta. Entonces empujó la puerta vieja, a punto de ser devorada de termitas. Miró hacia la cama que estaba al frente pues era solo un cuarto y vio a la mujer muerta y desangrada, mientras su niño pasaba su boca lamiendo la sangre casi coagulada de su madre.

El músico, según la policía, la había matado y su hijo gracias a que bebió la sangre de su madre, estaba sanito.

Actualmente, en el cementerio de aquí de Chimbarongo, está enterrada la animita de María del Rosario. Dicen que es muy milagrosa, porque su tumba siempre está llena de flores frescas, tablitas con agradecimientos de favores concedidos y velas encendidas.

A su hijo se lo llevaron a una casa de niños huérfanos a Santiago. Hoy debiese tener unos setenta años, si aún vive.

—Pero abuelita, entonces, ¿es un cuento de verdad?

—Así es... eso pasó aquí en el campo hace mucho tiempo.

—Entonces, abuelita, cuando vayas al cementerio, ¿me llevas? Y llevamos unas flores de las que hay allá afuera: calas, margaritas, cardenales...

LA NOCHE DE SAN JUAN

María José González Sepúlveda

Una vez mi abuela me contó que *pa'l* bajo, más allá de donde viven las González, en la noche de San Juan se aparecía el diablo si uno iba en la nohecita faltando *pa'* las doce, con una vela en una mano y en la otra, un espejo.

Esperamos más de un mes para esa gran noche. Lo teníamos todo planeado yo y mi prima mayor, la Flo, que era bien inocente y creía todo lo que yo le decía. Tiene el pelo bien largo y le gusta peinárselo todo el día. A ella le gusta el pan amasado y a mí, la tortilla de rescoldo, y mi abuela siempre nos reta, porque somos mañosas para comer. Yo tengo el pelo crespo y café. No es muy bonito, es más lindo el de la Flo, pero yo tengo los ojos de color y ella no.

Ese día con mi prima la Florencia pensamos toda la tarde si íbamos a ver al diablo o no. Cuando ya fueron las diez de la noche, preparamos el espejo, le pedimos un par de velas a mi abuela, pero no nos quiso pasar. Obligadas a sacarle las velas a San Sebastián, no nos quedó de otra. Hicimos como que nos íbamos a dormir, no nos sacamos la ropa y nos acostamos tal cual, pero sin zapatos y ahí esperamos mirando el techo hasta que todos se quedaran dormidos para poder escaparnos. Mientras esperábamos, la Flo me hablaba y yo la hacía callar. Me preguntaba si íbamos a ver al diablo y yo le decía que sí, pero me volvía a preguntar y yo le volvía a responder hasta que me preguntó cómo era el diablo y yo me quedé *callá*. No supe qué decirle... yo nunca lo había visto.

—Supongo que es medio rojo y tiene cachos y debe oler bien mal— le dije.

Después de eso nos quedamos calladas hasta que dieron las once. Le dije a la Flo que nos levantáramos despacito y que nos escapáramos por la ventana. Estábamos amarrándonos los zapatos y de repente subió a la ventana el Cholo, el gato de mi abuela, y es ¡¡¡negro!!!

La Flo estuvo a punto de gritar, pero yo le tapé la boca de un solo salto.

—¡¡¡Miauuu!!!— nos dijo el gato mirándonos con sus ojos brillantes y nosotras muertas de miedo. Pasaron como dos minutos y seguía mirándonos, y yo seguía tapándole la boca a la Florencia que estaba como congelada de susto. Solté a la Flo y ella seguía como estatua. Caminé a la ventana, tomé al gato y lo metí a mi cama para que cuando yo volviera estuviera calentita, ya que afuera hacía mucho frío. La verdad es que poco se veía de la niebla que había. Miré por la ventana y pensé, y volví a pensar, si era buena idea ir a ver al diablo. No se veía mucho.

Abrí la ventana, llamé a la Florencia y la bajé despacito. Le tomé las manos y ella se quejaba, porque abajo estaban las matas de rosas y se pinchó las piernas y quedó toda enganchada con las pantis. Ella alegaba y yo me reía sin poder reírme. Era muy chistoso. Cuando aparecieron los perros de la casa derechitos donde mi prima, yo la solté y cayó. Los perros la abrazaban y yo trataba de echarlos y ellos más cariñosos se ponían. Traté de saltar para poder salvarla de los perros, pero cuando yo iba bajando, el Gusano (así se llama uno de los perros) me agarró el pantalón y me tiró. Caí arriba de la Florencia y arriba de la mata de rosas... Me quedo toda rasguñada la cara, y lo peor, las velas las dejé encima de la cama y el espejo con todo. No sé dónde quedaron. Ahí estábamos con los perros encima, adoloridas con frío y sin velas. Ella me miraba y yo la miraba, o sea nos mirábamos y no decíamos nada.

Me levanté, la tomé de las manos y le dije:

—Vamos, nomás.

Así que ella me siguió, pero se nos olvidó traer la linterna. Así que no avanzábamos mucho, porque nos topamos con la reja y ahí quedamos, ya que mi abuelo le puso candado, justo esa noche, la noche del diablo.

—Hasta aquí nomás llegamos —dijo Florencia.

—Creo que sí —le dije.

Y ella me preguntó:

—¿Cómo vamos a volver a la pieza?

Yo abrí bien grandes mis ojos de color, que a esa hora no sé si eran verdes o se habían puesto cafés, y le dije:

—No pensemos en eso.

—¿Qué vamos hacer?

Pensamos un buen rato y nada se nos ocurría. Lo único era volver por donde habíamos salido. Fui al lado del gallinero a buscar un balde para ponerlo y así subir a nuestra ventana. Primero subí yo y después ayudé a la Florencia. Todo resultó bien. Ella me dijo si podía dormir conmigo. Yo le respondí que sí. Ahí nos acostamos las dos y el Cholo al medio.

Al día siguiente, mi abuela nos fue a despertar y me vio la cara y me dijo:

—¡Hija, por Dios! ¿Qué le paso?

Yo me medio desperté y me vi en el espejo de mi pieza y mi cara estaba del terror. No supe qué decirle a mi abuela. La Florencia sentada como estatua de nuevo, ni se movía. Cuando en eso sale de entremedio de las sábanas el gato y mi abuela creyó que el gato me había rasguñado la cara. Agarró un zapato que estaba tirado y salió persiguiendo al pobre Cholo por toda la casa, pensando que ese gato del demonio me había dejado la cara así.

En el día nos mirábamos con la Florencia y no nos decíamos nada y nunca dijimos nada, hasta ahora que me acuerdo del día en que queríamos ir a ver al diablo.

13 años
San Javier

Segundo lugar regional

LAS AVENTURAS CON MI AMIGO FIEL

Maximiliano Contreras

Hace mucho tiempo que anhelaba tener un cachorro pero mis papás no me dejaban tener uno, porque decían que sería demasiado desordenado. Entre un perro y yo, volveríamos loca a mi mamá. Hasta que un día de la nada, cuando estábamos visitando a mi abuela Checha, mi mamá vio unos perritos en venta y se enamoró de uno. ¡Yo estaba feliz! ¡Por fin se cumpliría mi sueño de tener un perrito! En ese momento se me pasaron mil cosas por la cabeza y pensé en todo lo que iba hacer con mi perrito, ¡realmente tenía el corazón infladísimo!

Cuando llegó a la casa, al perrito había que buscarle un nombre. Pasamos por varios como Rubius, Lolito Fernández y mi hermana quería ponerle Pepa. Parece que no entendía que era un perro. Hasta que mi papá se acordó del maestro Chifu y así encontramos el nombre perfecto: Chifu. Es de color blanco medio amarillento, bien peludo, medio papiche, muy regalón de mi mamá. Le encanta jugar y el agua. Una vez, fuimos de viaje con el Chifuito a la playa, pero antes pasamos a un pueblito. Ahí, nos pusimos a jugar a la pelota con mis papás y mi hermanita. Yo iba corriendo, cuando de repente, siento que cae algo en la pileta que había en la plaza. ¡Era el Chifu que de un salto se había tirado una tremenda zambullida! Yo me puse a reír. Mi mamá estaba enojada y decía: “¡Se va a resfriar!”. Mi papá todo nervioso, como pudo sacó al perro, lo envolvió en una toalla y se puso a secarlo. El Chifu con el calor tomó un olor un poco desagradable, como a los pies de mi Titi después de que juega al fútbol los domingos.

Cuando llegamos a la playa, se puso como loco. Escarbamos la arena, nos tiramos por las dunas, corrimos por el agua del mar. El Chifu es tan tonto que la mordía y yo me reía tanto. Otra vez, nos fuimos a la cordillera con el Chifu y mi tata Manuel que me da todos los gustos: me llevó la bicicleta. ¡Lo pasamos genial! Hacíamos saltos, íbamos a bañarnos al río, salíamos de excursión. ¡Somos grandes amigos!

Me encanta pasar las tardes jugando con él a la pelota. Lo pasamos muy bien juntos. A veces le hacemos tira las plantas a la mamá, pero le echamos la culpa al vecino. Otro día, lo subí a mi cama y estábamos jugando cuando de repente no sé cómo, se quebró la lámpara favorita de mi hermanita. La queríamos pegar, así que ocupamos un tremendo envase de cola fría del papá. ¡A veces no entiendo a los papás! ¡Yo quiero ayudar y ellos se enojan! Esa vez estuvimos los dos con el Chifu castigados sin poder salir a jugar.

Igual, cuando llego a la casa me recibe con saltos y pareciera que vuela por entre los fierros de la reja y de un brinco llega a mis brazos.

Todo era perfecto hasta que, un día sábado me levanté, pero estaba raro. No salió a buscarme y cuando lo llamé, solo me lloró. En ese momento sentí tanta pena. No sabía lo que le sucedía. ¡Solo que no era nada bueno! Mi mamá lo tomó en brazos y lo metió a la ducha calentita. Lo bañó y lo revisó. Se dio cuenta que unos perros vagos le habían pegado y estaba muy mal herido, así que lo llevamos a la clínica veterinaria, donde lo curaron y nos dijeron que estaba muy grave. En ese momento me sentí tan triste. ¡No quería perder a mi amigo! Lo teníamos que dejar en la clínica. Nos vinimos muy apenados.

De regreso a casa, nadie hablaba en el auto. Era raro levantarse y no sentir sus ladridos. Así pasaron varios días hasta que el jueves, cuando mi papá me fue a buscar al colegio, noté algo en su cara. Pensé que el Chifu se había muerto y me dio tanta pena, pero cuando llegué a la casa, abrí la puerta y mi mamá con mi hermanita tenían un tremendo escándalo. ¡Estaban jugando con mi amigo! El Chifu me vio y salió corriendo. Saltó a mis brazos y me lamió toda la cara. ¡Se movía en mis brazos como un tallarín recocado! ¡Fue tan emocionante! Ya estoy imaginando todas las travesuras que haremos. ¡Parece que él también lo supiera, ya que pone esa cara de loco!

EN LAS PROFUNDIDADES

Juliana Antonia del Río Burgos

Lanallwe, 1627

—¡Otra vez! ¡Otra vez! —gritaban los hombres y mujeres que se hallaban junto a los niños.

Ahora la amarraron de otra manera: la muñeca izquierda al pie derecho y la muñeca derecha al pie izquierdo, y la volvieron a sumergir al agua.

Ella sólo deseaba regresar a aquellos días en los que paseaba por las orillas del lago junto a su tía, pero eso no se podía. Su tía estaba muerta desde hacía unos meses. La había dejado sola. Ahora quedaba ella y moriría ahogada en el lago Lanallwe.

La acusaron de brujería, junto a su madre y su tía. Su madre murió también ahogada en las profundidades del lago mientras nadaba, algo la habría tentado a sumergirse, tal vez el amor que sentía hacia sus aguas. Años más tarde, su tía se encontraba agonizando de cáncer, pero a ella no le era posible curarla. Había realizado varias curaciones antes, por las cuales la acusaron de bruja.

Ella caminaba cada mañana hasta el otro lado del lago para buscar las plantas que le facilitaban curar. Esa era su pasión: hacer de la naturaleza su salvación, utilizar lo que esta le entregaba.

Una mañana la descubrieron y la noticia recorrió el pueblo de los alrededores del lago Lanallwe.

La encontraron, dirigiéndose a su destino, a cabeza gacha entremedio de la lluvia, esta vez no iba por las orillas, iba caminando con el agua hasta sus rodillas y un largo vestido a punto de ser empapado. Ella amaba esa sensación. Cuando se conectaba a la naturaleza se olvidaba por completo de la culpa que amenazaba su bienestar.

Ella conocía el lugar, sabía que aun se hallaba oculto de la civilización. Disfrutaba observar las altas montañas inhabitadas y a la lejanía el lago, su lago.

Todas esas memorias abundaban dentro de su mente, de su dolor.

La sacaron del agua, y su respiración seguía activa, pero aun lenta.

—No ha funcionado ¡Al agua!

—¡No sé si funcionará! ¡Es una bruja! —terminó de decir un hombre, antes de que ella hablara.

—¡Por favor, por favor! —sollozaba ella—. ¡No soy una bruja, lo juro, tengan clemencia!

Quería salvar su vida, sin embargo, por la posición en la que la habían amarrado le era imposible moverse un centímetro.

La lanzaron por tercera vez al agua. Sus pies estaban a unos metros de tocar el fondo. Y se encontraba en la parte más profunda del lago.

Tenía los labios amoratados, hacía minutos que había perdido el conocimiento.

Esta era la segunda persona a la cual no había podido curar... su tía había muerto sin que ella pudiera hacer nada. Y tampoco había podido evitar que las aguas la dejaran sin respiración.

Para cuando la sacaron, su respiración se había extinguido por completo.

Así terminaba de contar la historia el anciano a sus cinco nietos, quienes lo visitaban durante aquel caluroso verano. Sin darse cuenta, había caído la noche, mientras que los niños habían estado escuchando la interesante historia de su abuelo. La fogata se había apagado lentamente con el escaso rocío que ya comenzaba a caer. Los cinco pequeños niños se fueron a dormir, imaginándose otras muchas historias que seguramente habían sucedido en el lago que los acompañaba con el vaivén de las aguas.

Luego de su muerte, la gente que la había visto morir creyó que era una bruja débil y por eso había muerto, dejando así embrujado el lago, y cada muerte que ocurría dentro de las aguas del lago fueron asociadas a su poder.

12 años
Arauco

Segundo lugar regional

UNA VUELTA MUY LARGA

Victoria Lucila Cárdenas Aranda

Ernesto Villalobos volvía al hogar familiar caminando por los senderos de tierra, rodeados de árboles, arbustos y cercos. Se escuchaban los lejanos gritos de las personas, el bullicio de los animales y una carreta que se alejaba cada vez más.

Silbando una melodía que casi había olvidado, siguió la curva del camino. De repente, sintió algo como una piedra impactando contra su muslo. Se sobresaltó, miró hacia abajo y observó a su alrededor buscando al responsable y el objeto lanzado. No halló ninguno. Intentó ignorar el incidente y continuó su marcha con un ligero mareo proveniente de la nada.

Allá estaba su casa de tejas y adobe. Le alegraba ver el lugar donde fue criado, pero que tendría que dejar en algún momento para formar otra familia. Al llegar, el mareo se había acrecentado, además de arderle la frente y sentir pequeños escalofríos recorriendo su cuerpo. Quiso distraerse conversando con su padre o jugando con sus hermanos menores. La temporada terminaba, algunos de los niños tendrían que volver a la escuela, los mayores se esforzarían más, pero no les importaba, ellos tenían que estudiar.

Poco antes de comer, su madre lo llamó preocupada, le tocó el rostro y lo cuestionó por su palidez, de la que no se había dado cuenta. Empezaba a sudar en frío, el mareo era más intenso y percibía un pitido. Le fallaban poco a poco las piernas, sus ojos ardían, así que optó por cerrarlos. Lo llamaban, escuchó que lo llamaban. Todo daba vueltas. Se hincó. Distintos ecos chocaban contra su cabeza. Negro, todo se volvió negro. El dolor de un golpe seco contra el suelo fue lo último que se hiló en sus pensamientos.

Rato después se encontraba recostado sobre una cama, cubierto de mantas y trapos húmedos. Lanzó un quejido, le molestaban esos paños cuando se sentía entumido. Parpadeó un par de veces, solo podía balbucear y mover la punta de sus extremidades. Distinguía unas pocas luces y dos figuras a sus lados. Toscamente se intentó levantar cuando se acercaba una tercera figura. Las dos figuras lo retuvieron y empujaron contra la cama. Volvió a cerrar los ojos y perdió la conciencia.

Pasó media semana. Ernesto tenía ligeros momentos de lucidez. Sus familiares permanecían preocupados, atentos a cualquier mejoría o decaimiento. A la semana no tenían idea qué hacer, ya que habían intentado con distintas hierbas y remedios. Semana y media. A pesar de que nunca fue de esos muchachos enfermizos, seguía postrado, al menos ahora formaba cortas frases para expresarse y tenía un mejor color. Eso duró poco. Una ajetreada mañana volvió a recaer. Esto dejaba de ser un simple resfriado, algo más complejo lo aquejaba.

Un buen amigo se enteró del estado del joven y les sugirió llamar a un conocido suyo, Marcos, del cual se rumoreaba que curaba ciertos males, pero a cierto costo no muy barato. Los esposos poco a poco consideraron esa opción. Costaba lo mismo que recurrir un médico y era mucho más cercano. Buscaron al supuesto curandero.

Fue un viaje de medio día. Don Eugenio Villalobos, tal vez, tuvo suerte al encontrarlo en su casa. Conversaron un cuarto de hora y llegaron a un trato. Se iba con él a sanar a su hijo ese mismo día, pero por ser tan repentino le costaría un poco más. Aceptó dudoso la oferta. Otro medio día de viaje. Llegaron al anochecer. Le prepararon un lugar para dormir al invitado y comida para que al otro día pudiera trabajar.

A la mañana siguiente, entraba a la habitación del enfermo. Les ordenó a los familiares que se retiraran para iniciar. Ya todos estando fuera y Marta, la madre, escuchando a través de la puerta, el extraño destapó al joven y lo recostó boca abajo. Le quitó la camiseta y una a una fue contando sus vertebras. Después de eso murmuró un Ave María y le dio un estirón tan fuerte a su columna que la hizo tronar completamente. Lo vistió y volvió a taparlo. Estaba hecho.

Al salir cobró el dinero que contó minuciosamente y pidió que lo fueran a dejar a una casa diferente esta vez, ya que tenía que tomar un tren. Un hermano lo fue a dejar y la familia que se quedaba permaneció aún más atenta que otros días a la mejoría del primogénito.

Cinco días pasaron lentamente, cinco días sin una mejoría. Al contrario, empeoró. Eugenio se sentía culpable, le había asegurado que en tres días estaría como nuevo y no pasaba nada. Él había traído a un desconocido a comer en su mesa, dormir en una de sus camas y sacarle el dinero de los bolsillos. A veces, se sentaba cerca de la cama de su hijo y lo observaba respirar débilmente, tan tranquilo.

Marta no se quedaría de brazos cruzados. No, señor. «Si mi marido se rinde, yo no», pensaba decidida recordando distintos ungüentos que su abuela le había enseñado a hacer de niña. No distinguía las recetas en el interior de su mente, pero sí un suceso parecido al de su hijo, solo que hace mucho que no se hacían brujerías por esos campos.

Necesitaba orina y agujas. Sin consultarle a nadie, si lo que iba a hacer era buena idea, buscó tres agujas para estar segura y esperó pacientemente a que su hijo quisiera orinar para dejarlo en una botella. Con los ingredientes solo debía depositar esos elementos de costura en el líquido y dejarlo frente a su casa. Cuando ya anochecía, la botella fue abandonada frente a su puerta y nadie, excepto ella, se dio cuenta.

Con la familia ya en pie, todos se quejaban de un fétido olor sin saber de dónde provenía. También durante el desayuno. Solo se dieron cuenta cuando los primeros que salían a hacer sus labores diarias encontraron el origen en la entrada del hogar. Doña Marta confesó que ella lo había hecho, recibiendo miradas de desaprobación y una reprimenda por parte de su pareja.

El olor tardó varios días en irse y al desaparecer este, Ernesto volvió a trabajar, alegre y vigoroso, como era normalmente. Se recuperó de manera tan misteriosa a cómo se enfermó: como por arte de magia.

13 años
Nacimiento
Tercer lugar regional

EL ORIGEN DE LA CRUZ

Josué Eduardo Adolfo Reydet Roldán

El viaje de vuelta hacia mi pueblo de Licán Ray había sido largo y tedioso. Habíamos ido a Temuco a buscar a mi abuelo Fito que estuvo internado en el Hospital Regional Hernán Henríquez por un infarto que sufrió, al cual gracias a Dios, sobrevivió. Cuando íbamos entrando a nuestro pueblo, yo dije: “¡Al fin se ve la cruz!”. Mi abuelo se acomodó en el asiento y luego me dijo: “¡La Cruz de Licán! ¡Una gran historia para contar!”. Luego, mirándome con esos ojos cansados, ya de tanto mirar, me preguntó: “¿Te gustaría escucharla?”. La verdad, yo le hubiera dicho que no, pero luego recordé que había estado a punto de dejar este mundo, además de la pena que sentí ese día. Entonces le respondí: “Llegando a la casa, tata, con una agüita calentita, soy todo oídos”.

Mi lala Elda le tenía su cama lista, con su guatero regalón. Y ahí me instalé, a su lado, en esa cama antigua que siempre me pareció tan grande y que ahora ya no lo era tanto. Con su voz grave y pausada, comenzó a relatar la historia.

Cuando se fundó nuestro pueblo, sus primeros habitantes, entre ellos tus bisabuelos, tuvieron que afrontar grandes inundaciones y salidas del lago Calafquén que provocaban desgracias, como llevarse los animales, las precarias casas y más de una vez lamentablemente, vidas humanas. Cada vez que pasaba una catástrofe, los vecinos se ayudaban unos a otros para poner el pueblo en pie y finalmente se reunían en la entrada del pueblo a rogar a Dios que no los volviera a castigar de esa forma. Lamentablemente, volvía cada invierno a suceder y con peores consecuencias. La última gran inundación se llevó una familia completa. Esa vez, estuvieron reunidos rezando novenas y rosarios, arrodillados hasta que sus rodillas sangraban, elevando ruegos y clamando al buen Dios. De pronto, el cielo pasó de un gris oscuro a un azul profundo, sin ninguna nube en el cielo, más no llovió durante todo ese mes de julio. Los lugareños lo tomaron como una señal divina. Entre tantas propuestas de altar y agradecimientos, la idea de levantar una cruz en la entrada del pueblo, salió triunfadora. Ese mismo día comenzaron a buscar madera de pellín. Luego, erigieron la cruz con sus propias manos, a pesar de su cansancio. Desde ese resto de invierno y los venideros, no volvió a inundarse ni a salirse el lago. La cruz sería el símbolo de la fe de sus habitantes.

Cuando mi abuelo Fito terminó su relato, estaba con su mirada perdida, como reviviendo esos momentos. Me daba pena interrumpirlo, pero le dije:

—Tata, qué increíble que un trozo de madera signifique tanto. Pero obviamente, ¿la cruz original ya fue reemplazada varias veces? ¿Verdad, tata?

Mi tata, como volviendo de un trance dijo:

—Claro que sí, pero cada vez se elegía una madera noble y se reponía al instante. ¿No ve que podía volver la maldición? —Luego miró hacia la puerta y me dijo bajito—: *M'* hijo, mire en mi velador. Hay una cajita, sáquela. —Le hice caso y miré en su interior, había un trozo de madera rojiza.

Mi tata me dijo:

—Es de la cruz original. Se la regalo, cuídela y no olvide esta historia. —Luego cerró sus ojos y se durmió.

Salí de su pieza en silencio y con el regalo apretado en mi mano. Desde ahora en adelante, la llegada a mi pueblo ya no será la misma. Ahora sé que esa cruz está ahí más que de adorno, y que entre mis manos tengo un trozo de esa historia.

LA USURPACIÓN DE UN HOGAR

Matías Gonzálo Quiriban Huentecura

Esta historia ocurrió en Unión Campesina, un *lof*¹⁸ mapuche ubicado en la región de la Araucanía perteneciente a la comuna de Lautaro, un sector rural habitado por varias familias optimistas y trabajadoras que enfrentan el día a día con mucho *newen*¹⁹ cuidando de sus rebaños de ovejas del *nahuel*²⁰, un depredador que bajó a las tierras planas en busca de comida, porque el verano pasado incendiaron el bosque donde habitaba y la comida del león desapareció o los animales que cazaba estaban muy escasos. Las familias, preocupadas por sus ovejas, fueron al bosque en busca del *nahuel*.

Un campesino llamado Segundo Huentecura, de aproximadamente 42 años, de estatura baja y pelo negro, se extravió en la espesura del nativo bosque sobreviviente. El hombre desesperado empezó a buscar una escapatoria. Esperaba que la solución apareciera antes que llegara el anochecer y se encontrara con *nahuel*, pues lo atacaría sin piedad. Ya oscurecía y Segundo aún no encontraba un lugar para refugiarse. Pasó la noche sin problemas, pero muy preocupado.

A la mañana siguiente, siguió su rumbo a casa muy hambriento y sediento. Buscó algo para hidratarse y nutrirse. Miró a su alrededor: había arbustos nativos y unos pelos. Pensó un rato y luego creó una trampa para cazar un chanco jabalí. Cuando perdió la esperanza de poder comer: ¡Un milagro! Atrapó uno. Cuando llevaba la mitad de una presa cocinada se le apareció *nahuel*. Muy asustado le dio la mitad de la carne del chanco jabalí, pero antes hizo un *ilellipun*²¹ rogándole a Chaw Ngecheng²² que lo protegiera de todo lo malo. *Nahuel* contempló la rogativa de Segundo y se marchó muy tranquilo, comprendiendo que era un momento espiritual.

La familia de Segundo, en tanto, estaba muy preocupada, especialmente su esposa Francisca Quintreman, una mujer mapuche de pelo negro, cuerpo rollizo y semblante melancólico. Hizo su *ilellipun* matutino, pidiendo por Segundo para que volviera pronto y sin novedades. Segundo llevaba más de dos días atrapado en el bosque, caminando entre las hierbas. Pronto se encontró con el *gürü*²³, el zorro que estaba flaco y hambriento. Este quiso atacar a Segundo pero alcanzó a llegar *nahuel*, quien lo defendió de las garras del *gürü*.

El *gürü* se marchó con mucha rabia y corrió a otras praderas en busca de comida. Segundo, muy agradecido con *nahuel*, comprendió que él no tenía la culpa de comer sus ovejas, sino los *winkas*²⁴ que quemaron su hogar, dejándolo sin alimento. *Nahuel* se marchó lentamente, pero antes cazó un conejo y se lo entregó a Segundo.

Mientras tanto, Francisca pidió a otras familias que la ayudaran a buscar a su querido esposo Segundo. Todos empezaron la búsqueda por el inmenso bosque. Cuando, Segundo terminó de comer, siguió su camino rumbo a casa. Llegó al anochecer, estaba muy cansado y extasiado, porque había vivido una experiencia muy gratificante que enriqueció y fortaleció su espíritu. Él comenzaba una nueva vida, siendo ahora un nuevo hombre de la tierra, comprobando que era un miembro más del *itrofil mongen*²⁵.

11 años
Padre Las Casas
Segundo lugar regional

¹⁸ Lof: forma básica de organización social del pueblo mapuche (nota del editor).

¹⁹ Newen: energía en lengua mapudungun (nota del editor).

²⁰ Nahuel: tigre en lengua mapudungun (nota del editor).

²¹ Ilellipun: oración en lengua mapudungun (nota del editor).

²² Chaw Ngecheng: dios mapuche (nota del editor).

²³ Gürü: zorro en mapudungun (nota del editor).

²⁴ Winkas: término en lengua mapudungun para referirse a las personas ajenas a la comunidad (nota del editor).

²⁵ Itrofil mongen: cadena de vida del mundo mapuche (nota del autor).

EL NIÑO CULEBRÓN

Kyhara Dennis Nahuel Queupumil

Hace muchos años atrás, había un matrimonio que tenía un hijo enfermo, ya que no podía caminar. No tenía movimiento en las piernas ni en los brazos. La familia vivía en una *ruka*²⁶ muy humilde. El matrimonio trabajaba muy duro para poder alimentar a su hijo, ya que en esos tiempos la pobreza era muy grande. Los padres salían temprano a trabajar y entonces la mamá del niño dejaba la comida en una ollita de fierro bien arriba para que no pudieran entrar los gatos y los perros. Pero inexplicablemente, cada vez que llegaban en la tarde, bajaban la ollita y no encontraban nada y no se podían explicar por qué pasaba eso. Y así muchas veces, ocurrió lo mismo hasta que un día los padres del niño hicieron como que se iban a trabajar, pero en realidad se devolvieron a la casa para averiguar quién estaba comiéndose la comida. Fue tan sorprendente lo que estaban viendo, que quedaron inmovilizados: el niño que no se podía mover, y que estaba en una silla de ruedas, empezó a estirarse como una culebra y se comía la comida.

Entonces los padres con gran tristeza pensaron y concluyeron que, el niño era hijo de un *weza püllü*²⁷. Se miraron a los ojos y con dolor tuvieron que tomar una decisión: empezaron a sacar todas las cosas que más les servían y dejaron la casa sola con el niño. Él le pregunto a su mamá, por qué estaban sacando todas las cosas y ella le dijo, que solo era para limpiar la casa. Luego, cerraron la casa con el niño dentro y le prendieron fuego a la casa por todas las orillas. Toda la casa ardía en llamas y el niño se estiró tanto que sobrepasó las llamas. Los padres asustados comenzaron a hacer un *ilellipun*²⁸ y pronto el culebrón se reventó. Los padres sintieron gran tristeza al ver lo que le hicieron al niño, pero esa misma noche el padre tuvo un *kiñe peuma*²⁹ y se le reveló que el niño culebrón nunca fue humano, sólo un mal espíritu que se aprovechó de su humilde generosidad.

10 años
Padre Las Casas
Tercer lugar regional

²⁶ Ruka: vivienda en lengua mapudungun (nota del editor).

²⁷ Weza püllü: espíritu malo en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁸ Ilellipun: oración en lengua mapudungun (nota del autor).

²⁹ Kiñe peuma: sueño en lengua mapudungun (nota del autor).

LA BUJA DEL JARRÍN

Paz Alejandra Durán Fontealba

Mi prima Sayen me contó que una *buja* (bruja), que tenía mucha *ambe* (hambre) y fue al *jarrín* (jardín) a comerse las *marzanas* (manzanas) del árbol. Cuando la vieron volando, Sayen gritó: “¡La *buja*! ¡la *buja*!... ¡ahí viene la *buja* chascona!” y gritaba: “¡Buaaaa!” Ella asustada *collió* (corrió) acostarse en su cama con *fío* (frío) y llamó a su mamá y le contó de la *buja*. Al día siguiente, encontraron cáscaras y corontas de manzanas botadas bajo el árbol. Sayen muy asustada le dejó una *pineta* (peineta) para que se peine y no la asuste por la ventana, porque a ella no le *buta* (gusta) y así ella no se volvería a asustar... ¡*Jaaamach!* (jamás). Aquí, en el campo de *labancha* (labranza).

Cuando yo fui a su casa Sayén me dijo: “*Pima* (prima). Mira... hay muchas manzanas botadas en el *jarrín*. No aquí la *buja*. Solo encontramos su escoba. Siempre miramos bajo los árboles si ella se está peinando para no ser tan chascona y no nos asuste”.

6 años

Temuco

Mención especial del jurado

LA MISTERIOSA MUERTE DE LAS GALLINAS

Ignacio Orlando Pinuer Álvarez

El campo es un lugar peligroso, donde cualquier cosa puede pasar y la muerte es algo común, por ejemplo: cuando hay un cumpleaños y hacemos un asado, hay que matar un cordero o un chanco, y en invierno lo mejor son las cazuelas de gallina que mi abuela deja horas en la olla para que queden blandas. Las muertes pueden ser un poco dolorosas, como las que uno nunca se espera, por ejemplo: cuando el traro se come o se lleva a los pollitos y ojo, que a veces también se lleva a los pequeños corderitos. Otras veces, viene de visita el zorro y le encantan las gallinas. Pero un día, empezaron a morir misteriosamente las gallinas de los vecinos, algunos pensaron que era el chupacabras, porque las gallinas no cacareaban, les sacaba toda la sangre y además les dejaba unos hoyitos en el cuello, pero nosotros descubrimos la verdad.

Una mañana mi mamá despertó porque los perros estaban ladrando y escuchó un ruido extraño, despertó al papá para explicarle lo que había escuchado, pero no pudo explicar, porque era un alarido que nunca había escuchado. No era ningún ave, ni zorro, ni puma, ni jabalí, pero a la hora siguiente todos despertamos y escuchamos el ruido misterioso. Nos levantamos inmediatamente para ver qué era y en un rincón de la chimenea por fuera de la casa, los perros tenían acorralado algo misterioso. Era un animalito del porte de un gato mediano, con un color negro y con el pelaje muy brillante. Al verlo, mi papá dijo que era un visón y que había que llevarlo al SAG³⁰. Entonces, mi papá fue a buscar una jaula de conejo, una varilla y un alambre para atrapar al visón. Con mi hermano mirábamos por la ventana cómo mi papá hacía mil maniobras para atrapararlo, hasta que logro hacer un pequeño bozal y lo atrapó, mientras mi mamá supervisaba la operación aún en pijamas, chalitas, y con su mejor arma: el escobillón.

Cuando el visón estaba seguro en su jaula, mi papá se cambió de ropa para ir a Paillaco a entregarlo al SAG. El visón buscó el espacio más grande de la jaula que justo estaba al lado del pie de la mamá y como la mamá dejó la escoba de lado, lo único que se le ocurrió fue pisar al visón. Entonces dio un gran grito, porque el visón le mordió con sus colmillos el tobillo del pie dejándole cuatro pequeñas marcas. Además, el animalito rápidamente se escabulló entre los cercos y las matas. Mis perros en el intento de perseguirlo, rompieron hasta los cercos, pero el astuto animalito se arrancó. Con calma, mi mamá fue a ver las gallinas y encontró dos muertas en el gallinero.

Lo difícil fue que debíamos salir de vacaciones por esos días y mientras viajábamos, mi mamá tuvo que ponerse vacunas para la rabia en los hospitales de Paillaco, Cunco y Lonquimay. Afortunadamente, no se le infectó y lo pasamos muy bien conociendo lugares de nuestro sur, pero nunca olvidaremos el día en que un visón mordió a mi mamá.

10 años
Paillaco

Primer lugar regional

³⁰ SAG: Servicio Agrícola Ganadero (nota del editor).

EL BRUSCO DESPERTAR DE 1960

Sofía Belén Cárcamo Muñoz

Mi abuelito me contó, una historia que vivió en Quellón, Chiloé, cuando tenía seis años. Esta historia ocurrió el 22 de mayo de 1960, alrededor de las 15 horas. Esa tarde, toda la familia, menos el papá de mi abuelito, se encontraba en el hogar luego de almorzar, cuando de repente, comenzó a moverse suavemente la casa, movimiento que fue aumentando su intensidad. En ese instante comenzó el miedo y la desesperación.

La madre de mi abuelito y sus hermanos mayores llevaron, con mucha dificultad, a los más pequeños al patio, en el cual había unos árboles en cuyas ramas se sujetaron, observando cómo el agua de los pozos se elevaba alrededor de un metro y se abría la tierra en surcos a grandes distancias. La tierra se ondulaba como verdaderas olas de un golfo, se escuchaban los gritos desesperados de la gente, las casas crujían sacándolas de sus bases e inclinándolas. Él y su familia vivían cerca del borde costero, lo que les permitió observar cómo el agua de mar fue saliendo del estuario, quedando prácticamente toda la playa seca.

Mi abuelito recuerda este gran movimiento telúrico que duró varios minutos. En ese momento, llegó mi bisabuelo, quien de inmediato tomó el control de la situación, llevándolos lejos del borde costero y trasladándolos a la parte alta de Quellón, donde se refugiaron en un galpón que era albergue de los animales, encontrándose allí con otras familias. Desde la parte alta, se podía mirar cómo una gran ola ingresaba al pueblo arrasando con todo a su paso, incluso llevándose casas completas.

También recuerda que un hombre ebrio no dejó salir a su familia al cerro, y gritaba “¡¡¡Que se vengán todos los diablos abajo!!!”. Cuando subió el mar, la casa de este hombre y su familia quedó bajo el agua. Solo se veía el entretecho donde estaban sus hijos, su esposa y él. Al bajar el mar, mi bisabuelo y dos personas más, portando faroles, fueron a rescatarlos.

Según, lo que mi abuelo recuerda, estuvieron en aquel galpón alrededor de un mes, debido a que las réplicas post terremoto continuaban y eran muy fuertes. Finalmente, volvieron poco a poco a la normalidad y las familias fueron regresando a sus casas. El trauma fue tan grande que hasta ahora, mi abuelito recuerda lo que ocurrió aquel día 22 de mayo de 1960.

Al día de hoy, mi abuelo tiene 63 años, y esta es una de sus tantas historias de vida.

12 años
Valdivia

Segundo lugar regional

EL CAMINO DE UNA PEQUEÑA CURANDERA

Constanza Belén Medina Reyes

Había una vez, un lugar llamado Las Quemadas, en el que vivía un humilde joven matrimonio, muy pobre, al que nadie quería darle un trabajo por la discapacidad que ambos tenían. Ella era ciega, había perdido su vista en su niñez cuando le saltaron unas chispas de fuego a sus ojos, y a él, le faltaba un brazo que había perdido en un accidente. Ocurrió que un día ella quedó embarazada. Pasado el tiempo nació una hermosa niña, que para desgracia de sus padres, era muy enfermiza. Ellos muy afligidos pedían trabajo para poder costear las atenciones médicas de su pequeña niña llamada Rayen, pero aun así no lograban encontrar nada.

La mujer apenas encontró la forma de conseguir dinero vendiendo tortillas de rescoldo que preparaba en un viejo y artesanal fogón, a un lado de la posta a la cual llevaba a su hija. A pesar de su discapacidad, hacía todo lo posible para lograr juntar el dinero. Aun así no era suficiente, porque la niña se seguía enfermando y no se encontraba la cura.

El matrimonio decidió viajar a un pueblo llamado Dalcahue, donde vivía la abuela materna de Rayen. En su niñez, tenía muchos sueños paranormales que nadie podía entender, por eso hicieron tal viaje para poder preguntarle a la abuela que tenía mucho *kimün*³¹ en estos temas. También pedían una respuesta de por qué su hija se enfermaba tanto. La abuela les dijo que todos los síntomas, sueños e intuiciones que le sucedían eran solo por una cosa: ella se convertiría en una gran machi curandera al cumplir su mayoría de edad, porque había nacido con un don. Los padres quedaron sorprendidos por tal respuesta, pero asintieron. Entonces, decidieron que Rayen se quedara un tiempo con su abuela, pues ella conocía al machi mayor de aquella isla con el que la llevaría a pasar un tiempo para aprender más sobre la sanación, a través de hierbas medicinales, entre otras cosas.

Tiempo después, la niña volvió ya teniendo mucho conocimiento. Ella estaba muy feliz, porque iba poder ayudar y sanar a las personas de su sector, en este caso Las Quemadas, donde vivía humildemente junto a sus padres.

Cuando la niña cumplió la mayoría de edad, se dedicó a ser machi. Tal información se expandió por todo el sector y ciudades cercanas. La gente llevaba a casi toda su familia para que Rayen los sanara. Ella sabiendo el pasado de sus padres, evitó juzgar cómo la gente los trataba, negándoles el trabajo y la ayuda cuando más lo necesitaban. Aun así decidió ayudarlos, porque la personalidad de una machi es única, ya que el *piwke*³² es bondadoso y no rencoroso.

Unos días después de comenzar su vida como curandera, le tocó enfrentar una enfermedad demasiado grave para una niña de quince años. Rayen no entendía qué era lo que tenía. Era rara la enfermedad de la que no encontró la cura, por lo cual decidió recurrir a su maestro, el machi mayor de la isla donde estaba su abuela. De esta forma, siguiendo los pasos que su maestro le indicaba, logró ayudar a la niña que tan afligida y enferma se encontraba.

Rayen, con cada experiencia que tuvo que vivir, entendió que uno, aun pensando que lo sabe y que lo tiene todo, en realidad no es así. Cada día, se aprende algo nuevo. Supo que la humildad es la sabiduría de lo que somos, y que valorar lo que tienes, significa aprender a ver aquellos momentos que no podrías comprar ni con un diamante. Y así fue cómo Rayen logró ser la mujer más querida y respetada por sus visitantes y vecinos del sector Las Quemadas.

13 años
Lago Ranco

Tercer lugar regional

³¹ Kimün: conocimiento en lengua mapudungun (nota del autor).

³² Piwke: corazón en lengua mapudungun (nota del autor).

LAS AMIGAS DEL CALEUCHE

Cristian Camilo Paillacar Coñoezar

Se cuenta por ahí que los lobos de mar son sagrados, no se deben molestar ni mucho menos matar, pero hay gente que desconoce este dicho o simplemente no lo cree, como las dos amigas de esta historia.

Rosita y Marcela son amigas hace muchos años. Viven en una isla pequeña al sur de Chiloé. Desde niñas se lo pasaron haciendo travesuras, y a veces, maldades que las guardaron en secreto para toda su vida. Un día, ya adultas, estaban mariscando en la orilla de la playa cuando vieron a un lobo de mar muy cerca. Pensaron que quizás, podían conseguir un poco de su aceite. Dicen por ahí, que es muy bueno para los dolores del cuerpo, casi milagroso, pero para eso debían matarlo.

Hay que reconocer, que ellas sintieron un poco de pena al momento de sacrificar al lobo para conseguir su aceite, pero estaban seguras que quizás algún día necesitarían de la famosa emulsión. Pero tuvieron para ellas, una desagradable sorpresa: el lobo que mataron no tenía nada de grasa. Después de pensar mucho rato en lo que estaba sucediendo creyeron que lo mejor era devolverlo al mar, y cada una volvió a su casa con mucha normalidad.

Al día siguiente, las chicas se juntaron para viajar a otra isla. Iban a visitar a una amiga de la infancia. Era un día de mucho sol y el mar estaba muy calmo. Juntas creyeron que era un buen día para embarcarse en el bote a remo, pero nunca llegaron a destino. Su amiga las esperó en la rampa hasta que se entumeció de frío y oscureció, pero ni Rosita ni Marcela regresaron a su isla. Misteriosamente habían desaparecido. Pero hay una persona que se encontraba trabajando en la playa, donde se embarcaron, y comentó que cuando ya no las veía, cuando iban bien lejos y solo se divisaba un bulto flotando en el mar, aparecieron un montón de pájaros que volaban sobre ellas y se acercaron tanto, que las chicas ya no se vieron, ni siquiera el bote.

Se dice que cuando un lobo de mar no da aceite es, porque es una persona que convertida en un cuerpo de animal marino es condenada a vivir así por el resto de la vida, y que ese lobo específicamente era un marinero del barco más famoso de Chiloé: el Caleuche. Es por eso, que se dice que las chicas desaparecieron, porque el Caleuche se las llevó en lugar del lobo que mataron, ya que todo animal del mar se respeta.

11 años
Quinchao

Primer lugar regional

LAS MENTIRAS SE HACEN REALIDAD

Anayeli Constanza Velásquez Caicheo

Dicen que unas personas estaban sembrando papas, cuando un viajero que pasaba por ahí, les llegó a preguntar qué estaban sembrando. Los trabajadores para burlarse y por lo obvio que era, le contestaron que estaban sembrando piedras. El viajero sin asombrarse de tal tontería, se dio la vuelta y se despidió diciéndoles que tuvieran mucha suerte con su siembra.

Al pasar los meses y después de mucho trabajo, llegó el día de cosechar las tan esperadas papas, que le servirían a la familia para guardar y alimentarse durante el invierno. Los trabajadores que fueron a sacar las papas se sorprendieron cuando al empezar abrir las melgas, se dieron cuenta que empezaban a salir puras piedras de diferentes tamaños. Abrieron una melga tras otra, y una y otra vez salían piedras. El dueño de la siembra se acordó de inmediato de la broma que le habían jugado al viajero y se dio cuenta, que era brujo y que por tal mentira les había ocurrido esta desgracia.

El hombre pasó el año entero comprando papas para poder mantener a su familia y para la siguiente siembra, con mucho entusiasmo volvió a sembrar confiando que esta vez, no tendría mala suerte. Sin embargo, año tras año siguió ocurriendo lo mismo: cosechaba puras piedras y sin ya nada más qué hacer, tuvieron que vender todas sus tierras, porque ya no eran fértiles. Se cambiaron de isla y compraron nuevas tierras, eso sí les dejaron advertido a sus vecinos que si veían algún viajero desconocido, tuvieran mucho cuidado sobre lo que hablaran con él, porque era un brujo.

9 años
Quinchao

Segundo lugar regional

EL BOTE EMBRUJADO

Sebastián Alejandro Kachele Aguilera

Esta historia, me la contó mi abuelito. Se trataba de un antiguo bote abandonado a las orillas del canal de Chacao, una estructura en la que habían ocurrido varios sucesos paranormales, como por ejemplo, la vez en que su propio abuelo se embarcó en ese bote y a los pocos días la embarcación regresó sola, sin ninguna señal de vida. Nunca apareció ninguno de los tripulantes y muchos aseguran ver a los espíritus de las personas fallecidas. Otro suceso, fue cuando el vecino del lado, don Gabriel, estaba reparando el bote, y en plena noche escuchó unos ruidos fantasmales en el taller. Presuroso bajó de inmediato, pero a la mañana siguiente don Gabriel había desaparecido. Nadie supo qué fue de él, pero lo más sorprendente fue que el bote había regresado solo a la playa. Los rumores de que el bote estaba embrujado son muchos, pero nadie sabe la verdadera historia detrás del bote, y es la que mi abuelo me contará ahora.

Mi abuelo me dijo, que el bote tenía más de cien años, que había pertenecido al señor Ángel Muñoz, quien según los rumores, decían que tenía fama de ser brujo. El bote se había construido en 1899, el año en que el padre y la madre de don Ángel perecieron a causa de un hundimiento en el mar. Desde ahí se encendieron los rumores, pero nadie pensó que dos meses después fallecería don Ángel en medio del mar, a causa de una tormenta. Pero todos dicen que fue un plan diseñado por don Ángel para mejorar sus poderes y peculiaridades hechiceras.

Pasaron un par de meses y los familiares de don Ángel vendieron el bote a un amigo de la familia. Don Miguel Bahamonde, quien no expuso ningún reclamo respecto del bote. Pero dos meses después, falleció y nadie supo el motivo de la tragedia. Los familiares vendieron el bote a un coleccionista de antigüedades, quien por su fama y altos recursos, era muy reconocido, pero un día de la noche a la mañana su carrera tuvo una mala vuelta y quedó pobre. Para mala fortuna, el hombre amaneció muerto en una carretera cerca de Castro.

Sucedió que después de que el hombre vendiera sus colecciones, un carpintero cuya fama era reconocida por ser un gran fabricante de botes y lanchas, compró el bote e intentó repararlo, pero grande fue su sorpresa cuando al intentar sacar los clavos, el martillo no pudo más y se rompió. El hombre atemorizado les contó la situación a sus amigos quienes lo aconsejaron que se deshiciera de él inmediatamente, pero el hombre no hizo caso, y a la mañana siguiente estaba en su taller en medio del aserrín y la madera. Su cuerpo estaba enterrado en medio de las herramientas con un papel en la mano que decía: "GABRIEL".

Los amigos del hombre descubrieron la historia del bote y de su antiguo propietario Gabriel Muñoz, el cual había fallecido noventa años atrás. Los hombres comprendieron en ese instante, que el bote estaba embrujado y de inmediato se desprendieron de él dejándolo abandonado en la larga orilla del canal de Chacao.

12 años
Dalcahue

Tercer lugar regional

CÓMO LA PAPA SALVÓ A EUROPA DEL HAMBRE

Amaité Rayen Rivera Hernández

Conversando un día en la casa de la familia Hernández, escuché que la papa es la salvadora del mundo. Mi abuela Nora me mostró muchas variedades de papas nativas, más de veinte. Así supe, que había una simple y deformada papa hace un tiempo atrás.

Esta papa fue más que una superhéroe, ya que quiso viajar sin saber que el destino la iba a hacer grande. Esta heroína tenía trajes de distintos colores y ojos muy profundos. Nació en un lugar lleno de magia llamado Chiloé, que es una isla, y ella quería saber que había, más allá del horizonte. Se imaginaba que allá lejos había un mundo grande y lleno de aventuras.

Un día, la papa preparó su maleta con sus trajes de los colores más hermosos que tenía y se embarcó en un barco llegando a Europa, pero para su sorpresa no había aventuras que vivir, sino gente que moría de hambre. Entonces, la papa tomó la decisión de ayudar y comenzó a multiplicarse, pero como provenía del Nuevo Mundo, la gente desconfiaba de ella. La veían fea y deforme. No sabían que en su interior había un amor infinito en nutrientes. Finalmente, la papa fue aceptada y hasta los reyes la adoraron. Pasaron los años y la papa volvió a casa. Toda su familia la esperaba y con alegría les contó, cómo salvó a Europa del hambre.

9 años
Fresia

Mención especial del jurado

EL CABALLO NEGRO

Beatriz Helena Arregui Contreras

Era el primer día de clases. Había empezado un nuevo año en la ciudad de Aysén. Tenían horarios distintos en el colegio y había llegado alguien nuevo a mi curso. En realidad, no le presté mucha atención, ya que creí que era como cualquier otro chico. Ni siquiera me molesté en saber su nombre. Luego de una semana, el profesor jefe cambió de puesto a cada uno de mis compañeros. Me sentaron al lado de una amiga, y luego, me fijé de que en el puesto de adelante estaba el recién llegado. En cuanto lo vi de cerca, me di cuenta de que era completamente diferente a lo que yo pensaba. Tenía una piel tan blanca que hacía que su cabello y sus ojos color azabache, resaltaran más en su rostro. También me di cuenta, de que no le importaba lo que el resto pensara de él. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había nadie que lo frenara. Él era completamente distinto a lo común, al colegio, al resto de los alumnos y a cualquier joven que hubiera conocido.

Un día, después de una extensa jornada de clases, en la tarde me tocó cuidar a mis dos hermanos menores, ya que mis papás seguían trabajando y mi hermana mayor había salido a la casa de una de sus amigas. Así que yo, tuve que encargarme de ellos. No tenía nada qué hacer, pues mis dos familiares estaban tranquilos viendo la televisión, así que me senté en un sillón que quedaba junto a la ventana y que tenía vista a la calle de mi barrio. Me quedé mirando por la ventana, hasta que desvié la vista para fijarme en la hora que marcaba mi teléfono. Eran las 17:23. Antes de volver a dejar mi celular en su lugar, comencé a escuchar unos pasos que llamaron mi atención, unos pasos que iban acercándose desde lo lejos. Por unos segundos, creí que eran los tacos de una mujer, pero descarté esa idea al darme cuenta de que estos eran más pesados que los de una persona. Cuando las pisadas estuvieron cerca, miré en dirección hacia el lugar desde donde provenían aquellos extraños pasos. Era un caballo, un caballo pasando completamente solo por la calle. Era negro, un color tan negro, que por ser el atardecer, se llegaban a ver leves destellos azulados. La única parte de su cuerpo que no tenía este tono era su frente, la cual tenía una mancha muy blanca. Cuando lo vi, sentí que algo en este animal me resultaba diferente, pero familiar, sin tener en cuenta de que estaba solo. No había ningún perro ladrando, no había nadie tras él, ni siquiera llevaba una montura. Comencé a mirar a los alrededores para ver si había alguna persona que lo frenara, pero no, nadie estaba ahí para detenerlo.

Cuando llegó el resto de mis familiares, les conté lo sucedido, pero nadie le dio tanta importancia, como yo se la di. Esa noche me sentí intranquila, como si lo sucedido tuviera un significado que no podía comprender, pero en el fondo sabía que era importante y que no lo podía dejar pasar.

Al día siguiente, noté que el puesto de adelante estaba vacío. Por supuesto, a nadie pareció llamarle la atención, pero yo sentía que algo andaba mal. Comenzó a estar vacío por casi una semana, hasta que un día, el director del colegio nos informó que lamentablemente, nuestro nuevo compañero había desaparecido hace un tiempo, y que no habían encontrado ni un rastro de él.

Desde este hecho, a veces en la noche me despierto al escuchar pasos de caballo que vienen desde afuera, pero al mirar por la ventana, me doy cuenta de que simplemente es la brisa y la oscuridad de la noche patagónica.

13 años
Aysén

Primer lugar regional

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Ente Noemí Cárcamo Antivero

Un matrimonio de ancianos tuvo tres hijas hermosas. Ellas, ya crecidas, adoraban a sus padres con su vida. Vivieron en el campo muchas cosas y pocas veces se separaban. La anciana tenía setenta y ocho años, y él, ochenta y uno, llevando tras de sí cuarenta y tres años de amor incondicional. Un día, la anciana falleció, a los tres meses desde que le detectaran un dolor en su cabeza. Tumor cerebral. Tres años pasaron. El abuelito, ya tranquilo, tomando mate, esperaba a sus nietos para contarles cómo conoció a su abuela. Frente a sí, les dijo:

Con su abuela nos conocimos en la bahía Acantilada. Un lugar precioso, lleno de arrayanes y picos montañosos cubiertos de nieve. La vi de reojo y de inmediato llamó en mí una atención especial, que no supe interpretar. En un momento cruzamos nuestras miradas en la arena y contemplamos el final de la bahía como si nos conociéramos desde siempre, en silencio. Era tan hermosa que sus ojos brillaban como un diamante. Me acerqué a ella y le dije, que era bella como esta lluvia y ella me respondió, con una sonrisa que no olvidaré jamás. Pasaron los días, y me la empecé a encontrar en muchas partes, como si el destino forzara a que nos conociéramos más. Pasaron los meses y le pregunté si quería ser mi novia. Pasaron cinco años y me atreví a preguntarle, si quería ser mi compañera de vida.

Así fue que el abuelo contó a sus nietos, esta sencilla historia con su abuela. Más tarde, nuevamente solo, tomó una mochila, algunos víveres y emprendió un viaje. Pasaron los días y la región de Aysén le abría sus amplios cielos. Rumbo: Puerto Aysén. Cruzó Puerto Cisnes y Coyhaique. El frío caló sus huesos cuando llegó. Caminó lentamente largos pasos y miró al infinito a través de las montañas y la nieve.

14 años
Coyhaique

Segundo lugar regional

DUENVERDES

Alejandra Tamara Troncoso Barría

Había una vez, en una noche fría, en una cabaña aislada, en un bosque, en la que la chimenea se estaba apagando. Un abuelito llamado Lupe, se levantó de su silla, se abrigó y salió con un hacha a buscar leña. Al regresar, se escuchaba cómo el viento soplaba contra las ventanas. Echó más leña a su fuego y se sentó. Ya cuando se estaba durmiendo escuchó unos pasitos al frente de él. Entonces, se levantó para ver qué era, y detrás, pasaron cuatro duendes verdes que salieron corriendo al bosque. El abuelito asombrado se recostó y sin tomarle atención, se acomodó y cayó en un profundo sueño.

9 años
Coyhaique
Tercer lugar regional

LA LUPA MÁGICA

Matilda Leonor Jara Montiel

Había una vez, una niña que nació en el año 2010. Ahora tiene ocho años y su cumpleaños fue el otro día. Le regalaron una lupa y otras cosas, pero en realidad lo que más le gustó fue la lupa, porque le gustaba salir por el campo a observar la naturaleza. Un día, su mamá le dijo, que no podía salir, porque iba a llover y se podía enfermar, pero como esta niña era muy curiosa, esperó a que dejara de llover tan fuerte y decidió salir a probar su lupa. Encontró muchos insectos, saltamontes, chinitas y gusanos, muchos de los cuales no sabía su nombre. De repente, un reflejo multicolor apareció en su lupa. La niña observó con cuidado y se dio cuenta que era el reflejo de un hermoso arcoíris. Movi6 la lupa y vio que el arcoíris seguía ahí. Era una lupa mágica... movía la lupa y veía diferentes partes del arcoíris... era una lupa genial, cada vez que la movía aparecía algo extraordinario.

Luego de un rato, puso la lupa justo enfrente de su cara y un reflejo de luz la atrapó y quedó dentro del mundo de la lupa. Ella pensó que sería un mundo gigante... ya que las lupas agrandan las cosas... pero era un lugar que se deformaba al caminar. Eso suena raro, pero cuando la niña daba unos pasos, lo que dejaba atrás se achicaba y lo que tenía enfrente aumentaba de tamaño. Así, cada vez que avanzaba, las cosas a su alrededor aumentaban de tamaño. Estaba muy entretenida mirando cómo las cosas parecían moverse al cambiar su aspecto, y lo vio justo enfrente: el arcoíris más colorido y extraordinario del universo. Era tan extraordinario que tenía principio y fin... La niña podía saltar de color en color y cada color tenía una nota musical. Podía hacer canciones como "Cumpleaños Feliz" y "La Vaca Lola", pero si hacia "Cumpleaños Feliz" ... aparecía una torta...

Luego, descubrió que se podía lanzar como en un tobogán por todo el arcoíris y lo mejor de todo era que aterrizaba en un tesoro maravilloso: ¡Algodón de azúcar!

Por un momento, pensó que eso era demasiado extraño, y que tal vez, estaba soñando... Trató de despertar y nada... no podía. Luego, se pellizó para ver si le dolía y sí. Se había apretado fuerte y se le salió un grito. Hasta ese momento, no había pensado que en ese lugar tan especial, podría vivir alguien muy especial. Y ahí estaba, un duende... un poco feito, pero duende al fin. Le contó que esa era otra dimensión y que la entrada a ese lugar era la lupa. El problema era que no sabía cómo salir de ahí y sus papás se preocuparían mucho, si no la veían pronto. Recordó el algodón de azúcar y pensó que tal vez, la clave de todo estaba en el arcoíris. El duende la acompañó para saber cómo salir al mundo de la niña... Era un duende bueno, así es que la niña no tenía problema en que la visitara.

Pasaron por todos los colores del arcoíris y tocaron todas las melodías que recordaron. Fue una búsqueda muy divertida. Luego, decidieron tomarse de las manos y lanzarse al otro lado del arcoíris donde supuestamente estaba el principio, porque el algodón de azúcar era el final. Se lanzaron de la mano y al llegar al suelo cerraron los ojos. Al abrirlos, aparecieron detrás de un árbol cerca de la casa de la niña.

El duende quiso volver de inmediato a su hogar, porque era la hora de la comida... pero la niña, prometió volver más tarde, ya que sabía cómo ir y regresar de ese extraordinario lugar.

8 años
Coyhaique**Mención especial del jurado**

Hace mucho tiempo en la isla Tierra del Fuego, en un fundo llamado Santa Ramona, estaba el jefe llamado Facundo pensando en cómo conseguir gente para trabajar. Puso anuncios y hasta fue al pueblo para lograr su objetivo.

Al paso del tiempo, el hombre decidió ir a casa de un amigo llamado Juan, su esposa Rosa y su hijo Alberto. Por la necesidad de encontrar a alguien para que trabajara en el fundo, les dijo que les daría una casa, trabajo, comida y hasta estudio para su hijo. Luego, de que charlaran un buen rato, Juan, Rosa y Alberto llegaron a la conclusión sobre el trabajo y hospedaje que le ofreció Facundo y le dijeron que sí. Ese mismo día, Facundo y Juan comenzaron a cargar algunas cosas a la camioneta, mientras Rosa fue a buscar a Alberto al colegio del pueblo.

Al llegar al fundo, Facundo junto a algunos trabajadores les mostraron cuál sería su casa. Al rato Juan, Rosa y Alberto comenzaron a instalar todas sus cosas. Al paso de unos meses Facundo comenzó a sentir cosas por Rosa y Rosa por Facundo. Ellos decidieron contarse sus sentimientos y mantener un pequeño romance sin que nadie del fundo se enterara, especialmente Juan.

Un día, Juan sintió actitudes raras de Rosa. No era la misma, ya no le daba abrazos ni besos, en realidad, ya no sentía mucho afecto de ella, así que decidió seguirla para ver qué hacía o a dónde iba. Al ver que Rosa se juntaba con Facundo toda la tarde decidió, que al llegar la noche se iba a acostar y esperar hasta que llegara su esposa. Pasaron las horas y Juan seguía despierto con la idea de que llegara Rosa para preguntarle qué hacía a esas horas. Ya cuando iban a ser las cinco de la madrugada, llegó Rosa. Juan le preguntó, por qué llegaba a esas horas. Ella muy asustada le dijo, que había ido a buscar ropa para lavar, pero él lo encontró muy raro a esas horas.

Al siguiente día, Juan le dijo a Rosa que iba a salir a comprar algunas cosas para comer, pero en realidad se escondió detrás de la casa para ver qué hacía. En ese momento, Rosa decidió llamar rápidamente a Facundo para que fuera a verla a la casa. Facundo llegó. Al cabo de unos momentos, Juan entró a la casa rápidamente y encontró a Rosa besándose con Facundo. Lleno de ira, Juan comenzó a golpear a Facundo hasta el punto de dejarlo inconsciente. Rosa desesperada por todo, quiso calmar a Juan, pero era imposible porque no quería escuchar a nadie. Al pasar un rato Facundo despertó y con Rosa decidieron dejarlo solo para que se le pasara un poco la ira y la pena, y para que Alberto no se pusiera mal. Facundo entendía toda la ira que tenía Juan, ya que se metió con la esposa de su amigo.

Al cabo de unos días, Rosa se sentía tan apenada que decidió tener una larga conversación con su hijo sobre lo sucedido en esos meses. Alberto se dio cuenta de que su madre estaba completamente arrepentida. Luego, Rosa tuvo que ir a hablar con su esposo sobre el tema, pero él la amenazó con matar a Facundo y con que le iba a cortar una pierna a ella para que así, nadie se enamorara de ella y vagara por las pampas. Rosa muy asustada lo calmó y decidió esperar hasta el siguiente día.

Al día siguiente, al llegar la noche, Juan decidió dar un paseo por el campo, pero él sentía que Rosa lo iba a seguir así que decidió llevar un hacha. Rosa, Facundo y Alberto decidieron seguirlo para ver qué hacía. Cuando llegaron donde estaba, le preguntaron qué hacía, pero Juan envuelto en ira, les gritó:

—¡Van a salir lastimados! ¡Te dije, Rosa! ¡Te quedarás sin pierna! ¡Y Facundo morirá!

Y en cosa de momentos, Juan mató a Facundo con el hacha, a Rosa le cortó una pierna y Alberto corrió en la pampa para alejarse de todo lo sucedido. Juan, en cosa de segundos, decidió matarse al ver que la mujer que ama se estaba desangrando. Al cabo de unos días, encontraron los cuerpos de Juan y Facundo, pero el de Rosa y su hijo Alberto no se pudieron localizar.

Se dice, que cada vez que huasos, pastores, y hasta gente normal, pasan por ahí, escuchan a una mujer llorando y a un niño corriendo entre el coirón. Según la gente que logra escapar de aquella pampa, en el fundo Santa Ramona, Rosa se convirtió en una mujer con el propósito de matar a toda persona que pasara por donde murieron sus dos amados y de encontrar a su pequeño hijo. Ella, a la gente que se encuentra las mata con la misma hacha que usó Juan, su querido amado, y a los animales les saca una pierna. Esas piernas las va coleccionando en un pozo para luego, regalárselas a su querido esposo cuando lo encuentre. También se dice, que tiene el pelo muy negro, muy áspero y desordenado, unos ojos negros profundos y unas manos flacas con uñas muy largas. Según cuenta la gente, Alberto se había muerto, pero su espíritu se convirtió en un niño delgado, muy blanco y con el pelo negro con el propósito de encontrar a su madre Rosa para regalarle paz y tranquilidad en el campo del fundo de Santa Ramona.

12 años
Tierra del Fuego
Primer lugar regional

HISTORIA SELKNAM

Pedro Bastián Torres Rudolph

Hace unos años atrás, cuando tenía entre trece o catorce años, mi abuelo me contó una historia de cuándo y cómo nace nuestra hermosa y bonita isla de Tierra del Fuego. Me dijo, que existían unas personas llamadas *selknam* que tenían que sobrevivir por cada uno o en grupo. Tenían una vestimenta que estaba hecha con piel de guanaco, un animal de la isla y se pintaban los cuerpos con los colores blanco, rojo y negro. Usaban arcos y flechas para cazarlos. Un día un *selknam* llamado Kotaix que andaba explorando el cordón Baquedano vio a un zorro. Kotaix sentía que se estaba comunicando con el zorro, pero el animal salió corriendo y Kotaix lo siguió hasta llegar a un arbusto medio raro, que tenía pelotitas colgando en alto y parecía que alguien las había intentado sacar. Había sido el zorro, obviamente. Kotaix le ayudó a sacar unas cuantas pelotitas, ya que el zorro no podía llegar y las demás, se las llevo para él y sus compañeros. Cuando llegó donde sus compañeros les pasó las pelotitas y un niño, como de siete años, exclamó: “¡Calafate!”. Y ese nombre, les pusieron a las bayas.

Un día fueron en grupo a una cueva y Kotaix agarró una piedra y se le cayó al suelo y salió una chispa. Ahí, Kotaix quedó impresionado y dijo que, había visto una luz. Luego, lo hizo otra vez, pero con dos piedras y con más fuerza y se prendió una llama. ¡Era fuego! Se lo mostró a todos los *selknam* y la llama los calentaba y les daba luz. Así nuestra isla fue llamada Tierra del Fuego. Porque de esa forma descubrieron el fuego.

En este presente, no existe ningún *selknam*, ya que fueron exterminados por los estancieros. También los torturaron en la isla Dawson que está cerca de Tierra del Fuego, en Porvenir.

14 años
Porvenir

Segundo lugar regional

LA AVENTURA DE GERMÁN Y SIMÓN

Germán Alejandro García Galindo

En un lugar llamado el bosque Tereaike, el motoquero campero llamado Germán salió a la caza del chancho salvaje. Germán dijo:

—Uy, parece que los chanchos andan escondidos, che.

De repente, aparece una persona montada en un guanaco y gritó:

—CORREEEEEEE.

Y detrás de él salieron corriendo un montón de chanchos salvajes por otro lado. Germán gritó:

—¡Ahí estaban todos los chanchos!

Dijo, el guanaquero:

—Sí. Es que a uno le erró mi lanza cuando los estaba cazando y vieron a mi guanaco. Entonces, me empezaron a seguir y hasta aquí llegué. ¡Oh, qué mal educado que soy! Mi nombre es Simón y mi guanaco Chorico.

Germán, le dijo:

—Bueno, vamos a seguir cazando a esos chanchos, ¿o no?

Simón, le dijo:

—Bueno, che.

Ahí, el guanaquero y el motoquero campero fueron a cazar a todos esos chanchos que ya estaban durmiendo por otra parte. Entonces, Germán y Simón los despertaron. Con un disparo del rifle de Germán alcanzaron a cazar cinco chanchos y un lechón que se lo dejaron de mascota.

Después, cuando se estaban devolviendo al puesto María para asar los chanchos, y ya estaban llegando, a Germán se le descontroló la moto y sin querer atropelló al guanaco de Simón. Entonces Simón gritó:

—¡¡¡No!!!

Cuando llegaron al puesto María se encontraron con dos puesteras. Una se llamaba Ignacia y la otra, Valentina. Y entre las dos intentaron curar al guanaco Chorico. Cuando el guanaco despertó, no recordaba ni quién era su dueño. Entonces pensó que la puestera Ignacia era su dueña, porque la seguía a todos los lados y a donde podía, hasta cuando iban de caza de chanchos.

Un día, la puestera Ignacia se aburrió de él. Entonces, Simón decidió llevarlo hasta Puerto Yartour para poder curarlo, porque en ese lugar había unas medicinas especiales. Camino a Puerto Yartour se encontraron con el lechón que estaba escondido. Detrás salieron cuatro lechoncitos y detrás de los lechoncitos, salió la chancha viendo que no les pasara nada. En eso, cuando iban todos juntos, se les cruzó un perro bagual. Por lo tanto, el chancho para salvar a sus lechones, a su chancha y a su dueño, fue a atacar con su colmillo y el perro bagual. Lo mordió en una pata, pero el chancho no se rindió. Siguió luchando con el perro bagual hasta que el perro se cansó y se fue para que no lo mataran.

Después de esa aventura, Simón retoma su camino a Puerto Yartour. En eso, se encuentra con Germán y se les une en su camino a sanar al guanaco. El problema es que se encuentran con un caballo salvaje y Germán lo empezó a corretear hasta que lo enlazó. Después de haber enlazado al caballo, vio al guanaco de Simón, ahí corriendo solo, y lo primero que hizo fue ir a buscarlo.

Cuando estaba llegando al guanaco, Simón aparece por detrás de él, a lo que Germán gritó:

—¡CUMPAA! ¿Qué hace por acá?

Simón dijo:

—No, *na'*, Cumpa solamente te vine a visitar.

Germán dijo:

—¿Me quieres ayudar con ese caballo?

Simón dijo:

—Bueno, che.

Lo primero que hicieron fue empezar a ponerle la herradura. Le levantaron la pata y se dieron cuenta que ya tenía herradura, así que siguieron su camino. Lo que no sabían era que el caballo en el que iban montados era de la puestera Ignacia quien los descubrió y gritó:

—¡¡¡MI CABALLOOOOO!!!

Germán le dijo:

—Me lo encontré corriendo por mi puesto, así que nos lo trajimos a pasear por acá. Yo ni sabía que el caballo era tuyo, así que toma, pero otro día me lo prestas, ¿sí?

Y la puestera Ignacia, le respondió:

—Bueno, ya, pero me lo cuidas.

Germán y Simón siguieron su camino a Puerto Yartour para curar al guanaco. En eso, apareció un cóndor que se llevó al guanaco. Lo bueno es que justo lo dejó en Puerto Yartour. Germán y Simón no sabían dónde estaba el guanaco, pero un zorro que pasaba por ahí les dijo, que ya había llegado a Puerto Yartour. Felices, se van a ese lugar y se encuentran con el guanaco. Le dieron su medicina y el guanaco se curó al instante y reconoció al fin a Simón. Así, siguieron todos juntos sus aventuras.

Los cuentos y poemas que conforman esta antología fueron escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de todo Chile para el concurso Historias de Nuestra Tierra, que organiza FUCOA gracias al apoyo del Ministerio de Agricultura.

www.concursocuentos.cl



**CHILE LO
HACEMOS
TODOS**



Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA
Ministerio de Agricultura.